

LOS HÉROES



DEL OLIMPO

EL HIJO DE NEPTUNO



POR EL AUTOR DE *LA PIRÁMIDE ROJA*

RICK RIORDA

Lectulandia

¿A qué juegan los dioses del Olimpo? Gaia, la Madre Tierra, está despertando a un ejército de monstruos para acabar con la humanidad... y ellos se entretienen mareando a los semidioses, los únicos que pueden evitar sus perversos planes. Ahora han mandado a Percy al Campamento Júpiter, sin apenas recuerdos y con la inquietante sensación de que él, un griego, es el enemigo. Por suerte, contará con el apoyo de Hazel, una chica nacida hace más de ochenta años, y de Frank, un muchacho que todavía no sabe muy bien cuáles son sus poderes (ni si los tiene). Juntos deberán emprender una peligrosa expedición para liberar a Tánatos, el dios de la muerte, de las garras de un gigante...

Lectulandia

Rick Riordan

El hijo de Neptuno

Héroes del Olimpo II

ePub r1.0

Sharadore 31.01.14

Título original: *Heroes of the Olympus 2. The Son of Neptune*

Rick Riordan, 4 de Octubre de 2011

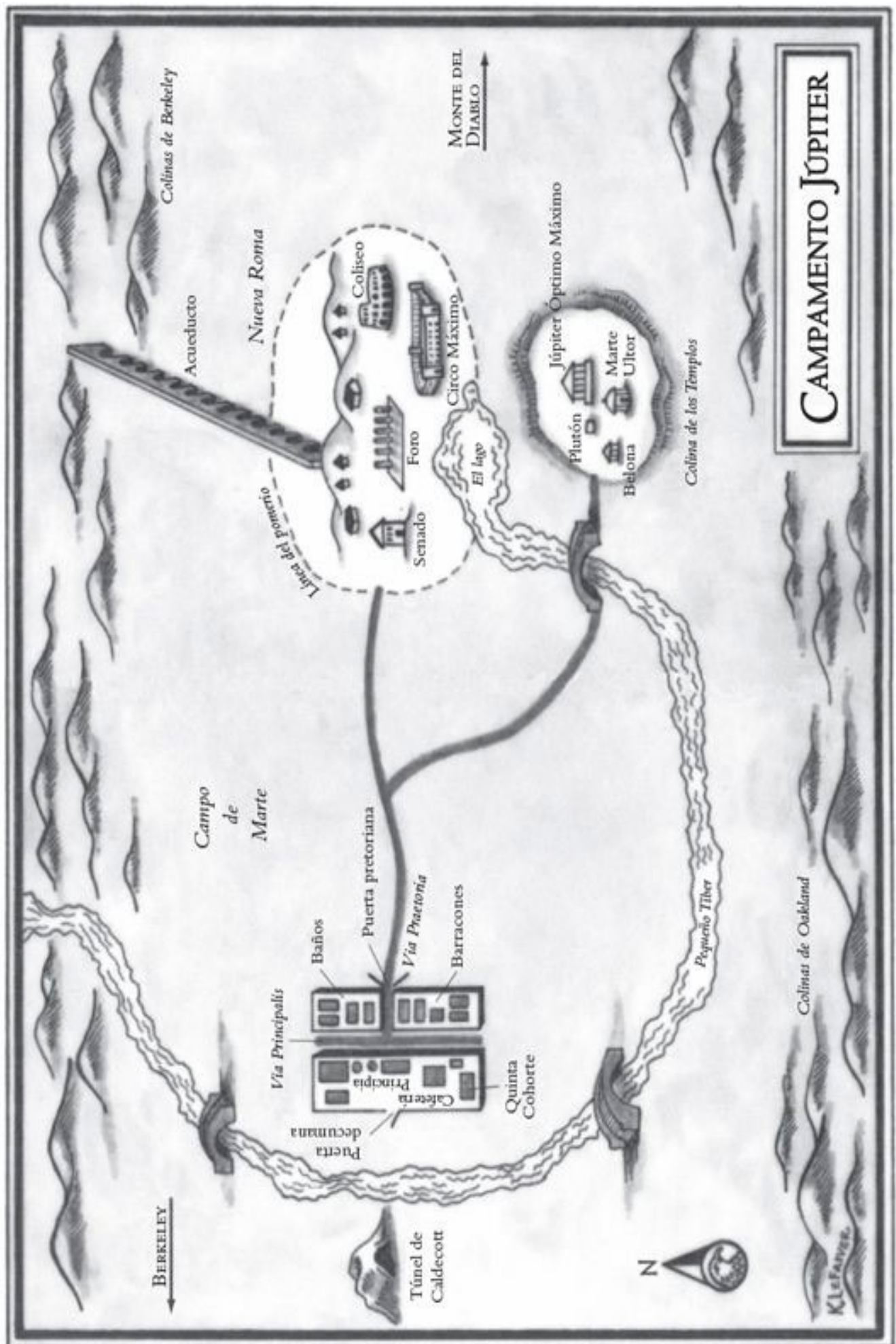
Traducción: Ignacio Gómez Calvo

Diseño de portada: John Rocco, Joann Hill

Editor digital: Sharadore

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com



Para Becky, que comparte mi santuario en la Nueva Roma.
Ni Hera me haría olvidarte

Percy

Las señoras con serpientes en el pelo estaban empezando a incordiar a Percy.

Deberían haberse muerto hacía tres días, cuando les había echado encima una caja con bolas para jugar a los bolos en un supermercado de Napa. Deberían haberse muerto hacía dos días, cuando las había atropellado con un coche patrulla en Martinez. Y está claro que deberían haberse muerto esa misma mañana, cuando les había cortado la cabeza en Tilden Park.

Por muchas veces que Percy las matara y las viera convertirse en polvo, ellas siempre volvían a formarse como pelusas grandes y malvadas. Parecía incapaz de dejarlas atrás.

Llegó a la cumbre de la colina y recobró el aliento. ¿Cuánto rato había pasado desde la última vez que las había matado? Unas dos horas. Nunca seguían muertas más tiempo.

Durante los últimos días apenas había dormido. Había comido lo que había pillado: ositos de goma de máquinas expendedoras, bollos rancios e incluso un burrito de un grasiento restaurante de comida rápida, lo más bajo que había caído hasta la fecha. Tenía la ropa rasgada, quemada y salpicada de baba de monstruo.

Si había sobrevivido tanto tiempo había sido porque al parecer las dos señoras con serpientes en el pelo —«gorgonas», se hacían llamar— tampoco podían matarlo a él. Sus garras no le hacían cortes en la piel. Sus dientes se partían cada vez que intentaban morderlo. Pero Percy no podía aguantar mucho más. Pronto se desplomaría de agotamiento, y entonces, por difícil que fuera matarlo, estaba seguro de que las gorgonas encontrarían la forma de acabar con él.

¿Adónde huir?

Echó un vistazo a los alrededores. En otras circunstancias podría haber disfrutado de la vista. A su izquierda, unas colinas doradas y onduladas avanzaban hacia el interior, salpicadas de lagos, bosques y manadas de vacas. A su derecha, las llanuras de Berkeley y Oakland se extendían hacia el oeste: un inmenso tablero de damas formado por barrios, con varios millones de habitantes a los que probablemente no les apetecía que dos monstruos y un mugriento semidiós les arruinasen la mañana.

Más al oeste, la bahía de San Francisco relucía bajo una bruma plateada. Detrás

de ella, un muro de niebla había engullido la mayor parte de la ciudad, dejando solo la parte superior de los rascacielos y las torres del Golden Gate.

Percy notaba el peso de una tristeza indefinida en el pecho. Algo le decía que había estado antes en San Francisco. La ciudad guardaba alguna relación con Annabeth, la única persona que recordaba de su pasado. Le desalentaba lo vagamente que la recordaba. La loba le había prometido que volvería a verla y recuperaría la memoria... si tenía éxito en su viaje.

¿Debía intentar cruzar la bahía?

Era tentador. Podía notar el poder del mar más allá del horizonte. El agua siempre lo reanimaba. El agua salada era la mejor. Lo había descubierto dos días antes, cuando había estrangulado a un monstruo marino en el estrecho de Carquinez. Si consiguiese llegar a la bahía, podría defenderse. Tal vez incluso podría ahogar a las gorgonas. Pero la orilla estaba como mínimo a tres kilómetros de distancia. Tendría que cruzar una ciudad entera.

Además, dudaba por otro motivo. La loba Lupa le había enseñado a agudizar sus sentidos: a confiar en el instinto que lo había estado guiando hacia el sur. Su radar de detección zumbaba en ese momento como loco. El fin de su viaje estaba cerca, casi justo bajo sus pies. Pero ¿cómo era posible? No había nada en la cima de la colina.

El viento cambió. Percy captó un olor amargo a reptil. Unos cien metros cuesta abajo, algo se agitaba en el bosque: ramas que se partían, hojas que crujían, susurros.

Gorgonas.

Por millonésima vez, Percy deseó que aquellas criaturas no tuvieran un olfato tan fino. Siempre le habían dicho que podían olerlo porque era un semidiós: el hijo mestizo de un antiguo dios romano. Percy había intentado revolcarse en barro, salpicarse por los arroyos e incluso meterse ambientadores en los bolsillos para oler a coche nuevo, pero por lo visto el hedor de semidiós era difícil de enmascarar.

Se dirigió con dificultad al lado oeste de la cumbre. Era demasiado empinada para descender. La pendiente bajaba de golpe unos veinticinco metros, directa hasta el tejado de un complejo de apartamentos construido en la ladera. Quince metros más abajo, una autopista salía de la base de la colina y serpenteaba hacia Berkeley.

Genial. No había otra forma de salir de la colina. Había acabado acorralado.

Se quedó mirando el flujo de coches que circulaba hacia el oeste en dirección a San Francisco y deseó estar en uno de ellos. Entonces cayó en la cuenta de que la autopista debía de atravesar la colina. Debía de haber un túnel... justo bajo sus pies.

Su radar interno se volvió loco. Estaba en el lugar adecuado, solo que demasiado arriba. Tenía que ver ese túnel. Necesitaba una forma de bajar a la autopista, y rápido.

Se quitó la mochila. Había cogido un montón de provisiones en el supermercado de Napa: un GPS portátil, cinta adhesiva, un mechero, supercola, una botella de agua, una estera, una almohada con forma de oso panda (anunciada en televisión) y una

navaja suiza, prácticamente todas las herramientas que un semidiós moderno podía desear. Pero no tenía nada que sirviera de paracaídas o de trineo.

Eso le dejaba dos opciones: saltar veinticinco metros y matarse o quedarse a luchar. Las dos parecían poco prometedoras.

Soltó un juramento y sacó su boli del bolsillo.

El boli no parecía gran cosa, un bolígrafo barato corriente, pero cuando Percy le quitó el capuchón, se convirtió en una reluciente espada de bronce. La hoja perfectamente equilibrada. La empuñadura de cuero se ajustaba a su mano como si la hubieran diseñado por encargo para él. A lo largo de la guarda, había escrita una palabra en griego antiguo que Percy entendía de algún modo: *Anaklusmos*, «contracorriente».

Se había despertado con esa espada la primera noche que había pasado en la Casa del Lobo... ¿hacía dos meses? ¿Más? Había perdido la noción del tiempo. Se había encontrado en el patio de una mansión incendiada en mitad del bosque, vestido con un pantalón corto, una camiseta de manga corta naranja y un collar de cuero con un puñado de extrañas cuentas de barro. *Contracorriente* estaba en su mano, pero Percy no sabía cómo había llegado hasta allí y tenía una idea muy vaga de quién era. Estaba descalzo, helado y confundido. Y entonces aparecieron los lobos...

A su lado, una voz familiar lo devolvió de un susto al presente.

—¡Ahí estás!

Percy se apartó de la gorgona trastabillando y a punto estuvo de despeñarse por la colina.

Era la sonriente: Beano.

Vale, su nombre real no era Beano. Por lo que Percy había podido deducir, era disléxico, porque las palabras se le enredaban cuando intentaba leer. La primera vez que había visto a la gorgona, haciéndose pasar por una empleada de un supermercado con una gran insignia verde que rezaba: «¡Bienvenido! Me llamo Esteno», había pensado que ponía BEANO.

Todavía llevaba puesto el chaleco verde de empleada de supermercado encima de un vestido con estampado de flores. Si solo le mirabas el cuerpo, podías pensar que era una abuela vieja y regordeta... hasta que bajabas la vista y te percatabas de que tenía patas de pollo. O alzabas la vista y veías los colmillos de jabalí que le sobresalían de las comisuras de la boca. Sus ojos emitían un fulgor rojo, y su cabello era un sinuoso nido de serpientes de vivo color verde.

¿Y lo más espantoso de todo? Que todavía sostenía en la mano su gran bandeja plateada con muestras gratuitas de salchichas de Frankfurt con queso crujientes. La bandeja estaba abollada de todas las veces que Percy la había matado, pero las pequeñas muestras tenían una pinta perfecta. Esteno seguía cargando con ella a través de California para poder ofrecer un aperitivo a Percy antes de matarlo. Percy no sabía

por qué se empeñaba en hacerlo, pero si alguna vez necesitaba una armadura, la fabricaría con salchichas con queso crujientes. Eran indestructibles.

—¿Quieres probar una? —le ofreció Esteno.

Percy la rechazó con su espada.

—¿Dónde está tu hermana?

—Guarda esa espada —lo regañó Esteno—. Ya sabes que ni el bronce celestial puede matarnos por mucho tiempo. ¡Prueba una salchicha con queso! Esta semana están de oferta. Me dolería mucho matarte con el estómago vacío.

—¡Esteno!

La segunda gorgona apareció por la derecha de Percy con tal rapidez que al semidiós no le dio tiempo a reaccionar. Afortunadamente, estaba demasiado ocupada fulminando con la mirada a su hermana para prestar atención.

—¡Te dije que te acercaras a él sin hacer ruido y que lo mataras!

La sonrisa de Esteno vaciló.

—Pero Euríale... ¿Puedo darle antes una muestra?

—¡No, imbécil!

Euríale se volvió hacia Percy y enseñó los colmillos.

Exceptuando el cabello, que consistía en un nido de serpientes de coral en lugar de víboras verdes, era idéntica a su hermana. El chaleco del supermercado, el vestido de flores... Incluso sus colmillos estaban decorados con pegatinas de 50 % DE DESCUENTO. En su placa de identificación ponía: «¡Hola! Me llamo ¡MUERE, ASQUEROSO SEMIDIÓS!».

—Nos has hecho perseguirte sin descanso, Percy Jackson —dijo Euríale—. ¡Pero ahora estás atrapado, y nos vengaremos!

—Las salchichas con queso cuestan solo dos dólares con noventa y nueve —añadió Esteno amablemente—. Departamento de charcutería, pasillo tres.

Euríale gruñó.

—¡Esteno, el supermercado era solo una tapadera! ¡Estás adoptando las costumbres de este sitio! Deja esa ridícula bandeja y ayúdame a matar a este semidiós. ¿O has olvidado que fue él quien destruyó a Medusa?

Percy dio un paso atrás. Otros quince centímetros, y caería por los aires.

—Miren, señoras, ya hemos pasado por esto. No recuerdo haber matado a Medusa. ¡No recuerdo nada! ¿No podemos pactar una tregua y hablar de sus ofertas de la semana?

Esteno dedicó a su hermana una expresión mohína, algo difícil de hacer con unos gigantescos colmillos de bronce.

—¿Podemos?

—¡No! —Los ojos rojos de Euríale se clavaron en los de Percy—. Me da igual lo que recuerdes, hijo del dios del mar. Puedo oler la sangre de Medusa en ti. Es un olor

débil, sí, de hace varios años, pero tú fuiste el último que la venciste. Y todavía no ha vuelto del Tártaro. ¡Tú eres el responsable!

Percy no acababa de entenderlo. La idea de morir y luego volver del Tártaro le daba dolor de cabeza. Claro que también se lo daba la idea de que un bolígrafo pudiera convertirse en espada, o que unos monstruos pudieran ocultarse con algo llamado la Niebla, o que Percy fuera hijo de un dios lleno de percebes incrustados de hacía cinco mil años. Pero sí que se lo creía. Aunque le habían borrado la memoria, sabía que era un semidiós de la misma forma que sabía que se llamaba Percy Jackson. Desde su primera conversación con Lupa la loba, había aceptado que aquel disparatado y caótico mundo de dioses y monstruos era su realidad, lo cual era bastante chungo.

—¿Y si lo dejamos en empate? —dijo—. Yo no puedo mataros, y vosotras no podéis matarme a mí. Si sois las hermanas de Medusa, la misma Medusa que convertía a la gente en piedra, ¿no debería estar petrificado ya?

—¡Héroes! —dijo Euríale indignada—. ¡Siempre lo sacan a colación, igual que nuestra madre! «¿Por qué no podéis convertir a la gente en piedra? Vuestra hermana sí que puede.» ¡Pues siento decepcionarte, chico! Esa era solo la maldición de Medusa. Ella fue la más odiosa de la familia. ¡Se llevó toda la suerte!

Esteno parecía dolida.

—Madre dijo que yo era la más odiosa.

—¡Silencio! —le espetó Euríale—. En cuanto a ti, Percy Jackson, es cierto que llevas la marca de Aquiles. Eso te hace un poco más difícil de matar, pero no te preocupes. Encontraremos la forma.

—¿La marca de qué?

—Aquiles —dijo Esteno alegremente—. ¡Oh, era guapísimo! Lo bañaron en la laguna Estigia de niño y se volvió invulnerable, menos cuando le daban en un pequeño punto del tobillo, ¿sabes? Eso es lo que te ha pasado a ti, querido. Alguien debió de sumergirte en la laguna, y tu piel se volvió como el acero. Pero no te preocupes. Los héroes como tú siempre tienen un punto débil. Solo tenemos que encontrarlo, y entonces podremos matarte. Sería maravilloso, ¿verdad? ¡Prueba una salchicha con queso!

Percy trató de pensar. No recordaba haberse bañado en la laguna Estigia, pero, por otra parte, no recordaba casi nada. Su piel no parecía de acero, pero eso explicaría cómo había resistido tanto tiempo contra las gorgonas.

Tal vez si se cayera por la montaña..., ¿sobreviviría? No quería arriesgarse, al menos sin algo que pudiera frenar la caída como un trineo o...

Miró la gran bandeja plateada con muestras gratuitas de Esteno.

Hum...

—¿Te lo estás replanteando? —preguntó Esteno—. Muy sabio por tu parte,

querido. Les he echado sangre de gorgona, así que tu muerte será rápida e indolora.

A Percy se le hizo un nudo en la garganta.

—¿Les has echado tu sangre a las salchichas?

—Solo un poco —Esteno sonrió—. Un cortecito en el brazo, pero gracias por preocuparte. La sangre de nuestro lado derecho puede curar cualquier cosa, pero la del lado izquierdo es mortal...

—¡Cabeza de chorlito! —chilló Euríale—. ¡No debes decirle eso! ¡Si le dices que las salchichas están envenenadas no se las comerá!

Esteno se quedó pasmada.

—Ah, ¿no? Pero le he dicho que sería rápido e indoloro.

—¡Da igual! —Las uñas de Euríale se convirtieron en garras—. Lo mataremos por las bravas: no pares de atacarlo hasta que encontremos el punto débil. ¡Cuando vencamos a Percy Jackson seremos más famosas que Medusa! ¡Nuestra patrona nos recompensará generosamente!

Percy agarró su espada. Tendría que sincronizar sus movimientos a la perfección: unos segundos de confusión, cogería la bandeja con la mano izquierda...

«Que sigan hablando», pensó.

—Antes de que me degolléis —dijo—, ¿quién es la patrona que has mencionado?

Euríale se rió maliciosamente.

—¡La diosa Gaia, cómo no! ¡La que nos rescató del olvido! No vivirás lo bastante para conocerla, pero dentro de poco tus amigos se enfrentarán a su ira. Ahora mismo sus ejércitos marchan hacia el sur. En la fiesta de Fortuna despertará, y los semidioses quedarán reducidos como... como...

—¡Como nuestros precios! —propuso Esteno.

—¡Grrr!

Euríale se volvió hacia su hermana hecha una furia. Percy aprovechó la oportunidad. Agarró la bandeja de Esteno, desparramó las salchichas con queso envenenadas, cortó a Euríale por la cintura con *Contracorriente* y la partió por la mitad.

Levantó la bandeja, y Esteno se vio ante su propio reflejo grasiento.

—¡Medusa! —gritó.

Su hermana Euríale se había convertido en polvo, pero ya estaba formándose de nuevo, como un muñeco de nieve desderritiéndose.

—¡Esteno, eres idiota! —gritó borboteando mientras su rostro medio formado surgía del montón de polvo—. ¡Es tu propio reflejo! ¡Cógelo!

Percy golpeó a Esteno en la coronilla con la bandeja metálica, y dejó a la gorgona inconsciente.

Se colocó la bandeja debajo del trasero, dedicó una silenciosa oración al dios romano que supervisara las proezas de trineo estúpidas, y saltó por la ladera de la

montaña.

II

Percy

Lo malo de bajar en picado cuesta abajo a ochenta kilómetros por hora es que si te das cuenta de que es mala idea a mitad de camino, ya es demasiado tarde.

Percy estuvo a punto de estrellarse contra un árbol, rebotó en un canto rodado y dio una vuelta de trescientos sesenta grados al salir disparado hacia la autopista. La ridícula bandeja de aperitivos no tenía dirección asistida.

Oyó que las hermanas gorgonas gritaban y vislumbró el cabello de serpientes de coral de Euríale en la cima de la colina, pero no tenía tiempo para preocuparse por eso. El tejado del edificio de apartamentos surgió debajo de él como la proa de un acorazado. Se avecinaba un choque frontal en diez, nueve, ocho...

Consiguió girar a un lado para evitar partirse las piernas con el impacto. La bandeja de aperitivos saltó por encima del tejado y surcó el aire. La bandeja voló por un lado. Percy por el otro.

Mientras caía hacia la autopista, una terrible imagen cruzó por su mente: su cuerpo estrellándose contra el parabrisas de un todoterreno, y un conductor molesto tratando de apartarlo con los limpiaparabrisas. «¡Estúpido crío! ¡Mira que caer ahora del cielo! ¡Llego tarde!»

Milagrosamente, una ráfaga de viento lo empujó hacia un lado, lo justo para no caer en la mismísima autopista, y fue a parar sobre un grupo de arbustos. No fue un aterrizaje suave, pero era mejor que el asfalto.

Percy gimió. Quería quedarse allí tumbado y desmayarse, pero tenía que seguir adelante.

Se levantó con dificultad. Tenía las manos llenas de arañazos, pero ningún hueso parecía roto. Todavía llevaba la mochila. En algún momento del trayecto en trineo, había perdido la espada, pero sabía que acabaría apareciendo otra vez en su bolsillo en forma de bolígrafo. Era parte de su poder mágico.

Miró cuesta arriba. Las gorgonas eran fáciles de localizar, con su cabello de serpientes tan colorido y sus chalecos de vivo tono verde. Bajaban con cuidado por la pendiente, avanzando más despacio que Percy pero de forma mucho más controlada. Las patas de pollo debían de ir bien para trepar. Percy calculó que tenía unos cinco minutos antes de que lo alcanzaran.

A su lado, una alta valla de tela metálica separaba la autopista de un barrio de calles sinuosas, casas acogedoras y eucaliptos muy altos. Probablemente la finalidad de la valla era evitar que la gente saliera a la vía y cometiera estupideces —como lanzarse en trineo por el carril rápido en bandejas de aperitivos—, pero la malla metálica estaba llena de grandes agujeros. Percy podía colarse fácilmente en el vecindario. Tal vez pudiera encontrar un coche e ir hacia el oeste, al mar. No le gustaba robar coches, pero durante las últimas semanas, en situaciones de vida o muerte, había «tomado prestados» varios, incluido un coche de policía. Tenía intención de devolverlos, pero nunca le duraban mucho.

Echó un vistazo hacia el este. Como suponía, unos cien metros cuesta arriba, la autopista atravesaba la base del precipicio. Dos bocas de túnel, una para cada dirección del tráfico, lo contemplaban como las cuencas oculares de un gigantesco cráneo. En medio, donde habría estado la nariz, un muro de cemento sobresalía de la ladera, con una puerta metálica como la entrada de un búnker.

Podría haber sido un túnel de mantenimiento. Probablemente eso pensaban los mortales, si es que alguna vez se fijaban en la puerta. Pero ellos no podían ver a través de la Niebla. Percy sabía que la puerta era más que eso.

Dos chicos con armadura flanqueaban la entrada. Iban vestidos con una extraña mezcla de yelmos romanos con penachos, petos, vainas, tejanos, camisetas de manga corta moradas y zapatillas deportivas blancas. El centinela de la derecha parecía una chica, pero era difícil saberlo con seguridad con toda la armadura. El de la izquierda era un chico robusto con un arco y un carcaj a la espalda. Los dos sostenían largas varas de madera con puntas de lanza de hierro, como arpones anticuados.

El radar interno de Percy emitía señales como loco. Después de tantos días terribles, por fin había alcanzado su objetivo. Su instinto le decía que si podía cruzar esa puerta, estaría a salvo por primera vez desde que los lobos lo habían mandado hacia el sur.

Entonces ¿por qué sentía tanto miedo?

Más arriba, las gorgonas avanzaban con dificultad sobre el tejado del complejo de apartamentos. Le quedaban tres minutos, tal vez menos.

Una parte de él deseaba correr hacia la puerta de la colina. Tendría que cruzar a la mediana de la autopista, pero una vez allí solo una breve carrera lo separaría de la puerta. Podría llegar antes de que las gorgonas lo alcanzaran.

Otra parte de él deseaba dirigirse hacia el oeste, al mar. Allí estaría más seguro. Allí su poder sería mayor. Los centinelas romanos de la puerta le hacían sentirse incómodo. Algo dentro de él le decía: «Este no es mi territorio. Es peligroso».

—Tienes razón —le dijo una voz a su lado.

Percy se sobresaltó. Al principio pensó que Beano había conseguido acercarse otra vez a él sin hacer ruido, pero la anciana sentada en los arbustos era todavía más

repulsiva que una gorgona. Parecía una hippy a la que hubieran echado a la cuneta de una patada hacía cuarenta años, y desde entonces hubiera estado recogiendo basura y harapos. Llevaba un vestido hecho con una mezcla de tela desteñida, edredones raídos y bolsas de plástico. Su pelambreira ensortijada era gris parduzco, como la espuma de la cerveza de raíz, y la llevaba recogida con una cinta con el símbolo de la paz. Tenía la cara llena de verrugas y lunares. Cuando sonreía, enseñaba exactamente tres dientes.

—No es un túnel de mantenimiento —confesó—. Es la entrada al campamento.

Una sacudida recorrió la columna de Percy. «Campamento.» Sí, de allí era de donde él venía. Un campamento. Tal vez era su hogar. Tal vez Annabeth estaba cerca.

Pero algo no encajaba.

Las gorgonas todavía estaban en el tejado del edificio de apartamentos. Entonces Esteno chilló de regocijo y señaló en dirección a Percy.

La vieja hippy arqueó las cejas.

—No tienes mucho tiempo, niño. Tienes que tomar una decisión.

—¿Quién es usted? —preguntó Percy, aunque no estaba seguro de por qué quería saberlo.

Lo que menos necesitaba era otra mortal indefensa que resultara ser un monstruo.

—Puedes llamarme Junio —los ojos de la anciana brillaron como si hubiera contado un chiste buenísimo—. Estamos en junio, ¿no? Le pusieron mi nombre al mes.

—Vale... Oiga, debo irme. Se acercan dos gorgonas. No quiero que le hagan daño.

Junio juntó las manos sobre su corazón.

—¡Qué detalle! Pero eso depende de tu decisión.

—Mi decisión...

Percy miró nerviosamente hacia la colina. Las gorgonas se habían quitado los chalecos verdes. Unas alas les brotaron de la espalda: pequeñas alas de murciélago que relucían como el latón.

¿Desde cuándo tenían alas? Tal vez eran de adorno. Tal vez eran demasiado pequeñas para permitir volar a una gorgona. Entonces las dos hermanas saltaron del edificio de apartamentos y surcaron el cielo hacia él.

«Genial. Estupendo.»

—Sí, una decisión —dijo Junio, como si no tuviera ninguna prisa—. Puedes dejarme aquí a merced de las gorgonas e ir al mar. Llegarías sin ningún percance, te lo garantizo. A las gorgonas no les importará atacarme y dejarte marchar. En el mar, ningún monstruo te molestaría. Podrías empezar una nueva vida, llegar a muy viejo y evitar todo el dolor y sufrimiento que te aguarda en el futuro.

Percy estaba seguro de que no le iba a gustar la segunda opción.

—¿O...?

—O puedes hacer una buena acción por una anciana —dijo—. Llevarme al campamento contigo.

—¿Llevarla?

Percy esperaba que estuviera bromeando. Entonces Junio se levantó la falda y le enseñó sus pies hinchados de color morado.

—Yo no puedo llegar por mis propios medios —dijo—. Llévame al campamento: atraviesa la autopista, recorre el túnel y cruza el río.

Percy no sabía a qué río se refería, pero no parecía tarea fácil. Junio parecía muy pesada.

Las gorgonas estaban ya a solo cincuenta metros de distancia, deslizándose con calma hacia él, como si supieran que la caza casi había terminado.

Percy miró a la anciana.

—¿Y por qué quiere que la lleve a ese campamento?

—¡Porque es un favor! —dijo—. Y si no lo haces, los dioses morirán, el mundo que conocemos correrá peligro, y todas las personas de tu antigua vida perecerán. Claro que tú tampoco te acordarías de ellas, así que supongo que no importa. Estarías a salvo en el fondo del mar...

Percy tragó saliva. Las gorgonas chillaban de risa mientras surcaban el aire preparadas para matar.

—Si voy al campamento —dijo—, ¿recuperaré la memoria?

—Con el tiempo —contestó Junio—. Pero, quedas avisado, ¡sacrificarás mucho! Perderás la marca de Aquiles. Sentirás más dolor, tristeza y pérdida de los que hayas experimentado jamás. Pero podrías tener una oportunidad de salvar a tus viejos amigos y a tu familia, y de recuperar tu antigua vida.

Las gorgonas estaban dando vueltas en lo alto. Probablemente estaban observando a la anciana, tratando de averiguar quién era la nueva jugadora antes de atacar.

—¿Y los centinelas de la puerta? —preguntó Percy.

Junio sonrió.

—Oh, te dejarán pasar, querido. Puedes fiarte de esos dos. Bueno, ¿qué dices? ¿Vas a ayudar a una vieja indefensa?

Percy dudaba que Junio estuviera indefensa. En el peor de los casos, se trataba de una trampa. En el mejor, se trataba de una especie de prueba.

Percy odiaba las pruebas. Desde que había perdido la memoria, su vida entera era un gran examen en el que había que rellenar los espacios en blanco. Él era _____, de _____, y si los monstruos lo atrapaban, acabaría _____.

Entonces pensó en Annabeth, la única parte de su antigua vida de la que estaba

seguro. Tenía que encontrarla.

—La llevaré.

Recogió a la anciana.

Era más ligera de lo que esperaba. Percy trató de obviar su mal aliento y las manos callosas con las que le aferraba el cuello. Llegó al primer carril de tráfico. Un conductor tocó el claxon. Otro gritó algo que se perdió en el viento. La mayoría simplemente viraban y se mostraban irritados, como si en Berkeley tuvieran que lidiar con un montón de adolescentes andrajosos que ayudaban a cruzar la autopista a viejas hippies.

Una sombra se posó sobre él. Esteno gritó alegremente:

—¡Chico listo! Has encontrado a una diosa con la que cargar, ¿verdad?

¿Una diosa?

Junio cacareó de regocijo y murmuró «¡Uy!» cuando un coche estuvo a punto de matarlos.

En algún lugar a su izquierda, Euríale gritó:

—¡A por ellos! ¡Dos presas son mejores que una!

Percy cruzó a toda velocidad los carriles que faltaban. Sin saber ni cómo, llegó a la mediana vivo. Vio que las gorgonas se lanzaban en picado y que los coches viraban mientras los monstruos pasaban por encima. Se preguntó qué verían los mortales a través de la Niebla: ¿pelícanos gigantescos? ¿Alas delta desviadas de su rumbo? La loba Lupa le había dicho que las mentes de los mortales podían creer prácticamente cualquier cosa, salvo la verdad.

Percy corrió hacia la puerta de la ladera. Junio se volvía más pesada a cada paso que daba. El corazón de Percy latía con fuerza. Le dolían las costillas.

Uno de los centinelas chilló. El chico del arco colocó una flecha en la cuerda.

—¡Espera! —gritó Percy.

Pero el chico no le apuntaba a él. La flecha pasó volando por encima de la cabeza de Percy. Una gorgona aulló de dolor. El segundo centinela preparó su lanza, gesticulando frenéticamente a Percy para que se diera prisa.

Quince metros para llegar a la puerta. Diez.

—¡Ya te tengo! —gritó Euríale.

Percy se volvió en el mismo instante en el que una flecha se clavaba en la frente de la criatura. Euríale cayó al carril rápido. Un camión se estrelló contra ella y la arrastró hacia atrás unos cien metros, pero la gorgona trepó a la cabina, se quitó la flecha de la cabeza y se lanzó de nuevo al aire.

Percy llegó a la puerta.

—Gracias —les dijo a los centinelas—. Buen disparo.

—¡Debería haberse muerto! —protestó el arquero.

—Bienvenido a mi mundo —masculló Percy.

—Frank —dijo la chica—. ¡Llévalo dentro, rápido! Son gorgonas.

—¿Gorgonas?

La voz del arquero sonó de forma estridente. Era difícil saber el aspecto que tenía debajo del yelmo, pero parecía robusto como un luchador y aparentaba unos catorce o quince años.

—¿Las retendrá la puerta?

Junio cacareó en los brazos de Percy.

—No, no las retendrá. ¡Adelante, Percy Jackson! ¡Recorre el túnel y cruza el río!

—¿Percy Jackson?

La centinela tenía la piel oscura, y de los lados del yelmo le sobresalía el cabello rizado. Parecía más pequeña que Frank, de unos trece años. La vaina de la espada le llegaba casi hasta el tobillo. Aun así, parecía estar al mando.

—Vale, es evidente que eres un semidiós. Pero ¿quién es la...? —Miró a Junio—. Da igual. Entrad. Yo me ocuparé de ellas.

—Hazel —dijo el chico—. No hagas locuras.

—¡Marchaos! —ordenó ella.

Frank soltó un juramento en otra lengua —¿latín?— y abrió la puerta.

—¡Vamos!

Percy lo siguió tambaleándose bajo el peso de la anciana, que decididamente se estaba volviendo cada vez más pesada. No sabía cómo la chica rechazaría a las gorgonas sola, pero estaba demasiado cansado para discutir.

El túnel atravesaba la roca sólida y tenía aproximadamente la anchura y la altura del pasillo de una escuela. Al principio parecía un típico túnel de mantenimiento, con cables eléctricos, letreros de advertencia y cajas de fusibles en las paredes, y con bombillas protegidas con alambre a lo largo del techo. A medida que se adentraban en la ladera, el suelo de cemento dio paso a un mosaico de baldosas. Las luces dieron paso a antorchas de juncos, que ardían pero no echaban humo. Unos cien metros más adelante, Percy vio un cuadrado de luz del día.

La anciana pesaba ya como un montón de sacos de arena. A Percy le temblaban los brazos del esfuerzo. Junio farfullaba una canción en latín, como una nana, lo que no ayudaba a Percy a concentrarse.

Detrás de ellos, las voces de las gorgonas resonaban en el túnel. Hazel gritó. Percy estuvo tentado de tirar a Junio y volver corriendo a ayudarla, pero entonces todo el túnel se sacudió con un estruendo de piedras. Sonó un graznido, como el que habían emitido las gorgonas cuando Percy les había echado encima la caja con bolas para jugar a los bolos en Napa. Miró atrás. El extremo oeste del túnel estaba lleno de polvo.

—¿No deberíamos ir a ver cómo está Hazel? —preguntó.

—No le pasará nada... espero —dijo Frank—. Sabe moverse bajo tierra. ¡No te

pares! Ya casi hemos llegado.

—¿Adónde?

Junio se rió entre dientes.

—Todos los caminos llevan allí, niño. Deberías saberlo.

—¿Al aula de castigo? —preguntó Percy.

—A Roma, niño —dijo la anciana—. A Roma.

Percy no estaba seguro de haber oído bien. Ciertamente, había perdido la memoria. Su cerebro no había sido el mismo desde que se había despertado en la Casa del Lobo. Pero estaba convencido de que Roma no estaba en California.

Siguieron corriendo. El resplandor que se veía al final del túnel aumentó de intensidad y, por fin, llegaron a la luz del sol.

Percy se quedó paralizado. A sus pies se extendía un valle con forma de cuenca de varios kilómetros de ancho. El suelo estaba surcado de colinas más pequeñas, llanuras doradas y bosques. Un pequeño río transparente seguía un curso serpenteante desde un lago situado en el centro y rodeaba el perímetro, como una G mayúscula.

La geografía del lugar podría haber sido la de cualquier región del norte de California: robles de Virginia y eucaliptos, colinas doradas y cielos azules. La gran montaña del interior —¿cómo se llamaba, Monte del Diablo?— se elevaba a lo lejos, exactamente donde debía estar.

Sin embargo, Percy tenía la sensación de haber entrado en un mundo secreto. En el centro del valle, abrigada junto al lago, había una pequeña ciudad de edificios de mármol blancos con tejados de teja roja. Algunos tenían bóvedas y pórticos con columnas, como si fueran monumentos nacionales. Otros parecían palacios, con puertas doradas y grandes jardines. Vio una plaza abierta con columnas, fuentes y estatuas independientes. Un coliseo romano con cinco pisos relucía al sol, al lado de un largo estadio ovalado como una pista de carreras.

Al otro lado del lago, hacia el sur, había otra colina salpicada de edificios todavía más imponentes: templos, supuso Percy. Varios puentes de piedra cruzaban el río y serpenteaban a través del valle, y en el norte, una larga hilera de arcos de ladrillo se extendía desde las colinas hasta la ciudad. A Percy le recordó la vía de un ferrocarril elevado. Entonces cayó en la cuenta de que debía de ser un acueducto.

La parte más rara del valle estaba justo debajo de él. A unos doscientos metros de distancia, justo al otro lado del río, había una especie de campamento militar. Medía aproximadamente medio kilómetro cuadrado, con murallas de tierra rematadas con afilados pinchos en los cuatro lados. Unas atalayas de madera se alzaban en cada esquina, guarnecidas por centinelas armados con descomunales ballestas montadas. De las torres colgaban banderas moradas. Una ancha puerta daba al lado opuesto del campamento, en dirección a la ciudad. Una puerta más estrecha permanecía cerrada en el lado de la orilla del río. En el interior, la fortaleza bullía de actividad: docenas

de chicos iban y venían de barracones, portando armas y puliendo armaduras. Percy oyó ruido de martillos en la fragua y percibió un olor a carne cocinada al fuego.

Había algo en aquel lugar que le resultaba muy familiar, pero al mismo tiempo no del todo normal.

—El Campamento Júpiter —anunció Frank—. Estaremos a salvo en cuanto...

Unas pisadas resonaron en el túnel detrás de ellos. Hazel salió súbitamente a la luz. Estaba cubierta del polvo de la demolición y respiraba con dificultad. Había perdido el yelmo, de modo que su cabello castaño rizado le caía sobre los hombros. Su armadura tenía unos largos tajos de garras de gorgona en la parte delantera. Uno de los monstruos la había etiquetado con una pegatina de 50 % DE DESCUENTO.

—Las he retrasado —dijo—. Pero llegarán en cualquier momento.

Frank soltó un juramento.

—Tenemos que llegar al otro lado del río.

Junio apretó más fuerte el cuello de Percy.

—Sí, por favor. No puedo mojarme el vestido.

Percy se mordió la lengua. Si aquella señora era una diosa, debía de ser la diosa de los hippies apestosos, gordos e inútiles. Pero había llegado hasta allí. Más valía que siguiera cargando con ella.

«Es un favor —había dicho—. Y si no lo haces, los dioses morirán, el mundo que conocemos correrá peligro, y todas las personas de tu antigua vida perecerán.»

Si aquello era una prueba, no podía permitirse no superarla.

Tropezó varias veces mientras corrían hacia el río. Frank y Hazel lo levantaban continuamente.

Llegaron a la orilla, y Percy se detuvo a recobrar el aliento. La corriente era rápida, pero el río no parecía hondo. Las puertas de la fortaleza estaban a un tiro de piedra.

—Vamos, Hazel —Frank colocó dos flechas en el arco al mismo tiempo—. Acompaña a Percy para que los centinelas no le disparen. Ahora me toca a mí ocuparme de las malas.

Hazel asintió con la cabeza y se metió andando en el riachuelo.

Percy empezó a seguirla, pero algo le hizo vacilar. Normalmente le encantaba el agua, pero aquel río parecía... poderoso, y no necesariamente cordial.

—El Pequeño Tíber —dijo Junio comprensivamente—. Corre con la fuerza del Tíber original, el río del Imperio. Es tu última oportunidad de echarte atrás, niño. La marca de Aquiles es una bendición griega. No puedes conservarla si pasas a territorio romano. El Tíber se la llevará.

Percy estaba demasiado agotado para entender todo aquello, pero captó lo esencial.

—Si cruzo, ¿dejaré de tener la piel de acero?

Junio sonrió.

—¿Qué decides? ¿La seguridad o un futuro de dolor e incertidumbre?

Detrás de él, las gorgonas chillaron al salir volando del túnel. Frank lanzó las flechas por el aire.

—¡Vamos, Percy! —gritó Hazel desde el medio del río.

En lo alto de las atalayas sonaron unos cuernos. Los centinelas gritaron y giraron las ballestas hacia las gorgonas.

Annabeth, pensó Percy. Se metió en el río dando grandes pasos. Estaba helado y era mucho más rápido de lo que había imaginado, pero no le importaba. Un nuevo vigor recorría sus extremidades. Sus sentidos estaban alerta como si se hubiera inyectado cafeína. Llegó a la otra orilla y dejó a la mujer al tiempo que se abrían las puertas del campamento. Docenas de chicos con armadura salieron en tropel.

Hazel se volvió con una sonrisa de alivio. A continuación miró por encima del hombro de Percy, y su expresión se tiñó de horror.

—¡Frank!

Frank estaba a mitad del río cuando las gorgonas lo atraparon. Se lanzaron en picado desde el cielo y lo agarraron por cada brazo. El chico gritó de dolor cuando sus garras se clavaron en su piel.

Los centinelas chillaron, pero Percy sabía que no tenían a los monstruos a tiro. Acabarían matando a Frank. Los otros chicos desenvainaron sus espadas y se prepararon para meterse en el río, pero llegarían demasiado tarde.

Solo había una forma de evitarlo.

Percy extendió las manos. Una intensa sensación de arrastre le invadió, y el Tíber obedeció su voluntad. El río se agitó. A cada lado de Frank se formó un remolino. Unas gigantescas manos de agua brotaron de la corriente, imitando los movimientos de Percy. Las manos agarraron a las gorgonas, quienes soltaron a Frank, sorprendidas. A continuación, las manos levantaron a los estridentes monstruos ejerciendo una presión férrea y líquida.

Percy oyó que los otros chicos chillaban y retrocedían, pero siguió concentrado en su tarea. Hizo un gesto de aplastamiento, y las gigantescas manos hundieron a las gorgonas en el Tíber. Los monstruos llegaron al fondo y se convirtieron en polvo. Unas nubes relucientes de esencia de gorgona lucharon por volver a formarse, pero el río las dispersó como una licuadora. Al poco rato, todo rastro de las gorgonas fue arrastrado río abajo. Los remolinos desaparecieron, y la corriente volvió a su estado normal.

Percy se quedó en la orilla del río. Su ropa y su piel desprendían vapor, como si las aguas del Tíber lo hubieran bañado en ácido. Se sentía expuesto, desprotegido... vulnerable.

En medio del Tíber, Frank se movía dando traspiés, con cara de perplejidad pero

sano y salvo. Hazel se acercó y le ayudó a llegar a la orilla. Fue entonces cuando Percy se dio cuenta de lo callados que se habían quedado los otros chicos.

Todo el mundo lo miraba fijamente. Solo Junio, la anciana, parecía impertérrita.

—Vaya, ha sido un viaje estupendo —dijo—. Gracias por traerme al Campamento Júpiter, Percy Jackson.

Una de las chicas emitió un sonido ahogado.

—¿Percy... Jackson?

Parecía que reconociera el nombre. Percy se centró en ella, con la esperanza de ver una cara conocida.

Saltaba a la vista que era una líder. Llevaba una regia capa morada sobre la armadura y su pecho estaba decorado con medallas. Debía de ser de la edad de Percy, y tenía unos ojos oscuros y penetrantes, y largo cabello moreno. Percy no la reconoció, pero la chica se lo quedó mirando como si lo hubiera visto en sus pesadillas.

Junio se rió de gozo.

—Oh, sí. ¡Os vais a divertir mucho juntos!

Entonces, por si el día no había sido ya lo bastante raro, la anciana empezó a brillar y cambió de forma. Creció hasta convertirse en una diosa reluciente de dos metros de estatura ataviada con un vestido azul y una capa, que parecía la piel de una cabra, sobre los hombros. Tenía un rostro severo y majestuoso. En su mano había un bastón rematado con una flor de loto.

Los campistas se quedaron todavía más asombrados, si era posible. La chica de la capa morada se arrodilló. Los demás siguieron su ejemplo. Un chico se postró con tanta prisa que estuvo a punto de empalarse con su espada.

Hazel fue la primera en hablar.

—Juno.

Ella y Frank también se arrodillaron, dejando únicamente a Percy de pie. Él sabía que debía arrodillarse también, pero después de haber cargado con la anciana, no le apetecía nada mostrarle tanto respeto.

La diosa sonrió.

—Conque Juno, ¿eh? —dijo Percy—. Si he pasado la prueba, ¿podéis devolverme ya mi memoria y mi vida?

La diosa sonrió.

—Con el tiempo, Percy Jackson, si tienes éxito en el campamento. Hoy te has portado bien, lo cual es un buen principio. Tal vez aún no esté todo perdido.

Se volvió hacia los otros chicos.

—Romanos, os presento al hijo de Neptuno. Durante meses ha estado durmiendo, pero ya está despierto. Su destino está en vuestras manos. La fiesta de Fortuna se avecina, y habrá que liberar a la muerte si queréis tener esperanzas en la batalla. ¡No

me falléis!

Juno relució y desapareció. Percy miró a Hazel y a Frank esperando alguna explicación, pero parecían tan confundidos como él. Frank tenía en las manos algo en lo que Percy no había reparado antes: dos pequeños frascos de barro con tapones de corcho, como pociones. Percy no tenía ni idea de dónde habían salido, pero vio que Frank se los metía en los bolsillos. Frank le lanzó una mirada como diciendo: «Ya hablaremos más tarde del asunto».

La chica de la capa morada dio un paso adelante. Escrutó a Percy con recelo, y Percy no pudo quitarse de encima la sensación de que quería atravesarlo con su daga.

—Así que eres un hijo de Neptuno que acude a nosotros con la bendición de Juno —dijo fríamente.

—Mira, tengo la memoria un poco borrosa —contestó él—. De hecho, la he perdido del todo. ¿Te conozco?

La chica vaciló.

—Soy Reyna, pretora de la Duodécima Legión. Y... no, no te conozco.

La última parte era mentira. Percy lo notó en sus ojos. Pero también comprendió que si le discutía aquel punto allí, delante de sus soldados, a ella no le haría gracia.

—Hazel —dijo Reyna—, llévalo dentro. Quiero interrogarlo en el *principia*. Luego se lo mandaremos a Octavio. Debemos consultar los augurios antes de decidir qué hacemos con él.

—¿A qué te refieres con «decidir qué hacemos con él»? —preguntó Percy.

La mano de Reyna apretó su daga. Era evidente que no estaba acostumbrada a que cuestionaran sus órdenes.

—Antes de aceptar a alguien en el campamento, debemos interrogarlo e interpretar los augurios. Juno ha dicho que tu destino está en nuestras manos. Tenemos que saber si la diosa nos ha traído a un nuevo recluta...

Reyna observó a Percy como si considerara esa posibilidad dudosa.

—O —dijo más esperanzada— si nos ha traído a un enemigo al que matar.

III

Percy

A Percy no le daban miedo los fantasmas, lo cual era una suerte. En el campamento, la mitad de la gente estaba muerta.

Relucientes guerreros morados permanecían fuera del arsenal, puliendo espadas eternas. Otros pasaban el rato delante de los barracones. Un chico espectral perseguía a un perro espectral por la calle. Y en los establos, un chico rojo corpulento y brillante con cabeza de lobo vigilaba a una manada de... ¿Eran unicornios?

Ninguno de los campistas prestaba demasiada atención a los fantasmas, pero cuando pasaba el séquito de Percy, encabezado por Reyna y flanqueado por Frank y Hazel, todos los espíritus dejaban lo que estaban haciendo y se quedaban mirando a Percy. Unos cuantos parecían furiosos. El niño fantasma chilló algo parecido a «¡Greggus!» y se volvió invisible.

Percy deseó poder volverse invisible también. Después de pasar semanas solo, toda aquella atención le hacía sentirse incómodo. Permaneció entre Hazel y Frank y trató de no llamar la atención.

—¿Estoy teniendo visiones? —preguntó—. ¿O esos de ahí son...?

—¿Fantasmas? —Hazel se volvió. Tenía unos ojos llamativos, como el oro de catorce quilates—. Son lares. Dioses domésticos.

—Dioses domésticos —repitió Percy—. ¿Son... más pequeños que los dioses auténticos?

—Son espíritus ancestrales —explicó Frank.

Se había quitado el yelmo y había dejado al descubierto una cara infantil que no concordaba con su corte de pelo militar ni su cuerpo grande y corpulento. Parecía un niño que había tomado esteroides y se había alistado en los marines.

—Los lares son una especie de mascotas —continuó—. En general son inofensivos, pero nunca los había visto tan agitados.

—Me están mirando fijamente —dijo Percy—. Ese niño fantasma me ha llamado Greggus. No me llamo Greg.

—*Graecus* —le corrigió Hazel—. Cuando lleves un tiempo aquí, empezarás a entender el latín. Los semidioses lo entienden de forma natural. *Graecus* significa «griego».

—¿Es eso malo? —preguntó Percy.

Frank carraspeó.

—Puede que no. Tienes el tipo de tez griega, el pelo moreno y todo lo demás. A lo mejor piensan que realmente eres griego. ¿Es de allí tu familia?

—No lo sé. Como he dicho, he perdido la memoria.

—O a lo mejor...

Frank titubeó.

—¿Qué? —preguntó Percy.

—Probablemente nada —contestó Frank—. Los romanos y los griegos son antiguos rivales. A veces los romanos usan la palabra *graecus* como insulto para referirse a alguien que es un forastero: un enemigo. Yo no me preocuparía.

Parecía muy preocupado.

Se detuvieron en el centro del campamento, donde se unían dos anchos caminos empedrados formando una T.

Un letrero denominaba el camino VIA PRAETORIA. El otro camino, que atajaba por el centro del campamento, se denominaba VIA PRINCIPALIS. Debajo de los indicadores había letreros pintados a mano, como BERKELEY 8 KILÓMETROS; NUEVA ROMA 1,5 KILÓMETROS; VIEJA ROMA 11.700 KILÓMETROS; HADES 3.700 KILÓMETROS (señalando hacia abajo); RENO 334 KILÓMETROS, y MUERTE SEGURA: ¡ESTÁS AQUÍ!

Para tratarse de una muerte segura, el lugar parecía muy limpio y ordenado. Los edificios estaban recién encalados, dispuestos en pulcras cuadrículas, como si el campamento hubiera sido diseñado por un quisquilloso profesor de matemáticas. Los barracones tenían porches sombreados, donde los campistas holgazaneaban en hamacas, jugaban a las cartas o bebían refrescos. Cada dormitorio tenía delante una colección de banderas distinta que exhibían números romanos y animales diversos: águila, oso, lobo, caballo y algo parecido a un hámster.

A lo largo de la Via Praetoria, hileras de tiendas anunciaban comida, armaduras, armas, café, equipamiento para gladiadores y togas de alquiler. Un concesionario de carros tenía un gran anuncio delante: CAESAR XLS CON FRENOS ANTIBLOQUEO. ¡NO SE EXIGE DEPÓSITO EN DENARIOS!

En una esquina del cruce de caminos se encontraba el edificio más imponente: una construcción de mármol blanco con dos pisos y un pórtico con columnas que parecía un banco anticuado. Unos centinelas romanos se hallaban apostados delante. Sobre la puerta colgaba una gran bandera morada con las letras doradas SPQR bordadas dentro de una corona de laurel.

—¿Vuestro cuartel general? —preguntó Percy.

Reyna se situó de cara a él, sin abandonar su mirada fría y hostil.

—Se llama el *principia*.

Escudriñó a la multitud de campistas curiosos que los habían seguido desde el río.

—Volved todos a vuestros quehaceres. Os pondré al día cuando pase revista por la noche. Recordad que después de cenar tenemos juegos de guerra.

Al pensar en la cena, a Percy le rugieron las tripas. Y al oler el aroma a barbacoa que llegaba del comedor, se le hizo la boca agua. La panadería situada al final de la calle también olía de maravilla, pero dudaba que Reyna le diera permiso para acercarse.

La multitud se dispersó a regañadientes. Algunos murmuraban comentarios sobre las posibilidades de Percy.

—Está muerto —dijo uno.

—Deberían estarlo los dos que lo encontraron —dijo otro.

—Sí —murmuró otro más—. Que se una a la Quinta Cohorte. Griegos y frikis.

Varios chicos se rieron al oír el comentario, pero Reyna los miró frunciendo el entrecejo, y se largaron.

—Hazel —dijo Reyna—. Ven con nosotros. Quiero tu versión de lo que ha pasado en la puerta.

—¿Yo también? —dijo Frank—. Percy me ha salvado la vida. Tenemos que dejarlo...

Reyna lanzó a Frank una mirada tan severa que el muchacho se echó atrás.

—Te recuerdo, Frank Zhang, que estás en período de *probatio* —dijo—. Ya has causado suficientes problemas esta semana.

A Frank se le pusieron las orejas coloradas. Empezó a jugar con una pequeña chapa que llevaba sujeta al cuello con un cordón. Percy no le había prestado mucha atención, pero parecía una placa de identificación hecha de plomo.

—Ve al arsenal —le dijo Reyna—. Revisa el inventario. Te llamaré si te necesito.

—Pero... —Frank se contuvo—. Sí, Reyna.

Se marchó a toda prisa.

Reyna señaló el cuartel general a Hazel y Percy.

—Bueno, Percy Jackson, vamos a ver si podemos refrescarte la memoria.

El *principia* era todavía más imponente por dentro.

En el techo relucía un mosaico de Rómulo y Remo bajo la loba que les hizo de madre adoptiva (Lupa le había contado la historia a Percy un millón de veces). El suelo era de mármol pulido. Las paredes estaban revestidas de terciopelo, de tal forma que Percy tenía la sensación de estar dentro de la tienda de campaña más cara del mundo. En la pared del fondo había expuestos estandartes y postes de madera llenos de medallas de bronce: símbolos militares, supuso Percy. En el centro había un expositor vacío, como si el estandarte principal hubiera sido retirado para ser limpiado o algo parecido.

En el rincón del fondo había una escalera que bajaba. El acceso estaba cortado

por una hilera de barrotes como la puerta de una celda. Percy se preguntó qué habría allí abajo: ¿monstruos? ¿Un tesoro? ¿Semidioses amnésicos que no eran santo de la devoción de Reyna?

En el centro de la estancia, una larga mesa de madera se hallaba repleta de pergaminos, libretas, tabletas de datos, dagas y un gran cuenco lleno de gominolas que parecía bastante fuera de lugar. Dos estatuas de galgos de tamaño natural —una de plata y la otra de oro— flanqueaban la mesa.

Reyna se situó detrás de la mesa y se sentó en una de las sillas de respaldo alto. Percy estaba deseando sentarse en la otra, pero Hazel permaneció de pie. A Percy le dio la impresión de que debía hacer otro tanto.

—Bueno... —dijo.

Las estatuas de perro enseñaron los dientes y gruñeron.

Percy se quedó paralizado. En general le gustaban los perros, pero aquellos lo miraban furiosamente con unos ojos de rubíes. Sus colmillos parecían afilados como navajas.

—Tranquilos, chicos —dijo Reyna a los galgos.

Los animales dejaron de gruñir, pero siguieron mirando a Percy como si se lo estuvieran imaginando de comida.

—No te atacarán a menos que intentes robar algo —explicó Reyna—, o a menos que yo se lo diga. Son Argentum y Aurum.

—Plata y Oro —dijo Percy.

El significado de las palabras latinas le vino a la cabeza tal como Hazel le había dicho. Estuvo a punto de preguntar a qué perro correspondía cada nombre, pero se dio cuenta de que era una pregunta estúpida.

Reyna dejó la daga en la mesa. Percy tenía la vaga sensación de que la había visto antes. Su cabello era negro y brillante como una roca volcánica, y lo llevaba recogido en una trenza que le caía por la espalda. Tenía el porte de una espadachina: relajado pero alerta, como si estuviera lista para entrar en acción en cualquier momento. Las arrugas de sus ojos le hacían parecer más mayor de lo que probablemente era.

—Tú y yo hemos coincidido antes —se aventuró—. Pero no recuerdo cuándo. Por favor, si puedes decirme algo...

—Lo primero es lo primero —dijo Reyna—. Quiero oír tu historia. ¿Qué recuerdas? ¿Cómo has llegado aquí? Y no mientas. A mis perros no les gustan los mentirosos.

Argentum y Aurum gruñeron para recalcar ese detalle.

Percy explicó que se había despertado en una mansión en ruinas en el bosque de Sonoma. Describió el tiempo que había pasado con Lupa y su manada, estudiando su lenguaje de gestos y expresiones, aprendiendo a sobrevivir y a luchar.

Lupa le había hablado de semidioses, monstruos y dioses. Le había explicado que

ella era uno de los espíritus guardianes de la Antigua Roma. Los semidioses como Percy eran los responsables de continuar las tradiciones romanas en épocas modernas: luchando contra monstruos, sirviendo a los dioses, protegiendo a los mortales y manteniendo el recuerdo del imperio. La loba había pasado semanas adiestrándolo hasta hacerlo fuerte, duro y fiero como un lobo. Cuando estuvo satisfecha con sus dotes, lo envió al sur diciéndole que si sobrevivía al viaje, podría hallar un nuevo hogar y recuperar la memoria.

Nada de eso pareció sorprender a Reyna. De hecho, pareció encontrarlo bastante vulgar... salvo una cosa.

—¿No recuerdas nada en absoluto? —preguntó—. ¿Sigues sin acordarte de nada?

—Fragmentos borrosos.

Percy echó un vistazo rápido a los galgos. No quería mencionar a Annabeth. Le parecía demasiado íntimo, y todavía estaba confundido con respecto al lugar donde encontrarla. Estaba seguro de que se habían conocido en un campamento... pero ese no le parecía el lugar adecuado.

Además, se negaba a compartir su único recuerdo claro. El rostro de Annabeth, su cabello rubio y sus ojos grises, su forma de reírse, de abrazarlo y de darle un beso cada vez que él hacía algo ridículo.

«Debe de haberme besado mucho», pensó Percy.

Temía que si revelaba ese recuerdo a alguien, se esfumara como un sueño. No podía arriesgarse a que eso pasara.

Reyna hizo girar la daga.

—Casi todo lo que estás describiendo es normal para los semidioses. A una determinada edad, de una forma u otra, nos las arreglamos para llegar a la Casa del Lobo. Nos han puesto a prueba y nos han adiestrado. Si Lupa considera que somos dignos, nos envía al sur para que nos unamos a la legión. Pero en mi vida he oído que alguien haya perdido la memoria. ¿Cómo has encontrado el Campamento Júpiter?

Percy le relató sus tres últimos días: las gorgonas que no se dejaban matar, la vieja que resultó ser una diosa y, finalmente, el encuentro con Hazel y Frank en el túnel de la colina.

Hazel retomó la historia a partir de ese punto. Describió a Percy como valiente y heroico, cosa que le hizo sentirse incómodo. Lo único que él había hecho había sido cargar con una vieja hippy.

Reyna lo escrutó.

—Eres mayor para ser un recluta. ¿Cuántos años tienes? ¿Dieciséis, quizá?

—Creo que sí —contestó Percy.

—Si hubieras pasado tantos años solo, sin adiestramiento ni ayuda, deberías estar muerto. ¿Un hijo de Neptuno? Tendrías un aura muy intensa que atraería a toda clase de monstruos.

—Sí —dijo Percy—. Me han dicho que huelo.

Reyna sonrió, lo que hizo albergar esperanzas a Percy. Tal vez en el fondo fuera humana.

—Debiste de estar en alguna parte antes de llegar a la Casa del Lobo —dijo.

Percy se encogió de hombros. Juno había dicho algo sobre dormir, y realmente tenía la vaga sensación de haber estado dormido..., puede que mucho tiempo. Pero no tenía sentido.

Reyna suspiró.

—Bueno, los perros no te han comido, así que supongo que dices la verdad.

—Genial —dijo Percy—. La próxima vez ¿puedes hacerme la prueba del polígrafo?

Reyna se levantó. Se paseó por delante de los estandartes. Sus perros metálicos observaban su ir y venir.

—Aunque aceptara que no eres un enemigo —dijo—, no eres un recluta típico. La reina del Olimpo no aparece en el campamento anunciando la llegada de un nuevo semidiós. La última vez que un dios importante nos visitó en persona de esa forma... —Sacudió la cabeza—. Solo he oído leyendas sobre ese tipo de cosas. Y un hijo de Neptuno... no es un buen augurio. Y menos ahora.

—¿Qué pasa con Neptuno? —preguntó Percy—. ¿Y qué quieres decir con «y menos ahora»?

Hazel le lanzó una mirada de advertencia.

Reyna siguió paseándose.

—Has luchado contra las hermanas de Medusa, que no se habían dejado ver desde hacía miles de años. Has agitado a nuestros lares, que te llaman *graecus*. Y llevas unos extraños símbolos: esa camiseta, las cuentas de tu collar... ¿Qué significan?

Percy miró su raída camiseta de manga corta naranja. Es posible que en otra época hubiera tenido unas letras estampadas, pero estaban demasiado desteñidas para ser legibles. Debería haber tirado la camiseta hacía semanas. Estaba hecha jirones, pero no soportaba la idea de deshacerse de ella. No paraba de lavarla lo mejor que podía en arroyos y fuentes, y se la volvía a poner.

En cuanto al collar, cada una de las cuatro cuentas de barro estaba decorada con un símbolo distinto. En una aparecía un tridente. Otra exhibía un vellocino de oro en miniatura. En la tercera había grabado un dibujo de un laberinto, y la última tenía una imagen de un edificio —¿tal vez el Empire State Building?— con unos nombres grabados alrededor que Percy no reconocía. Las cuentas parecían importantes, como fotografías de un álbum familiar, pero no recordaba su significado.

—No lo sé —dijo.

—¿Y tu espada? —preguntó Reyna.

Percy miró en su bolsillo. El bolígrafo había vuelto a aparecer, como siempre. Lo sacó, pero mientras lo hacía cayó en la cuenta de que en ningún momento le había enseñado a Reyna la espada. Hazel y Frank tampoco la habían visto. ¿Cómo había sabido Reyna de su existencia?

Demasiado tarde para fingir que no existía... Percy quitó el capuchón del bolígrafo. *Contracorriente* cobró forma al instante. Hazel se quedó boquiabierta. Los galgos se pusieron a ladrar con aprensión.

—¿Qué es eso? —preguntó Hazel—. En mi vida he visto una espada como esa.

—Yo sí —dijo Reyna de forma enigmática—. Es muy antigua... un diseño griego. En el arsenal teníamos unas cuantas... —Se detuvo—. El metal se llama bronce celestial. Es mortal para los monstruos, como el oro imperial, pero todavía más raro.

—¿Oro imperial? —preguntó Percy.

Reyna desenvainó su daga. Efectivamente, la hoja era de oro.

—En la Antigüedad, el metal se consagraba en el Panteón de Roma. Su existencia era un secreto muy bien guardado por los emperadores: una forma de que sus defensores mataran a los monstruos que amenazaban el Imperio. Antes solíamos tener armas así, pero ahora... bueno, nos las arreglamos como podemos. Yo uso esta daga. Hazel tiene una *spatha*, una espada de la caballería. Pero esa arma tuya no es romana en absoluto. Es otra señal de que no eres un semidiós al uso. Y tu brazo...

—¿Qué le pasa? —preguntó Percy.

Reyna levantó su antebrazo. Percy no se había fijado antes, pero tenía un tatuaje en la cara interior: las letras SPQR, una espada y una antorcha cruzadas, y debajo, cuatro líneas paralelas como rayas de tanteo.

Percy lanzó una mirada a Hazel.

—Todos las tenemos —confirmó ella, levantando el brazo—. Todos los miembros de pleno derecho de la legión las tenemos.

El tatuaje de Hazel también tenía las letras SPQR, pero ella solo tenía una raya de tanteo, y su emblema era distinto: un glifo negro con una cruz con los brazos curvados y una cabeza:



Percy se miró los brazos. Unos cuantos arañazos, barro y una mancha de salchicha con queso, pero ningún tatuaje.

—Así que nunca has sido miembro de la legión —dijo Reyna—. Estas marcas no se pueden quitar. He pensado que a lo mejor...

Negó con la cabeza, como si estuviera descartando una idea.

Hazel se inclinó hacia delante.

—Si ha sobrevivido solo todo este tiempo, tal vez haya visto a Jason —se volvió

hacia Percy—. ¿Has conocido a algún semidiós como nosotros antes? Un chico con una camiseta morada, con marcas en el brazo...

—Hazel —la voz de Reyna se volvió tensa—. Percy ya tiene suficientes preocupaciones.

Percy tocó la punta de su espada, y *Contracorriente* se convirtió otra vez en bolígrafo.

—No he visto a nadie como vosotros. ¿Quién es Jason?

Reyna lanzó una mirada de irritación a Hazel.

—Es... era mi colega —señaló con la mano la segunda silla vacía—. La legión normalmente tiene dos pretores electos. Jason Grace, hijo de Júpiter, fue nuestro pretor hasta que desapareció el pasado mes de octubre.

Percy trató de hacer cálculos. No había prestado mucha atención al calendario mientras estuvo en el monte, pero Juno había dicho que estaban en junio.

—¿Quieres decir que lleva ocho meses desaparecido y no lo habéis sustituido?

—Puede que no esté muerto —dijo Hazel—. No nos hemos dado por vencidos.

Reyna hizo una mueca. A Percy le dio la impresión de que el tal Jason podía haber sido más que un simple colega para ella.

—Solo se celebran elecciones de dos formas —explicó Reyna—. O la legión levanta a alguien sobre un escudo después de un triunfo importante en el campo de batalla (y no hemos tenido ninguna batalla importante) o hacemos una votación la noche del veinticuatro de junio, en la fiesta de Fortuna. Es decir, dentro de cinco días.

Percy arrugó la frente.

—¿Celebráis una fiesta de la tuna?

—*Fortuna* —le corrigió Hazel—. Es la diosa de la suerte. Lo que ocurre el día de su festividad puede afectar al resto del año. Ella puede conceder buena suerte al campamento... o muy mala suerte.

Reyna y Hazel miraron el expositor vacío, como si estuvieran pensando en lo que faltaba.

Un escalofrío recorrió la espalda de Percy.

—La fiesta de Fortuna... Las gorgonas hablaron de ella. Y también Juno. Dijeron que el campamento iba a ser atacado ese día, y algo sobre una gran diosa mala llamada Gaia, un ejército y la Muerte liberada. ¿Me estás diciendo que ese día es esta misma semana?

Los dedos de Reyna apretaron la empuñadura de su daga.

—No dirás una palabra sobre ese tema fuera de esta habitación —ordenó—. No pienso permitir que siembres más pánico en el campamento.

—Entonces es verdad —dijo Percy—. ¿Sabes lo que va a pasar? ¿Podemos impedirlo?

Percy acababa de conocer a aquella gente. Ni siquiera estaba seguro de que le

cayera bien Reyna. Pero quería ayudar. Eran semidioses, como él. Tenían los mismos enemigos. Además, Percy recordó lo que le había dicho Juno: no solo corría peligro ese campamento. Su antigua vida, los dioses y todo el mundo podrían acabar destruidos. Fuera lo que fuese lo que se avecinaba, era muy grave.

—Ya hemos hablado bastante por el momento —dijo Reyna—. Hazel, llévalo a la colina de los Templos. Busca a Octavio. Por el camino podrás responder a las preguntas de Percy. Háblale de la legión.

—Sí, Reyna.

A Percy todavía le quedaban tantas preguntas por hacer que parecía que el cerebro se le fuera a derretir. Pero Reyna dejó claro que la audiencia había terminado. Envainó su daga. Los perros metálicos se pusieron derechos y gruñeron, dirigiéndose muy lentamente hacia Percy.

—Buena suerte con el augurio, Percy Jackson —dijo—. Si Octavio te deja vivir, tal vez podamos intercambiar impresiones... sobre tu pasado.

IV

Percy

Al salir del campamento, Hazel lo invitó a un café exprés y una magdalena de fresa en el establecimiento de Bombilo, el cafetero bicéfalo.

Percy olió la magdalena. El café estaba delicioso. Si pudiera ducharse, cambiarse de ropa y dormir un poco, pensó Percy, se sentiría como nuevo.

Observó que un puñado de chicos con bañadores y toallas entraban en un edificio del que salía vapor por una hilera de chimeneas. Risas y sonidos acuáticos resonaban en el interior, como si se tratara de una piscina cubierta: el tipo de sitio que a Percy le gustaba.

—Los baños —anunció Hazel—. Con suerte, los visitarás antes de cenar. El que no se ha dado un baño romano no sabe lo que es vivir.

Percy suspiró de impaciencia.

A medida que se acercaban a la puerta principal, los barracones se volvían más grandes y más bonitos. Hasta los fantasmas tenían mejor aspecto: llevaban armaduras más elegantes y lucían auras más brillantes. Percy trató de descifrar los estandartes y los símbolos que colgaban delante de los edificios.

—¿Estáis repartidos en distintas cabañas? —preguntó.

—Más o menos —Hazel se agachó cuando un chico montado en una gigantesca águila se lanzó en picado—. Tenemos cinco cohortes de aproximadamente cuarenta chicos cada una. Cada cohorte está dividida en barracones de diez, como compañeros de habitación.

A Percy nunca se le habían dado bien las matemáticas, pero trató de multiplicar las cifras.

—¿Me estás diciendo que hay doscientos chicos en el campamento?

—Aproximadamente.

—¿Y todos son hijos de dioses? Pues sí que han estado ocupados.

Hazel se rió.

—No todos son hijos de los dioses principales. Hay cientos de dioses romanos menores. Además, muchos campistas son legados: miembros de la segunda o la tercera generación. Tal vez sus padres fueran semidioses. O sus abuelos.

Percy parpadeó.

—¿Hijos de semidioses?

—¿Qué pasa? ¿Te sorprende?

Percy no estaba seguro. Durante las últimas semanas lo único que le había preocupado había sido sobrevivir de un día para otro. La idea de vivir lo suficiente para convertirse en adulto y tener hijos le parecía un sueño imposible.

—Esos legos...

—Legados —le corrigió Hazel.

—¿Tienen poderes como los semidioses?

—A veces sí y a veces no. Pero se les puede adiestrar. Los mejores generales y emperadores romanos aseguraban ser descendientes de dioses. La mayoría de las veces decían la verdad. El augur que vamos a visitar, Octavio, es un legado, un descendiente de Apolo. Supuestamente, tiene el don de la profecía.

—¿Supuestamente?

Hazel adoptó una expresión avinagrada.

—Ya lo verás.

Eso no hizo sentirse mejor a Percy, si el tal Octavio tenía el destino de él en sus manos.

—Entonces las divisiones, las cohortes, lo que sea... ¿Estáis repartidos según vuestro padre divino?

Hazel se lo quedó mirando.

—¡Qué idea más horrible! No, los oficiales deciden adónde destinar a los reclutas. Si nos repartieran según los dioses, todas las cohortes serían desiguales. Yo estaría sola.

Percy sintió una aguda tristeza, como si él también se hubiera visto en esa situación.

—¿Por qué? ¿Cuál es tu ascendencia?

Antes de que ella pudiera contestar, alguien gritó detrás de ellos:

—¡Esperad!

Un fantasma corría hacia ellos: un anciano con una barriga como un balón de gimnasia y una toga tan larga que no paraba de tropezar con ella. Cuando los alcanzó, le faltaba el aliento, y su aura morada parpadeaba en torno a él.

—¿Es él? —preguntó el fantasma con voz entrecortada—. ¿Un nuevo recluta para la Quinta, quizá?

—Vitelio —dijo Hazel—, tenemos bastante prisa.

El fantasma miró a Percy frunciendo el entrecejo y lo rodeó, inspeccionándolo como si fuera un coche de segunda mano.

—No sé —se quejó—. Necesitamos lo mejor para la cohorte. ¿Tiene todos los dientes? ¿Sabe luchar? ¿Limpia cuerdas?

—Sí, sí y no —contestó Percy—. ¿Quién es usted?

—Percy, este es Vitelio —la expresión de Hazel decía: «Síguele la corriente»—. Es uno de nuestros lares; le interesan los nuevos reclutas.

En un porche cercano, otros fantasmas se reían disimuladamente mientras Vitelio se paseaba de un lado al otro, tropezando con su toga y subiéndose el cinturón de la espada.

—Sí —dijo Vitelio—, en la época de César (Julio César, claro está), la Quinta Cohorte era extraordinaria. ¡La Duodécima Legión Fulminata, el orgullo de Roma! Pero es una vergüenza a lo que hemos llegado en la actualidad. Fíjate en Hazel, usando una *spatha*. Un arma ridícula para una legionaria romana. ¡Es para la caballería! Y tú, muchacho... hueles a cloaca. ¿No te has bañado?

—He estado algo ocupado luchando contra unas gorgonas —respondió Percy.

—Vitelio —lo interrumpió Hazel—, tenemos que escuchar el augurio de Percy antes de que pueda unirse a nosotros. ¿Por qué no vas a ver a Frank? Está en el arsenal haciendo el inventario. Ya sabes lo mucho que aprecia tu ayuda.

Las cejas peludas y moradas del fantasma se arquearon.

—¡Marte todopoderoso! ¿Dejan que el *probatio* revise el armamento? ¡Estamos perdidos!

Se marchó calle abajo dando traspiés, deteniéndose cada pocos metros para recoger su espada o volver a colocarse la toga.

—¡Buenooo! —dijo Percy.

—Lo siento —dijo Hazel—. Es un poco excéntrico, pero es uno de los lares más viejos. Ha estado con nosotros desde que la legión se fundó.

—Ha llamado a la legión... ¿Fulminata? —preguntó Percy.

—Armada con el rayo —tradujo Hazel—. Es nuestro emblema. La Duodécima Legión estuvo presente durante todo el Imperio romano. Cuando Roma cayó, muchas legiones desaparecieron. Nosotros nos escondimos, obedeciendo órdenes secretas del mismísimo Júpiter: seguir con vida, reclutar a semidioses y a sus hijos, mantener Roma activa. Hemos estado haciéndolo desde entonces, cambiando de sitio según donde la influencia romana era mayor. Durante los últimos siglos hemos estado en Estados Unidos.

Por extraño que aquello pudiera parecer, a Percy no le costó creerlo. De hecho, le resultaba familiar, como si siempre lo hubiera sabido.

—Y tú estás en la Quinta Cohorte —aventuró—, que puede que no sea la más popular.

Hazel frunció la frente.

—Sí. Me alisté en septiembre del año pasado.

—Eso fue... pocas semanas antes de que ese tal Jason desapareciera.

Percy sabía que había tocado un tema delicado. Hazel bajó la vista. Permaneció callada suficiente tiempo para contar todos los adoquines.

—Vamos —dijo por fin—. Te enseñaré mi vista favorita.

Se detuvieron delante de las puertas principales. La fortaleza estaba situada en el punto más elevado del valle, de forma que podían verlo prácticamente todo.

El camino bajaba al río y se bifurcaba. Un sendero avanzaba hacia el sur, cruzaba un puente y subía hasta la colina con todos los templos. El otro camino llevaba hacia el norte, a la ciudad, una versión en miniatura de la antigua Roma. A diferencia del campamento militar, la ciudad tenía un aspecto caótico y lleno de colorido, con edificios apretujados desordenadamente. Incluso desde tan lejos, Percy podía ver a la gente reunida en la plaza, los compradores apiñados en un mercado al aire libre, los padres jugando con sus hijos en los parques.

—¿Tenéis familias aquí? —preguntó.

—¿En la ciudad? Desde luego —dijo Hazel—. Cuando te aceptan en la legión, cumples diez años de servicio. Después puedes darte de baja cuando te dé la gana. La mayoría de los semidioses pasan al mundo de los mortales. Pero para algunos... es bastante peligroso. Este valle es un santuario. En la ciudad puedes ir a la universidad, casarte, tener hijos y jubilarte cuando te haces viejo. Es el único lugar seguro de la tierra para la gente como nosotros. De modo que muchos veteranos se construyen sus casas aquí, bajo la protección de la legión.

Semidioses adultos. Semidioses que podían vivir sin temor, casarse, formar una familia. A Percy le costaba creerlo. Parecía demasiado bueno para ser verdad.

—¿Y si atacan el valle?

Hazel frunció los labios.

—Tenemos defensas. Las fronteras son mágicas, pero nuestra fuerza ya no es lo que era. Últimamente los ataques de los monstruos han aumentado. ¿Te acuerdas de lo que dijiste sobre lo que te había costado matar a las gorgonas? Nosotros también lo hemos notado con otros monstruos.

—¿Sabéis cuál es la causa?

Hazel apartó la vista. Percy advirtió que estaba ocultándole algo: algo que se suponía que no debía decir.

—Es... es complicado —dijo ella—. Mi hermano dice que la Muerte no es...

Un elefante la interrumpió.

Alguien gritó detrás de ellos:

—¡Abrid paso!

Hazel apartó a Percy del camino, y un semidiós montado en un paquidermo adulto cubierto con una armadura de Kevlar negra pasó a su lado. La palabra ELEFANTE estaba impresa en el lateral de la armadura, un detalle que a Percy le pareció algo evidente.

El elefante avanzó por el camino con gran estruendo y giró hacia el norte, en dirección al gran campo abierto donde había unas fortificaciones en construcción.

Percy escupió el polvo que le había entrado en la boca.

—Pero ¿qué...?

—Un elefante —explicó Hazel.

—Sí, he leído el letrero. ¿Por qué le ponéis un chaleco antibalas a un elefante?

—Esta noche hay juegos de guerra —contestó Hazel—. Ese es Aníbal. Si no contáramos con él, se llevaría un disgusto.

—Eso es algo que no podemos permitir.

Hazel se rió. Costaba creer que apenas un momento antes hubiera estado tan malhumorada. Percy se preguntó qué sería lo que había estado a punto de decir. Ella tenía un hermano. Sin embargo, había dicho que se quedaría sola si en el campamento la clasificaran por su padre divino.

Percy no la entendía. Ella parecía simpática y de trato fácil, madura para alguien que no debía de pasar de los trece años. Pero también parecía ocultar una profunda tristeza, como si se sintiera culpable por algo.

Hazel señaló con el dedo hacia el sur, al otro lado del río. Unos nubarrones se estaban acumulando sobre la colina de los Templos. Relámpagos rojos bañaban los monumentos de una luz color sangre.

—Octavio está ocupado —dijo Hazel—. Más vale que vayamos.

Por el camino se cruzaron con unos chicos con patas de cabra que descansaban en el borde del sendero.

—¡Hazel! —gritó uno de ellos.

Se acercó trotando con una sonrisa de oreja a oreja. Lucía una camisa hawaiana descolorida y no llevaba nada de cintura para abajo salvo su tupido pelaje de cabra marrón. Su enorme peinado afro se meneaba cuando se movía. Tenía los ojos ocultos detrás de unas pequeñas gafas redondas con cristales tornasolados. Sujetaba un letrero de cartón que rezaba: ~~trabajo~~ canto hablo me largo a cambio de denarios.

—Hola, Don —dijo Hazel—. Lo siento, no tenemos tiempo...

—¡Tranqui! ¡Tranqui! —Don avanzó trotando al lado de ellos—. ¡Eh, este tío es nuevo! —Sonrió a Percy—. ¿Tienes tres denarios para el autobús? Me he dejado la cartera en casa y tengo que ir a trabajar, y además...

—Don —lo reprendió Hazel—. Los faunos no tienen carteras. Ni trabajos. Ni casas. Y no tenemos autobuses.

—Vale —dijo él alegremente—, pero ¿tienes denarios?

—¿Te llamas Don el fauno? —preguntó Percy.

—Sí. ¿Y qué?

—Nada —Percy trató de mantener la cara seria—. ¿Por qué no tienen trabajo los

faunos? ¿No deberían trabajar en el campamento?

Don baló.

—¡Los faunos! ¡Trabajar en el campamento! ¡Me parto de risa!

—Los faunos son... hum... espíritus libres —explicó Hazel—. Holgazanean aquí porque es un sitio donde holgazanear y mendigar sin peligro. Los aguantamos, pero...

—Hazel es alucinante —dijo Don—. ¡Es majísima! Los otros campistas se ponen en plan: «Lárgate, Don». Pero ella siempre dice: «Por favor, lárgate, Don». ¡La adoro!

El fauno parecía inofensivo, pero a Percy le resultaba inquietante de todas formas. Tenía la sensación de que los faunos debían de ser algo más que simples criaturas sin hogar que mendigaban denarios.

Don miró al suelo delante de ellos y dejó escapar un grito ahogado de sorpresa.

—¡Premio!

Alargó la mano para coger algo, pero Hazel gritó:

—¡No, Don!

Lo apartó de un empujón y cogió un pequeño objeto. Percy lo vislumbró antes de que Hazel se lo metiera en el bolsillo. Habría jurado que era un diamante.

—Venga ya, Hazel —se quejó Don—. ¡Podría haberme comprado dónuts durante un año con eso!

—Por favor, Don —dijo Hazel—. Lárgate.

Parecía afectada, como si acabara de salvar a Don del ataque de un elefante con chaleco antibalas.

El fauno suspiró.

—Bah, no puedo enfadarme contigo. Pero te juro que es como si me trajeras suerte. Cada vez que apareces...

—Adiós, Don —dijo Hazel rápidamente—. Vamos, Percy.

La chica empezó a trotar. Percy tuvo que correr para alcanzarla.

—¿A qué ha venido eso? —preguntó Percy—. El diamante del camino...

—Por favor —dijo ella—. No preguntes.

Anduvieron en un silencio incómodo el resto del trayecto hasta la colina de los Templos. Un sinuoso sendero de piedra pasaba por delante de una extravagante mezcla de diminutos altares y enormes panteones abovedados. Las estatuas de dioses parecían seguir a Percy con los ojos.

Hazel señaló el templo de Belona.

—La diosa de la guerra —dijo—. Es la madre de Reyna.

A continuación, pasaron por delante de una enorme cripta roja decorada con cráneos humanos y pinchos de hierro.

—Por favor, dime que no vamos ahí dentro —dijo Percy.

Hazel negó con la cabeza.

—Ese es el templo de Marte Ultor.

—Marte... ¿Ares, el dios de la guerra?

—Ese es su nombre griego —dijo Hazel—. Pero sí, es el mismo dios. Ultor significa «el Vengador». Es el segundo dios más importante de Roma.

A Percy no le hizo mucha ilusión oír eso. Por algún motivo, le bastaba con mirar el feo edificio rojo para ponerse furioso.

Señaló la cima. Las nubes se arremolinaban sobre el templo más grande, un pabellón redondo con un círculo de columnas blancas que soportaban un tejado abovedado.

—Supongo que ese es el templo de Zeus..., quiero decir, de Júpiter. ¿Es allí adonde vamos?

—Sí —Hazel parecía nerviosa—. Octavio lee los augurios allí: en el templo de Júpiter Óptimo Máximo.

Percy tuvo que pararse a pensar, pero las palabras en latín se tradujeron automáticamente a su idioma.

—Júpiter... ¿el mejor y el más grande?

—Exacto.

—¿Cuál es el título de Neptuno? —preguntó Percy—. ¿El más molón y el más alucinante?

—Esto, no exactamente.

Hazel señaló un pequeño edificio azul del tamaño de un cobertizo para herramientas. Encima de la puerta había clavado un tridente cubierto de telarañas.

Percy echó un vistazo al interior. Sobre un pequeño altar había un cuenco con tres manzanas secas y mohosas.

Se le cayó el alma a los pies.

—Un sitio muy frecuentado.

—Lo siento mucho, Percy —dijo Hazel—. Es solo que... los romanos siempre tuvieron miedo del mar. Solo usaban los barcos cuando no les quedaba más remedio. Incluso en épocas modernas, tener un hijo de Neptuno cerca siempre ha sido un mal presagio. La última vez que uno se alistó en la legión fue... en 1906, cuando el Campamento Júpiter estaba al otro lado de la bahía de San Francisco. Hubo un gran terremoto...

—¿Me estás diciendo que lo provocó un hijo de Neptuno?

—Eso dicen —Hazel adoptó un tono de disculpa—. De todas formas, los romanos temen a Neptuno, pero no lo quieren mucho.

Percy se quedó mirando las telarañas que cubrían el tridente.

«Estupendo», pensó. Aunque ingresara en el campamento, nunca lo querrían. A lo máximo a lo que podía aspirar era a dar miedo a sus compañeros de campamento. Tal

vez, si lo hacía especialmente bien, le dieran unas manzanas mohosas.

Aun así... situado ante el altar de Neptuno, sintió que algo se removía dentro de él, como si unas olas corrieran por sus venas.

Metió la mano en la mochila y sacó el último alimento que le quedaba de los víveres del viaje: un bollo rancio. No era gran cosa, pero lo dejó sobre el altar.

—Hola... papá —se sentía muy ridículo hablando con un frutero—. Si puedes oírme, échame una mano, ¿vale? Devuélveme la memoria. Dime... dime lo que tengo que hacer.

Se le quebró la voz. No pretendía ponerse sentimental, pero estaba agotado, tenía miedo y había estado perdido tanto tiempo que habría dado cualquier cosa por un consejo. Quería saber algo seguro sobre su vida, sin tener que intentar recobrar recuerdos perdidos.

Hazel le posó la mano en el hombro.

—Todo irá bien. Ahora estás aquí. Eres uno de los nuestros.

Percy se sentía incómodo buscando consuelo en una chica de octavo curso a la que apenas conocía, pero se alegraba de que ella estuviera allí.

Encima de ellos, un trueno retumbó. Un relámpago rojo iluminó la colina.

—Octavio ya casi ha terminado —dijo Hazel—. Vamos.

Comparado con el cobertizo para herramientas de Neptuno, el templo de Júpiter era sin duda óptimo y máximo.

El suelo de mármol tenía bonitos mosaicos grabados e inscripciones en latín. Casi veinte metros por encima, el techo abovedado emitía destellos dorados. Todo el templo estaba abierto al viento.

En el centro había un altar de mármol, donde un chico con toga estaba haciendo una especie de ritual delante de la enorme estatua dorada del pez gordo al que estaba dedicado el enorme templo: Júpiter, el dios del cielo, vestido con una toga morada de seda de talla XXXL y con un rayo en la mano.

—No lo parece —murmuró Percy.

—¿Qué? —preguntó Hazel.

—El rayo maestro —contestó Percy.

—¿Qué dices?

—Yo... —Percy frunció el entrecejo. Por un segundo, le pareció recordar algo. Acto seguido, el recuerdo desapareció—. Nada, supongo.

El chico del altar levantó las manos. Más rayos rojos relampaguearon en el cielo y sacudieron el templo. A continuación bajó las manos, y el estruendo cesó. Las nubes pasaron del gris al blanco y se despejaron.

Un truco impresionante, considerando que el chico parecía un tirillas. Era alto y flaco, con el pelo de color pajizo, unos tejanos que le venían muy grandes, una

camiseta holgada y una toga caída. Parecía un espantapájaros vestido con una sábana.

—¿Qué está haciendo? —murmuró Percy.

El chico de la toga se volvió. Tenía una sonrisa torcida y una mirada ligeramente desquiciada, como si acabara de jugar a un intenso videojuego. En una mano sostenía un cuchillo. En la otra había algo parecido a un animal muerto. Ninguna de las dos cosas le hacían parecer menos desquiciado.

—Percy —dijo Hazel—, este es Octavio.

—¡El *graecus*! —anunció Octavio—. Qué interesante.

—Hola —dijo Percy—. ¿Estás matando animalitos?

Octavio miró el objeto vellosa de su mano y se echó a reír.

—No, no. Hubo un tiempo en que sí se mataban. Antes solíamos interpretar la voluntad de los dioses examinando entrañas de animales: pollos, cabras, esa clase de bichos. Ahora usamos esto.

Lanzó el objeto vellosa a Percy. Era un oso de peluche destripado. Entonces Percy se fijó en que había un montón de animales de peluche mutilados al pie de la estatua de Júpiter.

—¿De verdad? —preguntó Percy.

Octavio bajó del estrado. Debía de tener unos dieciocho años, pero era tan flaco y tan pálido que podría haber pasado por más joven. Al principio parecía inofensivo, pero cuando se acercó, Percy dudó. Los ojos de Octavio brillaban con una intensa curiosidad, como si pudiera destripar a Percy con la misma facilidad que a un oso de peluche si creía que podía aprender algo de ello.

Octavio entornó los ojos.

—Pareces nervioso.

—Me recuerdas a alguien —dijo Percy—. No recuerdo a quién.

—Posiblemente a mi tocayo, Octavio César Augusto. Todo el mundo dice que tengo un extraordinario parecido.

Percy no creía que ese fuera el motivo, pero era incapaz de recordarlo.

—¿Por qué me has llamado «el griego»?

—Lo he visto en los augurios —Octavio señaló con el cuchillo el montón de relleno que había sobre el altar—. El mensaje decía: «El griego ha llegado». O puede que «El ganso ha gritado». Creo que la primera interpretación es la correcta. ¿Quieres alistarte en la legión?

Hazel habló por él. Le contó a Octavio todo lo que había ocurrido desde que habían coincidido en el túnel: las gorgonas, la lucha en el río, la aparición de Juno y su conversación con Reyna.

Cuando mencionó a Juno, Octavio se quedó sorprendido.

—Juno —meditó—. La llamamos Juno Moneta. Juno la Avisadora. Aparece en épocas de crisis para aconsejar a Roma sobre graves amenazas.

Lanzó una mirada a Percy, como diciendo: «Como un griego misterioso, por ejemplo».

—He oído que la fiesta de Fortuna es esta semana —dijo Percy—. Las gorgonas han avisado de que ese día se producirá una invasión. ¿Lo ves en tu relleno?

—Lamentablemente, no —contestó Octavio suspirando—. La voluntad de los dioses es difícil de discernir. Y últimamente lo veo todo aún más oscuro.

—¿No tenéis...? No sé —dijo Percy—, ¿un oráculo o algo por el estilo?

—¡Un oráculo! —exclamó Octavio sonriendo—. Qué idea más bonita. No, me temo que nos hemos quedado sin oráculos. Claro que si hubiéramos ido a buscar los libros sibilinos, como yo recomendé...

—¿Los libros sibi qué? —preguntó Percy.

—Unos libros proféticos con los que está obsesionado Octavio —respondió Hazel—. Los romanos solían consultarlos cuando se producían desastres. La mayoría de la gente cree que se quemaron con la caída de Roma.

—Alguna gente cree eso —la corrigió Octavio—. Por desgracia, nuestra actual dirección se niega a autorizar una misión en su búsqueda...

—Porque Reyna no es tonta —terció Hazel.

—... así que solo tenemos unos cuantos fragmentos de los libros —continuó Octavio—. Unas cuantas predicciones misteriosas, como esas.

Señaló con la cabeza las inscripciones del suelo de mármol. Percy se quedó mirando las líneas de palabras, sin la esperanza de entenderlas. De repente, estuvo a punto de atragantarse.

—Esa —señaló con el dedo, traduciendo al tiempo que leía en voz alta—. «Siete mestizos responderán a la llamada. Bajo la tormenta o el fuego, el mundo debe caer...»

—Sí, sí —Octavio la terminó sin mirar—: «Un juramento que mantener con un último aliento. Y los enemigos en armas ante las Puertas de la Muerte».

—Yo... yo la conozco —a Percy le dio la impresión de que los truenos estaban sacudiendo otra vez el templo. Y entonces se dio cuenta de que su cuerpo entero estaba temblando—. Es importante.

Octavio arqueó una ceja.

—Pues claro que es importante. La llamamos la Profecía de los Siete, pero tiene varios miles de años de antigüedad. No sabemos lo que significa. Cada vez que alguien trata de interpretarla... Bueno, Hazel te lo puede contar. Pasan cosas malas.

Hazel le lanzó una mirada asesina.

—Limitate a interpretar el augurio de Percy. ¿Puede alistarse en la legión o no?

Percy casi podía ver el cerebro de Octavio en funcionamiento, conjeturando si Percy sería de utilidad o no. Alargó la mano para coger la mochila de Percy.

—Es un precioso espécimen. ¿Puedo?

Percy no entendía a qué se refería, pero Octavio le arrebató la almohada con forma de oso panda que sobresalía de la parte superior de la bolsa. No era más que un ridículo muñeco de peluche, pero Percy lo había llevado consigo un largo trecho. Le había tomado cariño. Octavio se volvió hacia el altar y levantó su cuchillo.

—¡Eh! —protestó Percy.

Octavio rajó la barriga del oso panda y echó su relleno sobre el altar. Lanzó el cuerpo a un lado, murmuró unas palabras sobre la pelusa y se volvió con una sonrisa de oreja a oreja dibujándole la cara.

—¡Buenas noticias! —anunció—. Percy puede alistarse en la legión. Le asignaremos una cohorte en la revista de la noche. Dile a Reyna que he dado mi aprobación.

Hazel relajó los hombros.

—Hummm... genial. Vamos, Percy.

—Ah, Hazel —dijo Octavio—. Me alegro de dar la bienvenida a Percy a la legión. Pero cuando se plantee la elección para pretor, espero que te acuerdes...

—Jason no está muerto —le espetó Hazel—. Tú eres el augur. ¡Se supone que debes buscarlo!

—¡Y lo estoy haciendo! —Octavio señaló el montón de animales de peluche destripados—. ¡Consulto a los dioses todos los días! Desafortunadamente, después de ocho meses, no he encontrado nada. Por supuesto, sigo buscando. Pero si Jason no vuelve para la fiesta de Fortuna, debemos actuar. No podemos mantener más tiempo un vacío de poder. Espero que me apoyes como pretor. Significaría mucho para mí.

Hazel apretó los puños.

—¿Yo? ¿Apoyarte? ¿A ti?

Octavio se quitó la toga y la dejó, junto con el cuchillo, sobre el altar. Percy se fijó en las siete rayas del brazo de Octavio: siete años en el campamento, supuso Percy. La marca de Octavio era un arpa, el símbolo de Apolo.

—Después de todo —dijo Octavio a Hazel—, podría ayudarte. Sería una lástima que todos esos horribles rumores sobre ti siguieran circulando... o que, los dioses no lo quieran, se hicieran realidad.

Percy se metió la mano en el bolsillo y sacó el bolígrafo. Aquel chico estaba chantajeando a Hazel. Saltaba a la vista. A la menor señal de Hazel, Percy estaba dispuesto a sacar a *Contracorriente* y comprobar qué tal le sentaba a Octavio estar al otro lado de una hoja afilada.

Hazel respiró hondo. Tenía los nudillos blancos.

—Lo pensaré.

—Excelente —dijo Octavio—. Por cierto, tu hermano está aquí.

Hazel se puso tensa.

—¿Mi hermano? ¿Por qué?

Octavio se encogió de hombros.

—Yo qué sé. Te espera en el templo de tu padre. Pero... no lo invites a quedarse demasiado. Tiene un efecto perturbador en los otros. Y ahora, si me disculpáis, tengo que seguir buscando a nuestro pobre amigo perdido, Jason. Encantado de conocerte, Percy.

Hazel salió del pabellón como un huracán, y Percy la siguió. En su vida había estado tan contento de salir de un templo.

Hazel iba soltando juramentos en latín mientras marchaba colina abajo. Percy no captaba todo lo que decía, pero sí que entendió «hijo de gorgona», «serpiente sedienta de poder» y unas cuantas propuestas sobre dónde podía meterse Octavio el cuchillo.

—Odio a ese tío —murmuró—. Si por mí fuera...

—No saldría elegido pretor, ¿verdad? —dijo Percy.

—Ojalá pudiera estar segura. Octavio tiene muchos amigos, la mayoría comprados. El resto de los campistas le tienen miedo.

—¿Miedo de ese flacucho?

—No lo subestimes. Reyna no es tan mala sola, pero si Octavio comparte su poder... —Hazel se estremeció—. Vamos a ver a mi hermano. Querrá conocerte.

Percy no le discutió. Él también quería conocer al misterioso hermano y tal vez descubrir algo sobre el pasado de Hazel: quién era su padre o qué secreto ocultaba. A Percy le costaba creer que aquella chica hubiera hecho algo por lo que tuviera que sentirse culpable. Parecía demasiado amable. Pero Octavio se había comportado como si estuviera en posesión de unos trapos sucios de primera sobre ella.

Hazel llevó a Percy a una cripta negra construida en la ladera de la colina. Allí esperaba un adolescente vestido con tejanos negros y cazadora de aviador.

—¡Hola! —gritó Hazel—. Traigo a un amigo.

El chico se volvió. Percy experimentó otro de aquellos curiosos destellos, como si el extraño fuera alguien a quien debía conocer. El chico era casi tan pálido como Octavio, pero tenía los ojos oscuros y el cabello moreno, despeinado. No se parecía en nada a Hazel. Llevaba un anillo con una calavera de plata, una cadena a modo de cinturón y una camiseta de manga corta negra con dibujos de calaveras estampados. En su costado colgaba una espada de color negro puro.

Por un microsegundo, el chico pareció estupefacto al ver a Percy; aterrado incluso, como si un foco lo hubiera sorprendido.

—Este es Percy Jackson —dijo Hazel—. Es un buen tío. Percy, te presento a mi hermano, el hijo de Plutón.

El chico recobró la compostura y alargó la mano.

—Encantado de conocerte —dijo—. Soy Nico di Angelo.

Hazel

Hazel se sentía como si acabara de presentar a dos bombas nucleares. Estaba esperando a ver cuál explotaba antes.

Hasta esa mañana, su hermano Nico había sido el semidiós más poderoso que conocía. En el Campamento Júpiter, los demás lo veían como a un bicho raro que siempre estaba viajando, prácticamente tan inofensivo como los faunos. Sin embargo, Hazel sabía la verdad. Ella no había crecido con Nico y ni siquiera lo había conocido durante mucho tiempo, pero sabía que Nico era más peligroso que Reyna o que Octavio o incluso que Jason.

Entonces había conocido a Percy.

Al principio, cuando lo vio dando traspies por la autopista con la vieja en brazos, Hazel pensó que podía tratarse de un dios disfrazado. Pese a estar castigado, sucio y encorvado del agotamiento, tenía un aura de poder. Poseía la belleza de un dios romano, con unos ojos verde mar y un cabello moreno despeinado por el viento.

Había ordenado a Frank que no le disparara. Había pensado que los dioses podían estar poniéndolos a prueba. Había oído mitos parecidos: un chico con una vieja implora refugio, y cuando los groseros mortales se niegan a dárselo, zas, se convierten en babosas.

Luego Percy había controlado el río y había destruido a las gorgonas. Había convertido un bolígrafo en una espada de bronce. Había revolucionado todo el campamento con los rumores sobre el *graecus*.

Un hijo del dios del mar...

Hacía mucho, a Hazel le habían dicho que un descendiente de Neptuno la salvaría. Pero ¿podía realmente Percy anular la maldición que pesaba sobre ella? Parecía una esperanza vana.

Percy y Nico se estrecharon las manos. Se observaron con recelo, y Hazel contuvo el deseo de escapar. Si los dos sacaban sus espadas mágicas, las cosas podían ponerse feas.

Nico no parecía asustado. Era delgado y tenía un aspecto desaliñado con su arrugada ropa negra. Estaba tan despeinado que parecía que acabara de salir de la cama.

Hazel recordaba el día en que lo conoció. La primera vez que lo había visto desenfundar su espada negra había estado a punto de reírse. Su forma de llamarla «hierro estigio», todo serio, le hacía parecer ridículo. Aquel flaco chico blanco no era ningún luchador. Desde luego ella no había creído que fueran parientes.

No había tardado en cambiar de opinión.

Percy frunció el entrecejo.

—Te... te conozco.

Nico arqueó las cejas.

—Ah, ¿sí?

Miró a Hazel en busca de una explicación.

Hazel vaciló. Había algo extraño en la reacción de su hermano. Estaba intentando hacerse el despreocupado, pero la primera vez que había visto a Percy, Hazel se había fijado en su momentánea expresión de pánico. Nico ya conocía a Percy. Estaba segura. ¿Por qué fingía lo contrario?

Hazel hizo un esfuerzo por hablar.

—Esto... Percy ha perdido la memoria.

Le contó a su hermano lo que había ocurrido desde que Percy había llegado a la puerta del campamento.

—Así que, Nico... —continuó con cautela—, he pensado... que como tú viajas por todas partes, a lo mejor has conocido a semidioses como Percy o...

La expresión de Nico se volvió tan sombría como el Tártaro. Hazel no entendió por qué, pero captó el mensaje: «Suéltalo».

—Esa historia sobre el ejército de Gaia —dijo Nico—. ¿Has avisado a Reyna?

Percy asintió con la cabeza.

—¿Quién es Gaia, por cierto?

A Hazel se le secó la boca. Solo con oír aquel nombre tenía que hacer esfuerzos para que no le flaquearan las rodillas. Recordaba una voz suave y soñolienta de mujer, una cueva brillante y la sensación de que los pulmones se le llenaban de petróleo.

—Es la diosa de la tierra —Nico miró al suelo como si pudiera estar escuchando—. La diosa más antigua de todas. La mayoría del tiempo está sumida en un profundo sueño, pero odia a los dioses y a sus hijos.

—La Madre Tierra... ¿es mala? —preguntó Percy.

—Mucho —contestó Nico con voz seria—. Convenció a su hijo, el titán Cronos, esto, quiero decir, Saturno, para que matara a su padre, Urano, y conquistara el mundo. Los titanes gobernaron durante mucho tiempo. Entonces los hijos de los titanes, los dioses del Olimpo, los derrocaron.

—Esa historia me suena —Percy parecía sorprendido, como si un viejo recuerdo hubiera aflorado parcialmente—. Pero creo que no había oído la parte de Gaia.

Nico se encogió de hombros.

—Se enfadó cuando los dioses se hicieron con el control. Se buscó un nuevo marido (Tártaro, el espíritu del abismo) y dio a luz una raza de gigantes. Trataron de destruir el monte Olimpo, pero al final los dioses los vencieron. Al menos... la primera vez.

—¿La primera vez? —repitió Percy.

Nico lanzó una mirada furtiva a Hazel. Probablemente él no pretendía hacerla sentir culpable, pero ella no pudo evitarlo. Si Percy supiera la verdad acerca de ella y las cosas horribles que había hecho...

—El verano pasado Saturno intentó volver —prosiguió Nico—. Hubo una segunda guerra de los titanes. Los romanos del Campamento Júpiter asaltaron su cuartel general en el monte Otrís, al otro lado de la bahía, y destruyeron su trono. Saturno desapareció...

Vaciló observando el rostro de Percy. Hazel tenía la impresión de que a su hermano le ponía nervioso la idea de que Percy recordara más cosas.

—De todas formas —continuó Nico—, probablemente Saturno volvió al abismo. Todos creíamos que la guerra había terminado. Ahora parece que la derrota de los titanes ha provocado a Gaia. Está empezando a despertar. He oído rumores sobre titanes que están renaciendo. Si pretenden volver a desafiar a los dioses, probablemente empezarán destruyendo a los semidioses...

—¿Se lo has contado a Reyna? —preguntó Percy.

—Por supuesto —la mandíbula de Nico se puso tensa—. Los romanos no se fían de mí. Por eso esperaba que Reyna te escuchara a ti. Para ellos, los hijos de Plutón somos todavía peores que los hijos de Neptuno, sin ánimo de ofender. Traemos mala suerte.

—Pero dejan a Hazel quedarse aquí —comentó Percy.

—Es distinto —dijo Nico.

—¿Por qué?

—Mira, Percy, los gigantes no son nuestro mayor problema —intervino Hazel—. Ni... ni siquiera Gaia. Lo que observaste sobre las gorgonas, que no se morían, es nuestra mayor preocupación.

Miró a Nico. Se estaba acercando peligrosamente a su secreto, pero por algún motivo Hazel confiaba en Percy. Tal vez se debía a que era un forastero, o tal vez a que había salvado a Frank en el río. Se merecía saber a qué se enfrentaban.

—Nico y yo —dijo con cuidado— creemos que lo que está pasando es... La Muerte no está...

Antes de que pudiera terminar, un grito sonó en la colina.

Como cada vez que veía a Frank, a Hazel le dio un vuelco el corazón, cosa que le fastidiaba mucho. Vale, era un buen amigo, una de las pocas personas en el

campamento que no la trataba como si tuviera una enfermedad contagiosa. Pero no le gustaba de *esa* forma.

Él era tres años mayor que ella, y no era precisamente un príncipe azul, con su extraña combinación de cara de niño y cuerpo de luchador corpulento. Parecía un koala adorable con músculos. El hecho de que todo el mundo los emparejara siempre —«¡Los dos pringados del campamento! Sois perfectos el uno para el otro»— no hacía más que reforzar la determinación de Hazel a no tomarle cariño.

Sin embargo, su corazón no atendía a razones y se volvía loco cada vez que Frank andaba cerca. Hazel no se había sentido así desde... desde lo de Sammy.

«Basta», pensó. Estás aquí por un motivo... y no es para echarte un nuevo novio.

Además, Frank no conocía su secreto. Si lo conociera, no se portaría tan bien con ella.

Frank llegó al templo.

—Hola, Nico...

—Frank.

Nico sonrió. Parecía que Frank le resultara divertido, tal vez porque era el único campista que no se inquietaba en presencia de los hijos de Plutón.

—Reyna me ha mandado a buscar a Percy —dijo Frank—. ¿Octavio te ha aceptado?

—Sí —contestó Percy—. Ha sacrificado a mi oso panda.

—¿Que él ha...? Ah. ¿El augurio? Sí, los osos de peluche deben de tener pesadillas con él. ¡Pero has entrado! Hay que lavarte antes de la revista de esta noche.

Hazel se dio cuenta de que el sol se estaba poniendo sobre las colinas. ¿Cómo había pasado tan rápido el día?

—Tienes razón —dijo—. Será mejor que...

—Frank —la interrumpió Nico—, ¿por qué no te llevas a Percy? Hazel y yo iremos dentro de un momento.

«Oh, no», pensó Hazel. Trató de no parecer inquieta.

—Es... es una buena idea —logró decir—. Adelante, chicos. Ya os alcanzaremos.

Percy miró a Nico una vez más, como si todavía estuviera intentando hacer memoria.

—Me gustaría hablar contigo un poco más. No me quito de encima la sensación...

—Claro —convino Nico—. Me quedará a pasar la noche.

—¿De verdad? —dejó escapar Hazel.

A los campistas les iba a encantar: el hijo de Neptuno y el hijo de Plutón habían llegado el mismo día. Ahora solo necesitaban unos gatos negros y unos espejos rotos.

—Vete, Percy —dijo Nico—. Instálate —se volvió hacia Hazel, y a ella le dio la impresión de que lo peor todavía estaba por llegar—. Mi hermana y yo tenemos que

hablar.

—Lo conoces, ¿verdad? —dijo Hazel.

Estaban sentados en el tejado del templo de Plutón, cubierto de huesos y diamantes. Que Hazel supiera, los huesos siempre habían estado allí. Los diamantes eran responsabilidad suya. Si se quedaba sentada demasiado rato en cualquier lugar, o si se ponía nerviosa, empezaban a salir por todas partes, como hongos después de la lluvia. Piedras por valor de varios millones de dólares relucían sobre el tejado, pero afortunadamente los demás campistas no los tocarían. Sabían que no debían robar en los templos —sobre todo en el de Plutón—, y los faunos nunca subían allí.

Hazel se estremeció al recordar lo cerca que había estado Don esa tarde. Si ella no hubiera reaccionado rápido y no hubiera cogido el diamante del camino... No quería pensarlo. No necesitaba otra muerte sobre su conciencia.

Nico balanceaba los pies como un niño. Su espada de hierro estigio estaba colocada a un lado, junto a la *spatha* de Hazel. Miraba al otro lado del valle, donde cuadrillas de obreros trabajaban en la edificación del Campo de Marte, construyendo fortalezas para los juegos de esa noche.

—Percy Jackson —pronunció el nombre como si fuera un encantamiento—. Hazel, tengo que tener cuidado con lo que digo. Hay cosas importantes en juego. Algunos secretos deben seguir siéndolo. Tú más que nadie... deberías entenderlo.

Hazel notó que se le encendían las mejillas.

—Pero ¿él no es como... como yo?

—No —respondió Nico—. Siento no poder decirte más. No puedo interferir. Percy tiene que encontrar su camino en el campamento.

—¿Es peligroso? —preguntó ella.

Nico forzó una sonrisa irónica.

—Mucho. Para sus enemigos. Pero no supone una amenaza en el Campamento Júpiter. Puedes confiar en él.

—Como confío en ti —dijo Hazel amargamente.

Nico giró su anillo de calavera. A su alrededor, los huesos empezaron a temblar como si estuvieran intentando formar un nuevo esqueleto. Cada vez que se ponía de mal humor, Nico ejercía ese efecto sobre los muertos, algo parecido a la maldición de Hazel. Ambos representaban las dos esferas de control de Plutón: la muerte y la riqueza. A veces Hazel pensaba que Nico se había llevado la mejor parte.

—Mira, ya sé que es duro —dijo Nico—. Pero tienes una segunda oportunidad. Puedes arreglarlo.

—No tiene arreglo —repuso Hazel—. Si descubren la verdad sobre mí...

—No la descubrirán —le prometió Nico—. Dentro de poco convocarán una misión. Tienen que hacerlo. Me harás sentir orgulloso. Confía en mi, Bi...

Se contuvo, pero Hazel sabía lo que había estado a punto de decir. Bianca, el nombre de la hermana real de Nico, con la que había crecido. Nico podía preocuparse por Hazel, pero ella nunca sería Bianca. Hazel simplemente era una segundona para Nico: un premio de consolación del inframundo.

—Lo siento —dijo él.

Hazel notó un sabor metálico en la boca, como si estuvieran empezando a salirle pepitas de oro debajo de la lengua.

—Entonces ¿es cierto lo de la Muerte? ¿Es culpa de Alcioneo?

—Creo que sí —respondió Nico—. En el inframundo las cosas se están poniendo feas. Papá se está volviendo loco intentando mantenerlo todo bajo control. Por lo que ha dicho Percy de las gorgonas, las cosas también están empeorando aquí arriba. Pero por eso mismo estás aquí. Puedes sacar algo bueno de todo lo malo de tu pasado. Tu sitio está en el Campamento Júpiter.

Sonaba tan ridículo que Hazel estuvo a punto de echarse a reír. Su sitio no estaba en aquel lugar. Ni siquiera estaba en el siglo en el que le había tocado vivir.

Debería haber evitado centrarse en el pasado, pero se acordó del día que su antigua vida se había hecho añicos. Se desmayó tan repentinamente que ni siquiera le dio tiempo a decir: «Oh, no». Retrocedió en el tiempo. No era un sueño ni una visión. El recuerdo la invadió con una claridad tan absoluta que sintió que realmente estaba allí.

Su cumpleaños más reciente. Acababa de cumplir trece años. Pero no había sido en diciembre del año anterior, sino el 17 de diciembre de 1941, el último día que había vivido en Nueva Orleans.

Hazel

Hazel volvía andando a casa de las cuerdas. Pese a la fría tarde, estaba muy acalorada. Sammy acababa de darle un beso en la mejilla.

El día había estado lleno de luces y sombras. En el colegio, los niños se habían burlado de su madre, llamándola bruja, arpía y otras cosas. Por supuesto, no era ninguna novedad, pero últimamente la situación estaba empeorando. Estaban haciendo correr rumores sobre la maldición de Hazel. El colegio se llamaba Academia St. Agnes para Niños de Color e Indios, un nombre que se había mantenido desde hacía cien años. Al igual que su nombre, el centro ocultaba una enorme crueldad bajo un fino barniz de bondad.

Hazel no entendía que otros niños negros pudieran ser tan malos. Deberían haberse comportado de otra forma, ya que ellos también tenían que aguantar insultos a todas horas. Sin embargo, le gritaban y le robaban el almuerzo, preguntándole continuamente por sus famosas joyas: «¿Dónde están los diamantes malditos, pequeña?», «¡Dame uno o te haré daño!». La apartaban a empujones de la fuente o le tiraban piedras si intentaba acercarse a ellos en el patio de recreo.

A pesar de lo malos que eran, Hazel nunca les daba diamantes ni oro. No odiaba a nadie hasta ese extremo. Además, tenía un amigo —Sammy—, y con eso le bastaba.

A Sammy le gustaba bromear diciendo que era el perfecto alumno de St. Agnes. Era mexicano-americano, de modo que se consideraba de color e indio.

—Deberían darme una beca doble —decía.

No era grande ni fuerte, pero tenía una simpática sonrisa de chiflado y hacía reír a Hazel.

Esa tarde la había llevado a las cuerdas donde trabajaba de mozo. Por supuesto, era un club de equitación «exclusivo para blancos», pero los fines de semana estaba cerrado, y con la guerra en curso, se rumoreaba que el club podría tener que cerrar hasta que los japoneses fueran derrotados y los soldados volvieran a casa. Normalmente Sammy podía colar a Hazel para que le ayudara a cuidar de los caballos. De vez en cuando iban a montar.

A Hazel le encantaban los caballos. Parecían los únicos seres vivos a los que no les daba miedo. La gente la odiaba. Los gatos siseaban. Los perros gruñían. Hasta el

ridículo hámster de la clase de la señorita Finley chillaba aterrorizado cuando ella le daba una zanahoria. Pero a los caballos les daba igual. Cuando Hazel estaba en la silla de montar, podía ir tan rápido que era imposible que dejara piedras preciosas a su paso. Casi se sentía libre de la maldición.

Esa tarde había sacado a un caballo ruano con una preciosa crin negra. Galopó hasta los campos tan rápido que dejó atrás a Sammy. Cuando él la alcanzó, el muchacho y su caballo estaban sin aliento.

—¿De qué huyes? —Sammy se rió—. No soy tan feo, ¿no?

Hacía demasiado frío para comer en el campo, pero de todas formas hicieron un picnic. Se sentaron debajo de una magnolia y ataron a los caballos a una valla de madera. Sammy le había llevado un pastelito con una vela de cumpleaños, que pese a haberse estropeado en el trayecto era lo más bonito que Hazel había visto en su vida. Lo partieron por la mitad y se lo comieron.

Sammy habló de la guerra. Deseaba ser mayor para poder alistarse. Preguntó a Hazel si le escribiría cartas cuando lo destinaran al extranjero.

—Pues claro, tonto —dijo ella.

Él sonrió. Entonces, como empujado por un impulso repentino, se inclinó y le dio un beso en la mejilla.

—Feliz cumpleaños, Hazel.

No era nada del otro mundo —solo un beso, y ni siquiera en los labios—, pero Hazel se sintió como si estuviera flotando. Apenas recordaba el trayecto de vuelta a las cuadras o cómo se había despedido de Sammy.

—Hasta mañana —dijo él, como siempre hacía.

Pero no volvería a verlo nunca.

Cuando Hazel regresó al barrio francés se estaba haciendo de noche. A medida que se acercaba a casa, la sensación de calidez desaparecía, sustituida por el miedo.

Hazel y su madre —la Reina Marie, como le gustaba que la llamaran— vivían en un viejo piso encima de un club de jazz. A pesar del comienzo de la guerra, se respiraba un ambiente festivo. Los nuevos reclutas vagaban por las calles, riéndose y hablando de luchar contra los japoneses. Se hacían tatuajes en los salones o proponían a sus novias matrimonio en la misma acera. Algunos subían a casa de la madre de Hazel para que les leyera la buena ventura o para comprar amuletos a Marie Levesque, la famosa reina de los grisgrís.

—¿Te has enterado? —decía uno—. Veinticinco centavos por este amuleto de la suerte. Se lo he llevado a un tipo que conozco, y me ha dicho que es una pepita de oro de verdad. ¡Vale veinte dólares! ¡Esa mujer está chiflada!

Durante una temporada, esa clase de rumores proporcionaron muchos clientes a la Reina Marie. La maldición de Hazel había empezado poco a poco. Al principio parecía una bendición. Las piedras preciosas y el oro solo aparecían de vez en

cuando, y nunca en grandes cantidades. La Reina Marie pagaba las facturas. Cenaban bistec una vez a la semana. Hazel incluso se compró un vestido nuevo. Pero entonces los chismes empezaron a circular. La gente de la zona empezó a darse cuenta de las cosas terribles que les ocurrían a las personas que compraban los amuletos de la suerte o a las que la Reina Marie pagaba con sus tesoros. Charlie Gasceaux perdió un brazo con una cosechadora llevando una pulsera de oro. El señor Henry, de la tienda, sufrió un infarto después de que la Reina Marie pagara su cuenta con un rubí.

La gente empezó a rumorear sobre Hazel, preguntándose cómo podía encontrar joyas malditas andando por la calle. A esas alturas, solo los forasteros iban a visitar a su madre, y tampoco eran muchos. La madre de Hazel se había vuelto irritable. Lanzaba a Hazel miradas de resentimiento.

Hazel subió la escalera lo más silenciosamente que pudo por si su madre estaba con un cliente. Abajo, en el club, la banda estaba afinando sus instrumentos. En la panadería de al lado habían empezado a preparar los buñuelos para la mañana, y en la escalera olía a mantequilla fundida.

Cuando llegó arriba, a Hazel le pareció oír dos voces dentro del piso, pero al asomarse al salón, vio que su madre estaba sentada sola a la mesa de espiritismo, con los ojos cerrados, como si estuviera en trance.

Hazel la había visto así muchas veces, fingiendo que hablaba con espíritus para sus clientes, pero nunca estando sola. La Reina Marie siempre le había dicho a Hazel que sus grisgrís eran bobadas. En realidad, ella no creía en los amuletos ni en la adivinación ni en los fantasmas. Solo era una intérprete, como una cantante o una actriz, que hacía un espectáculo a cambio de dinero.

Sin embargo, Hazel sabía que su madre creía en alguna magia. La maldición de Hazel no era ninguna bobada. La Reina Marie simplemente no quería pensar que era culpa suya, que de algún modo había hecho a Hazel tal como era.

—Fue tu puñetero padre —se quejaba la Reina Marie cuando estaba de un humor muy sombrío—. Viniendo aquí con su elegante traje negro y plateado. La única vez que de verdad invoqué un espíritu, ¿y qué saqué? Cumplió mi deseo y me arruinó la vida. Debería haber sido una reina de verdad. Él tiene la culpa de que hayas salido así.

Ella nunca le explicaba a qué se refería, y Hazel había aprendido a no hacer preguntas sobre su padre, porque solo conseguían enfurecer todavía más a su madre.

Mientras Hazel observaba, la Reina Marie murmuró algo para sí. Tenía una expresión serena y relajada. A Hazel le sorprendió lo guapa que estaba, sin el entrecejo fruncido ni las arrugas en la frente. Tenía una exuberante melena de cabello castaño dorado como la de Hazel, y la misma tez oscura, morena como un grano de café tostado. No llevaba el elegante traje color azafrán ni los brazaletes de oro que se ponía para impresionar a los clientes; tan solo un sencillo vestido blanco. Aun así,

poseía un aire regio, sentada en una postura erguida y solemne en su silla dorada, como si realmente fuera una reina.

—Estarás a salvo allí —murmuró—. Lejos de los dioses.

Hazel contuvo un grito. La voz que salía de la boca de su madre no era la de ella. Sonaba como la de una mujer mayor. Tenía un tono suave y tranquilizador, pero también autoritario, como el de una hipnotizadora dando órdenes.

La Reina Marie se puso tensa. Hizo una mueca en pleno trance y a continuación habló con su voz normal:

—Está demasiado lejos. Hace demasiado frío. Es demasiado peligroso. Él me dijo que no fuera.

La otra voz respondió:

—¿Qué ha hecho él por ti? ¡Te dio una niña envenenada! Pero todavía podemos usar su don para hacer el bien. Podemos contraatacar a los dioses. En el norte estarás bajo mi protección, lejos del dominio de los dioses. Convertiré a mi hijo en tu protector. Vivirás por fin como una reina.

La Reina Marie hizo una mueca.

—Pero ¿y Hazel...?

Entonces la cara se crispó en una sonrisa burlona. Las dos voces hablaron al unísono, como si hubieran encontrado algo en lo que estuvieran de acuerdo:

—Una niña envenenada.

Hazel bajó la escalera a toda prisa, con el pulso palpitante.

Al pie de la escalera, se tropezó con un hombre con un traje oscuro que le agarró los hombros con unos dedos fuertes y fríos.

—Tranquila, niña —dijo el hombre.

Hazel se fijó en el anillo de plata con una calavera que llevaba en el dedo y, a continuación, en la extraña tela de su traje. En las sombras, la compacta lana negra parecía moverse y bullir, formando imágenes de caras sufrientes, como si las almas perdidas intentaran escapar de los pliegues de su ropa.

Su corbata era negra con rayas de color platino. Su camisa era del gris de una lápida. Su cara... A Hazel por poco se le salió el corazón por la boca. Su piel era tan pálida que parecía casi azul. Tenía una melena morena grasosa. Su sonrisa era bastante afable, pero poseía unos ojos encendidos y coléricos, llenos de una fuerza demencial. Hazel había visto esa mirada en los noticiarios del cine. Aquel hombre se parecía al terrible Adolf Hitler. No tenía bigote, pero por lo demás podría haber sido el gemelo de Hitler... o su padre.

Hazel trató de apartarse bruscamente, pero ni siquiera cuando el hombre la soltó pudo moverse. Sus ojos la paralizaron.

—Hazel Levesque —dijo con un tono melancólico—. Has crecido.

Hazel se puso a temblar. Al pie de la escalera, el pórtico de cemento se agrietó

bajo los pies del hombre. Una piedra brillante salió repentinamente del hormigón como si la tierra hubiera escupido una semilla de melón. El hombre la miró sin inmutarse. Se agachó.

—¡No! —gritó Hazel—. ¡Está maldita!

El hombre recogió la piedra: una esmeralda perfecta.

—Sí, es verdad. Pero no para mí. Es preciosa... Vale más que este edificio, me imagino —se metió la esmeralda en el bolsillo—. Lamento tu destino, niña. Me imagino que me odias.

Hazel no lo entendía. El hombre parecía triste, como si fuera responsable personalmente de su vida. Entonces comprendió la verdad: un espíritu vestido de negro y plateado que había cumplido los deseos de su madre y le había arruinado la vida.

Sus ojos se abrieron desorbitadamente.

—¿Usted? Usted es mi...

Él le acarició la barbilla con la mano.

—Soy Plutón. La vida nunca es sencilla para mis hijos, pero tú soportas una carga especial. Ahora que tienes trece años, debemos hacer previsiones...

Ella le apartó la mano de un empujón.

—¿Usted me hizo esto? —preguntó—. ¿Usted nos maldijo a mí y a mi madre? ¿Usted nos dejó solas?

Le escocían los ojos de las lágrimas. ¿Aquel hombre blanco, rico, vestido con un elegante traje, era su padre? ¿Y ahora que tenía trece años, aparecía por primera vez y decía que lo sentía?

—¡Es usted malvado! —gritó—. ¡Nos ha arruinado la vida!

Los ojos de Plutón se entornaron.

—¿Qué te ha contado tu madre, Hazel? ¿Te ha explicado en qué consistió su deseo? ¿O te ha dicho por qué naciste bajo una maldición?

Hazel estaba demasiado furiosa para hablar, pero Plutón pareció interpretar las respuestas en su cara.

—No... —Suspiró—. Supongo que no. Era mucho más fácil culparme a mí.

—¿A qué se refiere?

Plutón suspiró.

—Pobre niña. Naciste demasiado pronto. No puedo ver tu futuro con claridad, pero algún día encontrarás tu sitio. Un descendiente de Neptuno te quitará la maldición y te dará paz. Pero me temo que faltan muchos años para eso...

Hazel no entendió una palabra. Antes de que pudiera contestar, Plutón levantó la mano. Un bloc de dibujo y una caja de lápices de colores aparecieron en ella.

—Tengo entendido que te gusta el arte y montar a caballo —dijo—. Esto es para el arte. En cuanto al caballo... —Los ojos le brillaron—. Tendrás que apañártelas tú.

Ahora debo hablar con tu madre. Feliz cumpleaños, Hazel.

Se volvió y subió por la escalera; así, sin más, como si hubiera tachado a Hazel de su lista de tareas pendientes y ya se hubiera olvidado de ella. «Feliz cumpleaños. Ve a dibujar. Hasta dentro de otros trece años.»

Hazel estaba tan pasmada, tan furiosa, tan confundida, que se quedó paralizada al pie de la escalera. Quería tirar los lápices de colores y pisotearlos. Quería correr detrás de Plutón y darle una patada. Quería escapar, buscar a Sammy, robar un caballo, salir de la ciudad y no volver jamás. Pero no hizo ninguna de esas cosas.

Por encima de ella, la puerta del piso se abrió, y Plutón entró.

Hazel seguía temblando debido al frío tacto del hombre, pero subió sigilosamente la escalera para ver qué hacía. ¿Qué le diría a la Reina Marie? ¿Quién contestaría: la madre de Hazel o aquella horrible voz?

Cuando llegó a la puerta, oyó una discusión. Se asomó. Su madre parecía haber recobrado su estado normal: gritaba furiosa y lanzaba cosas por el salón mientras Plutón trataba de razonar con ella.

—Marie, es una locura —dijo—. Protegerte estaría fuera de mi alcance.

—¿¡Protegerme!? —gritó la Reina Marie—. ¿Cuándo me has protegido tú?

El traje oscuro de Plutón relució, como si las almas atrapadas en la tela se estuvieran agitando.

—No tienes ni idea —dijo él—. Os he mantenido con vida a ti y a la niña. Tengo enemigos en todas partes entre los dioses y los hombres. Ahora que hay una guerra, la situación no hará más que empeorar. Debes permanecer donde yo pueda...

—¡La policía cree que soy una asesina! —gritó la Reina Marie—. ¡Mis clientes quieren ahorcarme por bruja! Y Hazel... su maldición está empeorando. Tu protección nos está matando.

Plutón abrió las manos en un gesto suplicante.

—Por favor, Marie...

—¡No! —La Reina Marie se volvió hacia el armario, sacó una maleta de piel y la lanzó sobre la mesa—. Nos marchamos —anunció—. Puedes quedarte con tu protección. Nos vamos al norte.

—Marie, es una trampa —le advirtió Plutón—. Quien te está intentando convencer, quien te está poniendo contra mí...

—¡Tú me pusiste contra ti!

Cogió un jarrón de porcelana y se lo lanzó. La vasija se hizo añicos en el suelo, y por todas partes se desparramaron piedras preciosas: esmeraldas, rubíes y diamantes. La colección entera de Hazel.

—No sobreviviréis —dijo Plutón—. Si vais al norte, moriréis las dos. Puedo predecir eso con claridad.

—¡Largo! —le espetó ella.

Hazel deseó que Plutón se quedara a discutir. No sabía de lo que estaba hablando su madre, pero no le gustaba. Sin embargo, su padre hendió el aire con la mano y se deshizo en sombras... como si en realidad fuera un espíritu.

La Reina Marie cerró los ojos. Respiró hondo. Hazel tenía miedo de que la extraña voz la poseyera de nuevo, pero cuando habló era la de siempre.

—Hazel —soltó—, sal de detrás de esa puerta.

Hazel obedeció temblando. Aferró el bloc y los lápices contra el pecho.

Su madre la observó como si la hubiera decepcionado amargamente. «Una niña envenenada», habían dicho las voces.

—Prepara la mochila —ordenó—. Nos vamos.

—¿A... adónde? —preguntó Hazel.

—A Alaska —respondió la Reina Marie—. Vas a hacer algo de utilidad. Vamos a empezar una nueva vida.

Por la forma en que su madre lo dijo, parecía que fueran a crear una «nueva vida» para otra persona... o para otra cosa.

—¿A qué se refería Plutón? —preguntó Hazel—. ¿De verdad es mi padre? Ha dicho que pediste un deseo...

—¡Vete a tu cuarto! —gritó su madre—. ¡Recoge tus cosas!

Hazel se marchó volando, y de repente se vio arrancada del pasado.

Nico le estaba sacudiendo los hombros.

—Has vuelto a hacerlo.

Hazel parpadeó. Seguían sentados en el tejado del templo de Plutón. El cielo estaba más bajo en el cielo. A su alrededor habían brotado más diamantes, y los ojos le picaban de llorar.

—Lo... lo siento —murmuró.

—No lo sientas —dijo Nico—. ¿Dónde estabas?

—En la casa de mi madre. El día que nos mudamos.

Nico asintió con la cabeza. Entendía su historia mejor que la mayoría de la gente. Él también era un niño de la década de 1940. Había nacido solo un par de años después de Hazel, y lo habían encerrado en un hotel mágico durante décadas. Pero el pasado de Hazel era mucho peor que el de Nico. Ella había causado mucho daño y sufrimiento...

—Tienes que esforzarte para controlar esos recuerdos —le advirtió Nico—. Si tienes una regresión como esa en pleno combate...

—Ya lo sé —dijo ella—. Lo intento.

Nico le apretó la mano.

—No pasa nada. Creo que es un efecto secundario de... ya sabes, el tiempo que pasaste en el inframundo. Con suerte, se volverá más llevadero.

Hazel no estaba tan segura. Después de ocho meses, los desmayos parecían estar empeorando, como si su alma intentara vivir en dos períodos de tiempo distintos a la vez. Nadie había regresado jamás de entre los muertos; al menos, no como ella lo había hecho. Nico estaba intentando tranquilizarla, pero ninguno de los dos sabía lo que pasaría.

—No puedo ir al norte otra vez —dijo Hazel—. Nico, si tengo que volver adonde todo pasó...

—No te pasará nada —le prometió él—. Esta vez contarás con amigos. Percy Jackson juega un papel en esto. Puedes intuirlo, ¿verdad? Es una persona que te conviene tener a tu lado.

Hazel recordó lo que Plutón le había dicho hacía mucho: «Un descendiente de Neptuno te quitará la maldición y te dará paz».

¿Era Percy el elegido? Tal vez, pero Hazel intuía que no sería tan sencillo. Ni siquiera estaba segura de que Percy sobreviviera a lo que les aguardaba en el norte.

—¿De dónde ha venido? —preguntó—. ¿Por qué los fantasmas lo llaman «el griego»?

Antes de que Nico pudiera contestar, sonaron unos cuernos a través del río. Los legionarios se reunían para la revista nocturna.

—Será mejor que bajemos —dijo Nico—. Tengo la sensación de que esta noche los juegos de guerra van a ser interesantes.

VII

Hazel

En el camino de vuelta, Hazel tropezó con un lingote de oro.

Debería haber procurado no correr tan rápido, pero tenía miedo de llegar tarde a la revista. La Quinta Cohorte contaba con los centuriones más agradables del campamento. Aun así, hasta ellos tendrían que castigarla si llegaba con retraso. Los castigos romanos eran severos: fregar las calles con un cepillo de dientes, limpiar los toriles del coliseo, ser metido en un saco cosido lleno de comadreas furiosas y lanzado al Pequeño Tíber... Las opciones no eran prometedoras.

El lingote de oro salió repentinamente del suelo justo a tiempo para que su pie chocara contra él. Nico trató de cogerla, pero Hazel se cayó y se arañó las manos.

—¿Estás bien?

Nico se arrodilló a su lado y alargó la mano para coger el lingote de oro.

—¡No! —le advirtió Hazel.

Nico se quedó paralizado.

—Vale. Lo siento. Es solo que... ¡Caray! Esa cosa es enorme.

Sacó una petaca de néctar de su cazadora de aviador y le echó un poco a Hazel en las manos. Inmediatamente los cortes de las manos empezaron a curarse.

—¿Puedes levantarte?

La ayudó a ponerse en pie. Los dos se quedaron mirando el oro. Era del tamaño de una barra de pan y tenía grabado un número de serie y las palabras TESORERÍA DE ESTADOS UNIDOS.

Nico sacudió la cabeza.

—¿Cómo Tártaros...?

—No lo sé —contestó Hazel tristemente—. Podrían haberlo enterrado unos ladrones o haberse caído de un vagón hace cientos de años. Tal vez emigró de la caja fuerte del banco más cercano. Cualquier cosa que haya en el suelo cerca de donde estoy simplemente sale. Y cuanto más valor tiene...

—Más peligrosa es —Nico frunció el entrecejo—. ¿No deberíamos taparlo? Si los faunos lo encuentran...

Hazel se imaginó un hongo nuclear brotando del camino y unos faunos chamuscados saliendo despedidos por todos lados. Era una perspectiva demasiado

horrible.

—Se supone que debería volver a enterrarse bajo tierra cuando me marche, pero por si acaso...

Había estado practicando ese truco, pero nunca con algo tan pesado y compacto. Señaló el lingote de oro y trató de concentrarse.

El lingote empezó a levitar. Hazel canalizó su ira, para lo que no tuvo que esforzarse mucho: odiaba ese oro, odiaba la maldición, odiaba pensar en su pasado y en todos sus fracasos. Los dedos le hormigueaban. El lingote de oro brillaba del calor.

Nico tragó saliva.

—Estooo, ¿estás segura, Hazel...?

Ella cerró el puño. El oro se dobló como si fuera masilla. Hazel lo retorció hasta convertirlo en un gigantesco anillo desigual. A continuación, movió la mano rápidamente hacia el suelo. Su dónut de un millón de dólares se estampó contra la tierra. Se hundió tan profundamente que solo quedó una marca de tierra reciente.

Nico abrió los ojos como platos.

—Ha sido... aterrador.

A Hazel no le parecía tan impresionante en comparación con los poderes de un chico que era capaz de resucitar esqueletos y traer a personas de entre los muertos, pero era agradable sorprenderlo para variar.

Dentro del campamento, los cuernos volvieron a sonar. Las cohortes estarían empezando a pasar lista, y Hazel no tenía el más mínimo deseo de que la metieran en un saco con comadreja.

—¡Deprisa! —le dijo a Nico, y corrieron hacia las puertas.

La primera vez que Hazel había visto a la legión reunirse se había quedado tan intimidada que había estado a punto de escabullirse a los barracones para esconderse. Después de nueve meses en el campamento, todavía le parecía un espectáculo impresionante.

Las primeras cuatro cohortes, cada una compuesta por cuarenta chicos, formaban filas delante de sus barracones a cada lado de la Via Praetoria. La Quinta Cohorte se hallaba agrupada al final del todo, delante del *principia*, ya que sus barracones estaban metidos en la esquina trasera del campamento, al lado de las cuadras y las letrinas. Hazel tenía que correr por el medio de la legión ya formada y llegar a su puesto.

Los campistas estaban ataviados para el combate. Sus lustrosas cotas de malla y sus grebas relucían sobre sus camisetas moradas de manga corta y sus vaqueros. Dibujos de espadas y calaveras decoraban los yelmos. Hasta las botas de piel resultaban feroces con sus tacos de hierro, estupendas para marchar por el barro o pisotear cabezas.

Delante de los legionarios, como una hilera de gigantescas fichas de dominó, estaban sus escudos rojos y dorados del tamaño de puertas de frigorífico. Cada legionario llevaba una lanza parecida a un arpón llamada *pilum*, un *gladius*, una daga y unos cincuenta kilos de pertrechos adicionales. Si al llegar al campamento no estabas en forma, no tardabas en corregir ese aspecto. Solo caminar con la armadura puesta constituía una sesión de ejercicio completa.

Hazel y Nico avanzaron trotando por la calle mientras todos se ponían firmes, de modo que su entrada se hizo notar mucho. Sus pisadas resonaban en las piedras. Hazel trató de evitar el contacto visual, pero pilló a Octavio sonriéndole con satisfacción en la parte delantera de la Primera Cohorte, pagado de sí mismo con su yelmo con penacho de centurión y una docena de medallas prendidas al pecho.

A Hazel todavía le hervía la sangre al pensar en sus intentos de chantaje. Aquel estúpido augur y su don de la profecía... De todas las personas que había en el campamento, ¿por qué tenía que ser el quien descubriera sus secretos? Estaba segura de que la habría delatado hacía semanas si sus secretos no le hubieran interesado más como arma de presión. Hazel deseó haberse quedado el lingote de oro para poder pegarle con él en la cara.

Pasó corriendo por delante de Reyna, que iba y venía a medio galope montada en su pegaso Scipio: apodado Skippy, como la marca de mantequilla de cacahuete, porque era del color de dicha crema. Los perros metálicos Aurum y Argentum trotaban junto a ella. Su capa de oficial morada ondeaba en su espalda.

—Hazel Levesque —gritó—, qué alegría que te unas a nosotros!

¡Hazel sabía que no debía responder. Le faltaban la mayoría de los pertrechos, pero se dirigió apresuradamente a su sitio en la fila, al lado de Frank, y se puso firme. El primer centurión, un grandullón de diecisiete años llamado Dakota, estaba pronunciando su nombre: el último de la lista.

—¡Presente! —chilló ella.

Gracias a los dioses. Técnicamente, no había llegado tarde.

Nico se fue junto a Percy Jackson, que se hallaba apartado con un par de guardias. Percy tenía el pelo mojado del baño. Se había puesto ropa nueva, pero seguía pareciendo incómodo. Hazel lo entendía perfectamente. Estaba a punto de ser presentado a doscientos chicos armados hasta los dientes.

Los lares fueron los últimos en formar filas. Sus figuras moradas parpadeaban mientras maniobraban para conseguir sitio. Tenían la molesta costumbre de situarse en medio de las personas vivas, de forma que las filas parecían una fotografía borrosa, pero al final los centuriones los ordenaron.

—¡Colores! —gritó Octavio.

Los portaestandartes dieron un paso adelante. Llevaban capas de piel de león y sostenían unos palos decorados con los emblemas de cada cohorte. El último en

presentar su estandarte fue Jacob, el aquilífero. Se suponía que el puesto era un gran honor, pero saltaba a la vista que Jacob lo odiaba. Aunque Reyna insistía en seguir la tradición, cada vez que el palo sin águila se levantaba, Hazel podía percibir la vergüenza que se extendía por la legión.

Reyna detuvo a su pegaso.

—¡Romanos! —anunció—. Probablemente os hayáis enterado de la incursión de hoy. Dos gorgonas fueron derrotadas y hundidas en el río por el recién llegado, Percy Jackson. La mismísima Juno lo guió hasta aquí y lo proclamó hijo de Neptuno.

Los chicos de las filas de atrás estiraron el cuello para ver a Percy. Él levantó la mano y dijo:

—Hola.

—Quiere unirse a la legión —continuó Reyna—. ¿Qué dicen los augurios?

—¡He leído las entrañas! —anunció Octavio, como si hubiera matado a un león con las manos en lugar de destripar a un oso panda de peluche—. Los augurios son favorables. ¡Está cualificado para prestar servicio!

Los campistas gritaron:

—¡Ave! ¡Salve!

Frank pronunció su «ave» con un ligero retraso, de modo que sonó como un eco agudo. Los otros legionarios se rieron con disimulo.

Reyna indicó con un gesto a los oficiales de rango superior que se adelantaran: uno por cada cohorte. Octavio, el centurión de mayor rango, se volvió hacia Percy.

—Recluta, ¿tienes las credenciales? —dijo—. ¿Cartas de recomendación?

Hazel recordaba ese detalle de su propia llegada. Muchos chicos llevaban cartas de semidioses mayores que vivían en el mundo exterior, adultos que eran veteranos del campamento. Algunos reclutas tenían patrocinadores ricos y famosos. Algunos eran campistas de tercera o cuarta generación. Una buena carta te podía conseguir un puesto en las mejores cohortes, a veces incluso cargos especiales, como el de mensajero de la legión, que te eximían del trabajo sucio de cavar zanjas o conjugar verbos en latín.

Percy se movió.

—¿Cartas? Pues... no.

Octavio arrugó la nariz.

«¡No es justo!», quería gritar Hazel. Percy había llevado a una diosa al campamento. ¿Qué mejor carta de recomendación se podía desear? Pero la familia de Octavio había estado enviando chicos al campamento durante un siglo. A él le encantaba recordar a los reclutas que eran menos importantes que él.

—No tiene cartas —se lamentó Octavio—. ¿Algún legionario responde por él?

—¡Yo! —Frank dio un paso adelante—. ¡Me salvó la vida!

Los gritos de protesta en las otras cohortes no se hicieron esperar. Reyna levantó

la mano para hacerles callar y fulminó con la mirada a Frank.

—Frank Zhang, por segunda vez en el día de hoy, te recuerdo que estás en período de *probatio* —dijo—. Tu padre divino ni siquiera te ha reconocido aún. No cumples los requisitos para responder por otro campista hasta que te hayas ganado tu primera raya.

Parecía que Frank se fuera a morir de la vergüenza.

Hazel no podía dejarlo tirado. Salió de la fila y dijo:

—Lo que Frank quiere decir es que Percy nos salvó la vida a los dos. Yo soy miembro de pleno de derecho de la legión. Responderé por Percy Jackson.

Frank le lanzó una mirada de agradecimiento, pero los demás campistas empezaron a murmurar. Hazel apenas cumplía los requisitos. Había conseguido su raya hacía solo unas semanas, y el «acto de valor» que se la había valido había sido casi un accidente. Además, era hija de Plutón y miembro de la ignominiosa Quinta Cohorte. No iba a hacerle a Percy un gran favor dándole su apoyo.

Reyna arrugó la nariz, pero se volvió hacia Octavio. El augur sonrió y se encogió de hombros, como si la idea le divirtiera.

¿Por qué no?, pensó Hazel. Colocando a Percy en la Quinta, el recién llegado supondría una amenaza menor, y a Octavio le gustaba tener a todos sus enemigos juntos.

—Muy bien —anunció Reyna—. Hazel Levesque, puedes responder por el recluta. ¿Lo acepta tu cohorte?

Los miembros de las otras cohortes empezaron a toser, conteniendo la risa. Hazel sabía lo que estaban pensando: «Otro pringado para la Quinta».

Frank golpeó el suelo con su escudo. Los demás miembros de la Quinta siguieron su ejemplo, aunque no parecían muy entusiasmados. Sus centuriones, Dakota y Gwen, se cruzaron miradas de dolor, en plan: «Ya estamos otra vez».

—Mi cohorte ha hablado —dijo Dakota—. Aceptamos al recluta.

Reyna miró a Percy con lástima.

—Enhorabuena, Percy Jackson. Estás en período de *probatio*. Se te entregará una placa con tu nombre y tu cohorte. Dentro de un año, o en cuanto lles a cabo un acto de valor, te convertirás en miembro de pleno derecho de la Duodécima Legión Fulminata. Servir a Roma, obedecer las normas de la legión y defender el campamento con honor. ¡*Senatus Populusque Romanus!*

El resto de la legión repitió su aclamación.

Reyna apartó a su pegaso de Percy, como si se alegrara de haber terminado con él. Skippy desplegó sus bonitas alas. Hazel no pudo evitar sentir envidia. Habría dado cualquier cosa por un caballo como ese, pero eso jamás ocurriría. Los caballos eran solo para los oficiales o la caballería bárbara, no para los legionarios romanos.

—Centuriones —dijo Reyna—, vosotros y vuestras tropas tenéis una hora para

cenar. Luego nos reuniremos en el Campo de Marte. La Primera y la Segunda Cohorte defenderán. La Tercera, la Cuarta y la Quinta atacarán. ¡Buena fortuna!

La multitud prorrumpió en una ovación mayor, por los juegos de guerra y por la cena. Las cohortes rompieron filas y corrieron al comedor.

Hazel saludó con la mano a Percy, quien se abrió paso entre el gentío acompañado de Nico. Para sorpresa de Hazel, Nico le estaba sonriendo.

—Bien hecho, hermanita —dijo—. Le has echado valor respondiendo por él.

Era la primera vez que la llamaba «hermanita». Hazel se preguntó si era así como llamaba a Bianca.

Uno de los guardias había dado a Percy su placa de identificación como *probatio*. Percy la ensartó en su collar de cuero con las extrañas cuentas.

—Gracias, Hazel —dijo—. ¿Qué significa exactamente que respondes por mí?

—Que garantizo tu buen comportamiento —explicó Hazel—. Que te enseñaré las normas, responderé a tus preguntas y me aseguraré de que no deshonras a la legión.

—¿Y... si hago algo mal?

—Entonces me matarán contigo —respondió Hazel—. ¿Tienes hambre? Vamos a comer.

VIII

Hazel

Por lo menos la comida del campamento estaba buena. Espíritus del viento invisibles —*aurai*— servían a los campistas y parecían saber exactamente lo que quería todo el mundo. Hacían volar platos y tazas tan rápido que el comedor parecía un delicioso huracán. Si te levantabas demasiado deprisa, era probable que te mancharas de judías o de pollo asado a la cazuela.

Hazel pidió sopa de camarones: su comida casera favorita. Le recordaba cuando era una niña en Nueva Orleans, antes de que cayera sobre ella la maldición y de que su madre se volviera tan resentida. Percy pidió una hamburguesa con queso y un extraño refresco de vivo color azul. Hazel no lo entendía, pero Percy lo probó y sonrió.

—Esto me pone contento —dijo—. No sé por qué..., pero es así.

Por un instante, uno de los *aurai* se hizo visible: una chica con aspecto de duende que llevaba un vestido de seda blanco. Soltó una risita al llenar el vaso de Percy y desapareció en una ráfaga.

El comedor parecía especialmente bullicioso esa noche. Las risas resonaban en las paredes. Los estandartes de guerra susurraban desde las vigas de cedro del techo mientras los *aurai* iban y venían, manteniendo llenos los platos de todos. Los campistas cenaban al estilo de los romanos, sentados en divanes alrededor de mesas bajas. Los chicos se levantaban continuamente y cambiaban de sitio, difundiendo rumores sobre a quién le gustaba quién y otros chismes.

Como siempre, la Quinta Cohorte ocupaba el lugar menos honorable. Sus mesas estaban al fondo del comedor, al lado de la cocina. La mesa de Hazel siempre era la menos concurrida. Esa noche la ocupaban ella y Frank, como de costumbre, además de Percy, Nico y su centurión Dakota, quien se sentó allí, supuso Hazel, porque se sentía obligado a dar la bienvenida al nuevo recluta.

Dakota se recostó con aire taciturno en su diván mientras echaba azúcar en su bebida y bebía a grandes tragos. Era un chico fornido con el pelo moreno rizado y unos ojos que nunca estaban del todo alineados, de forma que cada vez que Hazel lo miraba se sentía como si el mundo estuviera inclinado. No era una buena señal que estuviera bebiendo tanto a una hora tan temprana de la noche.

—Bueno —eructó, agitando su copa—. Bienvenido a la Percy, fiesta —frunció el ceño—. Fiesta, Percy. En fin.

—Esto... gracias —dijo Percy, pero su atención estaba centrada en Nico—. Me preguntaba si podríamos hablar, ya sabes... de dónde he podido verte antes.

—Claro —contestó Nico con demasiada rapidez—. El caso es que paso la mayor parte del tiempo en el inframundo. Así que a menos que haya coincidido contigo allí...

Dakota eructó.

—Lo llaman el embajador de Plutón. Reyna nunca sabe qué hacer con este tío cuando viene de visita. Deberías haber visto la cara que puso cuando apareció con Hazel y le pidió que la acogiera. Sin ánimo de ofender.

—Tranquilo —Nico pareció alegrarse de cambiar de tema—. Dakota fue muy amable respondiendo por Hazel.

Dakota se ruborizó.

—Sí, bueno... Parecía una buena chica. Y no me equivoqué. El mes pasado me salvó de... ya sabes.

—¡Jo, tío! —Frank alzó la vista de su pescado con patatas—. ¡Deberías haberla visto, Percy! Así es como Hazel recibió su raya. Los unicornios decidieron salir en estampida.

—No fue nada —dijo Hazel.

—¿Nada? —protestó Frank—. ¡Dakota habría acabado pisoteado! Te plantaste delante de ellos, los espantaste y le salvaste el pellejo. En mi vida había visto algo parecido.

Hazel se mordió el labio. No le gustaba hablar del tema, y la forma en que Frank contaba la anécdota, como si ella fuera una heroína, la incomodaba. En realidad, lo que más había temido era que los unicornios se hicieran daño al dejarse llevar por el pánico. Sus cuernos eran de metal precioso —plata y oro—, de modo que había conseguido apartarlos concentrándose simplemente, conduciendo a los animales por los cuernos y guiándolos de vuelta a las cuerdas. Su intervención le había valido el puesto de miembro de pleno derecho de la legión, pero también había originado rumores sobre sus extraños poderes; unos rumores que le recordaban los malos tiempos.

Percy la observó. Aquellos ojos verde mar la inquietaban.

—¿Tú y Nico crecisteis juntos? —preguntó.

—No —respondió Nico por ella—. No descubrí que Hazel era mi hermana hasta hace poco. Ella es de Nueva Orleans.

Eso era verdad, por supuesto, pero no toda la verdad. Nico dejaba que la gente creyera que se había tropezado con ella en el moderno Nueva Orleans y que la había llevado al campamento. Era más sencillo que contar la verdadera historia.

Hazel había intentado hacerse pasar por una chica moderna, pero no era fácil. Afortunadamente, los semidioses no usaban mucha tecnología en el campamento. Sus poderes acostumbraban a averiar los aparatos electrónicos. Pero la primera vez que fue de permiso a Berkeley estuvo a punto de darle un ataque. Televisiones, ordenadores, iPod, internet... Se alegró de volver al mundo de los fantasmas, los unicornios y los dioses, mucho menos fantástico que el siglo XXI.

Nico seguía hablando de los hijos de Plutón.

—No hay muchos de los nuestros —dijo—, así que tenemos que mantenernos unidos. Cuando encontré a Hazel...

—¿Tienes más hermanas? —preguntó Percy, como si supiera la respuesta.

Hazel se preguntaba donde habrían coincidido él y Nico, y qué estaba ocultando su hermano.

—Una —reconoció Nico—. Pero murió. La he visto como espíritu varias veces en el inframundo, menos la última vez que bajé...

Para traerla de vuelta, pensó Hazel, pero Nico omitió esa parte.

—Había desaparecido —la voz de Nico se volvió ronca—. Solía estar en los Campos Elíseos (como el paraíso del inframundo), pero eligió volver a nacer y llevar una nueva vida. No volveré a verla. Tuve mucha suerte de encontrar a Hazel... en Nueva Orleans, claro.

Dakota gruñó.

—Siempre que no hagas caso a los rumores. No digo que sea mi caso.

—¿Rumores? —preguntó Percy.

—¡Hazel! —gritó Don el fauno desde el otro lado de la sala.

Hazel nunca se había alegrado tanto de ver al fauno. No se le permitía acceder al campamento, pero siempre conseguía entrar. Iba avanzando poco a poco hacia su mesa, sonriendo a todo el mundo, cogiendo furtivamente comida de los platos y señalando con el dedo a los campistas:

—¡Eh, llámame!

Una pizza voladora le dio en la cabeza, y desapareció detrás de un diván. A continuación apareció otra vez, sonriendo aún, y se acercó.

—¡Mi chica favorita! —Olía a cabra mojada envuelta en queso rancio. Se inclinó por encima de los divanes y miró su comida—. Dime, chico nuevo, ¿vas a comerte eso?

Percy frunció el entrecejo.

—¿Los faunos no sois vegetarianos?

—¡La hamburguesa no, tío! ¡El plato! —Olfateó el pelo de Percy—. Oye... ¿qué es ese olor?

—¡Don! —dijo Hazel—. No seas maleducado.

—No, colega, yo solo...

El dios doméstico Vitelio apareció titilante, medio incrustado en el diván de Frank.

—¡Faunos en el comedor! ¿Adónde iremos a parar? ¡Centurión Dakota, cumple con tu deber!

—Estoy cumpliendo con él —masculló Dakota contra su copa—. ¡Estoy cenando!

Don seguía olfateando alrededor de Percy.

—¡Tío, tienes una conexión empática con un fauno!

Percy se apartó de él.

—¿Una qué?

—¡Una conexión empática! Es muy débil, como si alguien la hubiera reprimido...

—¡Ya sé lo que haremos! —Nico se levantó súbitamente—. Hazel, ¿qué tal si os damos tiempo a Frank y a ti para que ayudéis a Percy a orientarse? Dakota y yo iremos a visitar la mesa de los pretores. Don y Vitelio, podéis venir también. Discutiremos las estrategias de los juegos de guerra.

—¿Estrategias para perder? —murmuró Dakota.

—¡El Chico Muerte tiene razón! —convino Vitelio—. Esta legión pelea peor que nosotros en Judea, y fue la primera vez que perdimos el águila. Si yo estuviera al mando...

—¿Puedo comerme la vajilla primero? —preguntó Don.

—¡Vamos!

Nico se levantó y agarró a Don y a Vitelio por las orejas.

Solo Nico podía tocar a los lares. Vitelio farfulló indignado mientras se lo llevaba a rastras a la mesa de los pretores.

—¡Ay! —protestó Don—. ¡Cuidado con el peinado, tío!

—¡Vamos, Dakota! —gritó Nico por encima del hombro.

El centurión se puso en pie de mala gana. Se limpió la boca, pero fue en vano, ya que estaba permanentemente manchada de rojo.

—Vuelvo enseguida.

Sacudió todo el cuerpo, como un perro intentando secarse. Luego se marchó tambaleándose, derramando el líquido de la copa.

—¿A qué ha venido eso? —preguntó Percy—. ¿Y qué le pasa a Dakota?

Frank suspiró.

—Está bien. Es hijo de Baco, el dios del vino. Tiene un problema con la bebida.

Percy abrió mucho los ojos.

—¿Le dejáis beber vino?

—¡Dioses, no! —dijo Hazel—. Eso sería catastrófico. Está enganchado a un refresco rojo en polvo. Se lo bebe con el triple de azúcar necesaria, y tiene un trastorno por déficit de atención con hiperactividad. Un día de estos le va a explotar

la cabeza.

Percy echó un vistazo a la mesa de los pretores. La mayoría de los oficiales de alto rango estaban enfrascados en una conversación con Reyna. Nico y sus dos cautivos, Don y Vitelio, permanecían en la periferia. Dakota corría de un lado para el otro a lo largo de una hilera de escudos amontonados, golpeándolos con su copa como si fueran un xilófono.

—Déficit de atención con hiperactividad —dijo Percy—. No me digas.

Hazel trató de contener la risa.

—Bueno... la mayoría de los semidioses lo somos. O disléxicos. El simple hecho de ser semidioses significa que nuestros cerebros están conectados de forma distinta. Como tú, que dijiste que tenías problemas para leer.

—¿Vosotros también sois así? —preguntó Percy.

—No lo sé —reconoció Hazel—. Tal vez. En mi época, a los chicos como yo simplemente nos llamaban «vagos».

Percy frunció el entrecejo.

—¿En tu época?

Hazel se maldijo.

Por suerte para ella, Frank intervino:

—Ojalá yo tuviera déficit de atención o fuera disléxico. Lo único que tengo es intolerancia a la lactosa.

Percy sonrió.

—¿En serio?

Frank podría haber sido el semidiós más tonto de la historia, pero a Hazel le parecía adorable cuando hacía mohínes. El chico dejó caer los hombros.

—Y encima me encanta el helado...

Percy se echó a reír. Hazel no pudo evitar reírse con él. Era agradable estar cenando y sentir que se encontraba entre amigos.

—Bueno, decidme, ¿por qué es tan malo estar en la Quinta Cohorte? Vosotros sois geniales.

El cumplido provocó un hormigueo a Hazel en los dedos de los pies.

—Es... complicado. Aparte de ser hija de Plutón, quiero montar a caballo.

—¿Por eso usas una espada de la caballería?

Ella asintió con la cabeza.

—Supongo que es ridículo. Ilusiones. En el campamento solo hay un pegaso, el de Reyna. Los unicornios solo se crían por motivos médicos, porque las virutas de sus cuernos curan el veneno y cosas parecidas. El caso es que los romanos siempre luchan a pie. A la caballería la desprecian un poco. Así que a mí también me desprecian.

—Ellos se lo pierden —dijo Percy—. ¿Y tú, Frank?

—Tiro con arco —murmuró él—. Tampoco les gusta, a menos que seas hijo de Apolo. Entonces tienes un pretexto. Espero que mi padre sea Apolo, pero no lo sé. La poesía no se me da muy bien. Y no estoy seguro de querer ser pariente de Octavio.

—No me extraña —dijo Percy—. Pero el arco se te da de maravilla. A las gorgonas les diste de lleno. Olvídate de lo que piensen los demás.

Frank se puso colorado como el refresco en polvo de Dakota.

—Ojalá pudiera. Todos creen que debería luchar con la espada porque soy grande y corpulento —se miró el cuerpo, como si le costara creer que fuera suyo—. Dicen que soy demasiado robusto para un arquero. A lo mejor si mi padre me reconociera...

Cenaron en silencio durante varios minutos. Cuando tu padre se negaba a reconocerte... Hazel conocía esa sensación. Intuía que Percy también podía identificarse con eso.

—Has preguntado por la Quinta —dijo finalmente—. Por qué es la peor cohorte... En realidad, todo empezó mucho antes de nosotros.

Señaló la pared del fondo, donde estaban expuestos los estandartes de la legión.

—¿Ves el palo vacío del medio?

—El águila —dijo Percy.

Hazel se quedó pasmada.

—¿Cómo lo has sabido?

Percy se encogió de hombros.

—Vitelio habló de cuando la legión perdió el águila hace mucho..., la primera vez, dijo. Se comportaba como si fuera una desgracia terrible. Supongo que eso es lo que falta. Y por la forma en que tú y Reyna hablabais antes, supongo que habéis perdido el águila por segunda vez, más recientemente, y que tiene algo que ver con la Quinta Cohorte.

Hazel tomó nota mentalmente de que no debía subestimar a Percy Jackson. Cuando había llegado, le había parecido un poco bobo por las preguntas que había hecho —sobre la fiesta de la tuna y todo lo demás—, pero estaba claro que era más listo de lo que aparentaba.

—Sí —dijo ella—. Eso es exactamente lo que ha pasado.

—¿Y qué es el águila, por cierto? ¿Por qué es tan importante?

Frank miró alrededor para asegurarse de que nadie escuchaba.

—Es el símbolo de todo el campamento: una gran águila hecha de oro. Nos protege en la batalla e inspira temor a nuestros enemigos. El águila de cada legión les daba toda clase de poderes, y la nuestra venía del mismísimo Júpiter. Supuestamente, Julio César apodó a nuestra legión «Fulminata» (armada con el rayo) por las cosas que el águila podía hacer.

—No me gustan los rayos —dijo Percy.

—Sí, bueno —dijo Hazel—, tampoco nos hizo invencibles. La Duodécima perdió

el águila por primera vez hace muchísimo tiempo, durante la rebelión judía.

—Creo que he visto una película sobre el tema —dijo Percy.

Hazel se encogió de hombros.

—Podría ser. Se han hecho muchos libros y películas sobre legiones que pierden sus águilas. Por desgracia, ocurrió muchas veces. El águila era tan importante... Bueno, los arqueólogos no han recuperado ni una sola águila de la antigua Roma. Cada legión protegía la suya hasta el último aliento porque estaba cargada del poder de los dioses. Preferían esconderla o fundirla a entregársela a un enemigo. La Duodécima tuvo suerte la primera vez. Recuperamos el águila. Pero la segunda vez...

—¿Vosotros estabais allí? —preguntó Percy.

Los dos negaron con la cabeza.

—Yo soy casi tan nuevo como tú —Frank se tocó la placa de *probatio*—. Llegué el mes pasado. Pero todo el mundo ha oído la historia. Incluso hablar del tema trae mala suerte. En los ochenta hubo una gran expedición a Alaska...

—¿Te acuerdas de la profecía en la que te fijaste en el templo —continuó Hazel —, la de los siete semidioses y las Puertas de la Muerte? Nuestro primer pretor era Michael Varus, de la Quinta Cohorte. En aquel entonces la Quinta era la mejor cohorte del campamento. Él pensó que la legión alcanzaría la gloria si resolvía la profecía y la hacía realidad: salvar al mundo de la tormenta y el fuego, y todo lo demás. Habló con el augur, y el augur le dijo que la respuesta estaba en Alaska. Pero advirtió a Michael de que todavía no era el momento. La profecía no estaba destinada a él.

—Pero fue de todas formas —aventuró Percy—. ¿Qué pasó?

Frank bajó la voz.

—Es una historia bastante larga y horripilante. Casi toda la Quinta Cohorte fue aniquilada. La mayoría de las armas de oro imperial de la legión se perdieron, junto con el águila. Los supervivientes se volvieron locos o se negaron a hablar de lo que les había atacado.

Yo lo sé, pensó Hazel seriamente. Pero se mantuvo callada.

—Desde que el águila se perdió —prosiguió Frank—, el campamento se ha ido debilitando. Las misiones son más peligrosas. Los monstruos atacan las fronteras más a menudo. La moral está más baja. Desde el mes pasado más o menos, la situación ha empeorado mucho, y mucho más deprisa.

—Y la Quinta Cohorte ha cargado con la culpa —supuso Percy—. Así que ahora todo el mundo cree que estamos malditos.

Hazel se dio cuenta de que la sopa estaba fría. Sorbió una cucharada, pero la comida no resultaba muy reconfortante.

—Hemos sido los marginados de la legión desde... desde la catástrofe de Alaska. Nuestra reputación mejoró cuando Jason se convirtió en pretor...

—¿El chico que ha desaparecido? —preguntó Percy.

—Sí —respondió Frank—. No llegué a conocerlo. Estuvo aquí antes que yo. Pero he oído que era un buen líder. Prácticamente se crió en la Quinta Cohorte. No le importaba lo que la gente opinara de nosotros. Empezó a restaurar nuestra reputación. Y entonces desapareció.

—Lo que nos ha dejado como al principio —dijo Hazel amargamente—. Parecemos otra vez unos malditos. Lo siento, Percy. Ahora ya sabes dónde te has metido.

Percy bebió un sorbo de su refresco azul y se quedó mirando pensativamente a través del comedor.

—Ni siquiera sé de dónde vengo... pero tengo la sensación de que no es la primera vez que estoy en una situación desfavorecida —se centró en Hazel y forzó una sonrisa—. Además, pertenecer a la legión es mejor que ser perseguido por monstruos en el monte. He hecho nuevos amigos. Tal vez juntos podamos dar la vuelta a la situación de la Quinta Cohorte.

Un cuerno sonó al final de la sala. Los oficiales de la mesa de los pretores se pusieron en pie; incluso Dakota, con la boca roja como un vampiro debido a su refresco.

—¡Que empiecen los juegos! —anunció Reyna.

Los campistas prorrumpieron en vítores y corrieron a recoger sus pertrechos de los montones repartidos a lo largo de las paredes.

—Entonces ¿nosotros somos el equipo atacante? —preguntó Percy por encima del ruido—. ¿Es eso bueno?

Hazel se encogió de hombros.

—La buena noticia es que contamos con el elefante. La mala...

—A ver si lo adivino —dijo Percy—. La Quinta Cohorte siempre pierde.

Frank dio una palmada a Percy en el hombro.

—Me encanta este tío. Venga, amigo. ¡Vamos a sumar mi decimotercera derrota consecutiva!

Frank

Mientras marchaban a los juegos de guerra, Frank repasó mentalmente el día. No podía creer lo cerca que había estado de morir.

Estando de guardia esa mañana, antes de que Percy apareciera, Frank había estado a punto de contarle a Hazel su secreto. Los dos habían pasado horas en medio de la fría niebla, observando el tráfico de la gente que iba en coche al trabajo en la autopista 24. Hazel había estado quejándose del frío.

—Daría cualquier cosa por estar caliente —dijo, mientras le castañeteaban los dientes—. Ojalá tuviéramos lumbre.

Incluso con la armadura puesta, estaba guapísima. A Frank le gustaba la forma en que su cabello de color tostado se rizaba alrededor de los bordes de su yelmo y el hoyuelo que se formaba en su barbilla cuando arrugaba la frente. Era menuda comparada con Frank, lo que le hacía sentirse como un buey grande y torpe. Deseaba rodearla con los brazos para darle calor, pero jamás lo haría. Probablemente ella le pegaría, y perdería a la única amiga que tenía en el campamento.

«Yo podría encender un fuego impresionante», pensó. Claro que solo duraría unos minutos y luego me moriría...

El simple hecho de que lo considerara era espeluznante. Hazel ejercía ese efecto en él. Cada vez que ella quería algo, él sentía el impulso irracional de proporcionárselo. Quería ser el caballero chapado a la antigua que acudiera galopando en su rescate, una idea ridícula, pues ella era mucho más competente en todo que él.

Se imaginaba lo que diría su abuela: «¿Frank Zhang galopando para rescatar a alguien? ¡Ja! Se caería del caballo y se partiría el pescuezo».

Costaba creer que solo hubieran transcurrido seis semanas desde que había abandonado la casa de su abuela: seis semanas desde el funeral de su madre.

Desde entonces había pasado de todo: los lobos que habían llegado a la puerta de su abuela, el viaje al Campamento Júpiter, las semanas que había pasado en la Quinta Cohorte procurando no meter la pata hasta el fondo. Y en todo momento había conservado el trozo de leña medio quemado envuelto en tela en el bolsillo de su chaqueta.

«No te separes de él —le había advertido su abuela—. Mientras esté a salvo, tú estarás a salvo.»

El problema era que ardía muy fácilmente. Recordaba el viaje hacia el sur desde Vancouver. Cuando la temperatura descendió por debajo de cero grados cerca del monte Hood, Frank sacó el trozo de leña y lo sostuvo en sus manos, imaginándose lo agradable que sería tener una hoguera. Inmediatamente, una abrasadora llama amarilla empezó a arder en el extremo carbonizado. La llama iluminó la noche y llenó a Frank de calor, pero notó que la vida se le escapaba, como si fuera él el que se estuviera consumiendo en lugar de la leña. Lanzó la llama a un montón de nieve. Por un instante, siguió ardiendo. Cuando por fin se apagó, Frank dominó el pánico. Envolvió el palo y lo guardó en el bolsillo de su chaqueta, decidido a no volver a sacarlo. Pero no podía olvidarse de él.

Era como si alguien le hubiera dicho: «Hagas lo que hagas, no pienses en que ese palo se encienda».

De modo que no hacía otra cosa que pensar en ello.

Estando de guardia con Hazel, trataba de apartar la idea de su mente. Le encantaba pasar tiempo con ella. Le había preguntado por su infancia en Nueva Orleans, pero a ella le ponían nerviosa sus preguntas, de modo que charlaban de cosas intrascendentes. Intentaban hablar en francés entre ellos por pura diversión. Hazel tenía sangre criolla por parte de madre. Frank había aprendido francés en el colegio. Ninguno de los dos dominaba bien el idioma, y el francés de Louisiana era tan distinto del de Canadá que resultaba casi imposible conversar. Cuando Frank le preguntó a Hazel qué tal se encontraba su carne de vaca ese día y ella contestó que su zapato era verde, decidieron dejarlo.

Entonces llegó Percy.

Cierto, Frank había visto a otros chicos luchar contra monstruos. Él mismo había luchado contra muchos en el viaje desde Vancouver. Pero nunca había visto gorgonas. Nunca había visto a una diosa en persona. Y la forma en que Percy había dominado el Pequeño Tíber... ¡Uau! A Frank le habría gustado tener poderes como esos.

Todavía podía notar las garras de las gorgonas clavándose en sus brazos y podía percibir su aliento de serpiente con olor a ratones muertos y veneno. De no haber sido por Percy, aquellas grotescas arpías se lo habrían llevado. Ahora sería un montón de huesos en la trastienda de un supermercado.

Después del incidente que había tenido lugar en el río, Reyna había enviado a Frank al arsenal, lo que le había dado mucho tiempo para pensar. Mientras lustraba espadas se acordó de Juno, que les había advertido que debían liberar a la Muerte.

Por desgracia, Frank estaba casi seguro de a lo que se refería la diosa. Había intentado ocultar su sorpresa cuando Juno había aparecido, pero era exactamente como la había descrito su abuela, hasta en la capa de piel de cabra.

«Ella eligió tu camino hace años —le había dicho su abuela—. Y no será fácil.»

Frank miró su arco en el rincón del arsenal. Se sentiría mejor si Apolo lo reconociera como hijo. Frank había estado convencido de que su padre hablaría en su decimosexto cumpleaños, que había pasado hacía dos semanas.

Los dieciséis años eran un hito importante para los romanos. Había sido el primer cumpleaños de Frank en el campamento, pero no había ocurrido nada. Entonces Frank esperaba que su padre lo reconociera en la fiesta de Fortuna, aunque a juzgar por lo que había dicho Juno, ese día estarían ocupados luchando por salvar sus vidas.

Su padre tenía que ser Apolo. El tiro con arco era lo único que a Frank se le daba bien. Hacía años, su madre le había dicho que el apellido de su familia, Zhang, significaba «maestro de arcos» en chino. Tenía que ser una pista relacionada con su padre.

Frank dejó sus trapos para limpiar. Miró al techo.

—Por favor, Apolo, si eres mi padre, dímelo. Quiero ser un arquero como tú.

—No, no lo quieres —murmuró una voz.

Frank saltó de su asiento. Vitelio, el lar de la Quinta Cohorte, brillaba detrás de él. Su nombre completo era Cayo Vitelio Retículo, pero los miembros de las otras cohortes lo llamaban Vitelio el Ridículo.

—Hazel Levesque me ha mandado a controlarte —dijo Vitelio, subiéndose el cinturón de la espada—. Y me alegro. ¡Mira el estado de este arsenal!

Vitelio no era el más indicado para hablar. Llevaba una toga ancha, la túnica apenas le tapaba la barriga, y la vaina de su espada se le caía del cinturón cada tres segundos, pero Frank no se molestó en señalárselo.

—¡Los arqueros son unos debiluchos! —dijo el fantasma—. En mi época, el tiro con arco era cosa de bárbaros. ¡Un buen romano debía luchar, destripar a su enemigo con la lanza y la espada como un hombre civilizado! Así lo hicimos en las guerras púnicas. ¡Romanízate, muchacho!

Frank suspiró.

—Creía que estuviste en el ejército de César.

—¡Así es!

—Vitelio, César vivió cientos de años después de las guerras púnicas. No pudiste vivir tanto tiempo.

—¿Estás poniendo en duda mi honor? —Vitelio se puso tan furioso que su aura morada empezó a brillar. Desenvainó su *gladius* espectral y gritó—: ¡Toma esto!

Atravesó varias veces el pecho de Frank con la espada, tan mortal como un puntero láser.

—Ay —dijo Frank, por cortesía.

Vitelio se mostró satisfecho y guardó su espada.

—¡La próxima vez te lo pensarás dos veces antes de dudar de tus mayores? A

ver..., hace poco has cumplido dieciséis años, ¿verdad?

Frank asintió con la cabeza. No estaba seguro de cómo lo sabía Vitelio, pues Frank solo se lo había dicho a Hazel, pero los fantasmas tenían formas de descubrir los secretos. Escuchar a escondidas debía de ser una de ellas.

—Así que por eso eres un gladiador tan gruñón —dijo el lar—. Es comprensible. ¡El decimosexto cumpleaños es un día de madurez! Tu padre divino debería haberte reconocido, no hay duda, aunque solo fuera con un pequeño augurio. Tal vez pensaba que eras más pequeño. Pareces más pequeño, con esa cara mofletuda de bebé.

—Gracias por recordármelo —murmuró Frank.

—Sí, me acuerdo de mi decimosexto cumpleaños —dijo Vitelio alegremente—. ¡Un augurio maravilloso! Un pollo en mi ropa interior.

—¿Cómo?

Vitelio se hinchó de orgullo.

—¡Así es! Estaba en el río cambiándome de ropa para mi Liberalia. El rito de paso a la madurez, ya sabes. En aquel entonces hacíamos las cosas como es debido. Me había quitado la toga de niño y estaba lavándome para ponerme la de adulto. De repente, un pollo inmaculado salió de la nada, se metió en mi taparrabos y se marchó corriendo con él. En ese momento no lo llevaba puesto.

—Qué bien —dijo Frank—. Si me permites decirlo, me has dado más información de la que necesitaba.

—Hum —Vitelio no estaba escuchando—. Fue la señal de que descendía de Escolapio, el dios de la medicina. Me puse mi segundo apellido, Retículo, porque significaba «prenda de ropa interior» para acordarme del feliz día en que un pollo me robó el taparrabos.

—Así que... ¿tu nombre significa Don Calzoncillos?

—¡Alabados sean los dioses! Me hice cirujano en la legión, y el resto es historia —extendió los brazos generosamente—. No te rindas, muchacho. Tal vez tu padre lleve retraso. Claro que la mayoría de los augurios no son tan espectaculares como un pollo. Una vez conocí a un tipo al que le tocó un escarabajo pelotero...

—Gracias, Vitelio —dijo Frank—. Pero tengo que acabar de limpiar esta armadura...

—¿Y la sangre de gorgona?

Frank se quedó paralizado. No le había hablado a nadie de eso. Que él supiera, solo Percy le había visto guardarse los frascos en el río, y no habían tenido ocasión de hablar del tema.

—Vamos —lo reprendió Vitelio—. Soy curandero. Conozco las leyendas sobre la sangre de gorgona. Enséñame los frascos.

Frank sacó a regañadientes los dos frasquitos de cerámica que había cogido del Pequeño Tíber. Cuando un monstruo se deshacía, a menudo quedaban botines de

guerra: a veces un diente o un arma, o incluso la cabeza entera del monstruo. Frank había sabido enseguida qué eran los dos frascos. Por tradición, le pertenecían a Percy, que había matado a las gorgonas, pero Frank no había podido evitar pensar: «¿Y si pudiera usarlos?».

—Sí —Vitelio observó los frascos con aprobación—. La sangre tomada del lado derecho del cuerpo de una gorgona puede curar cualquier enfermedad, incluso devolver la vida a los muertos. En una ocasión la diosa Minerva le dio un frasco de sangre a mi antepasado divino, Escolapio. Pero la sangre tomada del lado izquierdo de una gorgona resulta fatal al instante. Y bien, ¿de qué lado es?

Frank miró los frascos.

—No lo sé. Son idénticos.

—¡Ja! Pero tienes la esperanza de que el frasco correcto resuelva tu problema con el palo quemado, ¿verdad? ¿Y que rompa tu maldición, tal vez?

Frank se quedó tan pasmado que fue incapaz de hablar.

—No te preocupes, muchacho —el fantasma se rió entre dientes—. No se lo contaré a nadie. ¡Soy un lar, un protector de la cohorte! No haría nada que te pusiera en peligro.

—Me has clavado la espada en el pecho.

—¡Confía en mí, muchacho! Siento pena por ti, cargando con la maldición del argonauta.

—¿La... qué?

Vitelio rechazó la pregunta con un gesto de la mano.

—No seas modesto. Tienes raíces antiguas. Griegas y romanas. No me extraña que Juno... —Ladeó la cabeza, como si estuviera escuchando una voz de arriba. Su rostro se demudó. Toda su aura emitió un parpadeo verde—. ¡He hablado demasiado! En cualquier caso, dejaré que decidas quién se queda con la sangre de gorgona. Supongo que a ese tal Percy, el recién llegado, también le vendría bien, con su problema de memoria.

Frank se preguntó qué había estado a punto de decir Vitelio y qué le había asustado tanto, pero le dio la impresión de que por una vez el lar iba a permanecer callado.

Miró los dos frascos. Ni siquiera había pensado que Percy los necesitara. Se sintió culpable por haber querido usar la sangre para él mismo.

—Sí, claro. Debería quedársela él.

—Pero si quieres que te dé un consejo... —Vitelio volvió a alzar la vista nerviosamente—. Los dos deberíais esperar a usar la sangre de gorgona. Si mis fuentes están en lo cierto, vais a necesitarla en vuestra misión.

—¿Misión?

Las puertas del arsenal se abrieron de golpe.

Reyna entró como un huracán con sus galgos metálicos. Vitelio se esfumó. Puede que le gustaran los pollos, pero no le gustaban los perros de la pretora.

—Frank —Reyna tenía cara de preocupación—. Deja el arsenal. Ve a buscar a Hazel. Trae a Percy Jackson. Lleva demasiado tiempo allí arriba. No quiero que Octavio... —Titubeó—. Trae a Percy.

De modo que Frank había corrido hasta la colina de los Templos.

Cuando volvían caminando, Percy le había hecho un montón de preguntas sobre el hermano de Hazel, Nico, pero Frank no sabía responderlas.

—Es legal —dijo Frank—. No es como Hazel...

—¿A qué te refieres? —preguntó Percy.

—Esto... —Frank tosió. Quería decir que Hazel era más guapa y más simpática, pero decidió no decirlo—. Nico es un poco misterioso. Pone nervioso a todo el mundo, con eso de que es hijo de Plutón.

—¿Y a ti no?

Frank se encogió de hombros.

—Plutón mola. Él no tiene la culpa de gobernar el inframundo. Simplemente tuvo mala suerte cuando los dioses se dividieron el mundo, ¿sabes? A Júpiter le tocó el cielo, a Neptuno el mar, y a Plutón el pozo.

—¿A ti no te da miedo la Muerte?

A Frank casi le entraron ganas de echarse a reír. «¡Para nada! ¿Tienes una cerilla?»

En lugar de eso dijo:

—Antiguamente, en la época de los griegos, cuando Plutón se llamaba Hades, era más bien un dios de la muerte. Cuando se convirtió en romano, se volvió más... No sé, respetable. También se convirtió en el dios de la riqueza. Todo lo que está bajo tierra le pertenece. Así que no me da mucho miedo.

Percy se rascó la cabeza.

—¿Cómo se convierte un dios en romano? Si es griego, ¿no debería seguir siendo griego?

Frank dio unos pasos, pensando en ello. Vitelio habría dado a Percy una charla de una hora sobre el tema, probablemente con una presentación en PowerPoint, pero Frank lo hizo lo mejor que pudo.

—Según los romanos, ellos adoptaron la cultura griega y la perfeccionaron.

Percy frunció el entrecejo.

—¿La perfeccionaron? ¿Como si tuviera algo malo?

Frank se acordó de lo que Vitelio había dicho: «Tienes raíces antiguas. Griegas y romanas». Su abuela le había dicho algo parecido.

—No lo sé —reconoció—. Roma tuvo más éxito que Grecia. Ellos crearon un

enorme imperio. Los dioses se volvieron más importantes en la época romana: más poderosos y conocidos. Por eso todavía están presentes. Muchas civilizaciones se basan en Roma. Los dioses se volvieron romanos porque allí era donde estaba el centro del poder. Júpiter fue... más responsable como dios romano que cuando era Zeus. Marte se volvió más importante y disciplinado.

—Y Juno se convirtió en una vieja hippy —observó Percy—. ¿Me estás diciendo que los antiguos dioses griegos se volvieron romanos para siempre? ¿No queda nada de los griegos?

—Hummm... —Frank miró a su alrededor para asegurarse de que no había campistas ni lares cerca, pero las puertas principales estaban todavía a cien metros de distancia—. Es un tema delicado. Hay quien dice que la influencia griega sigue presente, como si siguiera formando parte de la personalidad de los dioses. He oído historias de semidioses que de vez en cuando se marchan del Campamento Júpiter. Rechazan la formación romana y tratan de seguir las antiguas costumbres griegas, como ser unos héroes solitarios en lugar de trabajar en equipo como la legión. En la Antigüedad, cuando se produjo la caída de Roma, la mitad oriental del Imperio sobrevivió: la mitad griega.

Percy se lo quedó mirando.

—No lo sabía.

—Se llamaba Bizancio —a Frank le gustaba decir esa palabra. Sonaba guay—. El Imperio de Oriente duró otros mil años, pero siempre fue más griego que romano. Para aquellos como nosotros que siguieron la tradición romana, es un tema espinoso. Por eso, independientemente del país donde nos instalemos, el Campamento Júpiter siempre está en la parte occidental: la parte romana del territorio. Se considera que la parte oriental trae mala suerte.

—Ah.

Percy frunció la frente.

Frank entendía que se sintiera confundido. A él también le daba dolor de cabeza el tema de griegos y romanos.

Llegaron a las puertas.

—Te llevaré a los baños para que te laves —dijo Frank—. Pero antes, respecto a los frascos que encontré en el río...

—Sangre de gorgona —dijo Percy—. Un envase cura. El otro es un veneno mortal.

Frank abrió mucho los ojos.

—¿Lo sabes? Oye, no iba a quedármelos. Simplemente...

—Sé por qué lo hiciste, Frank.

—¿Lo sabes?

—Sí —Percy sonrió—. Si hubiera entrado en el campamento con un frasco de

veneno, hubiera quedado mal. Intentabas protegerme.

—Ah... claro —Frank se secó el sudor de las palmas de las manos—. Pero si averiguáramos qué frasco es bueno y qué frasco es malo, podría curarte la memoria.

La sonrisa de Percy desapareció. Miró al otro lado de las colinas.

—Tal vez... Pero de momento deberías guardar esos frascos. Se avecina una batalla. Puede que los necesitemos para salvar vidas.

Frank lo miró fijamente, un tanto asombrado. Percy tenía la oportunidad de recuperar la memoria, ¿y estaba dispuesto a esperar por si otra persona necesitaba más la pócima que él? Se suponía que los romanos eran desinteresados y que ayudaban a sus compañeros, pero Frank no estaba seguro de que otra persona en el campamento hubiera hecho lo mismo.

—Entonces ¿no te acuerdas de nada? —preguntó Frank—. ¿Familia, amigos...?

Percy toqueteó las cuentas de barro de su collar.

—Solo destellos. Una novia... Pensaba que estaría en el campamento... —Miró con cautela a Frank, como si estuviera tomando una decisión—. Se llamaba Annabeth. No la conocerás, ¿verdad?

Frank negó con la cabeza.

—Conozco a todo el mundo en el campamento, pero no conozco a ninguna Annabeth. ¿Y tu familia? ¿Es mortal tu madre?

—Supongo... Probablemente estará muerta de preocupación. ¿Tu madre te ve a menudo?

Frank se paró en la entrada de los baños. Cogió unas toallas del cobertizo del material.

—Murió.

Percy frunció el entrecejo.

—¿Cómo?

Normalmente Frank mentiría. Contestaría que había sido un accidente y pondría fin a la conversación. Si no, perdía el control de sus emociones. No podía llorar en el Campamento Júpiter. No podía mostrar debilidad. Pero con Percy le resultaba más fácil hablar.

—Murió en la guerra —dijo—. En Afganistán.

—¿Estaba en el ejército?

—Sí. Canadiense.

—¿Canadá? No sabía...

—La mayoría de los estadounidenses no lo saben —Frank suspiró—. Pero sí, Canadá tiene tropas allí. Mi madre era capitana. Fue una de las primeras mujeres que murió en combate. Salvó a unos soldados que se quedaron atrapados por el fuego enemigo. Ella... no sobrevivió. El funeral fue justo antes de que yo viniera aquí.

Percy asintió con la cabeza. No le pidió más detalles, cosa que Frank agradeció.

No dijo que lo sentía, ni hizo ninguno de los bienintencionados comentarios que Frank detestaba: «Pobre. Debió de ser muy duro para ti. Mi más sentido pésame».

Era como si Percy se hubiera enfrentado a la muerte antes, como si supiera lo que era el dolor. Lo importante era escuchar. No hacía falta que dijeras que lo sentías. Lo único que servía era seguir adelante.

—¿Qué tal si me enseñas los baños? —propuso Percy—. Estoy hecho un asco.

Frank forzó una sonrisa.

—Sí. Un poco sí que lo estás.

Mientras entraban en la sauna, Frank pensó en su abuela, su madre y su infancia maldita, gracias a Juno y su trozo de leña. Casi deseaba poder olvidar su pasado, como había hecho Percy.

Frank

Frank no recordaba gran cosa del funeral propiamente dicho. De lo que sí se acordaba era de las horas previas, cuando su abuela había salido al jardín y lo había encontrado disparando flechas a su colección de porcelana.

La casa de su abuela era una laberíntica mansión de piedra gris de casi cinco hectáreas en North Vancouver. Su jardín trasero llegaba hasta el parque de Lynn Canyon.

Era una mañana fresca y lloviznosa, pero Frank no notaba el frío. Llevaba un traje de lana negro y un abrigo negro que habían pertenecido a su abuelo. A Frank le había sorprendido y le había impresionado descubrir que le quedaban bien. La ropa olía a bolas de naftalina húmedas y jazmín. La tela picaba pero abrigaba. Con el arco y el carcaj, debía de parecer un mayordomo muy peligroso.

Había cargado parte de la porcelana de su abuela en un carrito y lo había llevado al jardín, donde había colocado los blancos sobre los viejos postes de la cerca situados en el límite de la finca. Había estado disparando tanto tiempo que los dedos se le estaban empezando a entumecer. Con cada flecha que disparaba, se imaginaba que eliminaba sus problemas.

Francotiradores en Afganistán. «Zas.» Una tetera estalló con una flecha por la mitad.

La medalla al sacrificio, un disco de plata con una cinta roja y negra concedida por la muerte en el cumplimiento del deber, entregada a Frank como si fuera algo importante, algo capaz de arreglarlo todo. «Paf.» Una taza de té fue a parar al bosque dando vueltas.

El oficial que vino a decirle: «Tu madre es una heroína. La capitana Emily Zhang murió intentando salvar a sus compañeros». «Crac.» Un plato azul y blanco se hizo añicos.

El castigo de su abuela: «Los hombres no lloran. Y menos los hombres de la familia Zhang. Lo soportarás, Fai».

Nadie lo llamaba Fai salvo su abuela.

«¿Qué clase de nombre es Frank? —lo regañaba—. Ese no es un nombre chino.»

«Yo no soy chino», pensaba Frank, pero no se atrevía a decirlo. Su madre le había

dicho hacía años: «No discutas con la abuela. Eso solo la hará sufrir más». Ella tenía razón. Y ahora Frank no tenía a nadie más que a su abuela.

«Pam.» Una cuarta flecha impactó en el poste de la cerca y se clavó en él, vibrando.

—Fai —dijo su abuela.

Frank se volvió.

La mujer sujetaba con firmeza un cofre de caoba del tamaño de una caja de zapatos que Frank no había visto nunca. Con su vestido negro de cuello alto y su severo moño de cabello gris, parecía una maestra de escuela del siglo XIX.

Su abuela contempló la carnicería: la porcelana en el carrito, los fragmentos de sus juegos de té favoritos esparcidos por el césped, las flechas de Frank sobresaliendo del suelo, los árboles, los postes de la cerca y una flecha en la cabeza de un sonriente gnomo de jardín.

Frank pensó que se pondría a gritar o que le pegaría con la caja. Él nunca había hecho algo tan grave. Nunca se había sentido tan furioso.

La cara de su abuela rebosaba amargura y desaprobación. No se parecía en nada a la madre de Frank. Se preguntaba cómo su madre había salido tan simpática, siempre risueña y amable. Frank no se imaginaba a su madre creciendo con su abuela como tampoco se la podía imaginar en el campo de batalla, aunque probablemente las dos situaciones no se diferenciaban tanto.

Esperó a que su abuela estallara. Tal vez lo encerrara y no tuviera que ir al funeral. Quería hacerle daño por portarse tan mal continuamente, por dejar que su madre fuera a la guerra, por regañarlo para que lo superara. Lo único que a ella le importaba era su estúpida colección.

—Deja ese ridículo comportamiento —dijo su abuela. No parecía muy irritada—. Es indigno de ti.

Para gran asombro de Frank, apartó de una patada una de sus tazas de té favoritas.

—El coche llegará pronto —dijo—. Debemos hablar.

Frank se quedó mudo de asombro. Miró más atentamente la caja de caoba. Por un instante, se preguntó si contenía las cenizas de su madre, pero era imposible. Su abuela le había dicho que habría un entierro militar. Entonces ¿por qué sujetaba su abuela la caja con tanta cautela, como si el contenido le causara tristeza?

—Entra —dijo.

Sin esperar a ver si Frank la seguía, la mujer se volvió y entró en la casa.

En el salón, Frank se sentó en un sofá de terciopelo, rodeado de antiguas fotos familiares, jarrones de porcelana demasiado grandes para su carrito y banderas de caligrafía chinas. Frank no sabía lo que decía la caligrafía. Nunca había tenido mucho interés por aprender. Tampoco conocía a la mayoría de las personas de las fotografías.

Cada vez que su abuela empezaba a sermonearlo sobre sus antepasados —cómo

habían venido de China y habían prosperado en el negocio de la importación-exportación y cómo, con el tiempo, se habían convertido en una de las familias chinas más ricas de Vancouver—, era un rollo, la verdad. Frank era canadiense de cuarta generación. Le daban igual China y todas aquellas rancias antigüedades. Los únicos caracteres chinos que reconocía eran el apellido de su familia: Zhang. «Maestro de arcos.» Eso molaba.

Su abuela se sentó a su lado, con una postura rígida y las manos dobladas sobre la caja.

—Tu madre quería que tuvieras esto —dijo con reticencia—. Lo guardaba desde que eras un bebé. Cuando se marchó a la guerra, me lo confió a mí. Pero se ha ido, y dentro de poco tú también te irás.

A Frank se le revolvió el estómago.

—¿Me iré? ¿Adónde?

—Yo soy vieja —contestó su abuela, como si fuera un anuncio sorprendente—. Muy pronto yo también tendré una cita con la Muerte. No te puedo enseñar las técnicas que necesitarás, y no puedo ocultar esta carga. Si le pasara algo, no me lo perdonaría nunca. Te morirías.

Frank no estaba seguro de haber oído bien. Parecía que hubiera dicho que su vida dependía de aquella caja. Se preguntaba por qué no la había visto antes. Ella debía de haberla tenido encerrada en el desván: la única habitación en la que Frank tenía prohibido explorar. Ella siempre había dicho que guardaba sus tesoros más valiosos allí arriba.

Le dio la caja. Él levantó la tapa con las manos temblorosas. Dentro, acolchado en forro de terciopelo, había un objeto aterrador, capaz de cambiar su vida e increíblemente importante: un palo.

Parecía madera de deriva: dura y lisa, tallada con una forma ondulada. Era casi del tamaño de un mando a distancia de televisión. Tenía la punta chamuscada. Frank tocó el extremo quemado. Todavía estaba caliente. Las cenizas le dejaron una mancha negra en el dedo.

—Es un palo —dijo.

No entendía por qué su abuela estaba tan tensa y seria por algo así.

A la mujer le brillaban los ojos.

—Fai, ¿sabes algo de profecías? ¿Sabes algo de dioses?

Las preguntas le incomodaron. Pensó en las ridículas estatuas doradas de inmortales chinos que su abuela tenía, en sus supersticiones a la hora de colocar los muebles en determinados sitios y de evitar números que traían mala suerte. Las profecías le hacían pensar en las galletas de la suerte, que ni siquiera eran chinas —en realidad, no—, pero los matones del colegio le molestaban con chistes sobre frases estúpidas como «Confucio dice...» y todas esas chorradas. Frank nunca había estado

en China. No quería tener nada que ver con ese país. Pero, por supuesto, su abuela no quería oír eso.

—Un poco, abuela —contestó—. No mucho.

—La mayoría de la gente se habría burlado de la historia de tu madre —dijo ella—. Pero yo no. Sé de profecías y de dioses. Griegos, romanos, chinos... se cruzan en nuestra familia. Yo no puse en duda lo que me contó de tu padre.

—Espera... ¿Qué?

—Tu padre era un dios —dijo ella sin rodeos.

Si su abuela hubiera tenido sentido del humor, Frank habría pensado que estaba bromeando. Pero su abuela nunca gastaba bromas. ¿Se estaba volviendo senil?

—¡Deja de mirarme con la boca abierta! —le espetó—. No estoy mal de la cabeza. ¿Nunca te has preguntado por qué tu padre no volvió?

—Estaba... —dijo Frank titubeando. Perder a su madre ya era bastante doloroso. No quería pensar también en su padre—. Estaba en el ejército, como mamá. Desapareció en combate. En Irak.

—Bah. Era un dios. Se enamoró de tu madre porque era una guerrera nata. Era como yo: fuerte, valiente, buena y hermosa.

Fuerte y valiente, Frank no lo dudaba. Imaginarse a su abuela como buena o hermosa era más difícil.

Seguía sospechando que había perdido la claveta, pero preguntó:

—¿Qué clase de dios?

—Un dios romano —respondió ella—. Aparte de eso, no sé nada. Tu madre no me lo dijo o quizá ella tampoco lo sabía. No me extraña que un dios se enamorara de ella, teniendo en cuenta a nuestra familia. Debió de descubrir que ella tenía sangre ancestral.

—Espera... Somos chinos. ¿Por qué un dios romano querría salir con una canadiense china?

Los orificios nasales de su abuela se ensancharon.

—Si te hubieras molestado en aprender la historia de la familia, Fai, lo sabrías. China y Roma no son tan distintas, ni están tan separadas como podrías creer. Nuestra familia es de la provincia de Gansu, una ciudad antiguamente llamada Li-Jien. Y antes de eso..., bueno, como he dicho, sangre ancestral. La sangre de príncipes y héroes.

Frank se limitó a mirarla fijamente.

Ella suspiró exasperada.

—¡Estoy desperdiciando saliva con este muchacho! Descubrirás la verdad cuando vayas al campamento. Tal vez tu padre te reconozca, pero de momento debo explicarte qué es el trozo de leña.

Señaló la gran chimenea de piedra.

—Poco después de que tú nacieras, una visita apareció en nuestro hogar. Tu madre y yo estábamos sentadas aquí, en el sofá, en el mismo sitio donde tú estás sentado. Tú eras una criatura, envuelto en una manta azul, y ella te estaba meciendo en sus brazos.

Parecía un recuerdo agradable, pero su abuela lo evocaba en un tono amargo, como si ya entonces supiera que Frank se convertiría en un zoquete grande y torpe.

—Una mujer apareció entre el fuego —continuó—. Era una mujer blanca (una *gwai poh*), vestida de seda azul, con una extraña capa que parecía la piel de una cabra.

—Una cabra —repitió Frank aturdido.

Su abuela frunció el entrecejo.

—¡Sí, límpiame las orejas, Fai Zhang! ¡Soy demasiado vieja para repetirlo todo dos veces! La mujer de la piel de cabra era una diosa. Yo siempre percibo estas cosas. Sonrió al bebe, a ti, y le dijo a tu madre, en perfecto mandarín, nada menos: «Él cerrará el círculo. Devolverá a tu familia a sus raíces y te colmará de honor».

Su abuela resopló.

—Yo no le llevo la contraria a las diosas, pero esta no veía el futuro con claridad. En cualquier caso, dijo: «Irás al campamento y allí restablecerá tu reputación. Liberará a Tánatos de sus cadenas heladas...».

—Espera. ¿A quién?

—A Tánatos —dijo su abuela con impaciencia—. El nombre griego de la Muerte. ¿Puedo seguir sin que me interrumpas? La diosa dijo: «La sangre de Pilos es abundante en el niño por parte de madre. Tendrá el don de la familia Zhang, pero también tendrá los poderes de su padre».

De repente, la historia de la familia de Frank no resultaba aburrida. Ardía en deseos de preguntar qué significaba todo aquello: poderes, dones, sangre de Pilos. ¿Qué era ese campamento y quién era su padre? Pero no quería interrumpir otra vez a su abuela. Quería que siguiera hablando.

—Todo poder se cobra un precio, Fai —dijo—. Antes de que la diosa desapareciera, señaló al fuego y dijo: «Será el más fuerte de tu clan y el más grande. Pero las Parcas han decretado que sea también el más vulnerable. Su vida será intensa y breve. En cuanto este trozo de yesca se consuma (el palo que había en el borde de la lumbre), tu hijo está destinado a morir».

Frank apenas podía respirar. Miró la caja que tenía sobre el regazo y la mancha de ceniza de su dedo. La historia parecía ridícula, pero de repente el trozo de madera parecía más siniestro, más frío y más pesado.

—Este... este...

—Sí, mi buey cabezón —dijo su abuela—. Ese mismo palo. La diosa desapareció, e inmediatamente cogió la madera del fuego. Lo hemos guardado desde

entonces.

—Si se quema, ¿me moriré?

—No es tan raro —dijo su abuela—. Romanos, chinos... A menudo los destinos de los hombres se pueden prever, y a veces hasta se pueden evitar, al menos por un tiempo. La madera está ahora en tus manos. Mantenla cerca. Mientras esté a salvo, tú estarás a salvo.

Frank sacudió la cabeza. Quería protestar diciendo que no era más que una estúpida leyenda. Tal vez su abuela estuviera intentando asustarle como venganza por romperle la porcelana.

Sin embargo, los ojos de la anciana tenían una mirada desafiante. Parecía estar retando a Frank: «Si no te lo crees, quémalo».

Frank cerró la caja.

—Si es tan peligroso, ¿por qué no lo sellamos con algo que no arda, como plástico o acero? ¿Por qué no lo guardamos en una caja fuerte?

—¿Qué pasaría si cubriéramos el palo con otra sustancia? —se preguntó su abuela—. ¿Te ahogarías tú también? No lo sé. Tu madre no correría el riesgo. Ella no soportaría participar en una cosa así por miedo a que algo saliera mal. Los bancos se pueden robar. Los edificios se pueden incendiar. Cuando alguien intenta engañar al destino, las cosas conspiran contra él. Tu madre pensó que el palo solo estaría a salvo en sus manos, hasta que se fue a la guerra. Entonces me lo dio a mí.

Su abuela espiró con amargura.

—Emily fue una insensata yendo a la guerra, pero supongo que siempre he sabido que era su destino. Ella esperaba volver a encontrarse con tu padre.

—¿Pensaba... pensaba que él estaría en Afganistán?

Su abuela extendió las manos, como si aquello le resultara incomprensible.

—Se fue. Luchó con valor. Creía que el don de la familia la protegería. Seguro que así es como salvó a esos soldados. Pero el don nunca ha mantenido a salvo a nuestra familia. A mí no me ha ayudado. Y ahora te has hecho hombre. Debes seguir tu camino.

—Pero... ¿qué camino? ¿Cuál es nuestro don: el tiro con arco?

—¡Tú y tu tiro con arco! Qué muchacho más bobo. Pronto lo descubrirás. Esta noche, después del funeral, debes ir al sur. Tu madre dijo que si no volvía del combate, Lupa enviaría unos mensajeros. Ellos te acompañarán a un lugar donde los hijos de los dioses son adiestrados para cumplir su destino.

Frank se sentía como si le estuvieran disparando con flechas y el corazón se le hubiera partido en fragmentos de porcelana. No entendía la mayor parte de lo que decía su abuela, pero una cosa estaba clara: lo estaba echando de casa.

—¿Me dejarías marchar sin más? —preguntó—. ¿Dejarías marchar a la única familia que te queda?

La boca de su abuela temblaba. Sus ojos parecían húmedos. A Frank le sorprendió darse cuenta de que estaba al borde de las lágrimas. Había perdido a su marido hacía años, luego a su hija, y ahora estaba a punto de echar de su lado a su único nieto. Pero se levantó del sofá y se mantuvo firme, con una postura rígida y correcta como siempre.

—Cuando llegues al campamento —le mandó—, debes hablar con la pretora en privado. Dile que tu bisabuelo era Shen Lun. Han pasado muchos años desde el incidente de San Francisco. Con suerte, no te matarán por lo que él hizo, pero puede que te convenga pedir perdón por sus actos.

—Esto pinta cada vez mejor —masculló Frank.

—La diosa dijo que cerrarías el círculo de la familia —la voz de su abuela no tenía ni rastro de compasión—. Ella eligió tu camino hace años, y no será fácil. Pero ahora es el momento del funeral. Tenemos obligaciones. Vamos, el coche estará esperando.

La ceremonia transcurrió de forma confusa: caras solemnes, el tamborileo de la lluvia sobre el toldo junto a la tumba, el estallido de los rifles de la guardia de honor, el ataúd hundiéndose en la tierra.

Esa noche vinieron los lobos. Se pusieron a aullar en el porche. Frank salió a recibirlos. Cogió su mochila de viaje, su ropa de mayor abrigo, su arco y su carcaj. La medalla al sacrificio de su madre estaba metida en la mochila. El palo chamuscado se hallaba cuidadosamente envuelto en tres capas de tela en el bolsillo de su chaqueta, cerca de su corazón.

Emprendió el viaje al sur: primero a la Casa del Lobo, en Sonoma, y finalmente al Campamento Júpiter, donde habló con Reyna en privado como le había mandado su abuela. Suplicó perdón por el bisabuelo del que no sabía nada. Reyna le dejó unirse a la legión. No le contó lo que había hecho su bisabuelo, pero era evidente que lo sabía. Frank se percató de que era malo.

—Juzgo a la gente por sus propios méritos —le dijo Reyna—. Pero no menciones el nombre de Shen Lun delante de nadie más. Debe seguir siendo nuestro secreto, o te tratarán mal.

Lamentablemente, Frank no contaba con muchos méritos. Su primer mes en el campamento lo pasó chocando y tirando hileras de armas, rompiendo carros y haciendo tropezar a cohortes enteras mientras estas marchaban. Su tarea favorita era cuidar de Aníbal el elefante, pero también había metido la pata provocando una indigestión al animal al darle de comer cacahuets. ¿Quién iba a saber que los elefantes podían ser intolerantes a los cacahuets? Frank se imaginaba a Reyna arrepintiéndose de su decisión de dejarle unirse a la legión.

Cada día se despertaba preguntándose si el palo se encendería y se quemaría, y si él dejaría de existir.

Todo eso pasaba por la cabeza de Frank mientras se dirigía hacia los juegos de guerra en compañía de Hazel y Percy. Pensó en el palo envuelto dentro del bolsillo de su chaqueta y en lo que la aparición de Juno en el campamento significaba. ¿Estaba a punto de morir? Esperaba que no. Todavía no había honrado a su familia, eso estaba claro. Quizá Apolo lo reconociera esa noche y le explicara cuáles eran sus poderes y sus dones.

Una vez que salieron del campamento, la Quinta Cohorte formó dos filas detrás de sus centuriones, Dakota y Gwen. Marcharon hacia el norte, rodeando las afueras de la ciudad, y se dirigieron al Campo de Marte: la parte más grande y más llana del valle. La hierba estaba muy corta debido a todos los unicornios, toros y faunos sin hogar que pacían allí. La tierra estaba llena de cráteres de explosiones y surcada por trincheras de juegos anteriores. En la parte norte del campo estaba su objetivo. Los ingenieros habían construido una fortaleza de piedra con rastrillos de hierro, torres de vigía, escorpiones, cañones de agua y, sin duda, muchas otras sorpresas desagradables para que las usaran los defensores.

—Hoy han hecho un buen trabajo —observó Hazel—. Eso no es bueno para nosotros.

—Espera —dijo Percy—. ¿Me estás diciendo que han construido esa fortaleza hoy?

Hazel sonrió.

—A los legionarios se les adiestra para construir. Si nos viéramos obligados, podríamos derribar todo el campamento y reconstruirlo en otra parte. Llevaría unos tres o cuatro días, pero podríamos hacerlo.

—Mejor no —dijo Percy—. ¿Así que atacáis una fortaleza distinta cada noche?

—No cada noche —contestó Frank—. Tenemos diferentes ejercicios de entrenamiento. A veces, las bolas de la muerte..., que son como las bolas de pintura, solo que... con bolas de veneno, ácido y fuego. Otras veces hacemos competiciones de carros y gladiadores, y otras, juegos de guerra.

Hazel señaló al fuerte.

—La Primera y la Segunda Cohorte guardan sus estandartes en algún lugar del interior. Nuestra misión consiste en entrar y capturarlos sin que nos descuarticen. Si lo hacemos, ganamos.

A Percy se le iluminaron los ojos.

—Como el juego de capturar la bandera. Creo que me gusta.

—Bueno, sí... —dijo Frank riendo—. Es algo más difícil de lo que parece. Tenemos que esquivar esos escorpiones y los cañones de agua de los muros, atravesar el interior de la fortaleza luchando, al mismo tiempo que protegemos nuestros propios estandartes y a nuestras tropas y evitamos que los capturen. Nuestra cohorte compite

con las otras dos cohortes atacantes. En cierto modo debemos cooperar, pero en realidad no es así. La cohorte que captura los estandartes se lleva toda la gloria.

Percy tropezó, tratando de mantener el ritmo de la marcha. Frank se solidarizó con el recién llegado. Él se había pasado las dos primeras semanas cayéndose.

—¿Y por qué hacemos esta práctica? —preguntó Percy—. ¿Pasáis mucho tiempo asediando ciudades fortificadas?

—Trabajo en equipo —respondió Hazel—. Rapidez de reflejos. Táctica. Técnicas de combate. Te sorprendería lo que se aprende con los juegos de guerra.

—Como quién te apuñalará por la espalda —dijo Frank.

—Sobre todo eso —convino Hazel.

Marcharon hasta el centro del Campo de Marte y formaron filas. La Tercera y la Cuarta Cohorte se reunieron lo más lejos posible de la Quinta. Los centuriones del bando atacante se juntaron para debatir. En el cielo, Reyna daba vueltas a lomos de su pegaso, Scipio, lista para hacer de árbitro. Media docena de águilas gigantescas volaban en formación detrás de ella, preparadas para ofrecer servicios de ambulancia aérea en caso necesario. La única persona que no participaba en el juego era Nico di Angelo, el «embajador de Plutón», que había subido a una torre de vigilancia a unos cien metros del fuerte y debía de estar observando con unos prismáticos.

Frank apoyó su *pilum* contra su escudo y comprobó la armadura de Percy. Todas las correas estaban abrochadas correctamente. Cada parte de la armadura estaba bien ajustada.

—Lo has hecho bien —dijo asombrado—. Percy, debes de haber participado en juegos de guerra antes.

—No lo sé. Tal vez.

El único elemento antirreglamentario era la reluciente espada de bronce de Percy, que ni estaba hecha de oro imperial ni era un *gladius*. Tenía forma de hoja, y la inscripción de la empuñadura estaba en griego. Frank se inquietó al mirarla.

Percy frunció el ceño.

—Podemos usar armas de verdad, ¿no?

—Sí —asintió Frank—. Por supuesto. Es solo que nunca había visto una espada como esa.

—¿Y si hago daño a alguien?

—Lo curamos —contestó Frank—. O lo intentamos. Los médicos de la legión saben emplear muy bien la ambrosía y el néctar, y las virutas de unicornio.

—Nadie muere —dijo Hazel—. Bueno, al menos normalmente. Y si se da el caso...

Frank imitó la voz de Vitelio:

—¡Son unos debiluchos! ¡En mi época, moríamos continuamente, y nos gustaba!
Hazel se rió.

—No te separes de nosotros, Percy. Lo más probable es que recibamos la peor tarea y nos eliminen pronto. Nos mandarán a los muros primero para minar las defensas. Luego la Tercera y la Cuarta Cohortes entrarán y se llevarán los honores, si pueden abrir brecha en el fuerte.

Sonaron los cuernos. Dakota y Gwen se apartaron del corrillo de los oficiales, con expresión adusta.

—¡Muy bien, el plan es el siguiente! —Dakota bebió un trago rápido de su termo de viaje con refresco—. Nos van a mandar a los muros primero para minar las defensas.

Toda la cohorte se quejó.

—Lo sé, lo sé —dijo Gwen—. ¡Pero a lo mejor esta vez tenemos suerte!

Gwen era la optimista del grupo. A todo el mundo le caía bien porque se preocupaba por su gente y trataba de mantener alta la moral. Incluso podía controlar a Dakota durante sus ataques de hiperactividad. Aun así, los campistas gruñeron y se quejaron. Nadie creía en la suerte de la Quinta.

—La primera fila con Dakota —dijo Gwen—. Juntad los escudos y avanzad en formación de tortuga hasta las puertas. Intentad permanecer sanos y salvos. Atraed su fuego. La segunda fila... —Gwen se volvió hacia la hilera de Frank sin gran entusiasmo—. Los diecisiete, de Bobby en adelante, haceos cargo del elefante y de las escaleras. Intentad hacer un ataque de flanco en el muro oeste. Tal vez podamos dispersar a sus defensores. Frank, Hazel, Percy... haced cualquier cosa. Enseñadle a Percy cómo funciona todo. Tratad de mantenerlo con vida —se volvió hacia toda la cohorte—. Si alguien salta por encima del muro, me aseguraré de que os den la corona mural. ¡Victoria para la Quinta!

La cohorte vitoreó sin demasiado entusiasmo y rompió filas.

Percy frunció el entrecejo.

—¿«Haced cualquier cosa»?

—Sí —dijo Hazel suspirando—. Todo un voto de confianza.

—¿Qué es la corona mural? —preguntó.

—Una medalla militar —contestó Frank. Le habían obligado a memorizar todos los posibles premios—. Un gran honor para el primer soldado que abre brecha en un fuerte enemigo. Como podrás apreciar, en la Quinta nadie tiene una de esas. Normalmente ni siquiera entramos en el fuerte porque estamos quemados o ahogándonos o...

Titubéo y miró a Percy.

—Cañones de agua.

—¿Qué? —preguntó Percy.

—Los cañones de los muros extraen agua del acueducto. Hay un sistema de bombeo... Jo, no sé ni cómo funcionan, pero tienen mucha presión. Quizá... si

podieras controlarlos como controlaste el río...

—¡Frank! —Hazel sonrió—. ¡Es una idea genial!

Percy no estaba tan seguro.

—No sé cómo lo hice en el río. No estoy seguro de que pueda controlar los cañones desde tan lejos.

—Te acercaremos —Frank señaló el muro este del fuerte, donde la Quinta Cohorte no atacaría—. Allí es donde la defensa será más débil. No se tomarán en serio a tres chicos. Creo que podemos acercarnos mucho antes de que nos vean.

—¿Acercarnos cómo? —preguntó Percy.

Frank se volvió hacia Hazel.

—¿Puedes volver a hacerlo?

Ella le dio un puñetazo en el pecho.

—¡Dijiste que no se lo dirías a nadie!

Frank se sintió fatal en el acto. Se había entusiasmado tanto con la idea...

Hazel murmuró entre dientes.

—Da igual. No pasa nada. Percy, se refiere a las trincheras. El Campo de Marte se ha llenado de túneles a lo largo de los años. Algunos se han desplomado o están enterrados muy hondo, pero muchos siguen siendo transitables. Se me da muy bien encontrarlos y usarlos. Incluso puedo derrumbarlos si es necesario.

—Como hiciste con las gorgonas para retrasarlas —dijo Percy.

Frank asintió con la cabeza en señal de aprobación.

—Te dije que Plutón molaba. Es el dios de todo lo que hay bajo tierra. Hazel puede encontrar cuevas, túneles, trampillas...

—Y era nuestro secreto —murmuró ella.

Frank notó que se ruborizaba.

—Sí, lo siento. Pero si podemos acercarnos...

—Y si podemos cortar los cañones... —Percy asentía con la cabeza, como si estuviera empezando a gustarle la idea—. ¿Qué hacemos entonces?

Frank revisó su carcaj. Siempre se abastecía de flechas especiales. No había tenido ocasión de usarlas antes, pero tal vez esa noche fuera el momento. Tal vez por fin pudiera hacer algo que llamara la atención de Apolo.

—El resto es cosa mía —dijo—. Vamos.

Frank

Frank nunca había estado tan seguro de algo, y eso le ponía nervioso. Nada de lo que planeaba salía bien. Siempre acababa rompiendo, destrozando, quemando, sentándose encima o tirando algo importante. Sin embargo, sabía que esa estrategia funcionaría.

Hazel les encontró un túnel sin problemas. De hecho, Frank tenía la ligera sospecha de que no encontraba los túneles sin más. Era como si los túneles se hicieran para ajustarse a sus necesidades. Pasajes que habían estado llenos hacía años de repente se vaciaban y cambiaban de dirección para llevar a Hazel adonde quería ir.

Avanzaron muy despacio a la luz de la brillante espada de Percy. Oían los sonidos de la batalla arriba: chicos gritando, Aníbal el elefante barritando, proyectiles de ballestas estallando y cañones de agua disparando. El túnel vibraba. La tierra caía sobre ellos.

Frank introdujo la mano en su armadura. El palo seguía a salvo en el bolsillo de su chaqueta, pero un disparo certero de una ballesta prendería fuego a su cuerda de salvamento...

Mal hecho, se regañó Frank a sí mismo. «Fuego» es la palabra prohibida. No pienses en ella.

—Hay una abertura justo delante —anunció Hazel—. Saldremos a tres metros del muro este.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Percy.

—No lo sé —contestó ella—. Pero estoy segura.

—¿Podríamos excavar un túnel por debajo del muro? —preguntó Frank.

—No —dijo Hazel—. Los ingenieros fueron listos. Construyeron los muros sobre unos antiguos cimientos que llegan al lecho de roca. Y no me preguntes cómo lo sé. Simplemente lo sé.

Frank tropezó con algo y soltó un juramento. Percy movió su espada para ofrecer más luz. El objeto con el que Frank había tropezado era de plata reluciente.

Se agachó.

—¡No lo toques! —gritó Hazel.

La mano de Frank se detuvo a escasos centímetros del pedazo de metal. Parecía un gigantesco bombón del tamaño de su puño.

—Es enorme —dijo—. ¿Plata?

—Platino —Hazel parecía muerta de miedo—. Desaparecerá dentro de un instante. Por favor, no lo toques. Es peligroso.

Frank no entendía por qué un trozo de metal podía ser peligroso, pero hizo caso a Hazel. Mientras ellos miraban, el pedazo de platino se hundió en el suelo.

Frank se quedó mirando a Hazel.

—¿Cómo lo has sabido?

A la luz de la espada de Percy, Hazel tenía un aspecto tan espectral como un lar.

—Te lo explicaré luego —prometió.

Otra explosión sacudió el túnel, y avanzaron a grandes pasos.

Salieron por un agujero justo donde Hazel había predicho. Delante de ellos se alzaba el muro este del fuerte. A su izquierda, Frank podía ver la línea principal de la Quinta Cohorte avanzando en formación de tortuga, con los escudos formando un caparazón sobre sus cabezas y sus costados. Estaban intentando llegar a las puertas, pero los defensores situados en lo alto los apedreaban y les lanzaban proyectiles en llamas con las ballestas que abrían cráteres alrededor de sus pies. Un cañón de agua disparó con un estruendoso ZAM, y un chorro de líquido excavó una trinchera en la tierra justo delante de la cohorte.

Percy silbó.

—Desde luego tiene un montón de presión.

La Tercera y la Cuarta Cohortes no habían avanzado. Permanecían atrás y se reían, observando como sus «aliados» eran maltratados. Los defensores se agruparon en el muro encima de las puertas, insultando a gritos a la formación de tortuga mientras avanzaba tambaleándose de un lado al otro. Los juegos de guerra habían degenerado en «machacar a la Quinta».

A Frank se le tiñó la vista de rojo de la ira.

—Vamos a agitar esto un poco.

Metió la mano en su carcaj y sacó una flecha más pesada que el resto. La punta de hierro tenía la forma de la ojiva de un cohete. Una cuerda de oro ultrafina colgaba de las plumas. Dispararla con precisión a lo alto del muro requería más fuerza y destreza de la que poseían la mayoría de los arqueros, pero Frank tenía unos brazos fuertes y buena puntería.

Quizá Apolo esté mirando, pensó esperanzado.

—¿Para qué sirve eso? —preguntó Percy—. ¿Es un garfio?

—Se llama flecha hidra —contestó Frank—. ¿Puedes cortar los cañones de agua?

Un defensor apareció en el muro encima de ellos.

—¡Eh! —gritó a sus compañeros—. ¡Mirad! ¡Más víctimas!

—Percy, ahora sería un buen momento —dijo Frank.

Más chicos atravesaron las almenas para reírse de ellos. Unos cuantos corrieron al

cañón de agua más cercano y lo giraron hacia Frank.

Percy cerró los ojos. Levantó la mano.

En lo alto del muro, alguien gritó:

—¡Abrid la boca, pringados!

¡BUM!

El cañón estalló en una explosión de color azul, verde y blanco. Los defensores se pusieron a gritar cuando una onda expansiva de agua los empujó contra las almenas. Los chicos se cayeron de lo alto del muro, pero unas águilas gigantes las atraparon y los pusieron a salvo. Entonces todo el muro este se sacudió a medida que la explosión retrocedía por las tuberías. Uno detrás de otro, los cañones de agua de las almenas estallaron. Los fuegos de los proyectiles se apagaron. Los defensores se dispersaron confundidos o salieron despedidos por los aires, dando mucho trabajo a las águilas de rescate. En las puertas, la Quinta Cohorte se olvidó de la formación. Desconcertados, los legionarios bajaron sus escudos y contemplaron el caos.

Frank disparó su flecha. El proyectil subió como un rayo, arrastrando su cuerda reluciente. Cuando llegó a lo alto, la punta metálica se fracturó en una docena de cables que salieron disparados y se enrollaron a cualquier cosa que encontraron a su paso: partes del muro, una ballesta, un cañón de agua roto y un par de campistas defensores, quienes chillaron y se vieron estampados contra las almenas a modo de anclas. De la cuerda principal se extendieron unos asideros a intervalos de sesenta centímetros, formando una escalera de mano.

—¡Vamos! —dijo Frank.

Percy sonrió.

—Tú primero, Frank. Es tu fiesta.

Frank vaciló. A continuación se echó el arco a la espalda y empezó a subir. Antes de que los defensores recobraran el conocimiento para dar la alarma, ya estaba a mitad de la ascensión.

Frank miró atrás al grupo principal de la Quinta Cohorte. Estaban mirándolo fijamente, mudos de asombro.

—¿Y bien?! —gritó Frank—. ¡Atacad!

Gwen fue la primera en reaccionar. Sonrió y repitió la orden. Un vítor sonó en el campo de batalla. Aníbal el elefante bramó alegremente, pero Frank no podía permitirse mirar. Trepó a lo alto del muro, donde tres defensores estaban intentando derribar a hachazos su escalera de cuerda.

Una de las ventajas de ser grande, torpe y estar cubierto de metal era que Frank era como una bola para jugar a los bolos acorazada a la perfección. Se abalanzó sobre los defensores, y estos cayeron como agujas. Frank se levantó. Asumió el mando de las almenas, blandiendo su *pilum* de un lado al otro y derribando a los defensores. Algunos disparaban flechas. Otros intentaban pillarlo desprevenido con sus espadas,

pero Frank se sentía imparable. Acto seguido, Hazel apareció a su lado, blandiendo su gran espada de la caballería como si hubiera nacido para combatir en la batalla.

Percy saltó sobre el muro y levantó a *Contracorriente*.

—Qué divertido —dijo.

Juntos echaron a los defensores de los muros. Debajo de ellos, las puertas se rompieron. Aníbal entró a toda velocidad en el fuerte, mientras flechas y rocas rebotaban en su armadura de Kevlar sin hacerle el más mínimo daño.

La Quinta Cohorte entró detrás del elefante, y la batalla se libró cuerpo a cuerpo.

Finalmente, un grito de guerra se elevó del límite del Campo de Marte. La Tercera y la Cuarta Cohorte corrieron a unirse a la batalla.

—Un poco tarde —se quejó Hazel.

—No podemos dejar que cojan los estandartes —dijo Frank.

—No —convino Percy—. Son nuestros.

No hizo falta hablar más. Actuaron como un equipo, como si los tres hubieran estado colaborando durante años. Bajaron a toda prisa los escalones interiores y entraron en la base del enemigo.

XII

Frank

Después la batalla se convirtió en un caos.

Frank, Percy y Hazel se abrieron paso a través de los enemigos, derribando a cualquiera que se interpusiera en su camino. La Primera y la Segunda Cohorte —el orgullo del Campamento Júpiter, una máquina de guerra bien engrasada y sumamente disciplinada— se desmoronaron ante el asalto y la novedad de encontrarse en el bando perdedor.

Parte de su problema era Percy. El chico luchaba como un demonio, girando a través de las filas de defensores con un estilo completamente heterodoxo, rodando bajo sus pies, acuchillando con su espada en lugar de clavarla como haría un romano, golpeando a los campistas con la cara de la hoja y sembrando en general el pánico colectivo. Octavio gritó con voz chillona —tal vez ordenando a la Primera Cohorte que no cediera terreno, tal vez intentando cantar con voz de soprano—, pero Percy puso fin a sus chillidos. Dio una voltereta por encima de una hilera de escudos y estampó el pomo de su espada contra el yelmo de Octavio. El centurión se desplomó como un monigote.

Frank disparó flechas hasta que su carcaj estuvo vacío; usaba proyectiles con la punta roma que no mataban pero dejaban feos cardenales. Rompió su *pilum* sobre la cabeza de un defensor y acto seguido desenvainó a regañadientes su *gladius*.

Mientras tanto, Hazel se subió a la grupa de Aníbal. Embistió hacia el centro del fuerte, sonriendo a sus amigos.

—¡Venga, tortugas!

Dioses del Olimpo, es preciosa, pensó Frank.

Corrieron al centro de la base. El torreón interior estaba prácticamente desprotegido. Evidentemente, los defensores no imaginaban que un asalto pudiera llegar tan lejos. Aníbal derribó las enormes puertas. En el interior, los portaestandartes de la Primera y la Segunda Cohorte estaban sentados en torno a una mesa jugando una partida de Mythomagic con cartas y figuritas. Los emblemas de la cohorte estaban apoyados sin cuidado contra un muro.

Hazel y Aníbal entraron directamente en la sala, y los portaestandartes se cayeron hacia atrás de sus sillas. Aníbal pisó la mesa, y las fichas del juego se desperdigaron.

Cuando el resto de la cohorte dio con ellos, Percy y Frank habían desarmado a los enemigos, habían cogido los estandartes y habían subido al lomo de Aníbal con Hazel. Salieron triunfalmente del torreón con las banderas del enemigo.

La Quinta Cohorte formó filas alrededor de ellos. Salieron desfilando del fuerte y pasaron por delante de los perplejos enemigos y las filas de aliados igual de desconcertados.

Reyna daba vueltas a baja altura montada en su pegaso.

—¡El juego tiene ganador! —Parecía que estuviera conteniendo la risa—. ¡Reuníos para los honores!

Los campistas se reagruparon poco a poco en el Campo de Marte. Frank vio muchas heridas leves —algunas quemaduras, huesos rotos, ojos morados, cortes y tajos, además de un montón de peinados interesantes producto del fuego y los cañones de agua que habían explotado—, pero nada que no se pudiera arreglar.

Se deslizó por un costado del elefante. Sus compañeros se arremolinaron alrededor de él, dándole palmadas en la espalda y elogiándolo. Frank no sabía si estaba soñando. Era la mejor noche de su vida... hasta que vio a Gwen.

—¡Socorro! —gritó alguien.

Un par de campistas salieron a toda prisa de la fortaleza llevando a una chica en una camilla. La dejaron en el suelo, y otros chicos se acercaron corriendo. Pese a la distancia, Frank supo que era Gwen. Se encontraba en estado grave. Yacía de lado en la camilla con un *pilum* que le sobresalía de la armadura, como si estuviera sujetándolo entre el pecho y el brazo, pero había demasiada sangre.

Frank movió la cabeza con gesto de incredulidad.

—No, no, no... —murmuró mientras corría junto a ella.

Los médicos gritaron a todos que se retiraran y dejaran aire a la chica. Toda la legión permaneció callada mientras los curanderos trabajaban, tratando de colocar gasas y polvo de cuerno de unicornio debajo de la armadura de Gwen para detener la hemorragia e intentando hacerle beber néctar. Gwen no se movía. Su rostro tenía un color gris ceniciento.

Al final, uno de los médicos levantó la vista hacia Reyna y negó con la cabeza.

Por un instante no se oyó otro sonido que el agua de los cañones destruidos goteando por los muros del fuerte. Aníbal acarició el pelo de Gwen con la trompa.

Reyna inspeccionó a los campistas desde su pegaso. Su expresión era dura y sombría como el acero.

—Habrà una investigación. El responsable ha privado a la legión de una buena oficial. La muerte con honor es una cosa, pero esto...

Frank no sabía a qué se refería. Entonces se fijó en las marcas grabadas en el mango de madera del *pilum*: CHT I LEGIO XII F. El arma era de la Primera Cohorte, y la punta asomaba por la parte delantera de la armadura. Gwen había sido alanceada por

la espalda, posiblemente después de que el juego hubiera terminado.

Frank escudriñó a la multitud en busca de Octavio. El centurión estaba observando con más interés que preocupación, como si estuviera examinando a uno de sus ridículos osos de peluche destripados. No tenía *pilum*.

A Frank le empezó a retumbar la sangre en los oídos. Quería estrangular a Octavio con sus propias manos, pero en ese momento Gwen jadeó.

Todo el mundo retrocedió. Gwen abrió los ojos. Su rostro recuperó el color.

—¿Qué... qué pasa? —Parpadeó—. ¿Qué miran todos?

No parecía haber reparado en el arpón de dos metros y diez centímetros que le sobresalía del pecho.

—Es imposible —susurró un médico detrás de Frank—. Estaba muerta. Tiene que estar muerta.

Gwen trató de incorporarse, pero no pudo.

—Había un río, y un hombre me pidió... ¿una moneda? Me di la vuelta, y la puerta de la salida estaba abierta. Así que... que me marché. No lo entiendo. ¿Qué ha ocurrido?

Todo el mundo la miraba horrorizado. Nadie intentó ayudarla.

—Gwen —Frank se arrodilló a su lado—. No intentes levantarte. Cierra los ojos un momento, ¿vale?

—¿Por qué? ¿Qué...?

—Confía en mí.

Gwen hizo lo que le pidió.

Frank agarró el mango del *pilum* por debajo de la punta, pero le temblaban las manos. La madera resbalaba.

—Percy, Hazel... ayudadme.

Uno de los médicos se dio cuenta de lo que se proponía.

—¡No lo hagas! —dijo—. ¡Podrías...!

—¿Qué? —le espetó Hazel—. ¿Empeorarlo?

Frank respiró hondo.

—Agarradla bien. ¡Uno, dos, tres!

Extrajo el *pilum* por la parte delantera. Gwen ni se inmutó. La hemorragia se detuvo rápidamente.

Hazel se inclinó para examinar la herida.

—Se está cerrando sola —dijo—. No sé cómo, pero...

—Me encuentro bien —protestó Gwen—. ¿Por qué está preocupado todo el mundo?

Se levantó con la ayuda de Frank y Percy. Frank fulminó con la mirada a Octavio, pero la cara del centurión era una máscara de educada preocupación.

«Luego —pensó Frank—. Ocúpate de él luego.»

—Gwen —dijo Hazel suavemente—, no sé cómo decir esto con delicadeza. Estabas muerta. De algún modo has vuelto.

—Que yo... ¿qué? —Tropezó contra Frank. Se llevó la mano al agujero mellado de su armadura—. ¿Cómo... cómo?

—Buena pregunta —Reyna se volvió hacia Nico, quien miraba con seriedad desde la primera fila del grupo de campistas—. ¿Es esto un poder de Plutón?

Nico negó con la cabeza.

—Plutón nunca permite a la gente volver de entre los muertos.

Lanzó una mirada a Hazel como si le estuviera advirtiéndole que guardara silencio. Frank se preguntó a qué venía aquello, pero no tenía tiempo para pensar en ello.

Una voz atronadora recorrió el campo: «La Muerte pierde el control. Esto es solo el principio».

Los campistas desenvainaron sus armas. Aníbal bramó con nerviosismo. Scipio se encabritó y estuvo a punto de tirar a Reyna.

—Conozco esa voz —dijo Percy.

No parecía contento.

En medio de la legión, una columna de fuego salió disparada por los aires. El calor quemó las pestañas de Frank. Los campistas que se habían empapado con los cañones vieron su ropa secada al vapor en el acto. Todo el mundo retrocedió cuando un soldado gigante salió de la explosión.

Frank no tenía mucho pelo, pero el poco que tenía se le puso de punta. El soldado medía tres metros de altura e iba vestido con un uniforme de camuflaje para el desierto de las Fuerzas Armadas de Canadá. Tenía el pelo moreno cortado en forma de cuña, con la parte superior plana, como el de Frank. Su rostro era anguloso y brutal, lleno de viejas cicatrices de cuchillo. Sus ojos estaban tapados con unas gafas infrarrojas que brillaban por dentro. Llevaba un cinturón con un arma, una funda de puñal y varias granadas. Sus manos sostenían un descomunal rifle M16.

Lo peor era que Frank se sentía atraído hacia él. Mientras el resto de chicos retrocedían, Frank avanzaba. Notó que, silenciosamente, el soldado estaba logrando que se acercara a fuerza de voluntad.

Frank deseaba desesperadamente huir y esconderse, pero no podía. Dio tres pasos más. A continuación hincó una rodilla.

Los otros campistas siguieron su ejemplo y se arrodillaron. Incluso Reyna desmontó.

—Eso está bien —dijo el soldado—. Arrodillarse está bien. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que visité el Campamento Júpiter.

Frank reparó en que una persona no estaba arrodillada. Percy Jackson, con la espada todavía en la mano, miraba furiosamente al gigantesco soldado.

—Sois Ares —dijo Percy—. ¿Qué queréis?

Doscientos campistas y un elefante lanzaron un grito ahogado colectivo. Frank quería decir algo para disculpar a Percy y apaciguar al dios, pero no sabía qué. Temía que el dios de la guerra disparase a su nuevo amigo con aquel enorme M16.

En cambio, el dios enseñó sus brillantes dientes blancos.

—Tienes agallas, semidiós —dijo—. Ares es mi forma griega, pero para estos seguidores, para los hijos de Roma, soy Marte: patrón del Imperio, padre divino de Rómulo y Remo.

—Ya nos conocemos —dijo Percy—. Tuvimos... tuvimos una pelea...

El dios se rascó el mentón, como si estuviera haciendo memoria.

—Peleo con mucha gente, pero te aseguro que no has peleado conmigo como Marte. Si lo hubieras hecho, estarías muerto. Y ahora arrodíllate, como corresponde a un hijo de Roma, antes de poner a prueba mi paciencia.

Alrededor de los pies de Marte, el suelo empezó a bullir en un círculo de llamas.

—Percy —dijo Frank—, por favor.

Estaba claro que a Percy no le gustaba la idea, pero se arrodilló.

Marte escudriñó a la multitud.

—¡Romanos, prestad atención!

Se echó a reír, un rugido afable y efusivo, tan contagioso que casi hizo sonreír a Frank, aunque todavía estaba temblando de miedo.

—Siempre he querido decir eso. Vengo del Olimpo con un mensaje. A Júpiter no le gusta que nos comuniquemos directamente con los mortales, y menos en la actualidad, pero ha hecho una excepción conmigo ya que los romanos siempre habéis sido mi pueblo favorito. Solo se me permite hablar unos minutos, así que escuchad.

Señaló a Gwen.

—Esa debería estar muerta, pero no lo está. Los monstruos contra los que lucháis ya no vuelven al Tártaro cuando son eliminados. Algunos mortales que fallecieron hace mucho han vuelto a vagar por la tierra.

¿Eran imaginaciones de Frank o el dios estaba mirando furiosamente a Nico di Angelo?

—Tánatos ha sido encadenado —anunció Marte—. Las Puertas de la Muerte han sido forzadas, y nadie las vigila... al menos, de forma imparcial. Gaia permite a nuestros enemigos salir al mundo de los mortales. Sus hijos, los gigantes, están reuniendo ejércitos para enfrentarse a vosotros: unos ejércitos que no podréis matar. A menos que la Muerte se libere y retome sus funciones, seréis aplastados. Debéis encontrar a Tánatos y liberarlo de los gigantes. Solo él puede invertir el curso de los acontecimientos.

Marte miró a su alrededor y se fijó en que todo el mundo seguía arrodillado en silencio.

—Oh, ya podéis levantaros. ¿Alguna pregunta?

Reyna se puso en pie con inquietud. Se acercó al dios, seguida de Octavio, que estaba haciendo reverencias y arrastrándose como un adulator servil.

—Señor Marte, nos sentimos honrados —dijo Reyna.

—Más que honrados —dijo Octavio—. Mucho más que honrados...

—¿Y bien? —soltó Marte.

—Bien —dijo Reyna—. ¿Tánatos es el dios de la muerte, el teniente de Plutón?

—Exacto —dijo el dios.

—¿Y decís que lo han capturado unos gigantes?

—Exacto.

—¿Y por lo tanto la gente dejará de morir?

—No de forma súbita —dijo Marte—. Pero las barreras entre la vida y la muerte siguen debilitándose. Los que sepan cómo aprovecharse de ello lo explotarán. Los monstruos son ahora más difíciles de despachar. Pronto será totalmente imposible matarlos. Algunos semidioses también podrán volver del inframundo, como vuestra amiga, la centuriona Kebab.

Gwen hizo una mueca.

—¿Centuriona Kebab?

—Si no se les controla, hasta a los mortales les resultará imposible morir —continuó Marte—. ¿Os imagináis un mundo en el que nadie muere... nunca?

Octavio levantó la mano.

—Pero, oh, todopoderoso señor Marte, si no podemos morir, ¿no es eso algo bueno? Si podemos seguir con vida indefinidamente...

—¡No seas tonto, muchacho! —rugió Marte—. ¿Una matanza interminable sin conclusión de ningún tipo? ¿Una carnicería sin sentido? ¿Monstruos que se levantan una y otra vez y a los que no se puede matar? ¿Es eso lo que quieres?

—Vos sois el dios de la guerra —terció Percy—. ¿No deseáis una carnicería interminable?

Las gafas infrarrojas de Marte emitieron un brillo más intenso.

—Eres un insolente. Es posible que haya luchado contra ti antes. No me extraña que quisiera matarte. Soy el dios de Roma, niño. Soy el dios de la fuerza militar usada para las causas justas. Protejo a la legión. Aplasto con mucho gusto a mis enemigos con el pie, pero no lucho sin un motivo. No deseo la guerra sin fin. Ya lo descubrirás. Tú también me servirás.

—Lo dudo —dijo Percy.

De nuevo Frank esperó a que el dios lo fulminara, pero Marte se limitó a sonreír como si fueran dos viejos amigos diciendo tonterías.

—¡Ordeno una búsqueda! —anunció el dios—. Iréis al norte a buscar a Tánatos en la tierra que está más allá del alcance de los dioses. Lo liberaréis y desbarataréis los planes de los gigantes. ¡Cuidado con Gaia! ¡Cuidado con su hijo, el gigante

mayor!

Al lado de Frank, Hazel emitió un sonido estridente.

—¿La tierra que está más allá del alcance de los dioses?

Marte se la quedó mirando, apretando más fuerte su M16.

—Eso es, Hazel Levesque. Ya sabes a lo que me refiero. ¡Todos recordáis la tierra donde la legión perdió su honor! Tal vez si la búsqueda tiene éxito y volvéis para la fiesta de Fortuna... tal vez entonces recuperaréis vuestro honor. Si no tenéis éxito, no quedará campamento al que volver. Roma será aplastada, y su legado se perderá para siempre. Así que mi consejo es: «No fracaséis».

Octavio consiguió inclinarse todavía más.

—Esto..., señor Marte, una cosita de nada. ¡Una búsqueda requiere una profecía, un poema místico que nos guíe! Antes las obteníamos de los libros sibilinos, pero ahora es el augur el que tiene que averiguar la voluntad de los dioses. Así que si pudiera conseguir unos setenta animales de peluche y, si es posible, un cuchillo...

—¿Eres tú el augur? —lo interrumpió el dios.

—S... sí, mi señor.

Marte sacó un pergamino de su cinturón.

—¿Alguien tiene un bolígrafo?

Los legionarios se lo quedaron mirando.

Marte suspiró.

—¿Doscientos romanos y nadie tiene un bolígrafo? ¡Da igual!

Se echó el M16 al hombro y extrajo una granada de mano. Muchos romanos gritaron. Entonces la granada se transformó en un bolígrafo, y Marte empezó a escribir.

Frank miró con los ojos muy abiertos a Percy. El chico esbozó mudamente con la boca las palabras: «¿Puede adoptar tu espada forma de granada?».

Percy esbozó la respuesta: «No. Cállate».

—¡Toma! —Marte terminó de escribir y lanzó el pergamino a Octavio—. Una profecía. Puedes incluirla en tus libros, grabarla en el suelo, lo que te dé la gana.

Octavio leyó el pergamino.

—Dice: «Id a Alaska. Buscad a Tánatos y liberadlo. Volved para el anochecer del veinticuatro de junio o moriréis».

—Sí —dijo Marte—. ¿No está claro?

—Bueno, mi señor... normalmente las profecías no están claras. Están escritas en clave. La rima y...

Marte sacó despreocupadamente otra granada de su cinturón.

—¿Sí?

—¡La profecía está clara! —anunció Octavio—. ¡Una búsqueda!

—Buena respuesta —Marte se dio unos golpecitos en el mentón con la granada

—. A ver, ¿qué más? Había otra cosa... Ah, sí.

Se volvió hacia Frank.

—Ven aquí, chico.

No, pensó Frank. Notó que el palo quemado del bolsillo de su chaqueta aumentaba de peso. Las rodillas le flaquearon. Una sensación de temor se apoderó de él, peor que el día que el oficial del ejército había acudido a la puerta de su casa.

Sabía lo que venía a continuación, pero no podía impedirlo. Avanzó en contra de su voluntad.

Marte sonrió.

—Has hecho un buen trabajo conquistando el muro, chico. ¿Quién es el árbitro del juego?

Reyna levantó la mano.

—¿Has visto el juego, árbitro? —preguntó Marte—. Mi chico ha sido el primero en trepar el muro y ha dado la victoria a su equipo. A menos que estés ciega, ha sido el jugador más destacado de la partida. No estás ciega, ¿verdad?

Parecía que Reyna estuviera intentando tragarse un ratón.

—No, señor Marte.

—Entonces asegúrate de que recibe la corona mural —ordenó Marte—. ¡Este es mi chico! —gritó para que lo oyera toda la legión.

Frank deseó que la tierra se lo tragara.

—El hijo de Emily Zhang —continuó Marte—. Ella fue una buena soldado. Y una buena mujer. Frank ha demostrado su valor esta noche. Feliz cumpleaños con retraso, chico. Ya es hora de que tengas un arma de un hombre de verdad.

Lanzó su M16 a Frank. Por un instante Frank pensó que acabaría aplastado bajo el peso del enorme rifle de asalto, pero el arma se transformó en el aire y se volvió más pequeña y más fina. Cuando Frank la cogió, era una lanza. Tenía un astil de oro imperial y una extraña punta parecida a un hueso blanco que parpadeaba con luz espectral.

—La punta es un diente de dragón —explicó Marte—. Aún no has aprendido a desarrollar las aptitudes de tu madre, ¿verdad? Bueno... esa lanza te dará un respiro hasta que aprendas. Solo puedes atacar tres veces con ella, así que úsala sabiamente.

Frank no lo entendía, pero Marte se comportaba como si el asunto estuviera zanjado.

—Mi chico, Frank Zhang, va a dirigir la misión para liberar a Tánatos, a menos que haya alguna objeción.

Por supuesto, nadie pronunció palabra, pero muchos campistas miraron a Frank con envidia, celos, ira y amargura.

—Puedes llevar a dos compañeros —dijo Marte—. Esas son las normas. Uno de ellos tiene que ser ese chico.

Señaló a Percy.

—En el viaje aprenderá a respetar a Marte o morirá en el intento. En cuanto al segundo, me da igual. Elige a quien quieras. Organizad uno de vuestros debates del senado. Eso se os da bien a todos.

La imagen del dios parpadeó. Un rayo relampagueó en el cielo.

—Esa es mi señal —dijo Marte—. Hasta la próxima, romanos. ¡No me decepcionéis!

El dios estalló en llamas y acto seguido desapareció.

Reyna se volvió hacia Frank. Su expresión era en parte de asombro y en parte de náuseas, como si por fin hubiera conseguido tragarse el ratón. Levantó el brazo en un saludo romano.

—Ave, Frank Zhang, hijo de Marte.

Toda la legión siguió su ejemplo, pero Frank ya no deseaba su atención. Su noche perfecta se había echado a perder.

Marte era su padre. El dios de la guerra lo enviaba a Alaska. Frank había recibido algo más que una lanza por su cumpleaños. Había recibido una sentencia de muerte.

XIII

Percy

Percy durmió como un tronco.

No había descansado en una cama sólida y cómoda desde... Ni siquiera se acordaba. A pesar del día de locos que había tenido y del millón de pensamientos que le cruzaban por la cabeza, su cuerpo asumió el control y dijo: «Ahora vas a dormir».

Tuvo sueños, por supuesto. Siempre tenía sueños, pero pasaron como imágenes borrosas en la ventanilla de un tren. Vio a un fauno con el pelo ondulado vestido con ropa andrajosa que corría para alcanzarlo.

—¡No tengo ninguna moneda! —gritó Percy.

—¿Qué? —dijo el fauno—. No, Percy. ¡Soy yo, Grover! ¡No te muevas! Vamos a buscarte. Tyson está cerca; al menos, creemos que es el que está más cerca. Estamos intentando localizar tu posición.

—¿Qué? —gritó Percy, pero el fauno desapareció en la niebla.

Luego Annabeth apareció corriendo a su lado, tendiéndole la mano.

—¡Gracias a los dioses! —gritó—. ¡Durante meses y meses no hemos podido verte! ¿Estás bien?

Percy recordó lo que Juno había dicho: «Durante meses ha estado durmiendo, pero ya está despierto». La diosa lo había mantenido oculto a propósito, pero ¿por qué?

—¿Eres real? —preguntó a Annabeth.

Deseaba tanto creerlo que se sentía como si tuviera a Aníbal el elefante encima del pecho. Pero el rostro de ella empezó a disolverse.

—¡No te muevas! —gritó Annabeth—. ¡A Tyson le será más fácil encontrarte! ¡Quédate donde estás!

Entonces desapareció. Las imágenes se aceleraron. Vio un barco enorme en un dique seco, trabajadores apresurándose para terminar el casco, un tipo con un soplete soldando un mascarón de un dragón de bronce en la proa. Vio al dios de la guerra dirigiéndose hacia él con paso airado entre las olas, con una espada en las manos.

La escena cambió. Percy estaba en el Campo de Marte, contemplando las colinas de Berkeley. La hierba dorada se ondulaba, y una cara apareció en el paisaje: una mujer durmiente, cuyos rasgos estaban formados a partir de sombras y pliegues del

terreno. Sus ojos permanecieron cerrados, pero su voz habló en la mente de Percy:

«Así que este es el semidiós que destruyó a mi hijo Cronos. No pareces gran cosa, Percy Jackson, pero eres valioso para mí. Ven al norte. Reúnete con Alcioneo. Juno puede jugar a sus jueguecitos con griegos y romanos, pero al final tú serás mi peón. Serás la clave de la derrota de los dioses».

A Percy se le oscureció la vista. Estaba en una versión del cuartel general del campamento del tamaño de un teatro: un *principia* con paredes de hielo y niebla helada flotando en el aire. El suelo estaba lleno de esqueletos con armaduras romanas y armas de oro imperial incrustadas de escarcha. Al fondo de la sala había una enorme figura oscura. Su piel emitía destellos dorados y plateados, como si fuera un autómatas como los perros de Reyna. Detrás de él había una colección de emblemas maltrechos, estandartes hechos jirones y una gran águila dorada sobre una vara de hierro.

La voz del gigante resonó en la inmensa estancia.

—Esto va a ser divertido, hijo de Neptuno. Ha pasado una eternidad desde la última vez que destruí a un semidiós de tu calibre. Te espero sobre el hielo.

Percy se despertó temblando. Por un momento no supo dónde estaba. Entonces se acordó: el Campamento Júpiter, los barracones de la Quinta Cohorte. Estaba tumbado en su litera, mirando al techo y tratando de controlar su palpitante corazón.

Un gigante dorado estaba esperando para acabar con él. Maravilloso. Pero lo que más le desconcertaba era la cara de aquella mujer durmiente en las colinas. «Serás mi peón.» Percy no jugaba al ajedrez, pero estaba seguro de que el peón no era una buena ficha. Moría mucho.

Hasta las partes más agradables de su sueño eran inquietantes. Un fauno llamado Grover lo estaba buscando. Tal vez por eso Don había detectado una... ¿cómo la había llamado?... una conexión empática. Alguien llamado Tyson también lo estaba buscando, y Annabeth había advertido a Percy que se quedara donde estaba.

Se incorporó en su litera. Sus compañeros de habitación corrían de un lado para el otro, vistiéndose y cepillándose los dientes. Dakota estaba cubriéndose con un largo trozo de tela moteada de rojo: una toga. Uno de los lares le estaba dando indicaciones de por dónde había que plegar y doblar.

—¿La hora del desayuno? —preguntó esperanzado.

La cabeza de Frank asomó de la litera de abajo. Tenía ojeras, como si no hubiera dormido bien.

—Un desayuno rápido. Luego tenemos sesión del senado.

La cabeza de Dakota se quedó atascada en la toga. Se tambaleó de un lado al otro como un fantasma manchado de refresco.

—Esto... ¿debo vestirme con las sábanas? —dijo Percy.

Frank resopló.

—Eso es solo para los senadores. Hay diez, y se eligen cada año. Tienes que llevar cinco años en el campamento para optar al puesto.

—Entonces ¿cómo es que estamos invitados a la sesión?

—Porque... ya sabes, la misión —Frank parecía preocupado, como si temiera que Percy se echara atrás—. Tenemos que estar al tanto de la discusión. Tú, Hazel y yo. O sea, si estás dispuesto...

Probablemente Frank no pretendía que se sintiera culpable, pero Percy sintió una punzada en el corazón. Sentía lástima por Frank. Que el dios de la guerra te reconociera delante de todo el campamento debía de ser una pesadilla. Además, ¿cómo podía decirle que no a aquella cara de bebé grande y rechoncha? A Frank le habían encomendado una tarea muy importante, y lo más probable es que acabara muerto. Estaba asustado. Necesitaba la ayuda de Percy.

Además, los tres habían formado un buen equipo la noche anterior. Hazel y Frank eran personas serias y de confianza. Habían aceptado a Percy como a uno más de la familia. Aun así, no le gustaba la idea de la misión, sobre todo si venía de Marte, y especialmente después de sus sueños.

—Yo... esto... será mejor que me prepare...

Salió de la cama y se vistió. Durante todo el tiempo, pensó en Annabeth. La ayuda estaba en camino. Podría recuperar su antigua vida. Lo único que tenía que hacer era no moverse.

Durante el desayuno, Percy fue consciente de que todo el mundo lo estaba mirando. Los campistas susurraban sobre la noche anterior:

—Dos dioses en un día...

—Una forma de pelear muy poco romana...

—El cañón de agua me puso perdido...

Tenía demasiada hambre para dar importancia a los comentarios. Se atiborró de tortitas, huevos, beicon, gofres, manzanas y varios vasos de zumo de naranja. Habría comido más, pero Reyna anunció que el senado se reuniría en la ciudad, y todos los chicos con togas se levantaron para marcharse.

—Vamos allá.

Hazel jugueteaba con una piedra que parecía un rubí de dos quilates.

Vitelio, el fantasma, apareció al lado de ellos emitiendo un brillo morado.

—¡*Bona fortuna* a los tres! Ah, las sesiones del senado. Me acuerdo de la del asesinato de César. Toda aquella sangre en su toga...

—Gracias, Vitelio —lo interrumpió Frank—. Deberíamos ponernos en marcha.

Reyna y Octavio encabezaron la procesión de senadores fuera del campamento, mientras los galgos metálicos de Reyna corrían de un lado al otro por el camino. Hazel, Frank y Percy iban detrás. Percy se fijó en que Nico di Angelo se encontraba en el grupo. Iba vestido con una toga negra y hablaba con Gwen, quien estaba un

poco pálida pero sorprendentemente guapa considerando que se había muerto la noche anterior. Nico saludó con la mano a Percy y retomó su conversación, lo que confirmó definitivamente a Percy que el hermano de Hazel intentaba evitarlo.

Dakota avanzaba dando traspiés con su túnica con salpicaduras rojas. Muchos otros senadores mayores también parecían tener problemas con sus togas, se levantaban el dobladillo y trataban de evitar que la tela les resbalara de los hombros. Percy se alegraba de llevar una camiseta de manga corta morada y unos tejanos corrientes.

—¿Cómo podían moverse los romanos con esas cosas? —preguntó.

—Solo eran para ocasiones señaladas —dijo Hazel—. Como los esmóquines. Apuesto a que los romanos odiaban las togas tanto como nosotros. Por cierto, no habrás traído ningún arma, ¿verdad?

Percy se llevó la mano al bolsillo, donde siempre estaba su bolígrafo.

—¿Por qué? ¿No debemos llevar?

—No se permiten armas dentro de la línea del pomerio —dijo ella.

—¿La línea del qué?

—Del pomerio —dijo Frank—. Los límites de la ciudad. El interior es una «zona segura», sagrada. Las legiones no pueden desfilar por ella. No se permiten armas. El objetivo es que no corra sangre en las sesiones del senado.

—¿Como cuando Julio César fue asesinado? —preguntó Percy.

Frank asintió con la cabeza.

—No te preocupes. Hace meses que no pasa algo así.

Percy esperaba que estuviera bromeando.

A medida que se acercaban a la ciudad, Percy pudo apreciar lo bonita que era. Los tejados y las cúpulas doradas brillaban al sol. Los jardines de madreselva y rosas estaban en flor. La plaza central, adoquinada con piedra blanca y gris, estaba decorada con estatuas, fuentes y columnas doradas. En los barrios de los alrededores había calles con adoquines bordeadas de residencias urbanas recién pintadas, tiendas, cafés y parques. A lo lejos se alzaban el coliseo y el hipódromo.

Percy no se dio cuenta de que habían llegado a los límites de la ciudad hasta que los senadores situados delante de él empezaron a reducir la marcha.

Al lado del camino había una estatua de mármol blanco: un hombre musculoso de tamaño natural con el cabello rizado, sin brazos y con una expresión de enfado. Tal vez parecía cabreado porque solo había sido esculpido de cintura para arriba. Por debajo, no era más que un gran bloque de mármol.

—¡En fila india, por favor! —dijo la estatua—. Preparad vuestra identificación.

Percy miró a la izquierda y a la derecha. No se había fijado antes, pero una hilera de estatuas idénticas rodeaban la ciudad a intervalos de unos cien metros.

Los senadores pasaron sin problemas. La estatua comprobó los tatuajes de sus

antebrazos y llamó a cada senador por su nombre.

—Gwendolyn, senadora, Quinta Cohorte, sí. Nico di Angelo, embajador de Plutón, muy bien. Reyna, pretora, claro. Hank, senador, Tercera Cohorte... ¡Oh, bonitos zapatos, Hank! Vaya, ¿a quién tenemos aquí?

Hazel, Frank y Percy eran los últimos.

—Término —dijo Hazel—, este es Percy Jackson. Percy, este es Término, el dios de los límites.

—Conque nuevo, ¿eh? —dijo el dios—. Sí, la placa de *probatio*. Está bien. Ah, ¿llevas un arma en el bolsillo? ¡Sácala! ¡Sácala!

Percy no sabía cómo Término podía haberla descubierto, pero sacó su bolígrafo.

—Muy peligroso —dijo Término—. Déjalo en la bandeja. Espera, ¿dónde está mi ayudante? ¡Julia!

Una niña de unos seis años se asomó por detrás de la base de la estatua. Tenía coletas, un vestido rosa y una sonrisa traviesa en la que faltaban dos dientes.

—¿Julia? —Término miró detrás de él, y Julia se escabulló en la otra dirección—. ¿Dónde se ha metido esa niña?

Término miró al otro lado y vio a Julia antes de que pudiera esconderse. La niña gritó de regocijo.

—Ah, ahí estás —dijo la estatua—. Al frente. Trae la bandeja.

Julia salió y se limpió el vestido. Cogió una bandeja y se la ofreció a Percy. En ella había varios cuchillos de mondar, un sacacorchos, un envase de bronceador muy grande y una botella de agua.

—Podrás recoger tu arma al salir —dijo Término—. Julia cuidará bien de ella. Es una profesional cualificada.

La niña asintió con la cabeza.

—Pro-fe-sio-nal.

Pronunció cada sílaba con cuidado, como si estuviera practicando.

Percy lanzó una mirada a Hazel y a Frank, quienes no parecían ver nada raro en aquello. Aun así, no le entusiasmaba la idea de entregar un arma mortal a una niña.

—El problema es que el bolígrafo vuelve automáticamente a mi bolsillo, así que aunque lo entregara...

—No te preocupes —le aseguró Término—. Nos aseguraremos de que no vaya muy lejos. ¿Verdad que sí, Julia?

—Sí, señor Término.

Percy dejó a regañadientes el bolígrafo sobre la bandeja.

—Y ahora, como eres nuevo, unas cuantas normas —dijo Término—. Vas a entrar en los límites de la ciudad propiamente dichos. Mantén el paso dentro de la fila. Cede el paso al tráfico de carros cuando camines por las vías públicas. Cuando llegues al senado, siéntate en el lado izquierdo. Y allí abajo... ¿ves adónde señalo?

—Esto..., no tiene usted manos —dijo Percy.

Al parecer, era un tema delicado para Término. Su rostro de mármol se tiñó súbitamente de un tono gris oscuro.

—Eres un listillo, ¿eh? En fin, don Transgresor, allí abajo, en el foro... Julia, señálalo por mí...

Julia dejó obedientemente la bandeja y señaló hacia la plaza principal.

—La tienda con el toldo azul es el almacén general —continuó Término—. Venden cintas métricas. ¡Cómprate una! Quiero ver esos pantalones exactamente dos centímetros y medio por encima de los tobillos y ese pelo con el corte reglamentario. Y métete la camiseta por dentro de los pantalones.

—Gracias, Término —dijo Hazel—. Tenemos que ponernos en marcha.

—Vale, vale, podéis pasar —dijo el dios con firmeza—. ¡Pero no os apartéis del lado derecho del camino! Y esa roca... No, Hazel, mira adonde estoy señalando. Esa roca está demasiado cerca de ese árbol. Múvela cinco centímetros a la izquierda.

Hazel hizo lo que le indicó, y continuaron avanzando por el sendero; Término siguió gritándoles órdenes mientras Julia hacía la rueda sobre la hierba.

—¿Es siempre así? —preguntó Percy.

—No —reconoció Hazel—. Hoy estaba relajado. Normalmente es más obsesivo-compulsivo.

—Habita todos los mojones que rodean la ciudad —explicó Frank—. Es nuestra última línea de defensa si atacan la ciudad.

—Término no es tan malo —añadió Hazel—. No le hagas enfadar, o te obligará a medir cada brizna de hierba del valle.

Percy archivó esa información.

—¿Y la niña? ¿Julia?

Hazel sonrió.

—Es una monada. Sus padres viven en la ciudad. Vamos, será mejor que alcancemos a los senadores.

A medida que se acercaban al foro, a Percy le sorprendió la cantidad de gente que vio. Había chicos en edad de ir a la universidad holgazaneando en la fuente. Varios de ellos saludaron con la mano a los senadores al pasar. Un joven que rondaba los treinta se hallaba detrás del mostrador de una pastelería coqueteando con una chica que estaba comprando café. Una pareja mayor observaba como un niño con pañales y una camiseta del Campamento Júpiter en miniatura daba pasitos detrás de las gaviotas. Los comerciantes estaban abriendo sus tiendas y sacando letreros que anunciaban cerámica, joyas y billetes a mitad de precio para el hipódromo.

—¿Todas esas personas son semidioses? —preguntó Percy.

—O descienden de semidioses —contestó Hazel—. Como te dije, es un buen sitio para ir a la universidad o criar una familia sin preocuparte por los ataques de

monstruos diarios. Aquí viven unas doscientas o trescientas personas. Los veteranos hacen de asesores y reservan fuerzas de acuerdo con las necesidades, pero la mayoría solo son ciudadanos que viven sus vidas.

Percy se imaginó cómo sería esa vida: conseguir un piso en esa diminuta réplica de Roma, protegida por la legión y por Término, el dios obsesivo-compulsivo de la frontera. Se imaginó haciendo manitas con Annabeth en un café. Tal vez, cuando fueran mayores, viendo a su hijo perseguir gaviotas a través del foro...

Apartó la idea de su cabeza. No podía permitirse esa clase de pensamientos. La mayoría de sus recuerdos habían desaparecido, pero sabía que ese lugar no era su hogar. Su sitio estaba en otra parte, con sus otros amigos.

Además, el Campamento Júpiter estaba en peligro. Si Juno estaba en lo cierto, dentro de menos de cinco días sufrirían un ataque. Percy se imaginó la cara de la mujer durmiente —la cara de Gaia— formándose en las colinas que se alzaban por encima del campamento. Y se imaginó hordas de monstruos descendiendo por ese valle.

«Si no tenéis éxito —le había advertido Marte—, no quedará campamento al que volver. Roma será aplastada, y su legado se perderá para siempre.»

Pensó en Julia, la niña, en las familias con hijos, en sus nuevos amigos de la Quinta Cohorte, incluso en aquellos ridículos faunos. No quería imaginarse lo que sería de ellos si ese lugar era destruido.

Los senadores se dirigieron a un gran edificio con una cúpula blanca situado en el extremo sur del foro. Percy se detuvo en la puerta, procurando no pensar en que Julio César había sido asesinado a cuchilladas en una sesión del senado. Entonces respiró hondo y entró detrás de Hazel y Frank.

Percy

El interior del senado parecía la sala de conferencias de un instituto de secundaria. Un semicírculo de asientos dispuestos en una serie de gradas se hallaban orientados hacia un estrado con un podio y dos sillas. Las sillas estaban vacías, pero una tenía un pequeño paquete de terciopelo en el asiento.

Percy, Hazel y Frank se sentaron en el lado izquierdo del semicírculo. Los diez senadores y Nico di Angelo ocuparon el resto de la primera fila. En las filas superiores había varias docenas de fantasmas y unos cuantos veteranos mayores de la ciudad, todos vestidos con togas informales. Octavio se hallaba en la parte de delante con un puñal y un león de peluche, por si alguien necesitaba consultar al dios de las mascotas cursis. Reyna se dirigió al podio y levantó la mano para solicitar atención.

—Estamos reunidos en una sesión de emergencia —dijo—, así que no nos detendremos en formalidades.

—¡Me encantan las formalidades! —se quejó un fantasma.

Reyna le lanzó una mirada de enfado.

—En primer lugar, no estamos aquí para someter a votación la misión —dijo—. La misión ha sido ordenada por Marte Ultor, patrón de Roma. Obedeceremos sus deseos. Tampoco estamos aquí para debatir sobre la elección de los compañeros de Frank Zhang.

—¿Los tres de la Quinta Cohorte? —gritó Hank, de la Tercera—. No es justo.

—Ni inteligente —dijo el chico sentado a su lado—. Sabemos perfectamente que la Quinta meterá la pata. Deberían llevar a alguien que lo hiciera bien.

Dakota se levantó tan rápido que derramó el refresco de su termo.

—¡Pues anoche lo hicimos bastante bien cuando os pateamos el *podex*, Larry!

—Basta, Dakota —dijo Reyna—. Dejemos el *podex* de Larry fuera del asunto. Como jefe de la misión, Frank tiene derecho a elegir a sus compañeros. Ha elegido a Percy Jackson y a Hazel Levesque.

—*Absurdus!* —gritó un fantasma de la segunda fila—. ¡Zhang ni siquiera es miembro de pleno derecho de la legión! Está en período de *probatio*. Para ser jefe de misión hay que tener rango de centurión o superior. Esto es completamente...

—Cato —le espetó Reyna—. Debemos obedecer los deseos de Marte Ultor. Eso

significa hacer ciertos... ajustes.

Reyna dio unas palmadas, y Octavio avanzó. Dejó su puñal y su oso de peluche y cogió el paquete de terciopelo de la silla.

—Frank Zhang, acércate —dijo.

Frank miró con nerviosismo a Percy. A continuación se levantó y se aproximó al augur.

—Tengo el... placer —dijo Octavio, pronunciando la última palabra con gran esfuerzo— de hacerte entrega de la corona mural por ser el primero en trepar los muros en la guerra de asedio —Octavio le dio una insignia de bronce con forma de corona de laurel—. Y por orden de la pretora Reyna, te asciendo al rango de centurión.

Entregó a Frank otra insignia, una medialuna de bronce, y el senado estalló en protesta.

—¡Todavía está en período de *probatio*! —gritó uno.

—¡Imposible! —dijo otro.

—¡El cañón de agua me puso perdido! —gritó un tercero.

—¡Silencio! —La voz de Octavio tenía un tono mucho más autoritario que la noche anterior en el campo de batalla—. Nuestra pretora reconoce que nadie con un rango inferior al de centurión puede dirigir una misión. Para bien o para mal, Frank debe dirigir esta misión, así que nuestra pretora ha decretado que Frank Zhang debe ser nombrado centurión.

De repente Percy entendió lo eficiente que era Octavio como orador. Parecía que fuera razonable y que apoyara a Frank, pero tenía una expresión dolida. Elegía con cuidado las palabras para hacer recaer toda la responsabilidad en Reyna. «Ha sido idea suya», parecía decir.

Si salía mal, Reyna cargaría con la culpa. Si Octavio hubiera estado al mando, las cosas se habrían hecho con mayor prudencia. Pero, desafortunadamente, no tenía más remedio que apoyar a Reyna, pues Octavio era un leal soldado romano.

El augur conseguía expresar todo eso sin decirlo, calmando al senado al mismo tiempo que se solidarizaba con él. Por primera vez Percy se dio cuenta de que aquel chico flacucho con pinta rara que parecía un espantapájaros podría ser un peligroso enemigo.

Reyna también debió de advertirlo. Una expresión de irritación cruzó su rostro.

—Hay una vacante para centurión —dijo—. Una de nuestras oficiales, también senadora, ha decidido renunciar. Después de diez años en la legión, se retirará a la ciudad y asistirá a la universidad. Gwen, de la Quinta Cohorte, te damos las gracias por tu servicio.

Todo el mundo se volvió hacia Gwen, quien forzó una sonrisa animosa. Parecía cansada después de la terrible experiencia de la noche anterior, pero también aliviada.

A Percy no le extrañaba. Comparado con ser atravesada con un *pilum*, la universidad debía de pintar muy bien.

—Como pretora, tengo derecho a sustituir a los oficiales —continuó Reyna—. Reconozco que es poco corriente que un campista en período de *probatio* ascienda directamente al rango de centurión, pero creo que estamos de acuerdo en que... lo de anoche también fue poco corriente. Frank Zhang, tu identificación, por favor.

Frank se quitó la placa de plomo que llevaba alrededor del cuello y se la dio a Octavio.

—El brazo —dijo Octavio.

Frank levantó el antebrazo. Octavio alzó las manos al cielo.

—Aceptamos a Frank Zhang, hijo de Marte, en la Duodécima Legión Fulminata en su primer año de servicio. ¿Juras entregar tu vida al senado y al pueblo de Roma?

Frank murmuró algo parecido a «Lo gudo». A continuación, se aclaró la garganta y logró decir:

—Lo juro.

Los senadores gritaron:

—*Senatus Populusque Romanus!*

En el brazo de Frank empezó a arder fuego. Por un instante, sus ojos se llenaron de terror, y Percy temió que su amigo se desmayara. Entonces el fuego y la llama se apagaron, y en la piel de Frank quedaron grabadas unas nuevas marcas: SPQR, una imagen de unas lanzas cruzadas y una única raya, que representaba su primer año de servicio.

—Puedes sentarte.

Octavio lanzó una mirada a los presentes como diciendo: «No ha sido idea mía, amigos».

—Y ahora debemos hablar de la misión —dijo Reyna.

Los senadores se removieron en sus asientos y murmuraron mientras Frank regresaba a su sitio.

—¿Te ha dolido? —susurró Percy.

Frank se miró el antebrazo, que todavía echaba humo.

—Sí. Mucho.

Parecía desconcertado con las insignias que tenía en la mano —la marca de centurión y la corona mural—, como si no supiera qué hacer con ellas.

—Dame —los ojos de Hazel brillaban con orgullo—. Déjame.

Prendió las medallas a la camiseta de Frank.

Percy sonrió. Solo hacía un día que conocía a Frank, pero también se sentía orgulloso de él.

—Te lo mereces, tío —dijo—. Lo que hiciste anoche fue de líder nato.

Frank frunció el entrecejo.

—Pero centurión...

—¡Centurión Zhang! —gritó Octavio—. ¿Has oído la pregunta?

Frank parpadeó.

—Esto... perdón. ¿Qué?

Octavio se volvió hacia el senado y sonrió de satisfacción, en plan: «¿Qué os había dicho?».

—Estaba preguntando si tienes un plan para la misión —dijo Octavio como si estuviera hablando con un niño de tres años—. ¿Sabes acaso adónde vais a ir?

—Esto...

Hazel posó la mano en el hombro de Frank y se levantó.

—¿No prestaste atención anoche, Octavio? Marte fue muy claro. Vamos a ir a la tierra que está más allá del alcance de los dioses: Alaska.

Los senadores se retorcieron dentro de sus togas. Algunos fantasmas relucieron y desaparecieron. Incluso los perros metálicos de Reyna se tumbaron boca arriba y se pusieron a gemir.

Por fin, el senador Larry se levantó.

—Sé lo que dijo Marte, pero es una locura. ¡Alaska está maldita! La llaman la tierra que está más allá del alcance de los dioses por un motivo. Está tan al norte que los dioses no tienen poder allí. Ese sitio está plagado de monstruos. Ningún semidiós ha vuelto de allí con vida desde...

—Desde que perdisteis vuestra águila —dijo Percy.

Larry se quedó tan sorprendido que se cayó de *podex*.

—Mirad, sé que soy nuevo aquí —continuó Percy—. Sé que no os gusta mencionar la matanza de los años ochenta...

—¡Él la ha mencionado! —dijo gimoteando uno de los fantasmas.

—¿Es que no lo entendéis? —continuó Percy—. La Quinta Cohorte dirigió esa expedición. Como fracasamos, somos los responsables de enmendar la situación. Por eso Marte nos envía. Ese gigante, el hijo de Gaia, es el que derrotó a vuestros ejércitos hace treinta años. Estoy seguro. Ahora está sentado allí arriba, en Alaska, con un dios de la muerte encadenado y todos vuestros viejos pertrechos. Está reuniendo a sus ejércitos y enviándolos al sur para atacar este campamento.

—¿De verdad? —preguntó Octavio—. Parece que sabes mucho de los planes del enemigo, Percy Jackson.

Percy era capaz de hacer oídos sordos a la mayoría de los insultos, como que lo llamaran débil o tonto o lo que fuera. Pero cayó en la cuenta de que Octavio lo estaba llamando espía; lo estaba llamando traidor. Era una idea tan ajena a Percy, tan impropia de su persona, que casi no podía procesar la calumnia. Cuando lo logró, los hombros se le pusieron rígidos. Estaba tentado de dar otro porrazo a Octavio en la cabeza, pero se dio cuenta de que el augur estaba provocándolo, tratando de hacerle

parecer inestable.

Percy respiró hondo.

—Vamos a enfrentarnos a ese hijo de Gaia —dijo, logrando recuperar la compostura—. Os devolveremos vuestra águila y liberaremos a ese dios... —Lanzó una mirada a Hazel—. Tánatos, ¿no?

Ella asintió con la cabeza.

—Letus, en romano. Pero su nombre griego es Tánatos. En lo referente a la muerte... no nos importa mantener su forma griega.

Octavio suspiró irritado.

—Bueno, comoquiera que lo llaméis... ¿Cómo esperáis hacer todo eso y volver para la fiesta de Fortuna? Es la noche del veinticuatro. Hoy es día veinte. ¿Sabéis siquiera dónde buscar? ¿Sabéis quién es el hijo de Gaia?

—Sí —Hazel habló con tal seguridad que hasta Percy se sorprendió—. No sé exactamente dónde buscar, pero estoy casi segura. El gigante se llama Alcioneo.

El nombre pareció bajar diez grados la temperatura de la sala. Los senadores se pusieron a temblar.

Reyna se agarró al podio.

—¿Cómo lo sabes, Hazel? ¿Porque eres hija de Plutón?

Nico di Angelo había estado tan callado que Percy casi se había olvidado de que estaba allí. En ese momento se levantó ataviado con su toga negra.

—Pretora, con permiso —dijo—. Hazel y yo aprendimos un poco sobre los gigantes gracias a nuestro padre. Cada gigante fue criado específicamente para enfrentarse a uno de los doce dioses del Olimpo, para usurpar el dominio de ese dios. El rey de los gigantes era Porfirión, la versión opuesta de Júpiter. Pero el gigante mayor era Alcioneo. Nació para enfrentarse a Plutón. Por eso sabemos que se trata de él en concreto.

Reyna frunció el entrecejo.

—¿De veras? Pareces conocerlo muy bien.

Nico tiró del borde de su toga.

—El caso es que los gigantes eran difíciles de matar. Según la profecía, solo podían ser vencidos si los dioses y los semidioses aunaban fuerzas.

Dakota eructó.

—Perdón, ¿has dicho dioses y semidioses aunando fuerzas..., luchando codo con codo? ¡Eso jamás podría ocurrir!

—Ha ocurrido —dijo Nico—. En la primera guerra de los gigantes los dioses hicieron un llamamiento a los héroes para que se unieran a ellos, y vencieron. No sé si podría volver a ocurrir, pero Alcioneo... era distinto. Él era completamente inmortal, imposible de matar por dioses o semidioses, siempre que permaneciera en su territorio natal: el lugar en el que nació.

Nico hizo una pausa para dejar que asimilaran la información.

—Y si Alcíoneo ha sido resucitado en Alaska...

—Entonces no puede ser derrotado allí —terminó Hazel—. Jamás. De ningún modo. Por eso nuestra expedición de los años ochenta estaba condenada al fracaso.

Estalló otra ronda de discusiones y gritos.

—¡La misión es imposible de llevar a cabo! —gritó un senador.

—¡Estamos condenados! —chilló un fantasma.

—¡Más refresco! —voceó Dakota.

—¡Silencio! —gritó Reyna—. Senadores, debemos comportarnos como romanos. Marte nos ha encomendado esta misión, y tenemos que creer que podemos cumplirla. Estos tres semidioses deberán viajar a Alaska. Deberán liberar a Tánatos y volver antes de la fiesta de Fortuna. Si de paso pueden recuperar el águila perdida, mucho mejor. Lo único que podemos hacer es aconsejarles y asegurarnos de que tienen un plan.

Reyna miró a Percy sin demasiada esperanza.

—¿Tienes un plan?

Percy quería dar un paso adelante valientemente y decir: «¡No, no tengo ninguno!». Esa era la verdad, pero al mirar todas las caras nerviosas que lo rodeaban, supo que no podía decirlo.

—Primero quiero que me aclares una cosa —se volvió hacia Nico—. Creía que Plutón era el dios de los muertos. Y ahora me entero de la existencia de ese otro tío, Tánatos, y de las Puertas de la Muerte de la Profecía de los Siete. ¿Qué significa todo eso?

Nico respiró hondo.

—Está bien. Plutón es el dios del inframundo, pero el dios de la muerte propiamente dicho, el responsable de que las almas vayan al más allá y se queden allí, es el teniente de Plutón, Tánatos. Es como... imagínate que la Vida y la Muerte son dos países distintos. A todo el mundo le gustaría estar en la Vida, ¿verdad? Así que hay una frontera vigilada para impedir que la gente cruce sin permiso. Pero es una gran frontera, con muchos agujeros en la valla. Plutón intenta sellar las brechas, pero no dejan de aparecer otras nuevas. Por eso depende de Tánatos, que es como la patrulla fronteriza, la policía.

—Tánatos atrapa almas y las deporta otra vez al inframundo —dijo Percy.

—Exacto —convino Nico—. Pero ahora Tánatos ha sido capturado, encadenado.

Frank levantó la mano.

—Esto... ¿cómo se encadena a la Muerte?

—Ya se había hecho antes —explicó Nico—. En la Antigüedad, un tipo llamado Sísifo engañó a la Muerte y la ató. En otra ocasión, Hércules la derribó.

—Y ahora un gigante la ha capturado —dijo Percy—. Entonces, si pudiéramos

liberar a Tánatos, ¿los muertos seguirían muertos? —Lanzó una mirada a Gwen—. Esto... sin ánimo de ofender.

—Es más complicado —dijo Nico.

Octavio puso los ojos en blanco.

—¿Por qué será que no me sorprende?

—Te refieres a las Puertas de la Muerte —dijo Reyna, haciendo caso omiso a Octavio—. Aparecen mencionadas en la Profecía de los Siete, que envió a la primera expedición a Alaska...

Catón el fantasma resopló.

—¡Todos sabemos cómo acabó eso! ¡Los lares lo recordamos perfectamente!

Los otros fantasmas asintieron gruñendo.

Nico se llevó los dedos a los labios. De repente todos los lares se quedaron callados. Algunos parecían asustados, como si les hubieran pegado los labios. Percy deseó tener ese poder sobre ciertas personas vivas... como Octavio, por ejemplo.

—El Tánatos solo es parte de la solución —explicó Nico—. Las Puertas de la Muerte... es un concepto que ni siquiera yo entiendo del todo. Hay muchas vías para entrar en el inframundo (la laguna Estigia, la puerta de Orfeo), además de rutas de escape más pequeñas que se abren de vez en cuando. Ahora que Tánatos está encarcelado, todas esas salidas serán más fáciles de usar. En ocasiones eso será ventajoso para nosotros y permitirá que un alma amiga vuelva, como Gwen. Pero la mayoría de las veces beneficiará a almas y monstruos malvados, los mismos que ahora pretenden escapar. Las Puertas de la Muerte son las puertas privadas de Tánatos, su vía rápida entre la Vida y la Muerte. Se supone que solo Tánatos sabe dónde están, y su ubicación cambia con el paso del tiempo. Si no me equivoco, las Puertas de la Muerte han sido forzadas. Los secuaces de Gaia se han hecho con el control de ellas...

—Lo que significa que Gaia controla quién puede volver de entre los muertos —aventuró Percy.

Nico asintió con la cabeza.

—Ella puede elegir a los que deja salir: los peores monstruos, las almas más perversas. Si rescatamos a Tánatos, al menos él podrá atraparlas y enviarlas al inframundo. Los monstruos morirán donde los matemos, como antes, lo que nos dará un respiro, pero a menos que volvamos a tomar las Puertas de la Muerte, nuestros enemigos no permanecerán muertos mucho tiempo. Tendrán un camino fácil para volver al mundo de los vivos.

—Así que podemos atraparlos y deportarlos, pero seguirán volviendo —resumió Percy.

—En pocas y deprimentes palabras, sí —dijo Nico.

Frank se rascó la cabeza.

—Pero Tánatos sabe dónde están las puertas, ¿no? Si lo liberamos, podrá volver a tomarlas.

—No lo creo —dijo Nico—. No solo. Él no está a la altura de Gaia. Eso exigiría una enorme misión... un ejército formado por los mejores semidioses.

—«Los enemigos en armas ante las Puertas de la Muerte» —dijo Reyna—. Es la Profecía de los Siete...

Miró a Percy, y por un breve instante él vio lo asustada que estaba. Lo había ocultado bien, pero Percy se preguntó si ella también había tenido pesadillas con Gaia, si había tenido visiones de lo que ocurriría cuando el campamento fuera invadido por monstruos que no se podían matar.

—Si esto da comienzo a la antigua profecía, no disponemos de los recursos para enviar un ejército a esas Puertas de la Muerte y proteger el campamento. Ni siquiera creo que podamos prescindir de siete semidioses...

—Lo primero es lo primero —Percy trató de mostrarse seguro, aunque notaba que el pánico estaba aumentando en la sala—. No sé quiénes son los siete, ni lo que esa antigua profecía significa exactamente. Pero primero tenemos que liberar a Tánatos. Marte solo nos ha dicho que necesitamos a tres personas para la misión en Alaska. Concentrémonos en tener éxito y en volver antes de la fiesta de Fortuna. Ya nos preocuparemos luego por las Puertas de la Muerte.

—Sí —dijo Frank con una vocecilla—. Probablemente nos baste con una semana.

—¿Así que tienes un plan? —preguntó Octavio con escepticismo.

Percy miró a sus compañeros de equipo.

—Iremos a Alaska lo antes posible...

—E improvisaremos —dijo Hazel.

—Un montón —añadió Frank.

Reyna los observó. Parecía que estuviera escribiendo mentalmente su propio obituario.

—Muy bien —dijo—. Solo nos queda votar la ayuda que podemos ofrecer a la misión: transporte, dinero, magia, armas...

—Con permiso, pretora —dijo Octavio.

—Genial —murmuró Percy—. Ya empezamos.

—El campamento corre grave peligro —dijo Octavio—. Dos dioses nos han advertido que dentro de cuatro días sufriremos un ataque. No debemos malgastar nuestros recursos, y menos aún financiando proyectos con escasas posibilidades de éxito.

Octavio los miró a los tres con lástima, como diciendo: «Pobrecillos».

—Está claro que Marte ha elegido a los candidatos menos idóneos para la misión. Tal vez se deba a que los considera más prescindibles. Tal vez Marte se esté arriesgando. Sea cual sea el motivo, ha tenido la sabiduría de no ordenar una enorme

expedición, ni nos ha pedido que financemos su aventura. Propongo que conservemos nuestros recursos y defendamos el campamento. Aquí es donde se perderá o se ganará la batalla. Si estos tres tienen éxito, ¡estupendo! Pero deberían hacerlo valiéndose de su propio ingenio.

Un murmullo de incomodidad recorrió la multitud. Frank se levantó de un brinco. Antes de que pudiera iniciar una pelea, Percy dijo:

—¡Está bien! No hay problema. Pero al menos dadnos transporte. Gaia es la diosa de la tierra, ¿no? Creo que deberíamos evitar viajar por tierra. Además, será demasiado lento.

Octavio se echó a reír.

—¿Quieres que os fletemos un avión?

La sola idea provocaba náuseas a Percy.

—No. Viajar por aire... Tengo la sensación de que tampoco sería buena idea. Pero un bote sería distinto. ¿Podéis darnos un bote?

Hazel emitió un gruñido. Percy la miró. Ella sacudió la cabeza y esbozó con los labios las palabras: «Nada. No es nada».

—¡Un bote! —Octavio se volvió hacia los senadores—. El hijo de Neptuno quiere un bote. ¡Viajar por mar nunca ha sido una costumbre romana, pero él tampoco es muy romano que digamos!

—Octavio, un bote es una petición bastante asequible —dijo Reyna severamente—. Y no ofrecerles más ayuda me parece muy...

—¡Tradicional! —exclamó Octavio—. Es muy tradicional. ¡A ver si estos aventureros tienen el valor de sobrevivir sin ayuda, como auténticos romanos!

Más murmullos resonaron en la cámara. Los ojos de los senadores se desplazaban de Octavio a Reyna, contemplando el duelo de voluntades.

Reyna se enderezó en su asiento.

—Muy bien —dijo tensamente—. Lo someteremos a votación. Senadores, la moción es la siguiente: la misión irá a Alaska. El senado proporcionará pleno acceso a la flota romana atracada en Alameda. No se les ofrecerá más ayuda. Los tres aventureros sobrevivirán o fracasarán de acuerdo con sus propios méritos. ¿Todos a favor?

Las manos de todos los senadores se alzaron.

—Se aprueba la moción —Reyna se volvió hacia Frank—. Centurión, tú y tu grupo podéis marchar. El senado tiene otros asuntos que tratar. Octavio, quiero hablar contigo un momento.

Percy se alegró enormemente de ver la luz del sol. En aquella sala oscura, con todos los ojos puestos en él, se había sentido como si cargara con el peso del mundo sobre sus hombros... y estaba casi seguro de que había experimentado esa sensación antes.

Llenó los pulmones de aire fresco.

Hazel cogió una gran esmeralda del sendero y se la metió en el bolsillo.

—Bueno... lo tenemos bastante chungo.

Frank asintió con la cabeza tristemente.

—Si alguno de vosotros quiere echarse atrás, lo entenderé.

—¿Estás de broma? —dijo Hazel—. ¿Y estar de guardia el resto de la semana?

Frank forzó una sonrisa. Se volvió hacia Percy.

Percy estaba contemplando el foro. «No te muevas», le había dicho Annabeth en el sueño. Pero si no se movía, el campamento sería destruido. Alzó la vista a las colinas y se imaginó la cara de Gaia sonriendo entre las sombras y las cumbres. «No puedes vencer, pequeño semidiós —parecía decir—. Sírvenme quedándote, o sírvenme yéndote.»

Percy hizo un juramento silencioso: después de la fiesta de Fortuna, buscaría a Annabeth. Pero de momento tenía que actuar. No podía permitir que Gaia venciera.

—Cuenta conmigo —le dijo a Frank—. Además, quiero ver la flota romana.

Solo habían atravesado la mitad del foro cuando alguien gritó:

—¡Jackson!

Percy se volvió y vio a Octavio trotando hacia ellos.

—¿Qué quieres? —preguntó Percy.

Octavio sonrió.

—¿Ya me consideras tu enemigo? Es una decisión temeraria, Percy. Soy un romano leal.

Frank gruñó.

—Serás traidor y pelota...

Percy y Hazel tuvieron que frenarlo.

—Vaya, hombre —dijo Octavio—. Ese no es precisamente el comportamiento adecuado para un nuevo centurión. Jackson, si os he seguido es porque Reyna me ha dado un mensaje. Quiere que te presentes en el *principia* sin tus... hum... dos lacayos. Le gustaría hablar en privado contigo antes de que partáis.

—¿Hablar de qué? —preguntó Percy.

—No lo sé —Octavio sonrió con picardía—. La última persona con la que habló en privado fue Jason Grace. Y fue la última vez que lo vi. Buena suerte y adiós, Percy Jackson.

Percy

Percy se alegró de que *Contracorriente* hubiera vuelto a su bolsillo. A juzgar por la expresión de Reyna, podía ser que tuviera que defenderse.

Ella entró en el *principia* como un huracán, con su capa morada ondeando y sus galgos trotando a sus pies. Percy estaba sentado en una de las sillas de los pretores, que había acercado a la parte destinada a las visitas, un acto que tal vez no fuera lo correcto. Empezó a levantarse.

—Quédate sentado —gruñó Reyna—. Partiréis después de comer. Tenemos mucho de que hablar.

Dejó caer su daga tan fuerte que el cuenco con golosinas se sacudió. Aurum y Argentum ocuparon sus puestos a la izquierda y a la derecha y clavaron sus ojos de rubíes en Percy.

—¿Qué he hecho mal? —preguntó Percy—. Si es por la silla...

—No eres tú —Reyna frunció el entrecejo—. Odio las sesiones del senado. Cuando Octavio se pone a hablar...

Percy asintió con la cabeza.

—Tú eres una guerrera. Octavio es un orador. Si lo colocas al frente del senado, se hace rápidamente con el poder.

Ella entornó los ojos.

—Eres más listo de lo que pareces.

—Vaya, gracias. He oído que Octavio podría salir elegido pretor, suponiendo que el campamento sobreviva.

—Eso nos lleva a la hecatombe del juicio final y a las medidas con las que podrías ayudar a evitarlo —dijo Reyna—. Pero antes de que deposite el destino del Campamento Júpiter en tus manos, tenemos que aclarar unas cuantas cosas.

Se sentó y colocó un anillo sobre la mesa: una sortija de plata con un grabado de una espada y una antorcha, como el tatuaje de Reyna.

—¿Sabes qué es esto?

—El símbolo de tu madre —contestó Percy—. La... esto... diosa de la guerra —intentó recordar el nombre, pero no quería equivocarse: sonaba como Bolonia. ¿O salami?

—Belona, sí —Reyna lo escrutó atentamente—. ¿No recuerdas dónde has visto este anillo antes? ¿De verdad no te acuerdas de mí ni de mi hermana Hylla?

Percy negó con la cabeza.

—Lo siento.

—Debió de ser hace cuatro años.

—Poco antes de que vinieras al campamento.

Reyna frunció el entrecejo.

—¿Cómo lo...?

—Tienes cuatro rayas tatuadas. Cuatro años.

Reyna se miró el antebrazo.

—Claro. Parece mucho tiempo. Supongo que no te acordarías de mí aunque no hubieras perdido la memoria. Yo era solo una cría: una ayudante entre muchas otras en el balneario. Pero hablaste con mi hermana poco antes de que tú y la otra, Annabeth, destruyerais nuestro hogar.

Percy intentó recordar. Lo intentó de veras. Por algún motivo, Annabeth y él habían visitado un balneario y habían decidido destruirlo. No se imaginaba por qué. ¿Tal vez no les había gustado el masaje de tejido profundo? ¿O quizá les habían hecho mal la manicura?

—Tengo una laguna —dijo—. Como tus perros no me han atacado, espero que me creas. Digo la verdad.

Aurum y Argentum gruñeron. A Percy le daba la impresión de que estaban pensando: «Por favor, miente. Por favor, miente».

Reyna dio un golpecito al anillo de plata.

—Creo en tu sinceridad —dijo—. Pero en el campamento no todo el mundo opina lo mismo. Octavio piensa que eres un espía. Piensa que Gaia te ha enviado para averiguar nuestros puntos débiles y distraernos. Cree en las antiguas leyendas sobre los griegos.

—¿Antiguas leyendas?

La mano de Reyna estaba posada a mitad de camino entre la daga y las golosinas. Percy tenía la sensación de que si hacía un movimiento repentino, ella no cogería los dulces.

—Hay quien cree que los semidioses griegos todavía existen —explicó Reyna—, héroes que siguen las formas antiguas de los dioses. Existen leyendas de batallas entre héroes romanos y griegos en épocas relativamente modernas: la guerra de Secesión, por ejemplo. Yo no tengo ninguna prueba que lo demuestre, y si nuestros lares saben algo, se niegan a decirlo. Pero Octavio cree que los griegos siguen entre nosotros, tramando nuestra perdición, colaborando con las fuerzas de Gaia. Cree que tú eres uno de ellos.

—¿Es eso lo que tú crees?

—Yo creo que has venido de alguna parte —dijo ella—. Eres importante, y peligroso. Dos dioses se han interesado especialmente por ti desde que has llegado, así que me cuesta creer que trabajes contra el Olimpo... o contra Roma —se encogió de hombros—. Claro que podría equivocarme. Tal vez los dioses te han mandado para poner a prueba mi juicio. Pero creo... creo que has sido enviado para compensar la pérdida de Jason.

Jason... Allí donde Percy fuera en aquel campamento oía ese nombre.

—Por la forma en que hablas de él... —dijo Percy—. ¿Erais pareja?

Los ojos de Reyna lo atravesaron como los ojos de un lobo hambriento. Percy había visto suficientes lobos hambrientos en su vida para reconocer aquella mirada.

—Podríamos haberlo sido —dijo Reyna—, con el tiempo. Los pretores trabajan codo con codo. A menudo se involucran románticamente. Pero Jason solo fue pretor durante unos meses antes de desaparecer. Desde entonces, Octavio ha estado dándome la lata, haciendo campaña a favor de unas nuevas elecciones. Yo me he resistido. Necesito un compañero en el poder... pero prefiero a alguien como Jason. Un guerrero, no un intrigante.

Reyna permaneció a la espera. Percy se dio cuenta de que le estaba haciendo una invitación silenciosa.

Se le secó la garganta.

—Ah... ¿Te refieres a...? Ah.

—Creo que los dioses te han enviado para que me ayudes —dijo Reyna—. No sé de dónde vienes, como tampoco lo sabía hace cuatro años. Pero creo que tu llegada es una especie de resarcimiento. Una vez destruiste mi hogar. Ahora te han enviado para que lo salves. No te guardo rencor por el pasado, Percy. Mi hermana todavía te odia, es cierto, pero el destino me trajo al Campamento Júpiter. Las cosas me han ido bien. Lo único que te pido es que trabajes conmigo por el futuro. Pienso salvar este campamento.

Los perros metálicos lo miraban furiosamente, con sus bocas petrificadas en un gruñido. A Percy le empezó a costar mucho más sostener la mirada de Reyna.

—Mira, te ayudaré —le prometió—. Pero soy nuevo aquí. Tienes a muchas personas válidas que conocen el campamento mejor que yo. Si tenemos éxito en la misión, Hazel y Frank se convertirán en héroes. Podrías pedírselo a uno de ellos...

—Por favor —dijo Reyna—. Nadie obedecerá a una hija de Plutón. Hay algo en esa chica... Circulan rumores sobre el sitio del que viene... No, no servirá. En cuanto a Frank Zhang, tiene buen corazón, pero es totalmente ingenuo e inexperto. Además, si los otros se enteraran de la historia de su familia...

—¿La historia de su familia?

—El caso es que tú eres el que tiene auténtico poder en esta misión, Percy. Eres un veterano curtido. He visto de lo que eres capaz. Un hijo de Neptuno no sería mi

primera elección, pero si consigues regresar de la misión, la legión se podría salvar. La pretoría será tuya si te interesa. Juntos, tú y yo podríamos ampliar el poder de Roma. Podríamos reunir un ejército, buscar las Puertas de la Muerte y derrotar a las fuerzas de Gaia de una vez por todas. Tendrías en mí a una compañera muy atenta. Tendrías en mí a una... amiga.

Pronunció la palabra como si se pudiera interpretar de varias formas, y él pudiera elegir una de ellas.

Percy empezó a dar golpecitos en el suelo con los pies, deseoso de escapar.

—Reyna... me siento honrado y todo eso. En serio. Pero tengo novia. Y no deseo poder, ni una pretoría.

Percy temía hacerla enfadar. En cambio, ella se limitó a arquear las cejas.

—¿Un hombre que rechaza poder? —dijo—. No es un comportamiento muy romano por tu parte. Piénsalo. Dentro de cuatro días tengo que tomar una decisión. Si vamos a rechazar una invasión, debemos tener dos pretores fuertes. Yo te preferiría a ti, pero si fracasas en tu misión, o no vuelves, o rechazas mi oferta... En fin, trabajaré con Octavio. Pienso salvar este campamento, Percy Jackson. Las cosas están peor de lo que crees.

Percy recordó lo que Frank había dicho acerca de los ataques de monstruos cada vez más frecuentes.

—¿Cómo de mal?

Las uñas de Reyna se clavaron en la mesa.

—Ni siquiera el senado sabe toda la verdad. Le he pedido a Octavio que no haga públicos sus augurios, o cundiría el pánico. Él ha visto un gran ejército marchando hacia el sur, con más soldados de los que podamos derrotar. Están a las órdenes de un gigante...

—¿Alcioneo?

—No lo creo. Si de verdad es invulnerable en Alaska, sería una imprudencia por su parte venir aquí en persona. Debe de ser uno de sus hermanos.

—Estupendo —dijo Percy—. Así que tenemos dos gigantes por los que preocuparnos.

La pretora asintió.

—Lupa y sus lobos intentan retrasarlos, pero el ejército es demasiado fuerte incluso para ellos. El enemigo llegará aquí pronto... para la fiesta de Fortuna, como muy tarde.

Percy se estremeció. Había visto a Lupa en acción. Lo sabía todo de la diosa de los lobos y su manada. Si el enemigo era demasiado poderoso para Lupa, el Campamento Júpiter no tenía ninguna posibilidad de ganar.

Reyna reparó en su expresión.

—Sí, la situación es grave, pero no desesperada. Si consigues devolvernos el

águila, si liberas a la Muerte para que podamos matar a nuestros enemigos, tendremos una posibilidad de vencer. Y hay otra más...

Reyna deslizó el anillo de plata a través de la mesa.

—No puedo ofrecerte mucha ayuda, pero tu viaje te llevará cerca de Seattle. Te pido un favor, que también te puede ser de ayuda. Busca a mi hermana Hylla.

—Tu hermana... ¿la que me odia?

—Sí —asintió Reyna—. Le encantaría matarte, pero si le enseñas este anillo como prenda de mi parte, puede que te ayude.

—¿Puede?

—Yo no puedo hablar por ella. De hecho... —Reyna frunció la frente—. De hecho, hace semanas que no hablo con ella. Guarda silencio. Y con esos ejércitos pasando por la zona...

—Quieres que compruebe cómo está —aventuró Percy—. Que me asegure de que está bien.

—En parte, sí. No creo que la hayan vencido. Mi hermana tiene un ejército muy poderoso. Su territorio está bien defendido. Pero si la encontraras, podría ofrecerte una valiosa ayuda. Podría suponer la diferencia entre el éxito y el fracaso de tu misión. Y si le contaras lo que está pasando aquí...

—¿Podría enviar ayuda? —preguntó Percy.

Reyna no respondió, pero Percy vio la desesperación en sus ojos. Estaba aterrada, aferrándose a cualquier posibilidad que pudiera salvar su campamento. A Percy no le extrañaba que deseara su ayuda. Ella era la única pretora. La defensa del campamento reposaba sobre sus hombros.

Percy cogió el anillo.

—La encontraré. ¿Dónde busco? ¿Qué tipo de ejército tiene?

—No te preocupes. Ve a Seattle. Ella te encontrará.

No sonaba muy alentador, pero Percy ensartó el anillo en su collar de cuero con las cuentas y la placa de *probatio*.

—Deséame suerte.

—Lucha bien, Percy Jackson —dijo Reyna—. Y gracias.

Comprendió que la audiencia había terminado. A Reyna le estaba costando no perder la compostura y mantener la imagen de comandante segura. Necesitaba estar a solas.

Sin embargo, en la puerta del *principia*, Percy no pudo resistirse y se volvió.

—¿Cómo destruimos tu hogar, ese balneario en el que trabajabas?

Los galgos metálicos gruñeron. Reyna chasqueó los dedos para hacerlos callar.

—Destruiste el poder de nuestra señora —dijo—. Liberaste a unos prisioneros que se vengaron de todos los que vivíamos en la isla. Mi hermana y yo... sobrevivimos. No fue fácil. Pero a la larga, creo que estamos mejor lejos de ese sitio.

—Aun así, lo siento —dijo Percy—. Si os hice daño, lo siento.

Reyna lo miró largamente, como si estuviera intentando traducir sus palabras.

—¿Una disculpa? Un gesto nada romano, Percy Jackson. Serías un pretor interesante. Espero que consideres mi oferta.

Percy

La comida parecía la celebración de un funeral. Todo el mundo comía. La gente hablaba en susurros. Nadie parecía especialmente contento. Los demás campistas no paraban de mirar a Percy como si fuera el cadáver que hubiera que honrar.

Reyna pronunció un breve discurso deseándoles suerte. Octavio rasgó un muñeco de peluche y lo abrió por la mitad, y anunció graves presagios y tiempos difíciles, pero predijo que un héroe inesperado (cuyas iniciales probablemente eran OCTAVIO) salvaría el campamento. Luego los demás campistas se fueron para asistir a sus clases vespertinas: lucha de gladiadores, lecciones de latín, emboscada de fantasmas con bolas de pintura, adiestramiento de águilas y un montón de actividades más tentadoras que una misión suicida. Percy siguió a Hazel y a Frank a los barracones para hacer el equipaje.

Percy no tenía muchas cosas. Había limpiado su mochila del viaje al sur y había guardado la mayoría de las provisiones del supermercado de las arpias. Tenía unos tejanos limpios y una camiseta morada de repuesto que le había dado el intendente del campamento, además de néctar, ambrosía, aperitivos y un poco de dinero de los mortales, así como material de camping. Durante la comida, Reyna le había dado un pergamino de presentación de parte de la pretora y el senado. Supuestamente, cuando enseñaran la carta, los legionarios retirados con los que coincidieran en el viaje les ayudarían. También tenía su collar de cuero con las cuentas, el anillo de plata y la placa de *probatio*, y naturalmente llevaba a *Contracorriente* en el bolsillo. Dobló su camiseta naranja manchada y la dejó en su litera.

—Volveré —dijo. Se sentía ridículo hablando con una camiseta, pero en realidad estaba pensando en Annabeth y en su antigua vida—. No me marchó para siempre, pero tengo que ayudar a estos chicos. Ellos me han acogido. Se merecen sobrevivir.

Afortunadamente, la camiseta no contestó.

Uno de sus compañeros de cuarto, Bobby, los llevó al límite del valle a lomos de Aníbal el elefante. Desde las cumbres, Percy pudo ver cuanto se extendía abajo. El Pequeño Tíber serpenteaba a través de prados dorados donde los unicornios pastaban. Los templos y foros de la Nueva Roma brillaban a la luz del sol. En el Campo de Marte, los ingenieros trabajaban arduamente, derribando los restos del fuerte de la

noche anterior y levantando barricadas para jugar a matar con un balón. Un día normal en el Campamento Júpiter, pero al norte, en el horizonte, se estaban acumulando nubes de tormenta. A través de las colinas se deslizaban sombras, y Percy se imaginó la cara de Gaia acercándose más y más.

«Trabaja conmigo por el futuro —había dicho Reyna—. Pienso salvar este campamento.»

Al contemplar el valle, Percy entendió por qué a ella le importaba tanto. A pesar de ser nuevo en el Campamento Júpiter, sentía un intenso deseo de proteger aquel lugar. Quería formar parte del futuro de un refugio seguro en el que los semidioses pudieran desarrollar sus vidas. Tal vez no como Reyna imaginaba, pero si pudiera compartir aquel sitio con Annabeth...

Se bajó del elefante. Bobby les deseó buen viaje. Aníbal rodeó a los tres aventureros con su trompa. A continuación, el taxi elefante regresó al valle.

Percy suspiró. Se volvió hacia Hazel y se devanó los sesos tratando de hacer un comentario optimista.

—Identificación, por favor —dijo una voz familiar.

Una estatua de Término apareció en la cumbre de la colina. La cara de mármol del dios frunció el entrecejo malhumoradamente.

—¿Y bien? ¡Venid!

—¿Usted otra vez? —preguntó Percy—. Creía que solo vigilaba la ciudad.

Término resopló.

—Yo también me alegro de verte, don Transgresor. Normalmente vigilo la ciudad, pero cuando se trata de salidas internacionales, me gusta ofrecer seguridad extra en los límites del campamento. Deberíais haber dejado dos horas de margen antes de la hora de salida planeada, pero tendremos que conformarnos. Venid aquí para que pueda cachearos.

—Pero si no tiene... —Percy se interrumpió—. Ah, claro.

Se situó junto a la estatua manca. Término llevó a cabo un riguroso cacheo mental.

—Parece que no llevas nada —concluyó Término—. ¿Tienes algo que declarar?

—Sí —contestó Percy—. Declaro que esto es ridículo.

—¡Bah! Placa de *probatio*: Percy Jackson, Quinta Cohorte, hijo de Neptuno. Bien, pasa. Hazel Levesque, hija de Plutón. Bien. ¿Alguna moneda extranjera o, ejem, piedra preciosa que declarar?

—No —murmuró ella.

—¿Estás segura? —preguntó Término—. Porque la última vez...

—¡No!

—Vaya, menuda panda de malhumorados —dijo el dios—. ¡Aventureros! Siempre con prisas. A ver, Frank Zhang. ¡Ah! ¿Centurión? Bien hecho, Frank. Y ese

corte de pelo es perfectamente reglamentario. ¡Lo apruebo! Adelante, centurión Zhang. ¿Necesitáis indicaciones?

—No, supongo que no.

—Id a la estación de metro de la bahía de San Francisco —dijo Término de todas formas—. Cambiad de tren en Oakland en Twelfth Street. Bajaos en la estación de Fruitvale. Desde allí, podéis ir andando o coger el autobús a Alameda.

—¿No tienen un tren mágico o algo por el estilo? —preguntó Percy.

—¡Trenes mágicos! —dijo Término en tono de burla—. Y también querrás tu propio control de seguridad y un pase para el salón ejecutivo. Viajad con prudencia, y tened cuidado con Polibotes. Ese sí que infringe la ley. Ojalá pudiera estrangularlo con mis propias manos.

—Espere... ¿quién ha dicho? —preguntó Percy.

Término adoptó una expresión de esfuerzo, como si estuviera flexionando su inexistente bíceps.

—En fin. Tened cuidado con él. Me imagino que puede oler a un hijo de Neptuno a un kilómetro y medio de distancia. Marchaos. ¡Buena suerte!

Una fuerza invisible los empujó a través del límite. Cuando Percy miró atrás, Término había desaparecido. De hecho, todo el valle había desaparecido. En las colinas de Berkeley no parecía haber ningún campamento romano.

Percy miró a sus amigos.

—¿Tenéis idea de lo que ha dicho Término? Tened cuidado con... ¿Político o no sé qué?

—¿Po-li-bo-tes? —Hazel pronunció el nombre con cuidado—. Es la primera vez que lo oigo.

—Suen a griego —dijo Frank.

—Eso reduce las posibilidades —Percy suspiró—. Bueno, probablemente acabamos de aparecer en el radar olfativo de todos los monstruos en un radio de ocho kilómetros a la redonda. Más vale que nos pongamos en marcha.

Les llevó dos horas llegar al puerto de Alameda. Comparado con los últimos meses que Percy había vivido, el viaje transcurrió sin contratiempos. No les atacó ningún monstruo. Nadie miró a Percy como si fuera un adolescente rebelde sin hogar.

Frank había guardado su lanza, su arco y su carcaj en un largo bolso para esquís. La espada de la caballería de Hazel estaba envuelta en un petate que llevaba colgado a la espalda. Juntos, los tres parecían estudiantes de secundaria normales en plena excursión nocturna. Fueron andando a la estación de Rockridge, compraron billetes con dinero de los mortales y subieron al metro.

Se apearon en Oakland. Tuvieron que atravesar algunos barrios peligrosos, pero nadie les molestó. Cada vez que los miembros de una banda de la zona se acercaban

lo bastante para mirar a Percy a los ojos, se desviaban rápidamente. Había perfeccionado su mirada de lobo durante los últimos meses, una mirada que decía: «Por muy malo que creas que eres, yo soy peor». Después de estrangular a monstruos marinos y de atropellar gorgonas con un coche patrulla, a Percy no le daban miedo las bandas. Ya no le daba miedo casi nada del mundo de los mortales.

A media tarde llegaron al puerto de Alameda. Percy contempló la bahía de San Francisco y aspiró el salado aire del mar. Enseguida se sintió mejor. Ese era el dominio de su padre. Se enfrentaran a lo que se enfrentasen, él contaría con ventaja mientras estuvieran en el mar.

En los muelles había atracados docenas de barcos: desde yates de quince metros hasta botes de pesca de tres metros. Escudriñó los amarres en busca de algún tipo de embarcación mágica: un trirreme, tal vez, o un buque de guerra con una cabeza de dragón como el que había visto en sus sueños.

—Esto... ¿sabéis lo que estamos buscando?

Hazel y Frank negaron con la cabeza.

—Yo ni siquiera sabía que hubiera una flota.

Parecía que Hazel deseara que no hubiera ninguna.

—Ah... —Frank señaló con el dedo—. ¿No os parece...?

Al final del muelle había una pequeña barca, similar a un bote, cubierta con una lona morada. La tela tenía bordadas las iniciales S.P.Q.R. con letras doradas descoloridas.

La seguridad de Percy flaqueó.

—No me fastidies.

Empezó a quitar la lona, deshaciendo los nudos con las manos como si lo hubiera hecho toda la vida. Debajo de la lona había una vieja barca de remos sin remos. La barca había sido pintada de azul oscuro, pero el casco tenía tanta brea y salitre incrustados que parecía un enorme moretón náutico.

En la proa todavía se podía leer el nombre «Pax» estampado con letras doradas. Unos ojos pintados se hundían tristemente al nivel del agua, como si el bote estuviera a punto de dormirse. A bordo había dos bancos, un estropajo de aluminio, una vieja nevera portátil y un montón de cuerda deshilachada con una punta atada al amarradero. En el fondo de la barca, una bolsa de plástico y dos latas de Coca-Cola vacías flotaban en varios centímetros de agua llena de espuma.

—He aquí —dijo Frank—. La poderosa flota romana.

—Tiene que haber un error —dijo Hazel—. Esto es una porquería.

Percy se imaginó a Octavio riéndose de ellos, pero no dejó que eso le desanimara. El *Pax* seguía siendo una barca. Subió a bordo de un salto, y el casco emitió un murmullo bajo sus pies en respuesta a su presencia. Achicó el agua con espuma por los costados a fuerza de voluntad. A continuación señaló el estropajo de aluminio,

que se deslizó a toda velocidad a través del suelo, frotándolo y puliéndolo tan rápido que el acero empezó a echar humo. Cuando hubo acabado, el bote estaba limpio. Percy señaló la cuerda, y la amarra se desató del muelle.

No había remos, pero no importaba. Percy notaba que el bote estaba listo para navegar, esperando su orden.

—Servirá —dijo—. Subid.

Hazel y Frank se quedaron un tanto estupefactos, pero subieron a bordo. Hazel parecía especialmente nerviosa. Cuando se hubieron sentado en los asientos, Percy se concentró, y la barca se alejó del muelle.

«Juno tenía razón —la voz soñolienta de Gaia susurró en la mente de Percy, y el hijo de Neptuno se sobresaltó tanto que el bote se balanceó—. Podrías haber elegido una nueva vida en el mar. Allí habrías estado a salvo de mí. Pero ya es demasiado tarde. Elegiste el dolor y el sufrimiento. Ahora eres parte de mi plan, mi pequeño e importante peón.»

—Fuera de mi barco —gruñó Percy.

—¿Qué? —preguntó Frank.

Percy aguardó, pero la voz de Gaia permaneció callada.

—Nada —dijo—. Veamos de lo que es capaz este bote.

Giró el bote hacia el norte, y en un abrir y cerrar de ojos avanzaban a quince nudos, rumbo al Golden Gate.

XVII

Hazel

Hazel odiaba los barcos.

Se mareaba con tanta facilidad que para ella era un tormento. No le había comentado ese detalle a Percy. No quería echar por tierra la misión, pero se acordaba de lo horrible que había sido su vida cuando ella y su madre se habían mudado a Alaska, sin carreteras. Adondequiera que fuesen tenían que tomar un tren o un bote.

Confiaba en que su estado hubiera mejorado desde que había vuelto de entre los muertos, pero saltaba a la vista que no era así. Y aquel pequeño bote, el *Pax*, se parecía tanto al que habían tenido en Alaska que le traía malos recuerdos...

En cuanto zarparon del muelle, a Hazel se le empezó a revolver el estómago. Cuando dejaron atrás los muelles del embarcadero de San Francisco, se sentía tan mareada que pensaba que estaba teniendo alucinaciones. Pasaron volando por delante de un par de leones marinos que holgazaneaban en los muelles, y habría jurado que vio a un viejo mendigo sentado entre ellos. Desde la otra orilla, el anciano señaló con un dedo huesudo a Percy y esbozó con los labios algo parecido a «Ni se te ocurra».

—¿Habéis visto eso? —preguntó Hazel.

La cara de Percy estaba teñida de rojo con la puesta de sol.

—Sí. He estado aquí antes. No... no sé. Creo que estaba buscando a mi novia.

—Annabeth —dijo Frank—. ¿Te refieres a cuando ibas al Campamento Júpiter?

Percy frunció el ceño.

—No. Antes de eso.

Escudriñó la ciudad como si estuviera buscando a Annabeth hasta que pasaron por debajo del Golden Gate y giraron hacia el norte.

Hazel trató de asentar su estómago pensando en cosas agradables: la euforia que había sentido la noche anterior cuando habían ganado los juegos de guerra, la entrada a lomos de Aníbal en el torreón enemigo, la repentina transformación de Frank en líder... Le había parecido una persona distinta cuando había escalado los muros, ordenando a la Quinta Cohorte que atacara. La forma en que había arrasado a los defensores de las almenas... Hazel nunca lo había visto así. Se había sentido muy orgullosa de prenderle la insignia de centurión en la camiseta.

Entonces sus pensamientos se centraron en Nico. Antes de partir, su hermano la

había llevado aparte para desearle buena suerte. Hazel esperaba que se quedara en el Campamento Júpiter para ayudar a defenderlo, pero él le había dicho que partiría ese mismo día para regresar al inframundo.

—Papá necesita toda la ayuda posible —dijo—. Los Campos de Castigo parecen un motín carcelario. Las Furias apenas pueden mantener el orden. Además, voy a intentar localizar a algunas de las almas que han escapado. Tal vez encuentre las Puertas de la Muerte desde el otro lado.

—Ten mucho cuidado —dijo Hazel—. Si Gaia está vigilando esas puertas...

—No te preocupes —Nico sonrió—. Sé esconderme. Cuida de ti. Cuanto más te acerques a Alaska... no sé si los desmayos mejorarán o empeorarán.

Que cuide de mí, pensó Hazel con amargura. Como si la misión pudiera tener un final feliz para ella.

—Si liberamos a Tánatos —dijo Hazel a Nico—, puede que no te vuelva a ver. Tánatos me hará volver al inframundo...

Nico le cogió la mano. Sus dedos eran tan pálidos que costaba creer que Hazel y él tuvieran el mismo padre divino.

—Quería darte una oportunidad en los Campos Elíseos —dijo—. Era lo máximo que podía hacer por ti. Ojalá hubiera otra forma. No quiero perder a mi hermana.

No pronunció las palabras «otra vez», pero Hazel sabía lo que estaba pensando. Por una vez, no sintió celos de Bianca di Angelo. Simplemente deseó disponer de más tiempo con Nico y sus amigos del campamento. No quería morir por segunda vez.

—Buena suerte, Hazel —dijo él.

Acto seguido desapareció entre las sombras, como había hecho su padre setenta años antes.

El bote se sacudió y devolvió a Hazel al presente. Se internaron en las corrientes del Pacífico y rodearon el rocoso litoral del condado de Marin.

Frank sujetaba su bolsa sobre el regazo. La bolsa pasaba por encima de las rodillas de Hazel como la barra de seguridad de una atracción de feria, lo que le hizo acordarse de la vez que Sammy la había llevado al carnaval durante el Mardi Gras... Apartó rápidamente ese recuerdo de su mente. No podía arriesgarse a sufrir un desmayo.

—¿Estás bien? —preguntó Frank—. Pareces preocupada.

—Estoy mareada —confesó ella—. No pensaba que fuese a ponerme tan mal.

Frank hizo un mohín como si él tuviera la culpa. Empezó a rebuscar en su mochila.

—Tengo néctar. Y galletas saladas. Mi abuela dice que el jengibre ayuda... Yo no tengo de eso, pero...

—No pasa nada —Hazel esbozó una sonrisa—. Pero es un detalle por tu parte.

Frank sacó una galleta salada, pero se partió entre sus grandes dedos. La galleta voló en pedazos por todas partes.

Hazel se echó a reír.

—Dioses, Frank... Lo siento. No debería reírme.

—No te preocupes —dijo él tímidamente—. Supongo que no quieres esa.

Percy no estaba atendiendo. Mantenía la vista fija en el litoral. Cuando pasaron por Stinson Beach, señaló tierra adentro, donde una sola montaña se alzaba por encima de las colinas verdes.

—Me resulta familiar —dijo.

—El monte Tamalpais —dijo Frank—. Los chicos del campamento hablan continuamente de él. En la cima tuvo lugar una gran batalla, en la antigua base de los titanes.

Percy frunció el entrecejo.

—¿Alguno de vosotros dos estuvo allí?

—No —respondió Hazel—. Fue en agosto, antes de que... antes de que llegara al campamento. Jason me habló de ella. La legión destruyó el palacio del enemigo y mató a un millón de monstruos. Jason tuvo que luchar contra Crio: un combate mano a mano con un Titán, ¿te lo imaginas?

—Me lo imagino —murmuró Percy.

Hazel no estaba segura de a qué se refería, pero Percy le recordaba mucho a Jason, aunque no se parecían en nada. Tenían el mismo halo de poder sereno, además de una suerte de tristeza, como si hubieran visto su propio destino y supieran que tarde o temprano toparían con un monstruo al que no podrían vencer.

Hazel entendía esa sensación. Contempló cómo el sol se ponía sobre el mar y supo que tenía menos de una semana de vida. Tanto si tenían éxito como si no, el viaje de Hazel tocaría a su fin en la fiesta de Fortuna.

Pensó en su primera muerte y en los meses previos a ella: su casa en Seward, los seis meses que había pasado en Alaska yendo a Resurrection Bay de noche en aquel pequeño bote, visitando la isla maldita.

Se percató de su error demasiado tarde. La vista se le tiñó de negro, y retrocedió en el tiempo.

Su casa de alquiler era una caja de tablillas suspendida sobre unos pilotes en la bahía. Cuando el tren de Anchorage pasaba, los muebles se sacudían y los cuadros vibraban en las paredes. De noche, Hazel se dormía al son del agua helada que lamía las rocas bajo las tablas. El viento hacía crujir el edificio.

Tenían una habitación, con un hornillo y una nevera por cocina. Había un rincón separado con una cortina para Hazel, donde tenía su colchón y su baúl. Había clavado sus dibujos y viejas fotos de Nueva Orleans en las paredes, pero no hacían más que

agravar su nostalgia.

Su madre casi nunca estaba en casa. Ya no se hacía llamar la Reina Marie. Ahora solo era Marie, la asistenta. Cocinaba y limpiaba todo el día en la casa de comidas de la Tercera Avenida para pescadores, ferroviarios y alguna que otra dotación de marineros. Volvía a casa oliendo a productos de limpieza y pescado frito.

De noche, Marie Levesque se transformaba. La Voz se apoderaba de ella, dando órdenes a Hazel y obligándola a trabajar en su terrible proyecto.

El invierno fue lo peor. La Voz se quedaba más tiempo debido a la oscuridad continua. El viento era tan intenso que Hazel pensaba que no volvería a entrar en calor en su vida.

Cuando llegó el verano Hazel no se cansaba del sol. Durante las vacaciones veraniegas, permanecía fuera de casa lo máximo posible, pero no podía andar por la ciudad. Era una pequeña comunidad. Los otros niños hacían correr rumores sobre ella: la hija de la bruja que vivía en la vieja choza del puerto. Si se acercaba demasiado, los niños se burlaban de ella o le tiraban botellas y piedras. Los adultos no se portaban mucho mejor.

Hazel podría haberles amargado la vida. Podría haberles dado diamantes, perlas u oro. En Alaska el oro abundaba. Había tanto en las colinas que Hazel podría haber enterrado la ciudad sin esfuerzo. Pero la verdad era que no odiaba a los vecinos por marginarla. No podía culparlos.

Se pasaba el día andando por las colinas. Atraía a los cuervos, que le graznaban desde los árboles y esperaban los objetos brillantes que siempre aparecían en sus pisadas. La maldición no parecía molestarles. También veía osos, pero ellos guardaban las distancias. Cuando a Hazel le entraba sed, buscaba una cascada de nieve derretida y bebía agua fría y transparente hasta que le dolía la garganta. Trepaba todo lo alto que podía y dejaba que el sol le calentara el rostro.

No era una mala forma de pasar el rato, pero sabía que al final tendría que volver a casa.

A veces pensaba en su padre, aquel extraño hombre pálido con un traje plateado y negro. Hazel deseaba que volviera y la protegiera de su madre, y que usara sus poderes para librarse de aquella espantosa Voz. Si era un dios, debía de poder hacerlo.

Alzaba la vista a los cuervos y se imaginaba que eran los emisarios de su padre. Tenían unos ojos oscuros de maníaco como los de él. Se preguntaba si informarían de sus movimientos a su padre.

Sin embargo, Plutón había advertido a su madre acerca de Alaska. Era una tierra situada más allá del alcance de los dioses. Él no podría protegerla allí. Si estaba observando a Hazel, no hablaba con ella. A menudo la niña se preguntaba si su padre era una imaginación suya. Su antigua vida parecía tan lejana como los programas de radio que escuchaba, o como el presidente Roosevelt cuando hablaba de la guerra. De

vez en cuando los vecinos hablaban de los japoneses y de algún enfrentamiento en las islas exteriores de Alaska, pero hasta eso parecía remoto, ni de lejos tan terrible como el problema de Hazel.

Un día en pleno verano se quedó más tarde de lo habitual persiguiendo un caballo.

Lo había visto por primera vez al oír un crujido detrás de ella. Se volvió y vio un precioso caballo ruano de color canela con la crin negra, como el que había montado el último día que había estado en Nueva Orleans, cuando Sammy la había llevado a las cuadras. Podría haber sido el mismo caballo, pero era imposible. Estaba comiendo algo en el sendero, y por un instante a Hazel le dio la impresión de que estaba masticando una de las pepitas de oro que siempre aparecían a su paso.

—¡Eh, amigo! —gritó.

El caballo la miró con recelo.

Hazel supuso que debía de ser de alguien. Estaba demasiado bien cuidado, con el pelaje demasiado lustroso para tratarse de un caballo salvaje. Si pudiera acercarse lo suficiente... ¿Qué? ¿Podría encontrar a su dueño? ¿Devolverlo?

«No», pensó. Solo quiero volver a montar.

Se aproximó a tres metros del animal, y el caballo se desbocó. Se pasó el resto de la tarde tratando de atraparlo, acercándose y exasperándose cuando volvía a escapar.

Perdió la noción del tiempo, cosa que no era difícil cuando el sol veraniego duraba tanto en el cielo. Finalmente se detuvo en un arroyo a beber y miró al cielo, pensando que debían de ser las tres de la tarde. Entonces oyó el silbido de un tren procedente del valle y se dio cuenta de que debía de ser el ferrocarril de la línea a Anchorage, lo que significaba que eran las diez de la noche.

Miró furiosamente al caballo, que pacía tranquilamente al otro lado del arroyo.

—¿Quieres que me meta en un lío?

El caballo relinchó. Entonces... Hazel debió de imaginárselo. El caballo se marchó a toda velocidad en medio de una borrosa mancha negra y color canela, más rápido que un relámpago en zigzag, casi tan rápido que sus ojos no podían verlo. Hazel no entendía cómo, pero sin duda el caballo había desaparecido.

Se quedó mirando el lugar donde había estado el animal. Una voluta de humo se elevó desde el suelo.

El silbido del tren resonó a través de las colinas otra vez, y se dio cuenta del lío en el que se había metido. Se fue corriendo a casa.

Su madre no estaba allí. Por un instante, Hazel se sintió aliviada. Tal vez su madre había tenido que quedarse trabajando hasta tarde. Tal vez esa noche no tuvieran que hacer el viaje.

Entonces vio los destrozos. La cortina de Hazel estaba descorrida. Su baúl estaba abierto y sus escasas prendas de ropa esparcidas por el suelo. Su colchón estaba

hecho jirones, como si un león lo hubiera atacado. Y lo peor de todo, su bloc de dibujo estaba hecho trizas. Todos sus lápices de colores estaban rotos. El regalo de cumpleaños de Plutón, el único lujo de Hazel, había sido destruido. Clavada en la pared había una nota escrita en rojo en el último trozo de papel, con una letra que no era la de su madre: «Chica mala. Te espero en la isla. No me decepciones». Hazel sollozó desesperada. Quería hacer caso omiso del llamamiento. Quería huir, pero no había adónde ir. Además, su madre estaba atrapada. La Voz había prometido que casi habían acabado con su tarea. Si Hazel seguía ayudándola, su madre sería libre. Hazel no se fiaba de la Voz, pero no veía otra opción.

Cogió el bote de remos: un pequeño esquife que su madre había comprado con unas cuantas pepitas de oro a un pescador, quien había sufrido un accidente con sus redes al día siguiente. Solo tenían una barca, pero de vez en cuando la madre de Hazel parecía capaz de llegar a la isla sin transporte. Hazel había aprendido a no preguntarle por el asunto.

Incluso en pleno verano, había pedazos de hielo arremolinándose en Resurrection Bay. Las focas se deslizaban junto a su bote, mirando a Hazel esperanzadas, husmeando en busca de pescado. En mitad de la bahía, el reluciente lomo de una ballena surcaba la superficie.

Como siempre, el balanceo del bote le revolvía el estómago. Se detuvo una vez a vomitar por la borda. El sol estaba descendiendo al fin sobre las montañas, tiñendo el cielo de rojo sangre.

Remó hacia la entrada de la bahía. Varios minutos después, se volvió y miró al frente. Justo delante de ella, la isla surgió de entre la niebla: media hectárea de pinos, cantos rodados y nieve con una playa de arena negra.

Si la isla tenía nombre, ella lo ignoraba. En una ocasión, Hazel había cometido el error de preguntar a la gente de la ciudad, pero se la habían quedado mirando como si estuviera loca.

—Allí no hay ninguna isla —dijo un viejo pescador—, o mi barca se habría chocado con ella mil veces.

Hazel se encontraba a unos cincuenta metros de la orilla cuando un cuervo se posó en la popa de la barca. Era un pájaro negro y grasiento, casi del tamaño de un águila, con un pico dentado como un cuchillo de obsidiana.

Sus ojos emitían un brillo de inteligencia; tanto que Hazel no se sorprendió cuando habló.

—Esta noche —graznó—. La última noche.

Hazel dejó apoyados los remos. Trató de decidir si el cuervo la estaba advirtiéndole, si la estaba aconsejando o si le estaba haciendo una promesa.

—¿Vienes de parte de mi padre? —preguntó.

El cuervo ladeó la cabeza.

—La última noche. Esta noche.

Picó la proa del bote y se fue volando hacia la isla.

«La última noche —se dijo Hazel. Decidió interpretarlo como una promesa—. Me diga lo que me diga, esta noche será para mí la última.»

Eso le dio fuerzas para seguir remando. El bote se deslizó hasta la orilla, crujiendo a través de una fina capa de hielo y sedimento negro.

A lo largo de los meses, Hazel y su madre habían hecho un camino desde la playa hasta el bosque. Se dirigió a pie tierra adentro, con cuidado de seguir el sendero. La isla estaba llena de peligros, tanto naturales como mágicos. Los osos susurraban en la maleza. Brillantes espíritus blancos, vagamente humanos, deambulaban entre los árboles. Hazel no sabía lo que eran, pero sabía que la estaban observando, esperando que cayera en sus garras.

En el centro de la isla, dos enormes cantos rodados negros formaban la boca de un túnel. Hazel penetró en la caverna que llamaba el Corazón de la Tierra.

Era el único lugar cálido que Hazel había encontrado desde que se habían mudado a Alaska. El aire olía a tierra recién removida. El calor dulce y húmedo adormiló a Hazel, pero se esforzó por mantenerse despierta. Se imaginaba que si se dormía allí, su cuerpo se hundiría en el suelo de tierra y se convertiría en mantillo.

La cueva era grande como el santuario de una iglesia, como la catedral de San Luis en Jackson Square, en su ciudad natal. Las paredes brillaban con el musgo luminiscente: verde, rojo y morado. Toda la estancia vibraba de energía, un «bum, bum, bum» resonante que recordaba a Hazel el latido de un corazón. Tal vez solo eran las olas del mar azotando la isla, pero Hazel lo dudaba. Aquel sitio estaba vivo. La tierra estaba dormida, pero palpitaba con fuerza. Sus sueños eran tan maléficos, tan intermitentes, que Hazel sentía que estaba perdiendo el contacto con la realidad.

Gaia quería destruir su identidad, como había doblegado a la madre de Hazel. Quería destruir a todos los humanos, dioses y semidioses que se aventuraran a cruzar su superficie.

«Todos me pertenecéis —murmuró Gaia como una nana—. Ríndete. Vuelve a la tierra.»

«No —pensó Hazel—. Soy Hazel Levesque. No podrás conmigo.»

Marie Levesque estaba delante del gran agujero de tierra. En seis meses, el pelo se le había vuelto gris. Había adelgazado. Tenía las manos nudosas del trabajo duro. Llevaba unas botas de nieve y unos pantalones impermeables, y una camisa blanca manchada de las tareas en la casa de comidas. Jamás la habían confundido con una reina.

—Es demasiado tarde.

La débil voz de su madre resonó por la caverna. Hazel se dio cuenta, sorprendida, de que era su voz, no la de Gaia.

—¿Madre?

Marie se volvió. Tenía los ojos abiertos. Estaba despierta y consciente. Eso debería haber hecho sentir aliviada a Hazel, pero la puso nerviosa. La Voz jamás había cedido el control mientras estaban en la isla.

—¿Qué he hecho? —preguntó su madre con expresión de impotencia—. Oh, Hazel, ¿qué te he hecho?

Se quedó mirando horrorizada aquella cosa del agujero.

Durante meses habían ido allí, cuatro o cinco noches a la semana como exigía la Voz. Hazel había llorado, se había venido abajo del agotamiento, había suplicado, había sucumbido a la desesperación. Pero la Voz que controlaba a su madre la había incitado sin descanso. «Tráeme objetos de valor de la tierra. Utiliza tus poderes, niña. Tráeme mi más valiosa posesión.»

Al principio, sus esfuerzos solo le habían granjeado desprecio. La fisura en la tierra se había llenado de oro y piedras preciosas que borboteaban en una densa sopa de petróleo. Parecía el tesoro de un dragón arrojado en un pozo de alquitrán. Entonces, poco a poco, una espiral de roca empezó a crecer como un inmenso bulbo de tulipán. Apareció tan gradualmente, noche tras noche, que a Hazel le costó juzgar su progreso. A menudo se concentraba toda la noche en levantarla, hasta que su mente y su corazón estaban agotados, pero no advertía ninguna diferencia. Sin embargo, la espiral crecía.

En ese momento Hazel podía apreciar lo mucho que había conseguido. La espiral tenía una altura de dos pisos, un remolino de zarcillos rocosos que sobresalían como la punta de una lanza del oleaginoso cenagal. Dentro, algo brillaba del calor. Hazel no podía verlo claramente, pero sabía lo que estaba sucediendo. Un cuerpo se estaba formando a partir de la plata y el oro, con petróleo por sangre y diamantes en bruto por corazón. Hazel estaba resucitando al hijo de Gaia. Estaba casi listo para despertar.

Su madre cayó de rodillas y se echó a llorar.

—Lo siento, Hazel. Lo siento mucho.

Parecía impotente y sola, terriblemente triste. Hazel debería haberse puesto furiosa. ¿Que lo sentía? Había vivido con miedo a su madre durante años. Ella la había regañado y culpado de su desgraciada vida. La había tratado como a un bicho raro, se la había llevado a rastras de su hogar en Nueva Orleans a aquel frío desierto, y había trabajado como una esclava para una diosa despiadada y perversa. Con sentirlo no bastaba. Debería haber despreciado a su madre.

Pero no podía enfadarse.

Hazel se arrodilló y rodeó a su madre con el brazo. Apenas quedaba algo de ella: solo piel y huesos y ropa de trabajo manchada. Temblaba incluso en aquella cueva cálida.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Hazel—. Dime cómo detenerlo.

Su madre negó con la cabeza.

—Ella me ha dejado marchar. Sabe que es demasiado tarde. No podemos hacer nada.

—Ella... ¿la Voz?

Hazel tenía miedo de hacerse ilusiones, pero si su madre había sido realmente liberada, todo lo demás no importaba. Podían largarse de allí. Podían escapar y volver a Nueva Orleans.

—¿Se ha ido?

Su madre echó temerosamente un vistazo a la cueva.

—No, está aquí. Solo necesita una cosa más de mí. Y para eso necesita mi libre albedrío.

A Hazel no le gustó cómo sonaba eso.

—Larguémonos de aquí —instó a su madre—. La cosa de la roca... va a nacer.

—Pronto —convino su madre.

Miró a Hazel con gran ternura. Hazel no recordaba la última vez que había visto ese afecto en los ojos de su madre. Notó que un sollozo brotaba en su pecho.

—Plutón me advirtió —dijo su madre—. Me dijo que mi deseo era muy peligroso.

—¿Tu... tu deseo?

—Toda la riqueza que hay bajo la tierra —contestó ella—. Él la controlaba. Yo la deseaba. Estaba harta de ser pobre, Hazel. Harta. Primero lo invoqué... solo para ver si podía. Nunca pensé que el viejo grisgrís pudiera funcionar con un dios. Pero él me conquistó, me dijo que era valiente y hermosa... —Se quedó mirando sus manos torcidas y callosas—. Cuando tú naciste, él se alegró mucho y se sintió orgulloso. Me prometió lo que yo quisiera. Lo juró por la laguna Estigia. Yo le pedí toda la riqueza que él tenía. Él me advirtió que los deseos más ambiciosos provocan mayor dolor, pero yo insistí. Me imaginaba viviendo como una reina: ¡la mujer de un dios! Y tú... tú recibiste la maldición.

Hazel se sentía como si estuviera llegando al límite, como la espiral del foso. Dentro de poco su tristeza se volvería incontenible y su piel se haría trizas.

—¿Por eso puedo encontrar cosas debajo de la tierra?

—Y por eso no traen más que dolor —su madre señaló lánguidamente la caverna—. Así me encontró ella y así pudo controlarme. Yo estaba enfadada con tu padre. Lo culpaba de mis problemas. Te culpaba a ti. Estaba tan resentida que escuché la voz de Gaia. Fui una insensata.

—Tiene que haber algo que podamos hacer —dijo Hazel—. Dime cómo detenerla.

El suelo tembló. La voz incorpórea de Gaia resonó por la cueva.

«Mi primogénito está renaciendo —dijo—, lo más precioso de la tierra... y tú lo

has traído de las profundidades, Hazel Levesque. Tú lo has resucitado. Su despertar es imparable. Ahora solo queda una cosa.»

Hazel cerró los puños. Estaba aterrada, pero ahora que su madre era libre, sentía que por fin podía enfrentarse a su enemiga. Aquella criatura, aquella diosa perversa, había arruinado sus vidas. Hazel no pensaba dejarla vencer.

—¡No te ayudaré más! —gritó.

«Ya no necesito tu ayuda, muchacha. Te he traído aquí por un solo motivo. Tu madre necesitaba... un incentivo.»

A Hazel se le hizo un nudo en la garganta.

—¿Madre?

—Lo siento, Hazel. Perdóname, por favor. Debes saber que solo lo he hecho porque te quiero. Ella me prometió que te dejaría vivir si...

—Si te sacrificabas —dijo Hazel, comprendiendo la verdad—. Necesita que entregues voluntariamente tu vida para despertar a esa... esa cosa.

«Alcioneo —dijo Gaia—. El mayor de los gigantes. Él debe ser el primero en despertar, y esta debe ser su nueva tierra natal, lejos de los dioses. Él recorrerá estas montañas y bosques helados. Reunirá un ejército de monstruos. Mientras los dioses están divididos, peleándose entre ellos en su sangrienta Guerra Mundial, él enviará sus ejércitos a destruir el Olimpo.»

Los sueños de la diosa de la tierra eran tan intensos que proyectaban sombras en las paredes: espantosas imágenes cambiantes de ejércitos nazis atravesando Europa con furia y aviones japoneses destruyendo ciudades estadounidenses. Por fin Hazel lo entendió. Los dioses del Olimpo tomarían partido en la batalla como siempre hacían en las guerras humanas. Mientras los dioses luchaban entre ellos hasta un sangriento final, un ejército de monstruos se levantaría en el norte. Alcioneo resucitaría a sus hermanos gigantes y los enviaría a conquistar el mundo. Los debilitados dioses caerían. El conflicto de los mortales proseguiría con furia durante décadas hasta que toda la civilización fuera arrasada y la diosa de la tierra se despertara completamente. Gaia reinaría para siempre.

«Todo porque tu madre fue avariciosa y te condenó con el don de encontrar riqueza. En mi estado durmiente, habría necesitado más décadas, tal vez incluso siglos, para tener el poder de resucitar a Alcioneo yo misma. ¡Pero ahora se alzaré, y lo hará pronto, igual que yo!»

Hazel supo con una terrible certeza lo que ocurriría a continuación. Lo único que Gaia necesitaba era un sacrificio voluntario: un alma que se consumiera para que Alcioneo despertara. Su madre entraría en la fisura, tocaría aquella horrible espiral y sería absorbida.

—Vete, Hazel —su madre se levantó con paso inestable—. Ella te dejará vivir, pero debes darte prisa.

Hazel no lo ponía en duda. Eso era lo más terrible. Gaia respetaría el trato y dejaría a Hazel con vida. Hazel sobreviviría para ver el fin del mundo, sabiendo que ella lo había provocado.

—No —Hazel tomó una decisión—. No viviré. No por algo así.

Buscó en lo más recóndito de su alma. Pidió ayuda a su padre, el señor del inframundo, e invocó todas las riquezas que se encontraban en sus vastos dominios. La caverna tembló.

Alrededor de la espiral de Alcioneo empezó a borbotear petróleo, que se agitó y entró en erupción como una olla en ebullición.

«No seas tonta —dijo Gaia, pero Hazel detectó desprecio en su tono, incluso miedo—. ¡Te destruirás a ti misma por nada! ¡Tu madre morirá de todas formas!»

Hazel estuvo a punto de vacilar. Recordó la promesa de su padre: algún día su maldición desaparecería; un descendiente de Neptuno le daría paz. Incluso le había dicho que encontraría un caballo. Tal vez el extraño caballo de las colinas estaba destinado a ella. Sin embargo, nada de eso ocurriría si moría entonces. Jamás volvería a ver a Sammy ni regresaría a Nueva Orleans. Su vida terminaría a los trece, unos años amargos con un final triste.

Miró a su madre a los ojos. Por una vez, su madre no parecía triste ni enfadada. Sus ojos brillaban de orgullo.

—Tú fuiste mi don, Hazel —dijo—. Mi don máspreciado. Fui una tonta al pensar que necesitaba algo más.

Besó a Hazel en la frente y la estrechó con fuerza. Su calor dio a Hazel el valor para continuar. Morirían, pero no sacrificándose por Gaia. Hazel supo instintivamente que su acto final rechazaría el poder de Gaia. Sus almas irían al inframundo, y Alcioneo no despertaría, al menos aún.

Hazel hizo acopio de la fuerza de voluntad que le quedaba. El aire se volvió abrasador. La espiral empezó a hundirse. Joyas y pedazos de oro salieron disparados de la fisura con tal fuerza que agrietaron las paredes de la caverna y lanzaron metralla por los aires, que se clavó en la piel de Hazel a través de su cazadora.

«¡Basta! —ordenó Gaia—. No podéis impedir que despierte. Como mucho, lo retrasaréis unas décadas. Medio siglo. ¿Daríais vuestras vidas por eso?»

Hazel le contestó.

«La última noche», había dicho el cuervo.

La fisura explotó. El techo se desplomó. Hazel cayó entre los brazos de su madre, en la oscuridad, mientras sus pulmones se llenaban de petróleo y la isla se hundía en la bahía.

XVIII

Hazel

—¡Hazel! —Frank agitaba los brazos con voz de pánico—. ¡Por favor! ¡Despierta!

Abrió los ojos. El cielo nocturno brillaba lleno de estrellas. El bote había dejado de balancearse. Estaba tumbada en tierra firme, con su espada y su mochila al lado.

Cuando se incorporó estaba como atontada y todo le daba vueltas. Se encontraban en un acantilado que daba a una playa. A unos treinta metros, el mar relucía a la luz de la luna. Las olas batían suavemente contra la popa de su bote varado. A su derecha, arrimado al borde del acantilado, había un edificio que parecía una pequeña iglesia con un reflector en el chapitel. Un faro, supuso Hazel. Detrás de ellos, unos campos de hierba alta susurraban al viento.

—¿Dónde estamos? —preguntó.

Frank espiró.

—¡Gracias a los dioses, has despertado! Estamos en Mendocino, a unos doscientos cincuenta kilómetros al norte del Golden Gate.

—¿Doscientos cincuenta kilómetros? —repitió Hazel gimiendo—. ¿He estado inconsciente tanto tiempo?

Percy se arrodilló a su lado, mientras el viento revolvía su pelo. Le posó la mano en la frente como si estuviera comprobando si tenía fiebre.

—No podíamos despertarte. Al final decidimos traerte a tierra. Pensamos que tal vez el mareo...

—No ha sido un mareo.

Ella respiró hondo. No podía seguir ocultándoles la verdad. Se acordó de lo que había dicho Nico: «Si tienes una regresión como esa en pleno combate...».

—Tengo... tengo que ser sincera con vosotros —dijo—. Lo que me ha pasado ha sido un desmayo. Los sufro de vez en cuando.

—¿Un desmayo? —Frank tomó la mano de Hazel, un gesto que a ella le sorprendió... aunque agradablemente—. ¿Es un problema de salud? ¿Cómo es que no me había fijado antes?

—Intento ocultarlo —reconoció ella—. Hasta ahora he tenido suerte, pero está empeorando. No es un problema de salud... en realidad no. Nico dice que es un efecto secundario de mi pasado, del lugar donde me encontré.

Los intensos ojos verdes de Percy eran difíciles de descifrar. Ella no sabía si estaba preocupado o receloso.

—¿Dónde te encontró Nico exactamente? —preguntó.

Hazel notó la lengua como si fuera de trapo. Tenía miedo de que si empezaba a hablar, sufriera otra regresión al pasado, pero ellos se merecían saber la verdad. Si les fallaba en aquella misión, si se quedaba como un tronco cuando más la necesitaban... No soportaba la idea.

—Os lo explicaré —prometió. Rebuscó en su mochila. Había cometido la estupidez de olvidarse de llevar una botella de agua—. ¿Hay... hay algo de beber?

—Sí —Percy murmuró una maldición en griego—. Qué tonto. Me he dejado las provisiones en el bote.

A Hazel le sabía mal pedirles que cuidaran de ella, pero se había despertado muerta de sed y agotada, como si durante las últimas horas hubiera vivido al mismo tiempo en el pasado y en el presente. Se echó al hombro la mochila y la espada.

—Da igual. Puedo andar...

—Ni se te ocurra —dijo Frank—. No hasta que hayas tomado comida y agua. Iré a buscar las provisiones.

—No, iré yo.

Percy miró la mano de Frank sobre la de Hazel. A continuación oteó el horizonte como si intuyera problemas, pero no había nada que ver: solo el faro y el campo de hierba que se extendía hacia el interior.

—Vosotros dos quedaos aquí. Enseguida vuelvo.

—¿Estás seguro? —preguntó Hazel—. No quiero que...

—Tranquila —dijo Percy—. Frank, estate atento. Hay algo en este sitio... No sé.

—La mantendré a salvo —prometió Frank.

Percy se marchó a toda prisa.

Cuando se quedaron solos, Frank pareció darse cuenta de que seguía cogiendo la mano de Hazel. Se aclaró la garganta y la soltó.

—Yo, esto... Creo que sé a qué se deben tus desmayos —dijo—. Y de dónde vienes.

A ella le dio un vuelco el corazón.

—¿De verdad?

—Eres muy distinta de las otras chicas que he conocido —Frank parpadeó y acto seguido continuó atropelladamente—. No distinta en el mal sentido. Es la forma como hablas. Las cosas que te sorprenden, como canciones o programas de televisión, o la jerga que usa la gente. Hablas de la vida como si la hubieras vivido hace mucho tiempo. Naciste en otra época, ¿verdad? Vienes del inframundo.

A Hazel le entraron ganas de llorar, no porque estuviera triste, sino porque era un gran alivio oír a alguien decir la verdad. Frank no se mostraba asqueado ni asustado.

No la miraba como si fuera un fantasma o un horrible zombi.

—Frank, yo...

—Ya lo solucionaremos —prometió él—. Estás viva. Y te vamos a mantener así. La hierba susurraba entre ellos. A Hazel le picaban los ojos con el viento frío.

—No me merezco un amigo como tú —dijo—. No sabes lo que soy... lo que he hecho.

—Basta —Frank le lanzó una mirada ceñuda—. ¡Eres genial! Además, no eres la única que tiene secretos.

Hazel lo miró fijamente.

—¿De verdad?

Frank se disponía a decir algo, pero se puso tenso.

—¿Qué? —preguntó Hazel.

—El viento ha parado.

Ella miró a su alrededor y reparó en que él tenía razón. El aire se había quedado totalmente inmóvil.

—¿Entonces? —preguntó.

Frank tragó saliva.

—Entonces ¿por qué se sigue moviendo la hierba?

Con el rabillo del ojo, Hazel vio unas formas oscuras moviéndose a través del campo.

—¡Hazel!

Frank trató de agarrarle los brazos, pero era demasiado tarde.

Algo le golpeó hacia atrás. Entonces una fuerza como un huracán de hierba envolvió a Hazel y la arrastró hacia los campos.

Hazel

Hazel era una experta en cosas raras. Había visto a su madre poseída por una diosa de la tierra. Había creado un gigante con oro. Había destruido una isla y había vuelto del inframundo.

Pero ¿ser secuestrada por un campo de hierba? Eso era nuevo.

Se sentía como si estuviera atrapada en una nube embudo hecha de plantas. Había oído hablar de los cantantes modernos que saltaban sobre la multitud de fans y eran desplazados por miles de manos. Se imaginó que aquello era algo parecido, solo que ella se movía mil veces más rápido, y las briznas de hierba no eran rendidos admiradores.

No podía incorporarse. No podía tocar el suelo. Su espada seguía en el petate, sujeta con unas correas a su espalda, pero no podía alargar la mano hasta ella. Las plantas la mantenían desequilibrada, zarandeándola, haciéndole cortes en la cara y en las manos. Apenas podía distinguir las estrellas a través del remolino verde, amarillo y negro.

Los gritos de Frank se apagaban a lo lejos.

Costaba pensar con claridad, pero Hazel era consciente de una cosa: se movía deprisa. Adondequiera que la llevarsen, no tardaría en estar demasiado lejos para que sus amigos la encontraran.

Cerró los ojos y trató de hacer caso omiso de las volteretas y las sacudidas. Concentró sus pensamientos en la tierra situada debajo de ella. Oro, plata... Se conformaba con cualquier cosa que pudiera poner freno a sus secuestradores.

No notaba nada. Riquezas bajo la tierra: cero.

Estaba al borde de la desesperación cuando notó que un gran punto frío pasaba por debajo de ella. Se concentró en él con todas sus fuerzas, lanzando un ancla mental. De repente el suelo retumbó. El remolino de plantas la soltó y fue lanzada hacia arriba como el proyectil de una catapulta.

Abrió los ojos, momentáneamente ingravida. Torció el cuerpo en el aire. El suelo estaba a unos seis metros por debajo de ella. De repente empezó a caer. El adiestramiento de combate que había recibido surtió efecto. Había practicado la caída desde águilas gigantes. Se hizo un ovillo, recibió el impacto haciendo una voltereta y

se levantó de pie.

Se descolgó el petate y sacó la espada. A pocos metros a su izquierda, un afloramiento de roca del tamaño de un garaje sobresalía del mar de hierba. Hazel se dio cuenta de que era su ancla. Ella había hecho que esa roca apareciera.

La hierba ondeaba a su alrededor. Unas voces airadas susurraron consternadas ante el enorme pedazo de piedra que había interrumpido su progreso. Antes de que pudieran recuperarse, Hazel corrió hasta la roca y trepó a lo alto.

La hierba se balanceaba y susurraba a su alrededor como los tentáculos de una gigantesca anémona submarina. Hazel percibía la frustración de sus captores.

—¡No podéis crecer encima de esto, ¿verdad?! —gritó—. ¡Largaos, puñado de hierbajos! ¡Dejadme en paz!

—Esquisto —dijo una voz airada procedente de la hierba.

Hazel arqueó las cejas.

—¿Cómo?

—Esquisto. ¡Un montón de esquisto!

Hazel no supo qué contestar. Entonces, alrededor de su isla de roca, los secuestradores salieron de la hierba. A primera vista parecían ángeles de San Valentín: una docena de pequeños y regordetes Cupidos. Cuando se acercaron, Hazel se percató de que no eran bonitos ni angelicales.

Eran del tamaño de niños pequeños, con pliegues de grasa de bebé, pero su piel poseía un extraño tono verdoso, como si por sus venas corriera clorofila. Tenían unas alas secas y quebradizas como hojas de maíz, y mechones de pelo blanco como pelusas de maíz. Sus caras eran macilentas y estaban llenas de cereales. Sus ojos eran de un verde intenso, y sus dientes eran colmillos.

La criatura más grande avanzó. Llevaba un taparrabos amarillo y tenía el pelo de punta, como las cerdas de un tallo de trigo. Siseó a Hazel y empezó a andar como un pato de un lado al otro, tan rápido que ella temió que se le cayera el taparrabos.

—¡Odio el esquisto! —se quejó la criatura—. ¡El trigo no crece!

—¡El sorgo no crece! —soltó de sopetón otra.

—¡Cebada! —chilló una tercera—. La cebada no crece. ¡Maldito esquisto!

A Hazel le flaquearon las piernas. Las pequeñas criaturas podrían haber resultado graciosas si no la hubieran estado rodeando, mirándola fijamente con aquellos dientes puntiagudos y aquellos ávidos ojos verdes. Eran como pirañas de Cupido.

—¿Os... os referís a la roca? —logró decir—. ¿Esta roca se llama esquisto?

—¡Sí, esquisto verde! —gritó la primera criatura—. Una roca asquerosa.

Hazel empezó a entender cómo la había invocado.

—Es una piedra preciosa. ¿Es valiosa?

—Bah —dijo el del taparrabos amarillo—. Los necios pueblos indígenas hacían joyas con ella. ¿Valiosa? Tal vez. Pero no es tan buena como el trigo.

—¡Ni como el sorgo!

—¡Ni como la cebada!

Los otros intervinieron, gritando distintos tipos de cereales. Rodearon la roca sin hacer el más mínimo esfuerzo por treparla... al menos de momento. Si decidían arremolinarse alrededor de ella, le resultaría imposible rechazarlos a todos.

—Sois los criados de Gaia —aventuró, para que siguieran hablando.

Tal vez Percy y Frank no estuvieran tan lejos. Tal vez pudieran verla, elevada a gran altura sobre el campo. Ojalá su espada brillara como la de Percy.

El Cupido con pañal amarillo gruñó.

—Somos los *karpoi*, los espíritus de los cereales. ¡Sí, los hijos de la Madre Tierra! Siempre hemos sido sus ayudantes. Antes de que los asquerosos humanos nos cultivaran, éramos silvestres. Y volveremos a serlo. ¡El trigo lo destruirá todo!

—¡No, el sorgo reinará!

—¡La cebada dominará!

Los otros metieron baza; cada *karpoi* aclamaba su propia variedad.

—Vale —Hazel contuvo la repulsión—. Así que tú eres Trigo, el de los... esto... calzones amarillos.

—Ajá —dijo Trigo—. Baja del esquisto, semidiosa. Debemos llevarte al ejército de nuestra señora. Nos recompensarán. ¡Y te matarán despacio!

—Es tentador —dijo Hazel—, pero no, gracias.

—¡Te daré trigo! —propuso Trigo, como si fuera una excelente oferta a cambio de su vida—. ¡Mucho trigo!

Hazel trató de pensar. ¿A qué distancia la habían llevado? ¿Cuánto les llevaría a sus amigos encontrarla? Los *karpoi* se estaban volviendo más audaces, acercándose a la roca en grupos de dos y de tres, rascando el esquisto para ver si la roca les hacía daño.

—Antes de bajar... —Hazel levantó la voz, con la esperanza de que recorriera los campos—. Explicadme una cosa, por favor. Si sois los espíritus de los cereales, ¿no deberíais estar de parte de los dioses? ¿No es Ceres la diosa de la agricultura...?

—¡Un nombre perverso! —se quejó Cebada.

—¡Ella nos cultiva! —espetó Sorgo—. Nos hace crecer en desagradables filas. Deja que los humanos nos cosechen. ¡Bah! ¡Cuando Gaia vuelva a ser la señora del mundo, creceremos en estado silvestre!

—Naturalmente —dijo Hazel—. Entonces ese ejército suyo al que me lleváis a cambio de trigo...

—O cebada —propuso Cebada.

—Sí —convino Hazel—. ¿Dónde está ese ejército?

—¡Justo encima de la cumbre! —Sorgo aplaudió entusiasmado—. ¡Oh, sí! La Madre Tierra nos dijo: «Buscad a la hija de Plutón que ha resucitado. ¡Encontradla!

¡Traédmela viva! Tengo muchas torturas pensadas para ella». ¡El gigante Polibotes nos recompensará a cambio de tu vida! Luego marcharemos al sur a destruir a los romanos. Es imposible matarnos, ¿sabes? Pero tú no tendrás tanta suerte.

—Es estupendo —Hazel trató de mostrarse entusiasta. No era fácil, sabiendo que Gaia le reservaba una venganza especial—. Así que... es imposible mataros porque Alcioneo ha capturado a la Muerte, ¿verdad?

—Exacto —dijo Cebada.

—Y la tiene encadenada en Alaska —dijo Hazel—, en..., a ver, ¿cómo se llama ese sitio?

Sorgo se disponía a contestar, pero Trigo voló hacia él y lo derribó. Los *karpoi* empezaron a luchar y se deshicieron en nubes de cereales. Hazel consideró darse a la fuga. Entonces Trigo cobró forma de nuevo, inmovilizando a Sorgo con una llave.

—¡Alto! —gritó a los otros—. ¡No están permitidas las peleas multicereales!

Los *karpoi* se convirtieron de nuevo en rechonchas pirañas de Cupido.

Trigo apartó a Sorgo de un empujón.

—Una semidiosa lista —dijo—. Has intentado engañarnos para que te contáramos secretos. No, nunca encontrarás la guarida de Alcioneo.

—Ya sé dónde está —replicó ella con falsa seguridad—. Está en la isla de Resurrection Bay.

—¡Ja! —dijo Trigo en tono burlón—. Ese sitio se hundió bajo las olas hace mucho tiempo. ¡Deberías saberlo! Gaia te odia por eso. Cuando frustraste sus planes, se vio obligada a volver a dormir durante décadas y décadas. Alcioneo no pudo renacer hasta la época oscura.

—Los noventa —convino Cebada—. ¡Horribles! ¡Horribles!

—Sí —dijo Trigo—. Y nuestra señora sigue durmiendo. Alcioneo se vio obligado a esperar el momento propicio en el norte, aguardando, planeando. Gaia empieza ahora a despertar. ¡Pero se acuerda de ti, y su hijo también!

Sorgo se carcajeó de regocijo.

—Nunca encontrarás la cárcel de Tánatos. Toda Alaska es el hogar del gigante. ¡Podría tener encerrada a la Muerte en cualquier parte! Te llevaría años encontrarlo, y tu pobre campamento solo dispone de días. Más vale que te rindas. Te daremos cereales. Muchos cereales.

Hazel notó que la espada le pesaba. Había temido volver a Alaska, pero al menos pensaba que tenía cierta idea de dónde empezar a buscar a Tánatos. Había supuesto que la isla donde había muerto no había sido totalmente destruida, o que posiblemente había surgido de nuevo cuando Alcioneo había despertado. Había albergado la esperanza de que su base estuviera allí. Pero si la isla había desaparecido de verdad, no tenía ni idea de dónde buscar al gigante. Alaska era enorme. Podría registrar el territorio durante décadas sin dar con él.

—Sí —dijo Trigo, percibiendo su angustia—. Ríndete.

Hazel cogió su *spatha*.

—¡Jamás! —Levantó de nuevo la voz, con la esperanza de que sus amigos la oyeran de alguna forma—. Si tengo que destruirlos a todos, lo haré. ¡Soy la hija de Plutón!

Los *karpoi* avanzaron. Se agarraron a la roca siseando, como si se estuvieran abrasando, pero empezaron a trepar.

—Vas a morir —prometió Trigo, rechinando los dientes—. ¡Sufrirás la ira de los cereales!

De repente sonó un silbido. El gruñido de Trigo se congeló en su rostro. Miró la flecha dorada que acababa de perforarle el pecho. A continuación se deshizo en pedazos de galletas de cereales.

Hazel

Por un instante, Hazel se quedó tan pasmada como los *karpoi*. Entonces Frank y Percy irrumpieron en el claro y empezaron a masacrar a todas las fuentes de fibra que encontraron. Frank disparó una flecha y atravesó a Cebada, que se deshizo en granos. Percy acuchilló a Sorgo con *Contracorriente* y atacó a Mijo y Avena. Hazel saltó de la roca y se unió a la refriega.

Al cabo de unos minutos, los *karpoi* habían sido reducidos a montones de grano y diversos cereales de desayuno. Trigo empezó a recomponerse, pero Percy sacó un mechero de su mochila y encendió una llama.

—Inténtalo —le advirtió—, y prenderé fuego a todo este campo. Quedaos muertos. ¡No os acerquéis a nosotros o la hierba se quemará!

Frank hizo una mueca como si la llama le asustara. Hazel no entendía por qué, pero gritó de todas formas a los montones de grano:

—¡Lo hará! ¡Está loco!

Los restos de los *karpoi* se dispersaron en el viento. Frank trepó a la roca y observó como se marchaban.

Percy apagó el mechero y sonrió a Hazel.

—Gracias por gritar. Si no lo hubieras hecho, no te habríamos encontrado. ¿Cómo te has defendido de ellos tanto tiempo?

Ella señaló la roca.

—Gracias a un montón de esquisto.

—¿Cómo?

—¡Chicos! —gritó Frank desde lo alto de la roca—. Tenéis que ver esto.

Percy y Hazel treparon a la roca para reunirse con él. En cuanto Hazel vio lo que estaba mirando, resopló bruscamente.

—¡Apaga la luz, Percy! ¡Tu espada!

—¡Maldita sea!

Él tocó la punta de la espada, y *Contracorriente* volvió a convertirse en bolígrafo. Debajo de ellos había un ejército avanzando.

El campo descendía hasta un barranco poco profundo, donde una carretera secundaria serpenteaba hacia el norte y el sur. Al otro lado de la carretera, unas

colinas cubiertas de hierba se extendían hasta el horizonte, sin rastro de civilización a excepción de un supermercado situado en lo alto de la cuesta más cercana.

Todo el barranco estaba lleno de monstruos: una columna tras otra, marchando hacia el sur, tan numerosas y próximas que a Hazel le sorprendió que no la hubieran oído gritar.

Ella, Frank y Percy se agacharon contra la roca. Observaron con incredulidad como varias docenas de humanoides grandes y peludos pasaban vestidos con pedazos de armadura y pieles de animal. Cada criatura tenía seis brazos, tres a cada lado, de modo que parecían cavernícolas que hubieran evolucionado a partir de insectos.

—Gegenes —susurró Hazel—. Los nacidos de la tierra.

—¿Has luchado contra ellos antes? —preguntó Percy.

Ella negó con la cabeza.

—He oído hablar de ellos en la clase de monstruos del campamento.

Nunca le había gustado la clase de monstruos: leer a Plinio el Viejo y otros autores rancios que describían monstruos legendarios de los límites del Imperio romano. Hazel creía en los monstruos, pero algunas descripciones eran tan disparatadas que había pensado que no debían de ser más que rumores ridículos.

Pero en ese momento un ejército entero de esos rumores estaba desfilando ante ella.

—Los nacidos de la tierra lucharon contra los argonautas —murmuró—. Y esas criaturas que hay detrás de ellos...

—Centauros —dijo Percy—. Pero... no puede ser. Los centauros son buenos.

Frank emitió un sonido ahogado.

—Eso no es lo que nos han enseñado en el campamento. Los centauros están locos. Se dedican a emborracharse a todas horas y a matar héroes.

Hazel observó a los hombres caballo pasar a medio galope. Eran humanos de cintura para arriba y caballos de color tostado de cintura para abajo. Iban vestidos con armaduras bárbaras de cuero y bronce, armados con lanzas y hondas. Por un momento, Hazel pensó que llevaban cascos vikingos, pero entonces cayó en la cuenta de que tenían cuernos de verdad que les sobresalían del pelo greñado.

—¿Se supone que tienen cuernos de toro? —preguntó.

—Tal vez sean de una raza especial —contestó Frank—. No les preguntemos, ¿vale?

Percy miró carretera abajo y su rostro se descompuso.

—Dioses míos... Cíclopes.

En efecto, avanzando pesadamente detrás de los centauros había un batallón de ogros con un solo ojo, tanto machos como hembras, de unos tres metros de estatura cada uno, vestidos con armaduras remendadas de chatarra. Seis de los monstruos estaban uncidos como bueyes y tiraban de una torre de asedio de dos pisos de altura

equipada con un gigantesco escorpión.

Percy se presionó las sienes.

—Cíclopes. Centauros. Esto no va bien. Nada bien.

El ejército de monstruos podía hacer perder la esperanza a cualquiera, pero Hazel se dio cuenta de que a Percy le pasaba otra cosa. Tenía un aspecto pálido y débil a la luz de la luna, como si sus recuerdos estuvieran intentando regresar y estuvieran confundiendo su mente.

Lanzó una mirada a Frank.

—Tenemos que llevarlo al bote. El mar le hará sentirse mejor.

—Nada que objetar —dijo Frank—. Hay demasiados. El campamento... tenemos que avisar al campamento.

—Ya lo saben —dijo Percy gimiendo—. Reyna lo sabe.

A Hazel se le hizo un nudo en la garganta. No había forma de que una legión pudiera luchar contra tantos enemigos. Si solo estaban a unos cientos de kilómetros del Campamento Júpiter, su misión ya estaba condenada. No podrían llegar a Alaska y volver a tiempo.

—Venga —los instó ella—. Vamos a...

Entonces vio al gigante.

Cuando apareció por encima de la cumbre, Hazel no pudo dar crédito a lo que veían sus ojos. Era más alto que la torre de asedio —nueve metros como mínimo—, con unas escamosas patas de reptil, como las de un dragón de Komodo, de cintura para abajo y una armadura azul verdoso de cintura para arriba. Su peto estaba moldeado con hileras de hambrientos rostros monstruosos, con las bocas abiertas como si estuvieran pidiendo de comer. Su cara era humana, pero tenía el pelo desgredado y verde, como una melena de algas. Al girar la cabeza hacia uno u otro lado le caían serpientes de las trenzas. Caspa viperina, qué asco.

Iba armado con un enorme tridente y una pesada red. La sola imagen de esas armas hizo que a Hazel se le encogiera el estómago. Se había enfrentado muchas veces a esa clase de luchadores en las clases de instrucción de gladiadores. Era el estilo de combate más difícil, furtivo y terrible que conocía. El gigante era un *retiarius* gigante.

—¿Quién es? —A Frank le temblaba la voz—. No es...

—No es Alcioneo —dijo Hazel débilmente—. Creo que es uno de sus hermanos. El que mencionó Término. El espíritu del cereal también lo mencionó. Es Polibotes.

Hazel no estaba segura de cómo lo sabía, pero podía percibir el halo de poder desde donde estaba. Recordaba esa sensación de haberla experimentado en el Corazón de la Tierra, cuando había resucitado a Alcioneo: como si estuviera cerca de un potente imán, y todo el hierro de su sangre se viera atraído hacia él. El gigante era otro hijo de Gaia: una criatura de la tierra tan malévola y poderosa que irradiaba su

propio campo gravitacional.

Hazel sabía que debían marcharse. Su escondite en lo alto de la roca quedaría a la vista de una criatura tan alta si decidía mirar en dirección a ellos. Pero intuía que iba a pasar algo importante. Ella y sus amigos avanzaron un poco más por el esquistos y siguieron observando.

Cuando el gigante se acercaba, una mujer cíclope rompió filas y corrió hacia atrás para hablar con él. Era enorme, gorda y terriblemente fea, ataviada con un vestido de cota de malla como una bata, pero al lado del gigante parecía una niña.

Señaló el supermercado cerrado que había en lo alto de la colina más cercana y murmuró algo sobre comida. El gigante reaccionó retrocediendo bruscamente, como si estuviera molesto. La mujer cíclope ladró una orden a sus parientes, y tres de ellos la siguieron colina arriba.

Cuando estaban a mitad de camino del establecimiento, una intensa luz convirtió la noche en día. Hazel quedó cegada. Debajo de ella cundió el caos en el ejército enemigo, y los monstruos se pusieron a gritar de dolor e indignación. Hazel entornó los ojos. Se sentía como si acabara de salir de un teatro oscuro a una soleada tarde.

—¡Demasiado bonito! —chillaron los cíclopes—. ¡Nos quema el ojo!

La tienda de la colina estaba rodeada de un arcoíris, más cercano y más brillante que todos los que Hazel había visto en su vida. La luz estaba concentrada en la tienda, subía disparada al cielo y bañaba el campo de un extraño fulgor caleidoscópico.

La señora cíclope levantó su maza y cargó contra el supermercado. Al golpear el arcoíris, todo su cuerpo empezó a echar humo. Gimió de dolor y soltó la maza, mientras se retiraba con ampollas multicolores por los brazos y la cara.

—¡Diosa horrible! —rugió al supermercado—. ¡Danos algún tentempié!

Los otros monstruos se volvieron locos y cargaron contra el supermercado, pero huyeron cuando la luz del arcoíris les quemó. Algunos lanzaron piedras, lanzas, espadas e incluso partes de armadura, que ardieron en llamas de bonitos colores.

Finalmente, el líder de los gigantes pareció darse cuenta de que sus tropas estaban desprendiéndose de unos pertrechos de lo más útiles.

—¡Basta! —rugió.

Con cierta dificultad, consiguió someter a sus tropas valiéndose de gritos, empujones y porrazos. Cuando sus soldados se hubieron calmado, se acercó al supermercado protegido por el arcoíris y rodeó los contornos de la luz.

—¡Diosa! —gritó—. ¡Sal y ríndete!

No hubo respuesta en el establecimiento. El arcoíris siguió reluciendo.

El gigante levantó el tridente y la red.

—¡Soy Polibotes! Arrodíllate ante mí para que pueda acabar contigo rápido.

Al parecer, sus amenazas no impresionaron a nadie en el supermercado. Un

objeto pequeño y oscuro salió volando por la ventana y cayó a los pies del gigante.

—¡Granada! —gritó Polibotes.

Se tapó la cara. Sus soldados se tiraron al suelo.

Al ver que el objeto no explotaba, Polibotes se inclinó con cautela y lo recogió.

Entonces rugió ultrajado.

—¿Un pastelito?! ¿Osas insultarme con un pastelito?

Lanzó el dulce a la tienda, y se volatilizó al entrar en contacto con la luz.

Los monstruos se levantaron.

—¿Pastelitos? —murmuraron varios ávidamente—. ¿Por qué pastelitos?

—Ataquemos —dijo la señora cíclope—. Tengo hambre. ¡Mis chicos quieren galletas!

—¡No! —protestó Polibotes—. Vamos con retraso. Alcioneo quiere que estemos en el campamento dentro de cuatro días. Los cíclopes os movéis con una lentitud imperdonable. ¡No tenemos tiempo para diosas de segunda!

Dirigió el último comentario al supermercado, pero no obtuvo respuesta.

La señora cíclope gruñó.

—El campamento, sí. ¡Venganza! Los de naranja y morado destruyeron mi hogar. ¡Ahora Ma Gasket destruirá el de ellos! ¿Me oyes, Leo? ¿Jason? ¿Piper? ¡Vengo a aniquilaros!

Los otros cíclopes rugieron en señal de aprobación. El resto de los monstruos se unieron a ellos.

A Hazel se le estremeció todo el cuerpo. Lanzó una mirada a sus amigos.

—Jason —susurró—. Luchó contra Jason. Puede que todavía esté vivo.

Frank asintió con la cabeza.

—¿Os dicen algo los otros nombres?

Hazel sacudió la cabeza. No conocía a ningún Leo ni ninguna Piper en el campamento. Percy todavía parecía débil y aturdido. Si los nombres le decían algo, no lo demostró.

Hazel reflexionó sobre lo que la cíclope había dicho: «Los de naranja y morado». Morado: obviamente, el color del Campamento Júpiter. Pero naranja... Percy había aparecido con una andrajosa camiseta naranja. No podía ser una coincidencia.

Debajo de ellos, el ejército empezó a marchar otra vez hacia el sur, pero el gigante Polibotes permaneció a un lado, oliendo el aire con el entrecejo fruncido.

—Dios del mar —murmuró. Para horror de Hazel, se volvió en dirección a ellos—. Huelo a dios del mar.

Percy estaba temblando. Hazel le puso la mano en el hombro y trató de pegarlo a la roca.

La cíclope Ma Gasket gruñó.

—¡Pues claro que hueles a dios del mar! ¡El mar está ahí mismo!

—No es eso —insistió Polibotes—. Nací para destruir a Neptuno. Percibo...

Frunció el entrecejo aún más, girando la cabeza y tirando unas cuantas serpientes más.

—¿Marchamos o nos dedicamos a oler el aire? —lo regañó Ma Gasket—. ¡Si yo me quedo sin pastelitos, tú te quedas sin dios del mar!

Polibotes gruñó.

—Muy bien. ¡Marchemos! ¡Marchemos!

Echó un último vistazo al supermercado rodeado del arcoíris y acto seguido se pasó los dedos por el pelo. Sacó tres serpientes que parecían más grandes que el resto y que tenían marcas blancas alrededor del pescuezo.

—¡Un regalo, diosa! ¡Mi nombre, Polibotes, significa «Muchas bocas que alimentar». Aquí tienes unas cuantas bocas hambrientas. A ver cuántos clientes entran en tu tienda con estos centinelas fuera.

Se echó a reír con picardía y lanzó las serpientes a la alta hierba de la ladera.

A continuación marchó hacia el sur, haciendo temblar la tierra con sus enormes patas de dragón de Komodo. Poco a poco, la última columna de monstruos pasó por las colinas y desapareció en la noche.

Una vez que se hubieron marchado, el cegador arcoíris se apagó como un foco.

Hazel, Frank y Percy se quedaron solos en la oscuridad, mirando el supermercado cerrado al otro lado de la carretera.

—Eso sí que ha sido distinto —murmuró Frank.

Percy se estremecía violentamente. Hazel sabía que necesitaba ayuda, o reposo, o lo que fuera. La visión del ejército parecía haber despertado en él algún recuerdo y haberlo dejado conmocionado. Debían llevarlo de vuelta al bote.

Por otra parte, entre ellos y la playa se interponía una enorme extensión de pradera. A Hazel le daba la impresión de que los *karpoi* no permanecerían lejos eternamente. No le gustaba la idea de que los tres volvieran al bote en plena noche. Y no dejaba de pensar en que si no hubiera invocado aquel esquivo, sería la prisionera del gigante en ese momento.

—Vamos al supermercado —dijo—. Si hay una diosa dentro, a lo mejor puede ayudarnos.

—Solo que ahora hay unas serpientes vigilando la colina —repuso Frank—. Y ese arcoíris ardiente podría volver.

Los dos miraron a Percy, que temblaba como si tuviera hipotermia.

—Tenemos que intentarlo —dijo Hazel.

Frank asintió con la cabeza seriamente.

—Bueno..., una diosa que lanza un pastelito a un gigante no puede ser del todo mala. Vamos.

Frank

Frank odiaba los pastelitos, odiaba las serpientes y odiaba su vida, no necesariamente en ese orden.

Mientras avanzaban penosamente por la colina, deseó poder desmayarse como Hazel: entrar en trance y revivir otra época, antes de ser reclutado para aquella descabellada misión, antes de descubrir que su padre era un sargento instructor divino con un problema de orgullo.

El arco y la lanza le chocaban contra la espalda. También odiaba la lanza. En cuanto se la dieron, juró en silencio que nunca la usaría. «Un arma de un hombre de verdad.» Marte era imbécil.

Tal vez había habido una confusión. ¿No existía algún tipo de prueba de paternidad para hijos de dioses? Quizá la enfermera divina había confundido sin querer a Frank con uno de los fuertes y peleones bebés de Marte. Era imposible que la madre de Frank se hubiera liado con aquel dios de la guerra fanfarrón.

«Era una guerrera nata —adujo la voz de su abuela—. No me extraña que un dios se enamorara de ella, teniendo en cuenta a nuestra familia. Sangre ancestral. La sangre de príncipes y héroes.»

Frank apartó la idea de su mente. Él no era un príncipe ni un héroe. Era un patoso con intolerancia a la lactosa que ni siquiera sabía proteger a su amiga para que el trigo no la secuestrara.

Sus nuevas medallas tenían un tacto frío contra su pecho: la medialuna del centurión y la corona mural. Debería enorgullecerse de ellas, pero tenía la sensación de que si las había recibido había sido porque su padre había intimidado a Reyna.

Frank no sabía cómo sus amigos podían soportar estar cerca de él. Percy había dejado claro que odiaba a Marte, y a Frank no le extrañaba. Hazel seguía observando a Frank con el rabillo del ojo, como si temiera que se convirtiese en un friki cachas.

Frank se miró el cuerpo y suspiró. Rectificó: que se convirtiera todavía más en un friki cachas. Si realmente Alaska estaba situada más allá del alcance de los dioses, Frank podría quedarse allí. No estaba seguro de tener algo a lo que regresar.

«No lloriquees —le habría dicho su abuela—. Los hombres de la familia Zhang no lloriquean.»

Ella estaba en lo cierto. Frank tenía un trabajo que hacer. Tenía que completar aquella misión imposible, y de momento pasaba por llegar al supermercado con vida.

A medida que se acercaban, Frank temió que el supermercado se iluminara de golpe con el arcoíris y los volatilizara, pero el edificio siguió a oscuras. Las serpientes que Polibotes había soltado parecían haber desaparecido.

Estaban a unos veinte metros del porche cuando algo susurró en la hierba detrás de ellos.

—¡Vamos! —gritó Frank.

Percy tropezó. Mientras Hazel le ayudaba a levantarse, Frank se volvió y colocó una flecha en el arco.

Disparó a ciegas. Creía haber cogido una flecha explosiva, pero solo era una bengala de señales. El proyectil se deslizó a través de la hierba, estalló en una llama naranja y emitió un silbido.

Por lo menos iluminó al monstruo. Posada en una parcela de hierba amarilla marchita se hallaba una serpiente de color lima de la longitud y el grosor del brazo de Frank. Su cabeza estaba rodeada de una melena de puntiagudas aletas blancas. La criatura contempló la flecha que pasó silbando como preguntándose: «¿Qué demonios es eso?».

Entonces fijó sus grandes ojos amarillos en Frank. Avanzó como una lombriz, encorvándose por la mitad. Allí donde tocaba, la hierba se marchitaba y moría.

Frank oyó que sus amigos subían la escalera de la tienda. No se atrevía a volverse y echar a correr. Él y la serpiente se miraron. La serpiente siseaba, lanzando llamas por la boca.

—Bonito reptil asqueroso —dijo Frank, consciente de que llevaba el palo en el bolsillo del abrigo—. Bonito reptil venenoso escupefuego.

—¡Frank! —gritó Hazel detrás de él—. ¡Vamos!

La serpiente se abalanzó sobre él. Surcó el aire tan rápido que a Frank no le dio tiempo a colocar una flecha en el arco. Blandió el arco y golpeó al monstruo colina abajo. La serpiente desapareció dando vueltas y gimiendo: «¡Criiii!».

Frank se sintió orgulloso de sí mismo hasta que miró su arco, que estaba echando humo en la zona que había tocado a la serpiente. Observó con incredulidad como la madera se convertía en polvo.

Oyó un siseo de ultraje, al que respondieron otros dos siseos más abajo en la colina.

Frank soltó su arco mientras se desintegraba y corrió hacia el porche. Percy y Hazel le ayudaron a subir los escalones. Cuando Frank se volvió, vio que los tres monstruos daban vueltas en la hierba, escupiendo fuego y tiñendo la ladera de marrón con su contacto venenoso. No parecían capaces o dispuestas a acercarse al establecimiento, pero a Frank eso no le consolaba. Había perdido su arco.

—Nunca saldremos de aquí —dijo con desconsuelo.

—Entonces será mejor que entremos.

Hazel señaló el letrero pintado a mano que había sobre la puerta: ALIMENTACIÓN Y VIDA SANA ARCOÍRIS.

Frank no tenía ni idea de lo que significaba, pero pintaba mejor que unas serpientes venenosas y llameantes. Siguió a sus amigos hasta el interior.

Cuando cruzaron la puerta se encendieron las luces. Una música de flauta empezó a sonar como si hubieran subido a un escenario. Los anchos pasillos estaban bordeados de cubos de nueces y frutas deshidratadas, cestas de manzanas e hileras de percheros con camisetas desteñidas y vestidos vaporosos. El techo estaba lleno de móviles de campanas. A lo largo de las paredes había vitrinas donde se exponían bolas de cristal, geodas, atrapasueños de macramé y un montón de cosas extrañas más. Debía de haber incienso encendido en alguna parte. Olía como si un ramo de flores se estuviera quemando.

—¿Una tienda de adivinos? —preguntó Frank.

—Espero que no —murmuró Hazel.

Percy estaba apoyado en ella. Tenía peor aspecto que nunca, como si hubiera sufrido una gripe repentina. La cara le brillaba del sudor.

—Necesito sentarme... —murmuró—. Agua.

—Sí —dijo Frank—. Vamos a buscarte un sitio para que descanses.

Las tablas del suelo crujían bajo sus pies. Frank pasó entre dos fuentes con forma de estatuas de Neptuno.

Una chica salió de detrás de los cubos de frutos secos.

—¿En qué puedo ayudaros?

Frank retrocedió tambaleándose y derribó una de las fuentes. Un Neptuno de piedra cayó al suelo con gran estruendo. La cabeza del dios del mar se fue rodando, y de su cuello empezó a salir agua que salpicó un perchero con carteras de caballero desteñidas.

—¡Lo siento!

Frank se inclinó para limpiar los destrozos y estuvo a punto de clavarle a la chica la lanza en el trasero.

—¡Eh! —dijo ella—. ¡Espera! ¡No te preocupes!

Frank se enderezó despacio, procurando no causar más daños. Hazel estaba muerta de vergüenza. Percy adquirió un enfermizo tono verde al contemplar la estatua decapitada de su padre.

La chica dio una palmada. La fuente se deshizo en niebla. El agua se evaporó. La muchacha se volvió hacia Frank.

—En serio, no pasa nada. Las fuentes de Neptuno me sacan de quicio con esa cara de mal humor que tienen.

A Frank le recordaba a las excursionistas de edad universitaria que a veces veía en el parque de Lynn Canyon detrás de la casa de su abuela. Era baja y musculosa, y llevaba unas botas con cordones, unas bermudas y una camiseta de vivo color amarillo en la que ponía A.V.S.A.I. Alimentación y Vida Sana Arcoíris. Parecía joven, pero tenía el pelo blanco y ensortijado, y le sobresalía a los lados de la cabeza como la clara de un gigantesco huevo frito.

Frank trató de recuperar el habla. La chica tenía unos ojos que distraían mucho la atención. Los iris pasaban del gris al negro y luego al blanco.

—Esto..., siento lo de la fuente —consiguió decir—. Solo queríamos...

—¡Ya lo sé! —dijo la chica—. Queréis curiosear. No hay problema. Los semidioses son bienvenidos. Tomaos el tiempo que queráis. Vosotros no sois como esos horribles monstruos. ¡Ellos solo quieren usar los servicios y nunca compran nada!

Resopló. Sus ojos relampaguearon. Frank miró a Hazel para ver si habían sido imaginaciones suyas, pero Hazel parecía igual de sorprendida.

Desde la parte trasera de la tienda, una voz de mujer gritó:

—¿Fleecy? No asustes a los clientes. Tráelos aquí, ¿quieres?

—¿Te llamas Fleecy? —preguntó Hazel.

Fleecy se rió entre dientes.

—Bueno, en el idioma de las *nebulae*, en realidad es... —Emitió una serie de cacareos y soplidos que a Frank le recordaron una tormenta dando paso a un frente frío—. Pero podéis llamarme Fleecy.

—*Nebulae*... —murmuró Percy, aturdido—. Ninfas de las nubes.

Fleecy sonrió.

—¡Eh, me gusta este! Normalmente nadie sabe quiénes son las ninfas de las nubes. Madre mía, no tiene muy buen aspecto. Venid a la parte de atrás. Mi jefa quiere conoceros. Pondremos a vuestro amigo como nuevo.

Fleecy los llevó por el pasillo de la verdura, entre hileras de berenjenas, kiwis, caquis y granadas. Al fondo de la tienda, detrás de un mostrador con una anticuada caja registradora, había una mujer de mediana edad con la piel color aceituna, largo cabello moreno, unas gafas sin montura y una camiseta de manga corta en la que ponía: «¡La diosa está viva!». Llevaba collares de ámbar y anillos de turquesa. Olía a pétalos de rosa.

Parecía bastante simpática, pero había algo en ella que hacía sentir débil a Frank, como si tuviera ganas de llorar. Tardó un segundo en darse cuenta de lo que se trataba: la forma en que la mujer sonreía con una sola comisura de la boca, el cálido color marrón de sus ojos, la inclinación de su cabeza, como si estuviera considerando

una pregunta. A Frank le recordaba a su madre.

—¡Hola!

La mujer se inclinó por encima del mostrador, que estaba lleno de docenas de estatuillas: gatos japoneses que movían la mano, Budas meditabundos, san Franciscos que meneaban la cabeza y pájaros bebedores con sombrero de copa.

—Me alegro mucho de que estéis aquí. ¡Soy Iris!

Hazel abrió mucho los ojos.

—¿No seréis Iris... la diosa del arcoíris?

Iris hizo una mueca.

—Bueno, ese es mi trabajo oficial, sí. Pero no me defino por mi identidad corporativa. ¡En mi tiempo libre regento esto! —Señaló a su alrededor orgullosamente—. La cooperativa A.V.S.A.I.: una cooperativa autogestionada que fomenta un estilo de vida alternativo y saludable y la comida biológica.

Frank se la quedó mirando.

—Pero ha lanzado pastelitos a los monstruos.

—Oh, no son pastelitos —dijo Iris, horrorizada.

Rebuscó debajo del mostrador y sacó un paquete de pasteles recubiertos de chocolate idénticos a los de bollería industrial.

—Son imitaciones de pastelito a base de leche de cabra y algas, sin gluten ni azúcares añadidos, enriquecidos con vitaminas y elaborados con soja.

—¡Totalmente naturales! —intervino Fleecy.

—Rectifico.

De repente Frank se sintió tan mareado como Percy.

Iris sonrió.

—Deberías probar uno, Frank. Eres intolerante a la lactosa, ¿verdad?

—¿Cómo lo ha...?

—Estoy al tanto de esas cosas. Como soy la diosa mensajera, me entero de muchas cosas al oír todas las comunicaciones de los dioses y demás —dejó los pastelitos sobre el mostrador—. Además, esos monstruos deberían alegrarse de comer tentempiés sanos. Se pasan el día atiborrándose de comida basura y de héroes. No son nada progresistas. No podía tolerar que se pasearan por mi tienda rompiendo las cosas y alterando el *feng shui*.

Percy se apoyó en el mostrador. Parecía que fuera a vomitar sobre el *feng shui* de la diosa.

—Los monstruos marchan hacia el sur —dijo con dificultad—. Van a destruir nuestro campamento. ¿No podría detenerlos?

—Oh, soy estrictamente pacífica —dijo Iris—. Puedo actuar en defensa propia, pero no pienso dejarme arrastrar a otra agresión olímpica. Muchas gracias, pero no. He estado leyendo sobre budismo. Y taoísmo. No me decido entre uno y otro.

—Pero... —Hazel parecía perpleja—. ¿No sois una diosa griega?

Iris se cruzó de brazos.

—¡No intentes encasillarme, semidiosa! Mi pasado no me define.

—Oh, vale —dijo Hazel—. ¿Podría al menos ayudar a nuestro amigo? Creo que está enfermo.

Percy alargó la mano a través del mostrador. Por un instante, Frank temió que quisiera los pastelitos.

—Iris-mensaje —dijo—. ¿Podéis enviar uno?

Frank no sabía si había oído bien.

—¿Iris-mensaje?

—Es... —Percy titubeó—. ¿No es lo que hacéis, señora?

Iris observó más detenidamente a Percy.

—Interesante. Eres del Campamento Júpiter, y sin embargo... Ah, ya veo. Juno está haciendo de las suyas.

—¿Qué? —preguntó Hazel.

Iris lanzó una mirada a su ayudante, Fleecy. Pareció que mantuvieran una conversación silenciosa. A continuación, la diosa sacó un frasco de detrás del mostrador y roció la cara de Percy con un aceite con olor a madreselva.

—Ya está, eso equilibrará tu *chakra*. En cuanto a los iris-mensajes, son una antigua forma de comunicación. Los griegos los usaban. A los romanos nunca les gustaron: siempre confiaban en sus redes de caminos, sus águilas gigantes y todas esas cosas. Pero supongo que no hay problema... Fleecy, ¿podrías intentarlo?

—¡Claro, jefa!

Iris guiñó el ojo a Frank.

—No se lo digas a los otros dioses, pero ahora Fleecy se ocupa de la mayoría de mis mensajes. Se le da de maravilla, y yo no tengo tiempo para contestar personalmente todas las peticiones. Altera mi *wa*.

—¿Su *wa*? —preguntó Frank.

—Sí. Fleecy, ¿por qué no te llevas a Percy y a Hazel a la trastienda? Dales algo de comer mientras te encargas de sus mensajes. Y en cuanto a Percy... sí, tiene la enfermedad de la memoria. Me imagino que el viejo Polibotes... Encontrarse con él en un estado de amnesia no puede ser bueno para un hijo de P; es decir, de Neptuno. Fleecy, dale una taza de té verde con miel biológica y germen de trigo, y un poco de mi polvo medicinal número cinco. Eso debería reponerlo.

Hazel frunció el entrecejo.

—¿Y Frank?

Iris se volvió hacia él. Ladeó la cabeza de forma burlona, como solía hacer su madre, como si Frank fuera la mayor incógnita de la sala.

—Oh, no te preocupes —dijo Iris—. Frank y yo tenemos mucho de qué hablar.

Frank

Frank habría preferido ir con sus amigos, aunque eso significara tener que soportar el té verde con germen de trigo. Sin embargo, Iris entrelazó su brazo con el de él y lo llevó hasta una mesa de café junto a una ventana salediza. Frank dejó su lanza en el suelo. Se sentó enfrente de Iris. Afuera, en la oscuridad, los monstruos con forma de serpiente patrullaban incansablemente la ladera, escupiendo fuego y envenenando la hierba.

—Frank, sé cómo te sientes —dijo Iris—. Me imagino que el palo medio quemado que llevas en el bolsillo te pesa más cada día que pasa.

Frank no podía respirar. Se llevó la mano instintivamente al abrigo.

—¿Cómo lo...?

—Te lo he dicho. Estoy al tanto de las cosas. Fui mensajera de Juno durante mucho tiempo. Sé por qué te dio un indulto.

—¿Un indulto?

Frank sacó el trozo de leña y lo desenvolvió de la tela. A pesar de lo difícil de manejar que era la lanza de Marte, el palo era peor. Iris tenía razón. Le pesaba mucho.

—Juno te salvó por un motivo —dijo la diosa—. Quiere que contribuyas a su plan. Si no hubiera aparecido aquel día cuando eras un bebé y no hubiera advertido a tu madre del palo, habrías muerto. Naciste con demasiados dones. Esa clase de poder acostumbra a consumir la vida de un mortal.

—¿Demasiados dones? —Frank notó que las orejas se le calentaban de la ira—. ¡Yo no tengo ningún don!

—Eso no es cierto, Frank —Iris deslizó la mano por delante de ella como si estuviera limpiando un parabrisas. Apareció un arcoíris en miniatura—. Piénsalo.

Una imagen relució en el arcoíris. Frank se vio a sí mismo cuando tenía cuatro años, corriendo por el jardín de su abuela. Su madre se asomó por la ventana del desván, mucho más arriba, agitando la mano y gritando para llamarle la atención. Frank no debía estar en el jardín solo. No sabía qué hacía su madre en el desván, pero le dijo que se quedara en la casa y que no se alejara. Frank hizo exactamente lo contrario. Chilló alegremente y corrió al linde del bosque, donde se encontró cara a

cara con un oso pardo.

Hasta que Frank vio la escena en el arcoíris, el recuerdo había sido tan vago que pensaba que lo había soñado. En ese momento podía apreciar lo surrealista que había sido la experiencia. El oso contemplaba al niño, y costaba saber quién estaba más asustado. Entonces la madre de Frank apareció a su lado. Era imposible que hubiera bajado del desván tan rápido. Se interpuso entre el oso y Frank y le dijo que corriera a casa. Esa vez Frank obedeció. Cuando se volvió en el porche, vio a su madre saliendo del bosque. El oso había desaparecido. Frank preguntó qué había pasado. Su madre sonrió. «Mamá osa solo necesitaba unas señas», dijo.

La escena del arcoíris cambió. Frank se vio a los seis años, acurrucado sobre el regazo de su madre pese a ser demasiado mayor. Su madre llevaba su largo cabello moreno recogido. Estaba rodeándolo con los brazos. Llevaba las gafas sin montura que a Frank siempre le gustaba robarle y el jersey de lana gris vellosa con olor a canela. Le estaba contando historias de héroes, fingiendo que todos estaban relacionados con Frank: uno de ellos era Xu Fu, que zarpó en busca del elixir de la vida. La imagen del arcoíris no tenía sonido, pero Frank recordaba las palabras de su madre:

«Él fue tu tataratata...».

Cada vez que decía «tata» hacía cosquillas a Frank en la barriga, y lo hacía docenas de veces, hasta que el niño se reía sin poder controlarse.

Luego estaba Sung Guo, también llamado Seneca Gracchus, quien luchó contra doce dragones romanos y dieciséis dragones chinos en los desiertos del oeste de China.

«Era el dragón más fuerte de todos, ¿sabes? —dijo su madre—. ¡Por eso pudo vencerlos!»

Frank no sabía lo que eso quería decir, pero parecía emocionante.

Luego le hizo cosquillas en la barriga tantas veces que Frank rodó por el suelo para escapar de ella.

«Y tu antepasado más lejano del que tenemos conocimiento... ¡fue príncipe de Pilos! Hércules luchó contra él una vez. ¡Fue una pelea muy reñida!»

«¿Ganó él?», preguntó Frank.

Su madre se rió, pero había tristeza en su voz.

«No, nuestro antepasado perdió, pero no se lo puso fácil a Hércules. Imagínate que intentarías luchar contra un enjambre de abejas. Así fue la pelea. ¡Incluso a Hércules le costó vencerlo!»

El comentario no tenía ningún sentido para Frank, ni entonces ni en ese momento. ¿Su antepasado había sido apicultor?

Hacía años que Frank no pensaba en esas historias, pero entonces las recordó tan claramente como el rostro de su madre. Dolía volver a verla. Frank quería remontarse

a aquella época. Quería ser un niño y acurrucarse sobre su regazo.

En la imagen del arcoíris, el pequeño Frank preguntó de dónde era su familia. ¡Tantos héroes! ¿Eran de Pilos, o de Roma, o de China, o de Canadá?

Su madre sonrió, ladeando la cabeza como si pensara en la respuesta.

«De Li-Jien —dijo por fin—. Nuestra familia es de muchos sitios, pero nuestro hogar es Li-Jien. Recuérdalo siempre, Frank: tienes un don especial. Puedes ser cualquier cosa.»

El arcoíris se deshizo y dejó solos a Iris y a Frank.

—No lo entiendo.

Frank tenía la voz ronca.

—Tu madre te lo explicó —dijo Iris—. Puedes ser cualquier cosa.

Parecía una de esas chorradas que los padres decían para estimular la autoestima de los hijos: un manido eslogan que podría estar impreso en las camisetas de Iris, junto con «¡La diosa está viva!» y «Mi otro coche es una alfombra mágica». Por la forma en que Iris lo dijo, parecía un desafío.

Frank pegó la mano al bolsillo de sus pantalones, donde guardaba la medalla al sacrificio de su madre. La medalla de plata estaba fría como el hielo.

—No puedo ser cualquier cosa —insistió Frank—. No tengo ninguna aptitud.

—¿Qué has intentado hacer? —preguntó Iris—. Querías ser arquero. Te las arreglabas bastante bien. Solo has rascado la superficie. Tus amigos Hazel y Percy están entre dos mundos: el griego y el romano, el pasado y el presente. Pero tú lo estás más que cualquiera de ellos. Tu familia es antigua: tienes la sangre de Pilos por parte de tu madre, y tu padre es Marte. No me extraña que Juno quiera que seas uno de sus siete héroes. Ella quiere que luches contra los gigantes y contra Gaia, pero debes pensar lo que tú quieres.

—No tengo elección —dijo Frank—. Soy el hijo de un estúpido dios de la guerra. Tengo que participar en esta misión y...

—*Tienes* —dijo Iris—. No *quieres*. Antes yo pensaba así, pero un buen día me cansé de ser la criada de todo el mundo. Tenía que ir a buscar copas de vino para Júpiter. Entregar cartas para Juno. Enviar mensajes de un lado a otro a través del arcoíris para cualquiera que tuviera un dracma de oro.

—¿Un qué de oro?

—No importa. El caso es que aprendí a dejarme llevar. Monté la A.V.S.A.I. y ahora estoy libre de esa carga. Tú también puedes dejarte llevar. Tal vez no puedas escapar del destino. Algún día ese palo se quemará. Preveo que lo tendrás contigo cuando eso pase, y tu vida terminará...

—Gracias —murmuró Frank.

—... ¡pero eso hace tu vida más valiosa! No tienes que ser lo que tus padres y tu abuela esperan de ti. No tienes que obedecer las órdenes del dios de la guerra ni de

Juno. ¡Ve a tu aire, Frank! ¡Busca un nuevo camino!

Frank pensó en ello. La idea era emocionante: rechazar su destino, a los dioses y a su padre. Él no quería ser hijo del dios de la guerra. Su madre había muerto en una guerra. Frank lo había perdido todo por culpa de una guerra. Estaba claro que Marte no sabía nada en absoluto de él. Frank no quería ser un héroe.

—¿Por qué me contáis todo eso? —preguntó—. ¿Queréis que abandone la misión y deje que destruyan el Campamento Júpiter? Mis amigos cuentan conmigo.

Iris extendió las manos.

—No puedo decirte lo que debes hacer, Frank. Pero haz lo que quieras, no lo que te digan que hagas. ¿Sabes adónde me llevó a mí el conformismo? Me pasé cinco milenios sirviendo a los demás, y no descubrí mi propia identidad. ¿Cuál es mi animal sagrado? Nadie se molestó en darme uno. ¿Dónde están mis templos? No construyeron ninguno. ¡Pues muy bien! En la cooperativa he encontrado la paz. Puedes quedarte con nosotros, si lo deseas. Puedes convertirte en AVSAIóptero.

—¿En qué?

—La cuestión es que tienes dos opciones. Si sigues con la misión... ¿qué pasará cuando liberéis a Tánatos? ¿Será bueno para tu familia? ¿Y para tus amigos?

Frank recordó lo que su abuela había dicho: que tenía una cita con la Muerte. A veces su abuela le sacaba de quicio, pero aun así era la única familia que le quedaba, la única persona viva que lo quería. Si Tánatos seguía encadenado, Frank podría no perderla. Y de algún modo Hazel había vuelto del inframundo. Si la Muerte se la llevaba de nuevo, Frank no podría soportarlo. Por no hablar del problema de Frank: según Iris, debería haber muerto cuando era un bebé. Lo único que se interponía entre él y la Muerte era un palo medio quemado. ¿Tánatos también se lo llevaría a él?

Frank trató de imaginar cómo sería quedarse allí con Iris, poniéndose una camiseta de la A.V.S.A.I., vendiendo cristales y atrapasueños a semidioses viajeros y tirando imitaciones de pastelitos sin gluten a los monstruos que pasaban. Mientras tanto, un ejército que se negaba a morir invadiría el Campamento Júpiter.

«Puedes ser cualquier cosa», había dicho su madre.

«No —pensó él—. No puedo ser tan egoísta.»

—Tengo que irme —dijo—. Es mi trabajo.

Iris suspiró.

—Me lo imaginaba, pero tenía que intentarlo. La tarea que te aguarda... no se la desearía a nadie, y menos a un chico tan simpático como tú. Si debes irte, al menos deja que te dé un consejo. Necesitarás ayuda para encontrar a Tánatos.

—¿Sabéis dónde lo esconden los gigantes? —preguntó Frank.

Iris contempló pensativamente los móviles de viento que se balanceaban en el techo.

—No... Alaska está más allá de la esfera de control de los dioses. No puedo ver

el lugar, pero hay alguien que podría saberlo. Busca al vidente Fineas. Está ciego, pero puede ver el pasado, el presente y el futuro. Sabe muchas cosas. Él puede decirte dónde está retenido Tánatos.

—Fineas... —dijo Frank—. ¿No hay un mito sobre él?

Iris asintió a regañadientes.

—En la Antigüedad cometió crímenes horribles. Usó su don de videncia para el mal. Júpiter envió a las arpías para que lo atormentaran. Los argonautas, incluido tu antepasado, por cierto...

—¿El príncipe de Pilos?

Iris vaciló.

—Sí, Frank. Aunque su don, su historia... deberás descubrirla por ti mismo. Basta con decir que los argonautas ahuyentaron a las arpías a cambio de la ayuda de Fineas. Eso fue hace una eternidad, pero tengo entendido que Fineas ha vuelto al mundo de los mortales. Lo encontrarás en Portland, Oregón, que te pillará de camino hacia el norte. Pero debes prometerme una cosa. Si las arpías lo siguen atormentando, no las mates, por mucho que te prometa Fineas. Obtén su ayuda de otra forma. Las arpías no son malas. Son mis hermanas.

—¿Vuestras hermanas?

—Lo sé. No parezco lo bastante vieja para ser hermana de las arpías, pero es cierto. Y, Frank, hay otro problema. Si estás decidido a marcharte, tendrás que quitar de en medio a los basiliscos de la colina.

—¿Os referís a las serpientes?

—Sí —contestó Iris—. Basilisco significa «pequeña corona», un bonito nombre para algo que no es precisamente bonito. Preferiría que no las mataras. Después de todo, son seres vivos. Pero no podrás marcharte hasta que hayan desaparecido. Si tus amigos intentan luchar contra ellas... preveo que pasarán cosas malas. Solo tú tienes la habilidad de matar monstruos.

—Pero ¿cómo?

Ella miró al suelo. Frank se dio cuenta de que estaba mirando su lanza.

—Ojalá hubiera otra forma —dijo—. Si tuvieras unas comadreja, por ejemplo. Las comadreas son mortales para los basiliscos.

—Se me han acabado las comadreas —dijo Frank.

—Entonces tendrás que usar el don de tu padre. ¿Estás seguro de que no te gustaría vivir aquí? Preparamos una excelente leche de arroz sin lactosa.

Frank se levantó.

—¿Cómo uso la lanza?

—Tendrás que manejarla tú solo. Yo no puedo recomendar la violencia. Mientras tú estés luchando, yo vigilaré a tus amigos. Espero que Fleecy haya encontrado las hierbas medicinales. La última vez nos hicimos un buen lío... No creo que esos

héroes quieran ser margaritas.

La diosa se puso en pie. Sus gafas emitían destellos, y Frank vio su propio reflejo en los cristales. Tenía una expresión seria y adusta, nada que ver con el niño que había visto en las imágenes del arcoíris.

—Un último consejo, Frank —dijo—. Estás destinado a morir guardando ese palo y viendo cómo se quema. Pero, tal vez, si no lo guardaras tú... Tal vez si confiaras lo bastante en alguien para que te lo guardara...

Los dedos de Frank se cerraron en torno a la yesca.

—¿Se está ofreciendo voluntaria?

Iris se rió dulcemente.

—Oh, no. Lo perdería en esta colección. Se mezclaría con uno de mis cristales, o lo vendería sin querer como un pisapapeles de madera. No, me refería a un semidiós amigo. Alguien próximo a tu corazón.

Hazel, pensó inmediatamente Frank. No había nadie en quien confiara más. Pero ¿cómo podía confesarle su secreto? Si reconocía lo débil que era, que toda su vida dependía de un palo medio quemado, Hazel jamás lo vería como a un héroe. Él nunca sería su caballero de la armadura. ¿Y cómo podía esperar que ella aceptara esa carga por él?

Envolvió la yesca y la guardó de nuevo en el abrigo.

—Gracias... gracias, Iris.

Ella le apretó la mano.

—No pierdas la esperanza, Frank. Los arcoíris siempre significan esperanza.

La diosa se dirigió a la parte trasera de la tienda y dejó solo a Frank.

—Esperanza —gruñó Frank—. Preferiría tener unas cuantas comadreja.

Recogió la lanza de su padre y salió a enfrentarse a los basiliscos.

Frank

Frank echaba de menos su arco.

Quería quedarse en el porche y disparar a las serpientes desde lejos. Unas cuantas flechas explosivas bien colocadas, unos cuantos cráteres en la ladera, y problema resuelto.

Por desgracia, un carcaj lleno de flechas no serviría de nada a Frank si no podía dispararlas. Además, no tenía ni idea de dónde estaban los basiliscos. Habían dejado de escupir fuego en cuanto él había salido.

Bajó del porche y apuntó con su lanza dorada. No le gustaba luchar de cerca. Era demasiado lento y robusto. Lo había hecho bien en los juegos de guerra, pero aquello era de verdad. No había águilas gigantes listas para recogerlo y llevarlo al médico si cometía un error.

«Puedes ser cualquier cosa.» La voz de su madre resonaba en su mente.

«Genial», pensó. Quiero ser bueno con la lanza. E inmune al veneno... y al fuego.

Algo le dijo que su deseo no había sido concedido. Se sentía igual de incómodo con la lanza en las manos.

Parcelas de llamas seguían ardiendo en la ladera. El humo acre le quemaba en la nariz. La hierba marchita crujía bajo sus pies.

Recordó las historias que su madre solía contarle: generaciones de héroes que habían luchado contra Hércules y contra dragones, y que habían navegado por mares plagados de monstruos. Frank no entendía cómo él podía venir de un linaje así, ni cómo su familia había emigrado de Grecia a través del Imperio romano hasta China, pero unas inquietantes ideas estaban empezando a cobrar forma en su mente. Por primera vez, empezó a preguntarse por el príncipe de Pilos y la deshonra de su bisabuelo Shen Lun en el Campamento Júpiter, y cuáles podían ser los poderes de su familia.

«El don nunca ha mantenido a salvo a nuestra familia», le había avisado su abuela.

Una idea muy tranquilizadora, considerando que Frank estaba persiguiendo a unas serpientes venenosas que escupían fuego.

No se oía nada en la noche, exceptuando el crepitar de los fuegos de los arbustos.

Cada vez que una brisa hacía susurrar la hierba, Frank pensaba en los espíritus de los cereales que habían capturado a Hazel. Con un poco de suerte, se habían ido hacia el sur con el gigante Polibotes. En ese momento Frank no necesitaba más problemas.

Avanzó sigilosamente colina abajo mientras los ojos le picaban del humo. Entonces, a unos seis metros más adelante, vio un estallido de llamas.

Consideró lanzar la lanza. Una idea ridícula. Entonces se quedaría sin arma. En lugar de ello, avanzó hacia el fuego.

Ojalá hubiera tenido los frascos de sangre de gorgona, pero se habían quedado en el bote. Se preguntaba si la sangre de gorgona podría curar el veneno de basilisco... Pero aunque hubiera tenido los frascos y hubiera conseguido elegir el adecuado, dudaba que le hubiera dado tiempo a tomárselo antes de convertirse en polvo como su arco.

Apareció en un claro de hierba quemada y se encontró cara a cara con un basilisco.

La serpiente levantó la cola. Siseó y extendió el collar de púas blancas que le rodeaba el pescuezo. «Pequeña corona», recordó Frank. Era lo que significaba basilisco. Él pensaba que los basiliscos eran enormes monstruos parecidos a dragones que podían petrificarte con la mirada. Sin embargo, de algún modo, el basilisco real era todavía más terrible. A pesar de su pequeño tamaño, aquella diminuta combinación de fuego, veneno y maldad sería mucho más difícil de matar que un lagarto grande y voluminoso. Frank había visto la rapidez con la que podían moverse.

El monstruo clavó sus ojos de color amarillo claro en Frank.

¿Por qué no le atacaba?

La lanza dorada de Frank tenía un tacto frío y pesado. La punta de diente de dragón se inclinó hacia el suelo por sí sola, como una varilla de zahorí buscando agua.

—Basta.

Frank se esforzó por levantar la lanza. Ya tendría bastantes problemas para clavarle la lanza al monstruo sin que el arma se rebelara contra él. Entonces oyó que la hierba susurraba a cada lado. Los otros dos basiliscos entraron reptando en el claro.

Frank había caído de lleno en una emboscada.

Frank

Frank blandió la lanza a un lado y al otro.

—¡Atrás! —Su voz sonaba chillona—. Tengo unos... hum... poderes increíbles... y tal.

Los basiliscos siseaban en una armonía a tres voces. Tal vez estaban riéndose.

La punta de la lanza pesaba ya tanto que era casi imposible de levantar, como si el triángulo de hueso blanco dentado tratara de tocar la tierra. Entonces a Frank se le encendió una bombilla: Marte había dicho que la punta era un diente de dragón. ¿No había una historia sobre unos dientes de dragón sembrados en la tierra, algo que había leído en clase de monstruos en el campamento...?

Los basiliscos lo iban rodeando pausadamente. Tal vez vacilaban a causa de la lanza. Tal vez simplemente les costaba creer lo tonto que era Frank.

Parecía una locura, pero Frank dejó que la punta de la lanza cayera. La clavó en el suelo. «Crac.»

Cuando la levantó, la punta había desaparecido: se había partido en la tierra.

Estupendo. Ahora tenía un palo dorado.

La parte más temeraria de su persona quería sacar su trozo de leña. Si iba a morir de todas formas, tal vez pudiera provocar una enorme llamarada e incinerar a los basiliscos para que al menos sus amigos pudieran escapar.

Antes de que pudiera armarse de valor, el suelo retumbó a sus pies. Salió tierra por todas partes, y una mano esquelética arañó el aire. Los basiliscos sisearon y retrocedieron.

Frank los comprendía perfectamente. Observó horrorizado como un esqueleto humano salía arrastrándose del suelo. Se cubrió de carne como si alguien le estuviera echando gelatina sobre los huesos y tapándolos con una piel brillante y transparente. Luego una ropa fantasmal lo envolvió: una camiseta de tirantes, unos pantalones de camuflaje y unas botas militares. Todo era gris en la criatura: ropa gris sobre carne gris cubriendo huesos grises.

Se volvió hacia Frank. Su cráneo sonrió bajo un inexpresivo rostro gris. Frank gimoteó como un cachorrillo. Las piernas le temblaban tanto que tuvo que apoyarse con el astil de la lanza. Frank advirtió que el guerrero esqueleto estaba esperando...

esperando órdenes.

—¡Mata a los basiliscos! —gritó—. ¡No a mí!

El guerrero esquelético entró en acción. Agarró a la serpiente más cercana, y aunque su piel gris empezó a echar humo al entrar en contacto con el monstruo, estranguló al basilisco con una mano y lanzó su cuerpo sin vida. Los otros dos basiliscos sisearon airadamente. Uno se abalanzó sobre Frank, pero lo apartó de un golpe con el extremo de la lanza.

La otra serpiente escupió fuego directamente a la cara del esqueleto. El guerrero avanzó resueltamente y pisó la cabeza del basilisco con la bota.

Frank se volvió hacia el último basilisco, que estaba enroscado en el linde del claro observándolos. El astil de la lanza de oro imperial estaba echando humo, pero a diferencia de su arco, no pareció deshacerse al contacto con el basilisco. El pie y la mano derechos del guerrero esqueleto estaban disolviéndose lentamente a causa del veneno. Tenía la cabeza en llamas, pero por lo demás parecía en perfecto estado.

El basilisco hizo algo inteligente. Se giró para huir. En un abrir y cerrar de ojos, el esqueleto sacó algo de su camiseta, lo lanzó a través del claro y empaló al basilisco en la tierra. Frank pensó que se trataba de un cuchillo, pero se dio cuenta de que era una de las costillas del esqueleto.

Frank se alegró de tener el estómago vacío.

—Qué... qué asco.

El esqueleto se acercó al basilisco dando traspiés. Extrajo su costilla y la usó para cortar la cabeza de la criatura. El basilisco se deshizo en cenizas. A continuación, el esqueleto decapitó los cuerpos de los otros dos monstruos y dio una patada a las cenizas para esparcirlas. Frank recordó la forma en que el río Tíber había separado los restos de las dos gorgonas para impedir que volvieran a formarse.

—Te estás asegurando de que no vuelvan —advirtió Frank—. O retrasándolos, como mínimo.

El guerrero esqueleto se puso firme delante de Frank. Su pie y su mano envenenados habían desaparecido casi del todo. Su cabeza seguía ardiendo.

—¿Qué... qué eres? —preguntó Frank.

Tenía ganas de añadir: «Por favor, no me hagas daño».

El esqueleto le saludó con el muñón de la mano. A continuación, empezó a desmoronarse hundiéndose en el suelo.

—¡Espera! —dijo Frank—. ¡Ni siquiera sé cómo llamarte! ¿Hombre de diente? ¿Huesitos? ¿Gris?

Mientras su rostro desaparecía bajo la tierra, el guerrero pareció sonreír al oír el último nombre... o tal vez solo estaba enseñando los dientes. Acto seguido desapareció, dejando a Frank solo con su lanza sin punta.

—Gris —murmuró—. Vale... pero...

Examinó la punta de su lanza. Un nuevo diente de dragón estaba empezando a salir del astil dorado.

«Solo puedes atacar tres veces con ella —había dicho Marte—, así que úsala sabiamente.»

Frank oyó pasos detrás de él. Percy y Hazel entraron en el claro corriendo. Percy tenía mejor aspecto, pero llevaba una cartera desteñida de la A.V.S.A.I. que desde luego no pegaba nada con su estilo. Tenía en la mano a *Contracorriente*. Hazel había desenvainado su *spatha*.

—¿Estás bien? —preguntó ella.

Percy se giró en busca de enemigos.

—Iris nos ha dicho que estabas aquí luchando solo contra los basiliscos y no nos lo podíamos creer. Hemos venido lo más rápido que hemos podido. ¿Qué ha pasado?

—No estoy seguro —reconoció Frank.

Hazel se agachó junto a la tierra donde había desaparecido Gris.

—Percibo muerte. O mi hermano ha estado aquí o... ¿los basiliscos están muertos?

Frank tragó saliva. Ya se sentía bastante inadaptado sin tener que explicar que tenía un muerto viviente por secuaz.

«Solo puedes atacar tres veces.» Frank podía invocar a Gris dos veces más. Sin embargo, percibía cierta malevolencia en el esqueleto. No era ninguna mascota. Era una despiadada fuerza mortal apenas controlada por el poder de Marte. A Frank le daba la sensación de que haría lo que él dijera, pero si sus amigos estaban por casualidad en la línea de fuego... en fin. Y si Frank era un poco lento dando indicaciones, podría empezar a matar a todo lo que se interpusiera en su camino, incluido a su amo.

Marte le había dicho que la lanza le brindaría un respiro hasta que aprendiera a usar las facultades de su madre, lo que significaba que tenía que aprender esas facultades... rápido.

—Muchas gracias, papá —masculló.

—¿Qué? —preguntó Hazel—. Frank, ¿estás bien?

—Ya te lo explicaré luego —dijo—. Ahora hay un ciego en Portland al que tenemos que ver.

Percy

Percy se sentía el semidiós más patético de la historia. El bolso era el insulto definitivo.

Se habían marchado corriendo de la A.V.S.A.I., de modo que tal vez la intención de Iris al darle el bolso no había sido crítica. Lo había llenado de pasteles enriquecidos con vitaminas, barritas de fruta deshidratadas, cecina macrobiótica y unos cuantos cristales para que les dieran suerte. Luego se la había puesto a Percy en las manos: «Toma, necesitaréis esto. Oh, te queda bien».

El bolso —perdón, el accesorio masculino tipo cartera— tenía un estampado multicolor, un símbolo de la paz cosido con cuentas de madera y el eslogan «Abraza el mundo entero». Ojalá pusiera «Abraza el váter». Percy se sentía como si el bolso fuera una apostilla de su enorme e increíble inutilidad. Mientras navegaban hacia el norte, colocó la cartera lo más lejos posible de él, pero el bote era pequeño.

No podía creer cómo se había venido abajo cuando sus amigos lo habían necesitado. Primero, había sido tan tonto que los había dejado solos al volver corriendo al bote, y Hazel había sido secuestrada. Luego había visto al ejército marchando hacia el sur y había sufrido una especie de crisis nerviosa. ¿Si le daba vergüenza? Sí. Pero no había podido evitarlo. Cuando había visto a aquellos centauros y cíclopes malvados, le había parecido tan raro, tan contrario a lo normal, que había pensado que le iba a explotar la cabeza. Y el gigante Polibotes... le había provocado una sensación opuesta a la que experimentaba estando en el mar. La energía de Percy le había abandonado y lo había dejado débil y febril, como si las entrañas se le estuvieran corroyendo.

El té medicinal de Iris había contribuido a que su cuerpo se sintiera mejor, pero todavía le dolía la cabeza. Había oído historias de personas que habían perdido alguna extremidad y que sufrían dolores imaginarios en la zona donde habían tenido la pierna o el brazo desaparecido. Así notaba él su mente, como si le dolieran los recuerdos desaparecidos.

Y lo peor de todo era que cuanto más avanzaba hacia el norte, más se desvanecían sus recuerdos. Había empezado a sentirse mejor en el Campamento Júpiter, donde había recordado nombres y caras al azar. Pero entonces hasta la cara de Annabeth se

estaba volviendo cada vez más borrosa. En la A.V.S.A.I., cuando había tratado de enviar un iris-mensaje a Annabeth, Fleecy había sacudido la cabeza con gesto triste.

«Es como si estuvieras llamando por teléfono a alguien —dijo—, pero hubieras olvidado el número. O como si alguien estuviera interfiriendo en la señal. Lo siento, cielo. No puedo conectarte.»

Le aterraba perder por completo la cara de Annabeth cuando llegara a Alaska. Tal vez un buen día se despertaría y ya no se acordaría de su nombre.

Sin embargo, tenía que concentrarse en la misión. La imagen del ejército enemigo le había mostrado a lo que se enfrentaban. Era el 21 de junio muy de mañana. Tenían que llegar a Alaska, encontrar a Tánatos, localizar el estandarte de la legión y regresar al Campamento Júpiter para la noche del 24 de junio. Cuatro días. Mientras tanto, al enemigo solo le quedaban varios cientos de kilómetros de marcha.

Percy pilotaba el bote por las fuertes corrientes frente a la costa del norte de California. Soplaban un viento frío, pero resultaba agradable y le ayudaba a despejar la confusión de su mente. Se empeñó en forzar el bote lo máximo posible. El casco traqueteaba a medida que el *Pax* se abría paso hacia el norte.

Mientras tanto, Hazel y Frank intercambiaban anécdotas sobre los acontecimientos ocurridos en el establecimiento de Alimentación Sana Arcoíris. Frank habló del vidente ciego Fineas que vivía en Portland y explicó que Iris le había dicho que podría decirles dónde encontrar a Tánatos. Frank no reveló cómo había conseguido matar a los basiliscos, pero Percy tenía la sensación que guardaba relación con la punta rota de su lanza. Fuera lo que fuese lo que había pasado, Frank parecía tener más miedo de la lanza que de los basiliscos.

Cuando hubo acabado, Hazel le habló a Frank del tiempo que había pasado con Fleecy.

—Entonces ¿funcionó el iris-mensaje? —preguntó Frank.

Hazel lanzó a Percy una mirada comprensiva. No mencionó que había sido incapaz de contactar con Annabeth.

—Me puse en contacto con Reyna —dijo—. Se supone que tienes que tirar una moneda al arcoíris y pronunciar un conjuro en plan: «Oh, Iris, diosa del arcoíris, acepta mi ofrenda». Solo que Fleecy lo cambió. Nos dio su... ¿cómo lo llamó?, su número directo. Así que tuve que decir: «Oh, Fleecy, hazme un favor. Muéstrame a Reyna en el Campamento Júpiter». Me sentí un poco tonta, pero funcionó. La imagen de Reyna apareció en el arcoíris, como en una videollamada entre dos personas. Estaba en los baños. Se llevó un susto de muerte.

—Habría pagado por verlo —dijo Frank—. Me refiero a su expresión. No los baños, ya sabes.

—¡Frank! —Hazel se abanicó la cara como si necesitara aire. Era un gesto anticuado, pero en cierto modo encantador—. El caso es que le contamos a Reyna lo

del ejército, pero como Percy dijo, ya lo sabía. Eso no cambia nada. Reyna está haciendo todo lo posible por reforzar las defensas. A menos que liberemos a la Muerte y devolvamos el águila...

—El campamento no podrá resistir contra ese ejército —concluyó Frank—. Por lo menos sin ayuda.

Después se quedaron en silencio.

Percy no paraba de pensar en los cíclopes y los centauros. Pensó en Annabeth, en el sátiro Grover y en su sueño del gigantesco buque de guerra en construcción.

«Has venido de alguna parte», había dicho Reyna.

Percy deseaba poder recordarlo. Podría pedir ayuda. Los miembros del Campamento Júpiter no tendrían que luchar solos contra los gigantes. Debía de haber aliados allí fuera.

Toqueteó las cuentas de su collar, la placa de *probatio* de plomo y el anillo de plata que Reyna le había dado. Tal vez en Seattle pudiera hablar con su hermana Hylla. Ella podría enviar ayuda... suponiendo que no matara a Percy al verlo.

Después de unas horas más de navegación, a Percy se le empezaron a cerrar los ojos. Temía desmayarse del agotamiento. Entonces tuvo un golpe de suerte. Una orca salió a la superficie junto al bote, y Percy mantuvo una conversación mental con ella.

No era exactamente como hablar, pero fue algo parecido a lo siguiente:

«¿Podrías llevarnos al norte —preguntó Percy—, lo más cerca posible de Portland?».

«Como focas —respondió la orca—. ¿Sois focas?»

«No —reconoció Percy—. Pero tengo una cartera llena de cecina macrobiótica.»

La orca se estremeció.

«Prométeme que no me darás de comer eso, y os llevaré al norte.»

«Trato hecho.»

Pronto Percy había preparado un arnés de cuerda improvisado y lo había sujetado alrededor de la parte superior de la orca. Se dirigieron a toda velocidad hacia el norte impulsados por la orca, y ante la insistencia de Hazel y Frank, Percy se echó una siesta.

Sus sueños fueron más inconexos y espeluznantes que nunca.

Se imaginó a sí mismo en el monte Tamalpais, al norte de San Francisco, luchando en la antigua fortaleza de los titanes. No tenía sentido. No había estado allí con los romanos cuando habían atacado, pero lo vio todo claramente: un titán con armadura, Annabeth y otras dos chicas luchando al lado de Percy. Una de las chicas murió en la batalla. Percy se arrodilló junto a ella y contempló como se deshacía en las estrellas.

Luego vio el gigantesco buque de guerra en su dique seco. El mascarón de proa

del dragón de bronce brillaba a la luz de la mañana. Los aparejos y el armamento estaban terminados, pero algo no iba bien. La escotilla de la cubierta estaba abierta y salía humo de algún motor. Un chico con el pelo moreno rizado soltaba juramentos mientras golpeaba el motor con una llave inglesa. Otros dos semidioses estaban agachados a su lado, observando con preocupación. Uno era un adolescente con el pelo rubio corto. La otra era una chica de largo cabello moreno.

—Ten presente que es el solsticio —dijo la chica—. Se supone que debemos zarpar hoy.

—¡Ya lo sé! —El mecánico de pelo rizado atizó el motor unas cuantas veces más—. Podrían ser los cohetes de rizo. Podría ser este cachivache. Podría ser que Gaia estuviera tocándonos las narices otra vez. ¡No estoy seguro!

—¿Cuánto tiempo? —preguntó el chico rubio.

—Dos o tres días.

—Puede que no dispongan de tanto —advirtió la chica.

Algo le decía a Percy que se refería al Campamento Júpiter. Entonces la escena cambió de nuevo.

Vio a un chico y a su perro vagando por las colinas amarillas de California. Pero cuando la imagen se aclaró, Percy se dio cuenta de que no era un chico. Era un cíclope con unos tejanos raídos y una camisa de franela. El perro era una montaña de pelo negro que se movía arrastrando las patas; perfectamente podía ser del tamaño de un rinoceronte. El cíclope llevaba una enorme porra apoyada en el hombro, pero a Percy no le parecía un enemigo. No paraba de gritar el nombre de Percy, llamándolo... ¿hermano?

—Huele más lejos —dijo el cíclope al perro, casi gimiendo—. ¿Por qué huele más lejos?

—¡GUAU! —ladró el perro, y el sueño de Percy volvió a cambiar.

Vio una cadena de montañas nevadas tan altas que hendían las nubes. El rostro durmiente de Gaia apareció entre las sombras de las rocas.

«Qué peón más valioso —dijo en tono tranquilizador—. No temas, Percy Jackson. ¡Ven al norte! Tus amigos morirán, pero a ti te protegeré de momento. Tengo grandes planes para ti.»

En un valle situado entre las montañas había un enorme campo de hielo. El borde descendía hasta el mar, decenas de metros por debajo, y las capas de escarcha se desmenuzaban en el agua. Sobre el hielo había un campamento de la legión: baluartes, fosos, torres, barracones, idéntico al Campamento Júpiter solo que tres veces más grande. En el cruce de caminos a las afueras del *principia*, una figura vestida con una túnica oscura se hallaba sujeta con grilletes al hielo. Percy desplazó la vista más allá de él, hasta el cuartel general. Allí, en la penumbra, había un gigante todavía más grande que Polibotes. Su piel emitía destellos dorados. Expuestos detrás

de él se encontraban los estandartes manchados y helados de una legión romana, incluida la gran águila dorada con sus alas desplegadas.

«Te esperamos —tronó la voz del gigante—. Mientras avanzas a tientas hacia el norte tratando de encontrarme, mis ejércitos destruirán tus preciosos campamentos, primero los romanos y luego los otros. No puedes vencer, pequeño semidiós.»

Percy se despertó de una sacudida bajo la fría y gris luz del día. La lluvia le caía sobre la cara.

—Y yo creía que dormía profundamente —dijo Hazel—. Bienvenido a Portland.

Percy se incorporó y parpadeó. La escena que le rodeaba era tan distinta de la de su sueño que no estaba seguro de cuál era real. El *Pax* flotaba sobre un río negro como el hierro que atravesaba el centro de una ciudad. En el cielo había nubarrones bajos. La lluvia fría era tan ligera que parecía suspendida en el aire. A la izquierda de Percy había almacenes industriales y vías de ferrocarril. A su derecha, una pequeña zona céntrica: un grupo de torres de aspecto casi acogedor entre las orillas del río y una hilera de colinas boscosas cubiertas de neblina.

Percy se espabiló frotándose los ojos con la manga.

—¿Cómo hemos llegado aquí?

Frank le lanzó una mirada en plan «No te lo vas a creer».

—La orca nos llevó hasta el río Columbia. Luego le pasó el arnés a un par de esturiones de tres metros.

Percy creyó que Frank había dicho «centuriones». Visualizó una extraña imagen de unos gigantescos soldados romanos con casco y penacho arrastrando el bote río arriba. Entonces cayó en la cuenta de que Frank se refería a unos esturiones, los peces. Se alegró de no haber dicho nada. Habría sido bastante embarazoso, siendo él el hijo del dios del mar y todo eso.

—El caso es que los esturiones nos arrastraron mucho tiempo. Hazel y yo nos turnamos para dormir. Entonces llegamos a este río...

—El Willamette —intervino Hazel.

—Eso es —dijo Frank—. Después de eso, el bote tomó el mando y nos trajo aquí solo. ¿Has dormido bien?

Mientras el *Pax* se deslizaba hacia el sur, Percy les contó sus sueños. Trató de centrarse en lo positivo: un buque de guerra podía estar en camino para prestar ayuda al Campamento Júpiter. Un cíclope amistoso y un perro gigantesco lo estaban buscando. No mencionó lo que Gaia había dicho: «Tus amigos morirán».

Cuando Percy describió el fuerte romano sobre el hielo, Hazel puso cara de preocupación.

—Así que Alcioneo está en un glaciar —dijo—. Eso no limita mucho las posibilidades. Alaska tiene cientos.

Percy asintió con la cabeza.

—A lo mejor ese tal Fineas puede decirnos en cuál está.

El bote atracó en un embarcadero. Los tres semidioses contemplaron los edificios del lloviznoso centro de Portland.

Frank se quitó la lluvia de su pelo cortado al rape.

—Así que ahora tenemos que buscar a un ciego bajo la lluvia —dijo Frank—. Sí, señor.

Percy

No fue tan difícil como pensaban. Los gritos y la desbrozadora fueron de ayuda.

Habían llevado forros polares ligeros con las provisiones, de modo que se abrigaron contra la fría lluvia y recorrieron varias manzanas por las calles casi desiertas. Esa vez Percy fue listo y sacó la mayoría de sus provisiones del bote. Incluso se metió la cecina macrobiótica en el bolsillo de la chaqueta, por si necesitaba amenazar a otra orca.

Vieron tráfico de bicicletas y a unos cuantos mendigos acurrucados en portales, pero la mayoría de los ciudadanos de Portland parecían estar en sus casas.

Mientras avanzaban por Glisan Street, Percy miraba con anhelo a la gente que tomaba café y pastas en las cafeterías. Estaba a punto de proponer que pararan a desayunar cuando oyó una voz calle abajo gritando: ¡¡A! ¡CHUPAOS ESA, ESTÚPIDAS GALLINAS!, seguida del ruido de un pequeño motor y muchos graznidos.

Percy lanzó una mirada a sus amigos.

—¿Creéis que...?

—Probablemente —convino Frank.

Corrieron en dirección a los sonidos.

Cuando recorrieron la siguiente manzana, encontraron un gran aparcamiento abierto con aceras bordeadas de árboles e hileras de camiones de venta de comida orientados hacia las calles en los cuatro lados. Percy había visto camiones de comida antes, pero nunca tantos en un mismo sitio. Algunos eran simples cajas metálicas blancas sobre ruedas, con toldos y barras para servir. Otros estaban pintados de azul o de morado, o con dibujos de puntos, provistos de grandes letreros en la parte de delante, coloridos tableros con los menús y mesas como los cafés de autoservicio con terraza. Uno anunciaba tacos de fusión coreano-brasileña, un plato que parecía pertenecer a una forma de cocina radiactiva de alto secreto. Otro ofrecía pinchos de sushi. Un tercero vendía sándwiches de helado fritos en abundante aceite. El olor era increíble: docenas de cocinas distintas cocinando al mismo tiempo.

A Percy le empezaron a rugir las tripas. La mayoría de los carritos de comida estaban abiertos, pero apenas había clientes. ¡Podían comprar lo que les viniera en gana! ¿Sándwiches de helado fritos? Tío, eso sonaba mucho mejor que el germen de

trigo.

Lamentablemente, la comida no era la única actividad del lugar. En el centro del aparcamiento, detrás de todos los camiones, un viejo con bata corría de un lado al otro con una desbrozadora, gritando a una bandada de mujeres pájaro que trataban de robar comida de una mesa de picnic.

—Arpías —dijo Hazel—. Lo que significa...

—Es Fineas —aventuró Frank.

Cruzaron la calle corriendo y se apretujaron entre el camión de comida coreano-brasileña y un vendedor ambulante chino que ofrecía burritos de huevo duro.

Las partes traseras de los camiones no eran ni mucho menos tan apetitosas como las delanteras. Estaban llenas de montones de cubos de plástico, cubos de basura llenos a rebosar e improvisadas cuerdas para tender de las que colgaban delantales y toallas mojadas. El aparcamiento no era más que un cuadrado de asfalto agrietado cubierto de malas hierbas. En medio había una mesa de picnic con montañas de comida de los distintos camiones.

El hombre de la bata era viejo y gordo. Estaba casi totalmente calvo y tenía cicatrices que le recorrían la frente y un cerco de pelo blanco fibroso. Su bata estaba salpicada de ketchup, y no paraba de andar dando traspiés con unas zapatillas de conejitos rosa cubiertas de pelusa, blandiendo su desbrozadora de gas con intención de atacar a la media docena de arpías que planeaban sobre su mesa de picnic.

Era evidente que estaba ciego. Tenía los ojos de un blanco lechoso, y por lo general no acertaba a las arpías ni de lejos, pero las estaba rechazando con éxito.

—¡Atrás, sucias gallinas! —rugió.

Percy no sabía por qué, pero tenía la vaga noción de que las arpías solían ser rollizas. En cambio, aquellas parecían estar muriéndose de hambre. Sus rostros humanos tenían los ojos hundidos y las mejillas chupadas. Sus cuerpos estaban cubiertos de plumas mohosas, y sus alas tenían unas diminutas manos arrugadas en los extremos. Llevaban unos andrajosos sacos de arpillera a modo de vestidos. Cuando se lanzaban en picado a por la comida, parecían más desesperadas que furiosas. A Percy le daban lástima.

¡ZAS! El anciano blandió su desbrozadora. Rozó las alas de una arpía. La arpía chilló de dolor y se marchó revoloteando, soltando plumas amarillas mientras volaba.

Una arpía daba vueltas más alto que el resto. Parecía más joven y más pequeña que las otras, con alas de vivo color rojo. Buscaba con cuidado un hueco, y cuando el anciano volvió la espalda, se lanzó en picado sobre la mesa. Agarró un burrito con sus patas con garras, pero antes de que pudiera escapar, el ciego blandió su desbrozadora y le golpeó en la espalda tan fuerte que Percy hizo una mueca. La arpía chilló, soltó el burrito y se fue volando.

—¡Basta! —gritó Percy.

Las arpías lo entendieron mal. Miraron a los tres semidioses y huyeron de inmediato. La mayoría se marcharon revoloteando y se posaron en los árboles que rodeaban el cuadrado, mirando despectivamente la mesa de picnic. La de las plumas rojas con la espalda herida se fue volando de forma inestable por Glisan Street y desapareció.

—¡Ja!

El ciego gritó en tono triunfal y apagó su desbrozadora. Sonrió con gesto ausente en dirección a Percy.

—¡Gracias, extranjeros! Agradezco mucho vuestra ayuda.

Percy contuvo su ira. No pretendía ayudar al anciano, pero se acordó de que necesitaban que les proporcionara información.

—No se merecen —se acercó al viejo, sin perder de vista la desbrozadora—. Soy Percy Jackson. Este es...

—¡Semidioses! —dijo el anciano—. Siempre huelo a los semidioses.

Hazel frunció el entrecejo.

—¿Tan mal olemos?

El anciano se echó a reír.

—Claro que no, querida. Pero os sorprendería lo mucho que se agudizaron mis otros sentidos cuando me quedé ciego. Soy Fineas. Y tú... no me lo digas...

Alargó la mano para tocar la cara de Percy y le metió los dedos en los ojos.

—¡Ay! —se quejó Percy.

—¡Hijo de Neptuno! —exclamó Fineas—. He olido el mar en ti, Percy Jackson. Yo también soy hijo de Neptuno, ¿sabes?

—Eh... sí. Vale.

Percy se frotó los ojos. Tenía que tocarle a él estar emparentado con aquel viejo mugriento. Esperaba que todos los hijos de Neptuno no tuvieran la misma suerte. Primero, empiezas llevando un bolso para hombre, y antes de que te des cuenta, estás corriendo de aquí para allá en bata y zapatillas de conejitos rosa, persiguiendo gallinas con una desbrozadora.

Fineas se volvió hacia Hazel.

—Y aquí... Caramba, olor a oro y tierra profunda. Hazel Levesque, hija de Plutón. Y a tu lado... el hijo de Marte. Pero tu historia no acaba ahí, Frank Zhang...

—Sangre ancestral —murmuró Frank—. El príncipe de Pilos. Bla, bla, bla.

—¡Periclímeno, exacto! Oh, era un buen tipo. ¡Yo adoraba a los argonautas!

Frank se quedó boquiabierto.

—Un... un momento. ¿Peri qué?

Fineas sonrió.

—No te preocupes. Sé lo de tu familia. ¿Y la historia de tu abuelo? En realidad, él no destruyó el campamento. Vaya, qué grupo más interesante. ¿Tenéis hambre?

Frank se quedó como si lo hubiera atropellado un camión, pero Fineas ya había pasado a otros asuntos. Señaló con la mano la mesa de picnic. En los árboles cercanos, las arpías chillaban con desconsuelo. Pese al hambre que Percy tenía, no soportaba la idea de comer siendo observado por aquellas pobres mujeres pájaro.

—Oiga, estoy confundido —dijo Percy—. Necesitamos información. Nos dijeron...

—... que las arpías me estaban robando la comida —concluyó Fineas—, y que si me ayudabais, yo os ayudaría a vosotros.

—Algo por el estilo —admitió Percy.

Fineas se rió.

—Eso era antes. ¿Tengo aspecto de no comer?

Se tocó la barriga, que tenía el tamaño de un balón de baloncesto demasiado hinchado.

—Pues... no —dijo Percy.

Fineas agitó su desbrozadora con un amplio gesto. Los tres se agacharon.

—¡Las cosas han cambiado, amigos míos! —dijo—. Cuando recibí el don de la profecía, hace una eternidad, es cierto que Júpiter me maldijo. Envió a las arpías para que me robaran la comida. Yo era un bocazas, ¿sabéis? Revelaba demasiados secretos que a los dioses les interesaba guardar —se volvió hacia Hazel—. Por ejemplo, tú deberías estar muerta. Y tú... —Se volvió hacia Frank—. Tu vida depende de un palo quemado.

Percy frunció el entrecejo.

—¿De qué está hablando?

Hazel parpadeó como si le hubieran dado una bofetada. A Frank se le quedó la cara como si el camión hubiera dado marcha atrás y hubiera vuelto a atropellarlo.

—Y tú —Fineas se volvió hacia Percy—, ¡tú ni siquiera sabes quién eres! Yo podría decírtelo, claro, pero... ¡Ja! ¿Qué gracia tendría? Y Brigid O'Shaughnessy disparó a Miles Archer en *El halcón maltés*. Y Darth Vader es en realidad el padre de Luke. Y el ganador de la próxima Super Bowl será...

—Entendido —murmuró Frank.

Hazel agarró su espada como si estuviera tentada de golpear al anciano.

—Así que usted hablaba demasiado, y los dioses lo maldijeron. ¿Por qué le quitaron la maldición?

—¡Oh, no me la quitaron! —El anciano arqueó sus cejas pobladas como diciendo: «¿Os lo podéis creer?»—. Tuve que hacer un trato con los argonautas. Ellos también querían información, ¿sabéis? Les dije que si mataban a las arpías, colaboraría con ellos. Se llevaron a esas asquerosas criaturas, pero Iris no les dejó matar a las arpías. ¡Qué escándalo! Así que esta vez, cuando mi patrona me resucitó...

—¿Su patrona? —preguntó Frank.

Fineas le dedicó una sonrisa pícara.

—Gaia, por supuesto. ¿Quién crees que ha abierto las Puertas de la Muerte? Tu novia sí que está al tanto. ¿Es Gaia tu patrona también?

Hazel desenvainó su espada.

—Yo no soy su... Yo no... ¡Gaia no es mi patrona!

Fineas parecía divertido. Si había oído el sonido de la espada siendo desenvainada, no parecía preocupado.

—Muy bien, si queréis ser nobles y quedaros con el bando de los perdedores, es asunto vuestro. Pero Gaia está despertando. ¡Ha reescrito las normas de la vida y la muerte! Yo vuelvo a estar vivo, y a cambio de mi ayuda (una profecía aquí, una profecía allá), he visto cumplido mi deseo más ferviente. Las tornas se han vuelto, por así decirlo. Ahora puedo comer todo lo que me venga en gana, durante todo el día, y las arpías tienen que mirar y morir de hambre.

Encendió su desbrozadora, y las arpías gimieron en los árboles.

—¡Están malditas! —dijo el anciano—. Solo pueden comer de mi mesa, y no pueden marcharse de Portland. Y como las Puertas de la Muerte están abiertas, ni siquiera pueden morir. ¡Es maravilloso!

—¿Maravilloso? —protestó Frank—. Son seres vivos. ¿Por qué es tan malo con ellas?

—¡Son monstruos! —dijo Fineas—. ¿Malo? ¡Esos demonios con cabeza de chorlito me atormentaron durante años!

—Pero era su deber —repuso Percy, tratando de controlarse—. Júpiter se lo ordenó.

—Oh, también estoy enfadado con Júpiter —dijo Fineas—. Con el tiempo, Gaia se asegurará de que los dioses reciban el castigo que se merecen. Han hecho una labor horrible gobernando el mundo. Pero de momento me lo estoy pasando bien en Portland. Los mortales no me prestan atención. ¡Creen que solo soy un loco espantando a unas palomas!

Hazel avanzó hacia el vidente.

—¡Es usted terrible! —le dijo a Fineas—. ¡Debería estar en los Campos de Castigo!

Fineas se rió burlonamente.

—De muerto a muerta, chiquilla. Tú no deberías hablar. Tú empezaste todo esto. ¡De no haber sido por ti, Alcioneo no estaría vivo!

Hazel retrocedió dando traspiés.

—¿Hazel? —Frank abrió los ojos como platos—. ¿De qué está hablando?

—¡Ja! —dijo Fineas—. Lo descubrirás dentro de poco, Frank Zhang. Entonces veremos si sigues siendo tan bueno con tu novia. Pero no estáis aquí por eso, ¿verdad? Queréis encontrar a Tánatos. Está retenido en la guarida de Alcioneo. Puedo

deciros dónde está. Desde luego que sí. Pero tendréis que hacerme un favor.

—Olvídelo —le espetó Hazel—. Usted trabaja para el enemigo. Deberíamos devolverlo al inframundo.

—Podríais intentarlo —Fineas sonrió—. Pero dudo que siguiera muerto mucho tiempo. Verás, Gaia me ha enseñado el camino de vuelta rápido. ¡Y ahora que Tánatos está encadenado, no hay nadie que me retenga! Además, si me matáis, os quedaréis sin mis secretos.

Percy estaba tentado de dejar que Hazel usara su espada. De hecho, tenía ganas de estrangular al anciano él mismo.

«El Campamento Júpiter —se dijo—. Salvar el campamento es más importante.» Se acordó de Alcioneo, provocándolo en sueños. Si perdían el tiempo buscando la guarida del gigante en Alaska, los ejércitos de Gaia destruirían a los romanos... y a los otros amigos de Percy, quienesquiera que fuesen.

Apretó los dientes.

—¿Cuál es el favor?

Fineas se lamió los labios ávidamente.

—Hay una arpía más rápida que el resto.

—La roja —aventuró Percy.

—¡Estoy ciego! ¡No distingo los colores! —se quejó el anciano—. El caso es que ella es la única que me da problemas. Es astuta. Siempre se sale con la suya y nunca se posa con las otras. Ella es la que me hizo esto.

Señaló las cicatrices de su frente.

—Capturad a esa arpía —dijo—. Traédmela. La quiero atada donde pueda echarle el ojo... por así decirlo. Las arpías no soportan que las aten. Les provoca un dolor extremo. Sí, disfrutaré con eso. Tal vez incluso le dé de comer para que dure más.

Percy miró a sus amigos. Llegaron a un acuerdo silencioso: jamás ayudarían a ese anciano repulsivo. Por otra parte, tenían que conseguir la información de la que disponía. Necesitaban un plan B.

—Habladlo entre vosotros —dijo Fineas despreocupadamente—. No me importa. Pero recordad que, sin mi ayuda, vuestra misión fracasará. Y todos vuestros seres queridos morirán. ¡Y ahora largaos! ¡Traedme una arpía!

Percy

—Necesitaremos parte de su comida.

Percy se abrió paso a empujones alrededor del anciano y cogió platos de la mesa de picnic: un cuenco tapado de fideos al estilo tailandés con salsa de macarrones y queso, y una pasta en forma de tubo que parecía una mezcla de burrito y bollo de canela.

Antes de perder el control y estamparle el burrito en la cara a Fineas, Percy dijo:

—Vamos, chicos.

Se llevó a sus amigos fuera del aparcamiento.

Se detuvieron al otro lado de la calle. Percy respiró hondo, tratando de calmarse. La lluvia había disminuido hasta convertirse en una débil llovizna. La fría niebla resultaba agradable en contacto con su cara.

—Ese hombre... —Hazel golpeó el lateral del banco de una parada de autobús—. Merece morir. Otra vez.

Era difícil de apreciar bajo la lluvia, pero parecía que estuviera parpadeando para contener las lágrimas. Su largo cabello rizado estaba pegado a los lados de su cara. A la luz grisácea, sus ojos dorados parecían de hojalata.

Percy recordó la seguridad con la que Hazel había actuado cuando se habían conocido, controlando la situación con las gorgonas y poniéndolo a salvo. Ella lo había consolado en el templo de Neptuno y le había hecho sentirse bien recibido en el campamento.

Ahora quería devolverle el favor, pero no sabía cómo. Ella parecía perdida, abandonada y verdaderamente deprimida.

A Percy no le sorprendió que hubiera vuelto del inframundo. Lo había sospechado en algún momento por la forma en que ella evitaba hablar de su pasado y por lo reservado y cauteloso que se había mostrado Nico di Angelo.

Pero eso no cambiaba cómo Percy la veía. Ella parecía... viva, como una chica de buen corazón normal y corriente, que merecía crecer y tener un futuro. Ella no era un demonio como Fineas.

—Lo venceremos —prometió Percy—. Él no es como tú, Hazel. Me da igual lo que diga.

Ella negó con la cabeza.

—No conoces toda la historia. Deberían haberme mandado a los Campos de Castigo. Yo... yo soy igual de mala...

—¡No, no lo eres!

Frank cerró los puños. Miró a su alrededor como si estuviera buscando a alguien que no estuviera de acuerdo con él: un enemigo al que pudiera pegar en defensa de Hazel.

—¡Ella es buena persona! —gritó a través de la calle.

Unas cuantas arpías chillaron en los árboles, pero nadie más les prestó atención.

Hazel miró fijamente a Frank. Alargó la mano tímidamente, como si quisiera cogerle la mano pero temiera que se evaporara.

—Frank... —dijo tartamudeando—. Yo... yo no...

Lamentablemente, Frank parecía absorto en sus pensamientos.

Cogió su lanza de la mochila y la agarró de manera insegura.

—Podría intimidar a ese viejo —propuso—, asustarle...

—Tranquilo, Frank —dijo Percy—. Reservémoslo como plan alternativo, pero no creo que podamos amedrentar a Fineas para que colabore. Además, solo puedes usar la lanza dos veces más, ¿no?

Frank miró ceñudo la punta de diente de dragón, que había crecido por completo de la noche a la mañana.

—Sí. Supongo...

Percy no sabía lo que el viejo vidente había querido decir con respecto a la historia de la familia de Frank: la destrucción del campamento por parte de su abuelo, su antepasado argonauta y la parte del palo quemado que controlaba la vida del chico. Pero estaba claro que había dejado conmovido a Frank. Percy decidió no pedir explicaciones. No quería hacer llorar al grandullón, y menos delante de Hazel.

—Tengo una idea —Percy señaló calle arriba—. La arpía de plumas rojas se ha ido en esa dirección. A ver si podemos conseguir que hable con nosotros.

Hazel miró la comida que Percy tenía en las manos.

—¿Vas a usar eso como cebo?

—Más bien como prenda de paz —dijo Percy—. Vamos. No dejéis que las otras arpías roben la comida, ¿vale?

Percy destapó los fideos y desenvolvió el burrito de canela. Un oloroso vapor flotó en el aire. Recorrieron la calle; Hazel y Frank con las armas en ristre. Las arpías revoloteaban detrás de ellos, posándose en árboles, buzones y astas de bandera, siguiendo el olor de la comida.

Percy se preguntaba qué veían los mortales a través de la Niebla. Tal vez pensaban que las arpías eran palomas y las armas palos de hockey o algo por el estilo. Tal vez simplemente pensaban que la salsa de macarrones y queso estaba tan buena

que necesitaba una escolta armada.

Percy tenía bien agarrada la comida. Había visto la rapidez con la que las arpías podían arrebatarse cosas. No quería perder su prenda de paz antes de encontrar a la arpía de las plumas rojas.

Por fin la vio, dando vueltas sobre una parcela de parque que recorría varias manzanas entre hileras de viejos edificios de piedra. Unos senderos se extendían a través del parque bajo enormes arcos y olmos, por delante de esculturas, zonas de recreo y bancos sombreados. El lugar recordaba a Percy... otro parque. ¿Tal vez de su ciudad natal? No se acordaba, pero le hacía sentir nostalgia.

Cruzaron la calle y encontraron un banco en el que sentarse al lado de una gran escultura de bronce de un elefante.

—Se parece a Aníbal —dijo Hazel.

—Solo que este es chino —dijo Frank—. Mi abuela tiene uno de esos —se estremeció—. O sea, el suyo no mide tres metros y medio de alto. Importa cosas... de China. Somos chinos —miró a Hazel y a Percy, que estaban haciendo esfuerzos por no reírse—. Creo que me voy a morir de la vergüenza.

—No te preocupes, tío —dijo Percy—. A ver si podemos hacernos amigos de la arpía.

Levantó los fideos y ventiló el olor hacia arriba: pimienta picante y abundante queso. La arpía roja empezó a dar vueltas más bajo.

—No te haremos daño —la llamó Percy en un tono de voz normal—. Solo queremos hablar. Fideos a cambio de la oportunidad de hablar, ¿vale?

La arpía descendió a toda velocidad en un destello rojo y se posó sobre la estatua del elefante.

Estaba tan flaca que daba pena. Sus patas plumosas eran como palos. Su cara habría sido bonita de no haber sido por sus mejillas hundidas. Se meneaba con bruscos espasmos de pájaro; sus ojos marrón café se movían rápida e incansablemente, y sus dedos arañaban su plumaje, sus lóbulos y su greñado pelo rojo.

—Queso —murmuró, mirando de reojo—. A Ella no le gusta el queso.

Percy vaciló.

—¿Te llamas Ella?

—Ella. Aella. «Arpía.» En vuestro idioma. En latín. A Ella no le gusta el queso.

Dijo todo eso sin respirar una sola vez ni establecer contacto visual. Sus manos intentaban agarrar su pelo, su vestido de arpilleras, las gotas de lluvia, cualquier cosa que se moviera.

De repente, la arpía se abalanzó con tal rapidez que a Percy no le dio tiempo a parpadear, agarró el burrito de canela y apareció de nuevo sobre el elefante.

—¡Dioses, es muy rápida! —dijo Hazel.

—Y va a tope de cafeína —aventuró Frank.

Ella olfateó el burrito. Mordisqueó el borde y se estremeció de la cabeza a las patas, graznando como si se estuviera muriendo.

—La canela es buena —pronunció—. Buena para las arpías. Ñam, ñam.

Empezó a comer, pero las arpías más grandes se lanzaron en picado. Antes de que Percy pudiera reaccionar, empezaron a golpear a Ella con sus alas, intentando arrebatarse el burrito.

—Nnnnnnooo —Ella trató de esconderse bajo sus alas mientras sus hermanas se unían contra ella, arañándola con sus garras—. N-no —dijo tartamudeando—. ¡N-no!

—¡Basta! —gritó Percy.

Él y sus amigos corrieron a ayudarla, pero era demasiado tarde. Una gran arpía amarilla agarró el burrito, y toda la bandada se dispersó, dejando a Ella encogida y temblando sobre el elefante.

Hazel tocó la pata de la arpía.

—Lo siento mucho. ¿Estás bien?

Ella sacó la cabeza de debajo de las alas. Todavía estaba temblando. Estaba encorvada, y Percy pudo apreciar el tajo sangrante que tenía en la espalda, en la zona donde Fineas le había dado con la desbrozadora. Se toqueteó las plumas, arrancándose penachos de plumaje.

—Ella pe-pequeña —dijo tartamudeando airadamente—. Ella dé-débil. No hay canela para Ella. Solo queso.

Frank miró con el ceño fruncido al otro lado de la calle, donde las otras arpías estaban posadas en un arce, haciendo pedazos el burrito.

—Te traeremos otra cosa —le prometió.

Percy dejó los fideos. Era consciente de que Ella era distinta, incluso para una arpía. Pero después de ver cómo se habían metido con ella, estaba seguro de una cosa: pasara lo que pasase, la ayudaría.

—Ella, queremos ser tus amigos —dijo—. Podemos traerte más comida, pero...

—Amigos. *Friends* —dijo Ella—. Diez temporadas. De 1994 a 2004 —miró de soslayo a Percy y acto seguido miró al aire y empezó a recitar a las nubes—. «Un mestizo de los dioses más antiguos, cumplirá dieciséis contra viento y marea.» Dieciséis. Tú tienes dieciséis años. Página dieciséis, *Domine el arte de la cocina francesa*. Ingredientes: beicon, mantequilla.

A Percy le resonaban los oídos. Estaba mareado, como si se hubiera sumergido treinta metros bajo el agua y hubiera vuelto a subir.

—Ella... ¿qué es lo que has dicho?

—Beicon —la arpía atrapó una gota de lluvia del aire—. Mantequilla.

—No, antes. Esos versos... Yo conozco esos versos.

Al lado de Percy, Hazel se estremeció.

—A mí también me suenan, como... No sé, como una profecía. Tal vez se lo haya oído decir a Fineas.

Al oír el nombre de Fineas, Ella se puso a graznar presa del terror y se marchó volando.

—¡Espera! —gritó Hazel—. No quería... Oh, dioses, qué tonta soy.

—No pasa nada —Frank señaló con el dedo—. Mira.

Ella ya no se movía tan rápido. Ascendió aleteando hasta lo alto de un edificio de ladrillo rojo de tres pisos y desapareció correteando por encima del tejado. Una pluma roja cayó balanceándose a la calle.

—¿Creéis que es su nido? —Frank miró el letrero del edificio entornando los ojos—. ¿Biblioteca del Condado de Multnomah?

Percy asintió con la cabeza.

—Vamos a ver si está abierta.

Cruzaron la calle corriendo y entraron en el vestíbulo.

Una biblioteca no habría sido la primera opción de Percy a la hora de elegir lugares de visita. Con su dislexia, ya tenía suficientes problemas para leer los letreros. ¿Un edificio entero lleno de libros? Parecía tan divertido como la tortura de la gota china o que te sacaran los dientes.

Mientras atravesaban trotando el vestíbulo, Percy se imaginó que a Annabeth le gustaría ese sitio. Era espacioso y estaba radiantemente iluminado, con grandes ventanas abovedadas. Libros y arquitectura, sin duda a ella...

Se paró en seco.

—¿Percy? —dijo Frank—. ¿Qué pasa?

Percy intentó desesperadamente concentrarse. ¿De dónde habían salido esos pensamientos? Arquitectura, libros... Annabeth lo había llevado una vez a la biblioteca, en su hogar en... en... El recuerdo se desvaneció. Percy dio un puñetazo en el lateral de una estantería.

—¿Percy? —dijo Hazel suavemente.

Estaba tan enfadado, tan defraudado con sus recuerdos perdidos, que le entraron ganas de dar otro puñetazo a una estantería, pero las caras de preocupación de sus amigos lo llevaron de vuelta al presente.

—Estoy... estoy bien —mintió—. Solo me he mareado un momento. Busquemos una forma de llegar al tejado.

Les llevó un rato, pero por fin encontraron una escalera con acceso al tejado. En lo alto había una puerta con una alarma de vibración, pero alguien había puesto un ejemplar de *Guerra y paz* para que no se cerrara.

En el exterior, Ella se encontraba acurrucada en un nido de libros bajo un refugio de cartón improvisado.

Percy y sus amigos avanzaron despacio, procurando no asustarla. Ella no les prestó atención. Se toqueteaba las plumas y murmuraba, como si estuviera ensayando sus frases para una obra de teatro.

Percy se situó a un metro y medio de distancia y se arrodilló.

—Hola. Sentimos haberte asustado. Oye, no tenemos mucha comida, pero...

Sacó un poco de cecina macrobiótica del bolsillo. Ella se abalanzó y se la arrebató en el acto. Se acurrucó de nuevo en su nido, olfateando la cecina, pero suspiró y la tiró.

—N-no es no de su mesa. Ella no puede comer. Lástima. La cecina sería buena para las arpías.

—No es de... Ah, vale —dijo Percy—. Es parte de la maldición. Solo puedes tomar su comida.

—Tiene que haber una forma —dijo Hazel.

—«Fotosíntesis» —murmuró Ella—. «Nombre. Biología. Síntesis de materiales orgánicos complejos.» «Era el mejor de los tiempos, era el peor de los tiempos, la edad de la sabiduría, y también de la locura...»

—¿Qué está diciendo? —susurró Frank.

Percy se quedó mirando el montón de libros que había alrededor de ella. Todos parecían viejos y mohosos. Algunos tenían el precio escrito con rotulador en la portada, como si la biblioteca se hubiera deshecho de ellos liquidándolos.

—Está citando libros —se figuró Percy.

—*Almanaque del granjero de 1965*. «Empiece a criar animales, veintiséis de enero.»

—Ella, ¿has leído todos estos libros? —dijo.

Ella parpadeó.

—Más. Más abajo. Palabras. Las palabras tranquilizan a Ella. Palabras, palabras, palabras.

Percy escogió un libro al azar: un ejemplar destrozado de *Historia de la hípica*.

—Ella, ¿te acuerdas del tercer párrafo de la página sesenta y dos...?

—«Secretariat —dijo ella al instante—, el favorito por tres a dos en el Derby de Kentucky de 1973, batió el récord de pista con uno cincuenta y cinco y dos quintos.»

Percy cerró el libro. Le temblaban las manos.

—Palabra por palabra.

—Es increíble —dijo Hazel.

—Es una gallina genial —convino Frank.

Percy se sentía inquieto. Estaba empezando a hacerse una idea de por qué Fineas quería capturar a Ella, y no era porque le hubiera arañado. Percy recordó el verso que la arpía había recitado: «Un mestizo de los dioses más antiguos». Estaba seguro de que hacía referencia a él.

—Ella, vamos a encontrar una manera de romper la maldición —dijo—. ¿Te gustaría?

—Es imposible. «It's Impossible» —contestó la arpía—. Grabada en inglés por Perry Como en 1970.

—No hay nada imposible —dijo Percy—. Mira, voy a decir su nombre. No tienes por qué huir. Vamos a salvarte de la maldición. Solo tenemos que descubrir una forma de vencer a... Fineas.

Esperó a que ella escapara, pero la arpía se limitó a negar vigorosamente con la cabeza.

—¡N-n-no! Fineas, no. Ella es rápida. Demasiado rápida para él. Pe-pero él quiere en-encadenar a Ella. Él hace daño a Ella.

Trató de llegar al corte de la espalda.

—Frank, ¿tienes el material de primeros auxilios? —preguntó Percy.

—Ahora mismo.

Frank sacó un termo lleno de néctar y explicó sus propiedades curativas a Ella. Cuando se acercó a la arpía, esta retrocedió y empezó a chillar. Entonces Hazel lo intentó, y Ella dejó que le echara un poco de néctar en la espalda. La herida empezó a cerrarse.

Hazel sonrió.

—¿Lo ves? Eso está mejor.

—Fineas es malo —insistió Ella—. Y las desbrozadoras. Y el queso.

—Desde luego —convino Percy—. No le permitiremos que te vuelva a hacer daño. Pero tenemos que averiguar cómo engañarlo. Las arpías debéis de conocerlo mejor que nadie. ¿Hay algún truco que podamos usar para engañarlo?

—N-no —dijo Ella—. Los trucos son para los niños. *Cincuenta trucos para enseñarle a su perro*, de Sophie Collins, llame al número seis, tres, seis...

—Está bien, Ella —Hazel habló en tono tranquilizador, como si estuviera intentando apaciguar a un caballo—. Pero ¿tiene Fineas alguna debilidad?

—Ciego. Está ciego.

Frank puso los ojos en blanco, pero Hazel continuó pacientemente.

—Vale. ¿Y además de eso?

—Azar —dijo ella—. Los juegos de azar. Doble contra sencillo. Pocas posibilidades. Apostar o retirarse.

A Percy se le levantó el ánimo.

—¿Quieres decir que es aficionado al juego?

—Fineas ve las cosas importantes. Profecías. Destinos. Cosas divinas. No las cosas pequeñas. Aleatorias. Emocionantes. Y está ciego.

Frank se frotó la barbilla.

—¿Tenéis alguna idea de lo que quiere decir?

Percy observó como la arpía se toqueteaba su vestido de arpillera. Le daba una lástima tremenda, pero también estaba empezando a darse cuenta de lo lista que era.

—Creo que ya lo pillo —dijo—. Fineas ve el futuro. Está al tanto de muchos acontecimientos importantes. Pero no puede ver las cosas pequeñas, como los sucesos que ocurren aleatoriamente o los juegos de azar espontáneos. Eso hace que jugar le resulte emocionante. Si podemos tentarlo para que haga una apuesta...

Hazel asintió con la cabeza lentamente.

—De forma que si perdiera, tuviera que decirnos dónde está Tánatos. Pero ¿qué tenemos para apostar? ¿A qué jugamos?

—A algo sencillo con apuestas elevadas —dijo Percy—. Por ejemplo, dos opciones. Vivir o morir. Y el precio tiene que ser algo que Fineas quiera... O sea, aparte de Ella. Eso está descartado.

—La vista —murmuró Ella—. La vista es buena para los ciegos. Curar... no, no. Gaia no piensa hacer eso por Fineas. Gaia mantiene a Fineas ciego para que dependa de Gaia. Sí.

Frank y Percy se cruzaron una mirada elocuente.

—La sangre de gorgona —dijeron al unísono.

—¿Qué? —preguntó Hazel.

Frank sacó los dos frascos de cerámica que había cogido del Pequeño Tíber.

—Ella es un genio —dijo Frank—. Salvo si la palmamos.

—No te preocupes por eso —dijo Percy—. Tengo un plan.

Percy

El anciano estaba en el mismo sitio donde lo habían dejado, en medio del aparcamiento lleno de camiones de venta de comida. Estaba sentado en su banco de picnic con sus zapatillas de conejitos apoyadas en alto, comiendo un plato de grasiento kebab. La desbrozadora estaba a su lado. Tenía la bata manchada de salsa de barbacoa.

—¡Bienvenidos! —gritó alegremente—. Oigo el aleteo de unas alitas nerviosas. ¿Me habéis traído a mi arpía?

—Está aquí —dijo Percy—. Pero no es suya.

Fineas se chupó la grasa de los dedos. Sus ojos lechosos parecían fijos en un punto situado justo encima de la cabeza de Percy.

—Ya veo... Bueno, en realidad estoy ciego, así que no veo nada. Entonces ¿habéis venido a matarme? Si es así, buena suerte en vuestra misión.

—He venido a jugar.

La boca del anciano se movió nerviosamente. Dejó el kebab y se inclinó hacia Percy.

—Un juego..., qué interesante. ¿Información a cambio de la arpía? ¿El ganador se lo lleva todo?

—No —contestó Percy—. La arpía no entra en el trato.

Fineas se rió.

—¿En serio? Tal vez no comprendas su valor.

—Es una persona —dijo Percy—. No está en venta.

—¡Venga ya! Eres del campamento romano, ¿verdad? Roma se construyó gracias a la esclavitud. No me vengas con esos aires de superioridad. Además, ni siquiera es humana. Es un monstruo. Un espíritu del viento. Una secuaz de Júpiter.

Ella graznó. Meterla en el aparcamiento había sido todo un reto, pero ahora empezó a retroceder murmurando:

—«Júpiter. Hidrógeno y helio. Sesenta y tres satélites.» Sin secuaces. No.

Hazel rodeó las alas de Ella con el brazo. Parecía la única que podía tocar a la arpía sin hacer que gritara y se retorciera.

Frank se quedó al lado de Percy. Tenía la lanza preparada, como si el anciano

pudiera atacarles.

Percy sacó los frascos de cerámica.

—Le propongo otra apuesta. Tengo dos frascos de sangre de gorgona. Uno mata. El otro cura. Son idénticos. Ni siquiera nosotros sabemos cuál es cuál. Si elige el correcto, podría curarle la ceguera.

Fineas alargó las manos con impaciencia.

—Déjame tocarlos. Déjame olerlos.

—No tan deprisa —dijo Percy—. Primero tiene que aceptar las condiciones.

—Condiciones... —Fineas respiraba entrecortadamente. Percy notó que estaba ansioso por aceptar la oferta—. Profecía y vista... Sería imparable. Podría ser el dueño de esta ciudad. Me construiría mi palacio aquí, rodeado de camiones de comida. ¡Podría atrapar a esa arpía yo mismo!

—N-nooo —dijo Ella con nerviosismo—. No, no, no.

Cuando llevas puestas unas zapatillas de conejitos rosa es difícil soltar una risa malvada, pero Fineas lo hizo lo mejor que pudo.

—Muy bien, semidiós. ¿Cuáles son tus condiciones?

—Elegiré un frasco —dijo Percy—. No podrá destaparlo ni oler antes de decidirse.

—¡No es justo! Estoy ciego.

—Y yo no tengo su sentido del olfato —replicó Percy—. Puede coger los frascos. Le juro por la laguna Estigia que son idénticos. Contienen exactamente lo que le he dicho: sangre de gorgona, un frasco del lado izquierdo del monstruo y otro del derecho. Y le juro que ninguno de nosotros sabe cuál es cuál.

Percy se giró hacia atrás para mirar a Hazel.

—Tú eres nuestra experta en el inframundo. Con todo el follón que se ha armado con la Muerte, ¿jurar algo por la laguna Estigia todavía compromete?

—Sí —respondió ella sin vacilar—. Romper un juramento como ese... Bueno, mejor no lo hagas. Hay cosas peores que la muerte.

Fineas se acarició la barba.

—Así que tengo que elegir qué frasco bebo y tú te bebes el otro. Juraremos beber al mismo tiempo.

—De acuerdo —dijo Percy.

—El que pierda muere, obviamente —dijo Fineas—. Esa clase de veneno probablemente me impediría resucitar... durante mucho tiempo, al menos. Mi esencia se dispersaría y se degradaría. Así que corro un gran riesgo.

—Pero si gana, lo conseguiré todo —dijo Percy—. Si yo muero, mis amigos jurarán dejarlo en paz y no vengarse. Recuperaría la vista, algo que ni siquiera Gaia está dispuesta a concederle.

La expresión del anciano se avinagró. Percy comprendió que había puesto el dedo

en la llaga. Fineas quería recuperar la vista. Por mucho que Gaia le hubiera dado, a él le molestaba que lo mantuviera en la oscuridad.

—Si pierdo, me moriré y no podré darte la información que buscas —dijo el anciano—. ¿De qué te servirá eso?

Percy se alegró de haber discutido detenidamente ese punto con sus amigos. Frank había propuesto la respuesta.

—Usted escribirá la ubicación de la guarida de Alcioneo por adelantado —dijo Percy—. Quédesela, pero jure por la laguna Estigia que es concreta y exacta. También tiene que jurar que si pierde y se muere, las arpías quedarán libres de su maldición.

—Es una apuesta muy arriesgada —gruñó Fineas—. Te enfrentas a la muerte, Percy Jackson. ¿No sería más fácil entregarme a la arpía?

—Esa opción no se contempla.

Fineas sonrió despacio.

—Así que estás empezando a comprender el valor que tiene. Cuando pueda ver, la atraparé yo mismo. Quien controle a esa arpía... Bueno, yo fui rey en el pasado. Esta apuesta podría convertirme otra vez en rey.

—Se está adelantando a los acontecimientos —advirtió Percy—. ¿Cerramos el trato?

Fineas se tocó la nariz pensativamente.

—No puedo predecir el resultado. Es un fastidio cómo funcionan estas cosas. Una apuesta totalmente inesperada... hace que el futuro sea confuso. Pero puedo asegurarte una cosa, Percy Jackson: un consejo gratis. Si sobrevives hoy, no te gustará tu futuro. Te aguarda un gran sacrificio, y no tendrás valor para hacerlo. Eso te costará caro. Al mundo le costará caro. Sería más fácil que eligieras el veneno.

Percy notó un sabor amargo en la boca, como el del té verde de Iris. Quería pensar que el anciano solo estaba poniéndolo nervioso, pero algo le decía que la predicción era cierta. Se acordó de la advertencia que le había hecho Juno cuando había decidido ir al Campamento Júpiter: «Sentirás más dolor, tristeza y pérdida de los que hayas experimentado jamás. Pero podrías tener una oportunidad de salvar a tus viejos amigos y a tu familia».

En los árboles que rodeaban el aparcamiento, las arpías se reunieron para mirar, como si intuyeran lo que estaba en juego. Frank y Hazel observaban el rostro de Percy con preocupación. Él les había asegurado que las probabilidades eran mejores que el cincuenta por ciento. Tenía un plan. Claro que podía salirle el tiro por la culata. Sus posibilidades de sobrevivir podrían ser de un ciento por ciento... o de cero. Él había omitido ese detalle.

—¿Cerramos el trato? —volvió a preguntar.

Fineas sonrió.

—Juro por la laguna Estigia que me atenderé a las condiciones, tal como me las has explicado. Frank Zhang, tú eres descendiente de un argonauta. Confío en tu palabra. Si gano, ¿juráis tú y tu amiga Hazel dejarme en paz y no vengaros?

Frank estaba cerrando los puños tan fuerte que Percy temió que partiera la lanza de oro, pero logró mascullar:

—Lo juro por la laguna Estigia.

—Yo también lo juro —dijo Hazel.

—Juro —murmuró Ella—. «No jures por la luna, esa inconstante.»

Fineas se rió.

—En ese caso, buscadme algo con lo que escribir. Empecemos de una vez.

Frank tomó prestada una servilleta y un bolígrafo a un vendedor de un camión. Fineas garabateó algo en la servilleta y se la metió en un bolsillo de la bata.

—Juro que esta es la ubicación de la guarida de Alcioneo, aunque no vivirás lo suficiente para leerla.

Percy desenvainó su espada y barrió toda la comida de la mesa de picnic. Fineas se sentó a un lado. Percy se sentó al otro.

Fineas alargó las manos.

—Déjame tocar los frascos.

Percy contempló las colinas a lo lejos. Se imaginó el rostro vago de una mujer durmiente. Dirigió sus pensamientos al suelo situado debajo de él y esperó que la diosa estuviera escuchando.

«Está bien, Gaia —dijo—. Os voy a poner en evidencia. Decís que soy un peón valioso. Decís que tenéis planes para mí y que me vais a proteger hasta que llegue al norte. ¿Quién es más valioso para vos: este viejo o yo? Porque uno de los dos está a punto de morir.»

Fineas curvó los dedos en un movimiento de asimiento.

—¿Te estás acobardando, Percy Jackson? Dámelos.

Percy le pasó los frascos.

El anciano comparó su peso. Deslizó los dedos a lo largo de las superficies de cerámica. A continuación dejó los dos sobre la mesa y posó una mano suavemente en cada uno. Un temblor recorrió el suelo: un ligero terremoto, lo bastante fuerte para que a Percy le castañetearan los dientes. Ella se puso a graznar con nerviosismo.

El frasco de la izquierda pareció temblar ligeramente más que el de la derecha.

Fineas sonrió maliciosamente. Cerró los dedos en torno al frasco de la izquierda.

—Has sido tonto, Percy Jackson. Elijo este. Y ahora bebamos.

Percy cogió el frasco de la derecha. Los dientes le castañeteaban.

El anciano alzó el frasco.

—Un brindis por los hijos de Neptuno.

Los dos destaparon sus frascos y bebieron.

Inmediatamente Percy se inclinó. Le ardía la garganta y la boca le sabía a gasolina.

—Oh, dioses —dijo Hazel detrás de él.

—¡No! —exclamó Ella—. No, no, no.

A Percy se le nubló la vista. Veía a Fineas sonriendo triunfalmente, sentado más derecho, parpadeando con expectación.

—¡Sí! —gritó—. ¡En cualquier momento recuperaré la vista!

Percy había elegido mal. Había sido un tonto corriendo semejante riesgo. Se sentía como si unos cristales rotos estuvieran atravesando su estómago hasta sus intestinos.

—¡Percy! —Frank lo agarró por los hombros—. ¡Percy, no puedes morir!

Respiraba con dificultad... y de repente la vista se le aclaró.

Al mismo tiempo, Fineas se encorvó como si le hubieran dado un puñetazo.

—¡Tú... tú no puedes! —dijo gimiendo el anciano—. Gaia, tú... tú...

Se levantó tambaleándose y se apartó de la mesa dando traspiés, al tiempo que se llevaba las manos a la barriga.

—¡Soy demasiado valioso!

Le empezó a salir humo de la boca. Un vapor amarillo pálido brotó de sus orejas, su barba y sus ojos ciegos.

—¡No es justo! —gritó—. ¡Me has engañado!

Trató de sacar el trozo de papel del bolsillo de su bata, pero sus manos se desmenuzaron y sus dedos se convirtieron en arena.

Percy se levantó con paso vacilante. No se sentía curado de nada en especial. No había recobrado la memoria por arte de magia, pero el dolor había cesado.

—Nadie le ha engañado —dijo Percy—. Ha tomado la decisión libremente, y le exijo que se atenga a su palabra.

El rey ciego gimoteó angustiado. Se giró echando humo y desintegrándose poco a poco hasta que no quedó más que una vieja y manchada bata y unas zapatillas de conejitos.

—Este es el botín de guerra más asqueroso de la historia —dijo Frank.

Una voz de mujer habló en la mente de Percy.

«Una apuesta, Percy Jackson —era un susurro soñoliento, con un ligerísimo dejo de reticente admiración—. Me has obligado a elegir, y tú eres más importante para mis planes que el viejo vidente. Pero no fuerces tu suerte. Cuando te llegue la muerte, te prometo que será mucho más dolorosa que la causada por sangre de gorgona.»

Hazel pinchó la bata con su espada. No había nada debajo: ninguna señal de que Fineas estuviera tratando de recomponerse. Miró a Percy asombrada.

—Ha sido o lo más valiente o lo más tonto que he visto en mi vida.

Frank movió la cabeza con gesto de incredulidad.

—¿Cómo lo has sabido, Percy? Estabas seguro de que elegiría el veneno.

—Gaia —dijo Percy—. Quiere que llegue a Alaska. Piensa... No estoy seguro. Piensa que puede utilizarme como parte de su plan. Ha influido en Fineas para que eligiera el frasco incorrecto.

Frank se quedó mirando horrorizado los restos del anciano.

—¿Gaia mataría a su propio sirviente antes que a ti? ¿Era esa tu apuesta?

—Planes —murmuró Ella—. Planes y proyectos. La señora del suelo. Grandes planes para Percy. Cecina macrobiótica para Ella.

Percy le dio toda la bolsa de cecina, y la arpía chilló de regocijo.

—No, no, no —murmuró, medio cantando—. Fineas, no. Comida y palabras para Ella, sí.

Percy se agachó por encima de la bata y sacó del bolsillo la nota que el anciano había escrito. Rezaba lo siguiente: GLACIAR DE HUBBARD.

Tanto riesgo para dos palabras. Le entregó la nota a Hazel.

—Sé dónde está —dijo ella—. Es muy famoso. Pero tenemos mucho camino por delante.

En los árboles que rodeaban el aparcamiento, las otras arpías se recuperaron por fin de la conmoción. Se pusieron a chillar de excitación y volaron hacia los camiones más cercanos. Se lanzaron en picado a través de las ventanillas de servicio y asaltaron las cocinas. Los cocineros gritaban en múltiples idiomas. Los camiones se sacudían de un lado para el otro. Plumas y cajas de comida volaban por todas partes.

—Será mejor que volvamos al bote —recomendó Percy—. Se nos acaba el tiempo.

Hazel

Antes de llegar al bote, a Hazel le entraron náuseas.

No se quitaba de la cabeza la imagen de Fineas con humo saliendo de sus ojos y las manos convertidas en polvo. Percy le había asegurado que ella no era como Fineas, pero se equivocaba. Ella había hecho algo todavía peor que torturar a unas arpías.

«¡Tú empezaste todo esto! —había dicho Fineas—. ¡De no haber sido por ti, Alcioneo no estaría vivo!»

Mientras el bote avanzaba a gran velocidad por el río Columbia, Hazel trató de olvidar. Ayudó a Ella a preparar su nido con viejos libros y revistas que había robado del cubo de reciclaje de la biblioteca.

Lo cierto era que no tenían pensado llevar a la arpía con ellos, pero Ella se comportaba como si el asunto estuviera decidido.

—Amigos. *Friends* —murmuraba—. «Diez temporadas. De 1994 a 2004.» Los amigos han deshecho a Fineas y le dan cecina a Ella. Ella irá con sus amigos.

En ese momento estaba posada cómodamente en la popa, mordisqueando trozos de cecina y recitando frases al azar de Charles Dickens y *Cincuenta trucos para enseñarle a su perro*.

Percy estaba arrodillado en la proa, conduciéndolos hacia el mar con los extraños poderes que le permitían controlar mentalmente el agua. Hazel estaba sentada al lado de Frank en el banco central, tocándose mutuamente con los hombros, cosa que la ponía nerviosa como una arpía.

Se acordaba de cómo Frank la había defendido en Portland gritando: «¡Ella es buena persona!», como si estuviera dispuesto a enfrentarse a cualquiera que lo negara.

Recordaba su aspecto en la ladera de Mendocino, solo en un claro de hierba envenenada con la lanza en la mano, el fuego ardiendo a su alrededor y las cenizas de tres basiliscos a sus pies.

Hacía una semana, si alguien hubiera insinuado que Frank era hijo de Marte, Hazel se habría echado a reír. Frank era demasiado dulce y encantador. Él siempre le había despertado un sentimiento protector debido a su torpeza y su facilidad para

meterse en líos.

Desde que se habían marchado del campamento, lo veía de forma distinta. Frank era más valiente de lo que ella creía. Él era el que cuidaba de ella. Tenía que reconocer que era un cambio bastante agradable.

El río se ensanchó en el mar. El *Pax* giró hacia el norte. Mientras navegaban, Frank la animó contándole chistes tontos: «¿Por qué cruzó el minotauro la carretera?», «¿Cuántos faunos hacen falta para cambiar una bombilla?». Y le señalaba los edificios repartidos a lo largo del litoral que le recordaban lugares de Vancouver.

El cielo empezó a oscurecerse, y el mar se tiñó del mismo color de orín que las alas de Ella. El 21 de junio estaba casi encima de ellos. La fiesta de Fortuna tendría lugar por la noche, exactamente al cabo de setenta y dos horas.

Finalmente Frank sacó comida de su mochila, refrescos y magdalenas que había recogido de la mesa de Fineas, y los repartió entre ellos.

—No te preocupes, Hazel —dijo en voz baja—. Mi madre solía decir que uno no debe cargar con los problemas solo. Pero si no te apetece hablar del tema, no pasa nada.

Hazel respiró entrecortadamente. Le daba miedo hablar, pero no porque le diera vergüenza. No quería desmayarse y retrotraerse al pasado.

—Tenías razón cuando dijiste que he vuelto del inframundo —contestó al cabo—. En realidad, soy... soy una fugitiva. No debería estar viva.

Se sintió como si una presa se hubiera roto. La historia brotó atropelladamente. Explicó que su madre había invocado a Plutón y se había enamorado del dios. Explicó que su madre había deseado todas las riquezas de la tierra y que eso se había convertido en la maldición de Hazel. Describió su vida en Nueva Orleans; todo menos a su novio Sammy. Al mirar a Frank le faltó el valor para hablar de esa parte.

Describió la Voz y cómo Gaia se había apoderado poco a poco de la mente de su madre. Explicó que se habían mudado a Alaska, que Hazel había ayudado a despertar al gigante Alcioneo y que había muerto hundiendo la isla de Resurrection Bay.

Sabía que Percy y Ella la estaban escuchando, pero se dirigía principalmente a Frank. Cuando hubo terminado, le dio miedo mirarlo. Esperó a que él se apartara de ella o le dijera que era un monstruo.

En cambio, Frank le tomó la mano.

—Te sacrificaste para impedir que el gigante despertara. Yo jamás podría ser tan valiente.

Ella notó que el pulso le palpitaba en el cuello.

—No fue valor. Dejé morir a mi madre. Ayudé a Gaia demasiado tiempo. Estuve a punto de dejar que venciera.

—Hazel —dijo Percy—. Te enfrentaste a una diosa tú sola. Hiciste lo correcto...

—Su voz se fue apagando, como si le hubiera asaltado un pensamiento desagradable—. ¿Qué pasó en el inframundo... después de que murieras? Deberías haber ido a los Campos Elíseos. Pero si Nico te resucitó...

—No fui a los Campos Elíseos —tenía la boca seca como la arena—. Por favor, no preguntes...

Pero era demasiado tarde. Recordó su descenso en la oscuridad, su llegada a las orillas de la laguna Estigia, y empezó a perder la conciencia.

—¿Hazel? —dijo Frank.

—Se desvanece. *Slip Sliding Away* —murmuró Ella—. Single número cinco en las listas de Estados Unidos. Paul Simon. Frank, ve con ella. Simon dice: Frank ve con ella.

Hazel no tenía ni idea de lo que Ella estaba diciendo, pero se le oscureció la vista mientras aferraba la mano de Frank.

Se encontró de nuevo en el inframundo, y esa vez Frank estaba a su lado.

Estaban en la barca de Caronte, cruzando la laguna Estigia. En las aguas turbias se arremolinaban desechos: un globo de cumpleaños desinflado, un chupete de niño, un novio y una novia de plástico de una tarta de boda; vestigios de vidas humanas truncadas.

—¿Do... dónde estamos?

Frank estaba al lado de ella, brillando con una espectral luz morada, como si se hubiera convertido en un lar.

—Es mi pasado —Hazel se sentía extrañamente serena—. Solo es un eco. No te preocupes.

El barquero se volvió y sonrió. Tan pronto era un atractivo hombre africano vestido con un caro traje de seda como un esqueleto con una túnica oscura.

—Desde luego que no tienes que preocuparte —dijo con acento británico. Se dirigía a Hazel, como si no pudiera ver a Frank—. Te he dicho que te llevaría a la otra orilla, ¿no? No pasa nada si no tienes monedas. No estaría bien dejar a una hija de Plutón en la orilla equivocada del río.

La barca arribó a una playa oscura. Hazel llevó a Frank a las puertas negras de Érebo. Los espíritus se apartaban de ellos, percibiendo que Hazel era hija de Plutón. Cerbero, el gigantesco perro tricéfalo, gruñó en la penumbra, pero les dejó pasar. Una vez dentro de las puertas, entraron en un gran pabellón y se situaron ante el estrado de los jueces. Tres figuras ataviadas con túnicas negras y cubiertas con máscaras doradas miraban a Hazel.

Frank se puso a gimotear.

—¿Quién...?

—Ellos decidirán mi destino —dijo ella—. Observa.

Del mismo modo que antes, los jueces no le hicieron preguntas. Simplemente sondearon su mente, sacando pensamientos de su cabeza y examinándolos como si fueran una colección de viejas fotos.

—Has frustrado los planes de Gaia —dijo el primer juez—. Has impedido que Alcioneo despierte.

—Pero antes resucitó al gigante —alegó el segundo juez—. Es culpable de cobardía y debilidad.

—Es joven —dijo el tercer juez—. La vida de su madre pendía de un hilo.

—Mi madre —Hazel se armó de valor para hablar—. ¿Dónde está? ¿Cuál es su destino?

Los jueces la observaron, con unas horripilantes sonrisas congeladas en sus máscaras doradas.

—Tu madre...

La imagen de Marie Levesque relució encima de los jueces. Estaba congelada en el tiempo, abrazando a Hazel mientras la cueva se desplomaba, cerrando los ojos apretándolos.

—Una pregunta interesante —dijo el segundo juez—. La división de la culpa.

—Sí —dijo el primer juez—. La niña murió por una causa noble. Evitó muchas muertes retrasando la aparición del gigante. Tuvo el valor de enfrentarse al poder de Gaia.

—Pero actuó demasiado tarde —terció tristemente el tercer juez—. Es culpable de ayudar e instigar a una enemiga de los dioses.

—La madre influyó en ella —dijo el primer juez—. La niña puede ir a los Campos Elíseos. Castigo eterno para Marie Levesque.

—¡No! —gritó Hazel—. ¡Por favor, no! No es justo.

Los jueces ladearon sus cabezas al unísono. Máscaras de oro, pensó Hazel. El oro siempre ha estado maldito para mí. Se preguntaba si el oro estaba envenenando sus pensamientos de forma que jamás recibiera un juicio justo.

—Cuidado, Hazel Levesque —le advirtió el primer juez—. ¿Aceptarías toda la responsabilidad? Podrías descargar la culpa sobre el alma de tu madre. Sería razonable. Tú estabas destinada a grandes cosas. Tu madre desvió tu camino. Mira lo que podrías haber sido...

Otra imagen apareció sobre los jueces. Hazel se vio a sí misma de niña, sonriendo, con las manos cubiertas de pintura para pintar con los dedos. La imagen envejeció. Hazel se vio creciendo: su cabello se volvió más largo y sus ojos más tristes. Se vio en su decimotercer cumpleaños, cruzando el campo sobre su caballo prestado. Sammy se reía corriendo detrás de ella: «¿De qué huyes? No soy tan feo, ¿no?». Se vio en Alaska, avanzando penosamente por Third Street en medio de la nieve y la oscuridad, volviendo a casa del colegio.

Entonces la imagen envejeció todavía más. Hazel se vio a los veinte años. Se parecía mucho a su madre, con el cabello recogido en unas trenzas y los ojos dorados brillando de diversión. Llevaba un vestido blanco: ¿un traje de novia? Sonreía tan afectuosamente que Hazel supo instintivamente que debía de estar mirando a alguien especial, alguien a quien amaba.

La imagen no le despertó rencor. Ni siquiera se preguntó con quién se habría casado. En lugar de ello pensó: «Mi madre podría haber sido así si se hubiera librado de la ira, si Gaia no la hubiera trastornado».

—Perdiste tu vida —sentenció el primer juez—. Circunstancias especiales. Los Campos Elíseos para ti. El castigo para tu madre.

—No —repuso Hazel—. No, no todo fue culpa suya. La engañaron. Ella me quería. Al final intentó protegerme.

—Hazel —susurró Frank—. ¿Qué estás haciendo?

Ella le apretó la mano, instándolo a callarse. Los jueces no le prestaron atención.

Finalmente, el segundo juez suspiró.

—No hay acuerdo. No es lo bastante buena ni lo bastante mala.

—La culpa debe dividirse —convino el primer juez—. Las dos almas serán enviadas a los Campos de Asfódelos. Lo siento, Hazel Levesque. Podrías haber sido una heroína.

Ella atravesó el pabellón hasta unos campos amarillos que se extendían eternamente. Condujo a Frank a través de una multitud de espíritus hasta un bosquecillo de chopos.

—¿Renunciaste a los Campos Elíseos para que tu madre no sufriera? —dijo Frank asombrado.

—Ella no se merecía el castigo eterno —contestó Hazel.

—Pero... ¿qué pasa ahora?

—Nada —dijo Hazel—. Nada... durante toda la eternidad.

Deambularon sin rumbo. Los espíritus que les rodeaban parloteaban como murciélagos: desorientados y confundidos, incapaces de acordarse de su pasado o de sus nombres.

Hazel se acordaba de todo. Tal vez se debiera a que era hija de Plutón, pero nunca se olvidaba de quién era ni de por qué estaba allí.

—Los recuerdos me hicieron más difícil la otra vida —le dijo a Frank, quien seguía flotando a su lado como un reluciente lar morado—. Cuántas veces intenté ir andando al palacio de mi padre... —Señaló un gran castillo negro a lo lejos—. Nunca podía llegar. No puedo salir de los Campos de Asfódelos.

—¿Volviste a ver a tu madre?

Hazel negó con la cabeza.

—Aunque la encontrara, ella no me reconocería. Esos espíritus... es como un

sueño eterno para ellos, un trance eterno. Esto es todo lo que pude hacer por ella.

El tiempo carecía de sentido, pero después de una eternidad, ella y Frank permanecieron sentados bajo un chopo negro, escuchando los gritos de los Campos de Castigo. A lo lejos, bajo el sol artificial de los Campos Elíseos, las islas del Blest brillaban como esmeraldas en un chispeante lago azul. Barcos de vela blancos surcaban el agua, y las almas de grandes héroes disfrutaban en las playas en una dicha perpetua.

—No te merecías ir a los Campos de Asfódelos —protestó Frank—. Deberías estar con los héroes.

—Esto es solo un eco —dijo Hazel—. Despertaremos, Frank. Solo parece eterno.

—¡No es eso! —protestó él—. Te arrebataron la vida. Ibas a crecer para convertirte en una mujer hermosa. Ibas...

Su rostro se tiñó de un tono morado más oscuro.

—Ibas a casarte con alguien —dijo en voz baja—. Habrías tenido una buena vida. Y lo perdiste todo.

Hazel reprimió un sollozo. La primera vez que había visitado los Campos de Asfódelos, cuando estaba sola, no había sido tan duro. Tener a Frank a su lado le hacía sentirse mucho más triste, pero estaba decidida a no enfadarse por su destino.

Hazel pensó en la imagen de sí misma de adulta, sonriendo y enamorada. Sabía que no necesitaría mucho rencor para que su expresión se avinagrara y se volviera idéntica a la Reina Marie. «Me merezco algo mejor», siempre decía su madre. Hazel no podía permitirse sentirse así.

—Lo siento, Frank —dijo—. Creo que tu madre se equivocaba. A veces compartir un problema no hace que sea más fácil cargar con él.

—Yo creo que sí —Frank se metió la mano en el bolsillo del abrigo—. De hecho... ya que tenemos toda la eternidad para hablar, hay algo que quiero contarte.

Sacó un objeto envuelto en tela, aproximadamente del tamaño de unas gafas. Cuando lo desdobló, Hazel vio un trozo de madera medio quemado que emitía una luz morada.

Frunció el entrecejo.

—¿Qué es...? —Entonces la verdad la asaltó, fría y dura como una ráfaga de viento invernal—. Fineas dijo que tu vida depende de un palo quemado...

—Es cierto —dijo Frank—. Esta es mi línea de la vida, como suena.

Le contó que la diosa Juno había aparecido cuando era un bebé y que su abuela había sacado el palo de la chimenea.

—Mi abuela me dijo que tenía un don: un talento que nos viene de nuestro antepasado, el argonauta. Entre eso y que mi padre sea Marte... —Se encogió de hombros—. Se supone que soy muy poderoso o algo así. Por eso mi vida se puede consumir fácilmente. Iris dijo que moriría conservando esto, viendo cómo se quema.

Frank giró el palo entre los dedos. Incluso bajo su fantasmal forma morada, tenía un aspecto muy grande y robusto. Hazel se imaginaba que sería enorme cuando se hiciera adulto, fuerte y saludable como un buey. Le costaba creer que su vida dependiera de algo tan pequeño como un palo.

—Frank, ¿cómo puedes llevarlo por ahí contigo? —preguntó—. ¿No te da miedo que le pase algo?

—Por eso te lo cuento —alargó el trozo de leña—. Ya sé que es mucho pedir, pero ¿me lo guardarías?

A Hazel le empezó a dar vueltas la cabeza. Hasta ese momento había aceptado la presencia de Frank en su regresión. Lo había llevado de la mano, evocando aturdida su pasado, pues le parecía que lo mínimo que podía hacer era mostrarle la verdad. Pero en ese instante se preguntaba si Frank estaba realmente compartiendo la experiencia con ella o si simplemente ella estaba imaginando su presencia. ¿Por qué le confiaría su vida?

—Frank, sabes quién soy —dijo—. Soy hija de Plutón. Todo lo que toco se estropea. ¿Por qué ibas a confiar en mí?

—Eres mi mejor amiga —le colocó el palo en las manos—. Confío en ti más que en nadie.

Ella quería decirle que estaba cometiendo un error. Quería devolvérselo. Pero antes de que pudiera decir algo, una sombra cayó sobre ellos.

—Ha llegado nuestro transporte —aventuró Frank.

Hazel casi se había olvidado de que estaba reviviendo su pasado. Nico di Angelo se alzaba por encima de ella con su abrigo negro y su espada de hierro estigio a un lado. No reparó en la presencia de Frank, pero miró fijamente a Hazel y pareció descifrar su vida entera.

—Eres distinta —dijo—. Una hija de Plutón. Recuerdas tu pasado.

—Sí —dijo Hazel—. Y tú estás vivo.

Nico la examinó como si estuviera leyendo un menú, decidiendo si pedir o no.

—Soy Nico di Angelo —dijo él—. He venido en busca de mi hermana. La Muerte ha desaparecido, así que he pensado... he pensado que podría traerla de vuelta y que nadie se enteraría.

—¿De vuelta a la vida? —preguntó Hazel—. ¿Es eso posible?

—Debería —Nico suspiró—. Pero ya no está. Eligió volver a nacer en una nueva vida. Llego demasiado tarde.

—Lo siento.

Él alargó la mano.

—Tú también eres mi hermana. Te mereces otra oportunidad. Ven conmigo.

Hazel

—Hazel —Percy estaba sacudiéndole el hombro—. Despierta. Hemos llegado a Seattle.

Ella se incorporó como atontada, entornando los ojos al sol de la mañana.

—¿Frank?

Frank gimió mientras se frotaba los ojos.

—¿Acabamos de...? ¿Me he...?

—Los dos os habéis desmayado —dijo Percy—. No sé por qué, pero Ella me dijo que no me preocupara. Dijo que estabais... ¿compartiendo?

—Compartiendo —convino Ella.

La arpía estaba agachada en la popa, arreglándose las plumas del ala con los dientes, lo que no parecía una forma muy efectiva de higiene personal. Escupió una pelusa roja.

—Compartir es bueno. Se acabaron los desmayos. Hazel ha compartido. Se acabaron los desmayos.

Percy se rascó la cabeza.

—Sí... hemos estado manteniendo conversaciones por el estilo toda la noche. Todavía no sé de lo que está hablando.

Hazel pegó la mano al bolsillo de su abrigo. Palpó el trozo de leña envuelto en tela.

Miró a Frank.

—Estabas allí.

Él asintió con la cabeza. No dijo nada, pero su expresión era clara: lo que había dicho iba en serio. Quería que ella guardara el palo. Hazel no sabía si eso le hacía sentirse honrada o asustada. Nadie le había confiado algo tan importante.

—Espera —dijo Percy—. ¿Habéis compartido el desmayo? ¿De ahora en adelante vais a perder el conocimiento los dos?

—No —contestó Ella—. No, no, no. Se acabaron los desmayos. Más libros para Ella. Libros de Seattle.

Hazel contempló el agua. Navegaban por una gran bahía en dirección a un grupo de edificios del centro. Los barrios se extendían a través de una serie de colinas. En la

más elevada se levantaba una extraña torre blanca con un platillo en lo alto, como una nave espacial de las antiguas películas de Flash Gordon que tanto le gustaban a Sammy.

«¿Se acabaron los desmayos?», pensó Hazel. Después de soportarlos durante tanto tiempo, le parecía demasiado bueno para ser cierto.

¿Cómo podía estar segura Ella de que se habían terminado? Y sin embargo, Hazel se sentía realmente distinta... más asentada, como si ya no intentara vivir en dos períodos de tiempo. Cada músculo de su cuerpo empezó a relajarse. Se sentía como si por fin se hubiera quitado una chaqueta que había llevado puesta durante meses. De algún modo, la compañía de Frank durante el desmayo la había ayudado. Ella había revivido todo su pasado hasta el presente. A partir de entonces solo tenía que preocuparse por el futuro... suponiendo que tuviera uno.

Percy dirigió el bote hacia los muelles del centro. A medida que se acercaban, Ella se puso a rascarse nerviosamente en su nido de libros.

Hazel también empezó a sentirse nerviosa. No estaba segura del motivo. Era un día radiante y soleado, y Seattle parecía una ciudad preciosa, con ensenadas y puentes, islas arboladas esparcidas por la bahía y montañas cubiertas de nieve elevándose a lo lejos. Aun así, se sentía como si la estuvieran observando.

—Esto... ¿por qué paramos aquí? —preguntó.

Percy les mostró el anillo de plata que llevaba en el collar.

—Reyna tiene una hermana aquí. Me pidió que la buscara y le enseñara esto.

—¿Reyna tiene una hermana? —preguntó Frank, como si la idea le aterrara.

Percy asintió con la cabeza.

—Por lo visto, Reyna piensa que su hermana podría enviar ayuda al campamento.

—Amazonas —murmuró Ella—. La patria de las Amazonas. Mmm. Ella buscará librerías. No le gustan las Amazonas. Violentas. Escudos. Espadas. Puntagudas. Ay.

Frank alargó la mano para coger su lanza.

—¿Amazonas? ¿Quieres decir... guerreras?

—Eso tendría sentido —dijo Hazel—. Si la hermana de Reyna también es hija de Belona, puedo entender por qué se unió a las Amazonas. Pero... ¿estamos a salvo aquí?

—No, no, no —respondió Ella—. Vamos a buscar libros. Nada de Amazonas.

—Tenemos que intentarlo —dijo Percy—. Se lo prometí a Reyna. Además, el *Pax* no tira muy bien. Lo he estado forzando mucho.

Hazel miró a sus pies. Se estaba filtrando agua entre las tablas.

—Oh.

—Sí —asintió Percy—. Tendremos que repararlo o buscar un bote nuevo. Ahora mismo lo mantengo entero a fuerza de voluntad. Ella, ¿tienes idea de dónde podemos encontrar a las Amazonas?

—Y... esto... —dijo Frank con nerviosismo—, no matarán hombres nada más verlos, ¿verdad?

Ella echó un vistazo a los muelles del centro, a solo unos cientos de metros de distancia.

—Ella buscará amigos más tarde. Ahora Ella se va volando.

Y eso hizo.

—Bueno... —Frank cogió una pluma roja del aire—. Es alentador.

Atracaron en el muelle. Apenas les dio tiempo a descargar las provisiones antes de que el *Pax* se sacudiera y se hiciera pedazos. Prácticamente toda la barca se hundió, y solo quedó una tabla con un ojo pintado y otra con la letra P meciéndose en las olas.

—Supongo que no tendremos que repararlo —dijo Hazel—. Y ahora, ¿qué?

Percy se quedó mirando las empinadas colinas del centro de Seattle.

—Esperemos que las Amazonas nos ayuden.

Exploraron durante horas. Encontraron un delicioso chocolate con caramelo salado en una tienda de dulces. Compraron un café tan cargado que Hazel empezó a notar la cabeza como si fuera un gong vibrando. Pararon en un bar con terraza y comieron unos estupendos sándwiches de salmón a la parrilla. En una ocasión vieron a Ella pasar zumbando entre torres de pisos, sosteniendo un gran libro con cada pata. Pero no encontraron a ninguna Amazona. Mientras tanto, Hazel era consciente de que el tiempo pasaba. Era el 22 de junio, y Alaska todavía quedaba muy lejos.

Al final fueron paseando por el centro hasta una plaza rodeada de edificios de cristal y ladrillo más pequeños. Hazel empezó a notar un hormigueo nervioso. Miró a su alrededor, convencida de que la estaban observando.

—Allí —dijo.

El bloque de oficinas de la izquierda tenía una sola palabra grabada en las puertas de cristal: AMAZON.

—Oh —dijo Frank—. Ah, no, Hazel. Es algo moderno. Es una empresa, ¿no? Venden cosas por internet. No son realmente Amazonas.

—A menos...

Percy cruzó las puertas. A Hazel le daba mala espina aquel sitio, pero ella y Frank lo siguieron.

El vestíbulo era como un acuario vacío: paredes de cristal, un lustroso suelo negro, unas cuantas plantas simbólicas y prácticamente nada más. Contra la pared del fondo, una escalera de piedra negra subía y bajaba. En medio de la estancia había una joven vestida con un traje de chaqueta y pantalón negro, con el cabello castaño rojizo largo y un auricular de vigilante de seguridad. En su placa de identificación ponía

KINZIE. Tenía una sonrisa bastante afable, pero a Hazel sus ojos le recordaban a los policías de Nueva Orleans que solían patrullar por el barrio francés de noche. Siempre parecían mirar a través de uno, como si estuvieran pensando quién podía ser el siguiente en atacarles.

Kinzie saludó a Hazel con la cabeza, sin hacer caso a los chicos.

—¿Puedo ayudarlos?

—Esto... eso espero —dijo Hazel—. Estamos buscando Amazonas.

Kinzie echó un vistazo a la espada de Hazel y luego a la lanza de Frank, aunque ninguna de las dos armas debería haber resultado visible a través de la Niebla.

—Este es el campus principal de Amazon —dijo ella con cautela—. ¿Tenéis una cita con alguien o...?

—Hylla —la interrumpió Percy—. Estamos buscando a una chica que se llama...

Kinzie se movió tan deprisa que Hazel casi no pudo seguirla con la vista. Dio una patada a Frank en el pecho y lo envió volando hacia atrás a través del vestíbulo. Sacó una espada de la nada, derribó a Percy con la cara de la hoja y presionó con la punta por debajo de su barbilla.

Hazel alargó la mano para coger su espada demasiado tarde. Una docena de chicas vestidas de negro subieron en tropel la escalera empuñando espadas y la rodearon.

Kinzie lanzó una mirada asesina a Percy:

—Primera regla: los hombres no hablan sin permiso. Segunda regla: entrar ilegalmente en nuestro territorio se castiga con la muerte. Conoceréis a la reina Hylla, eso seguro. Ella será la que decida vuestro destino.

Las Amazonas confiscaron las armas del trío y les hicieron bajar tantos pisos que Hazel perdió la cuenta.

Finalmente aparecieron en una caverna tan grande que podría haber albergado diez institutos, con sus campos deportivos incluidos. Austeros fluorescentes brillaban a lo largo del techo de roca. Cintas transportadoras serpenteaban a través de la sala como toboganes acuáticos, transportando cajas por todos lados. Pasillos de estanterías metálicas se extendían interminablemente, llenos de cajas de mercancías. Las grúas zumbaban y los brazos robóticos rechinaban doblando cajas de cartón, empaquetando remesas y colocando cosas en las cintas y retirándolas. Algunos estantes eran tan altos que solo eran accesibles con escaleras de mano y pasarelas, que recorrían el techo como los andamios de un teatro.

Hazel se acordó de unos noticiarios que había visto de niña. Siempre le habían impresionado las escenas de fábricas en las que se construían aviones y cañones para la guerra: cientos y cientos de armas que se fabricaban a diario. Pero eso no era nada

comparado con lo que tenía delante, y casi todo el trabajo lo realizaban ordenadores y robots. Los únicos humanos que Hazel podía ver eran unas vigilantes vestidas de negro que patrullaban por las pasarelas y unos hombres con monos naranja, como uniformes de presidiario, que conducían carretillas elevadoras por los pasillos, entregando más palés con cajas. Los hombres llevaban collares de hierro alrededor del cuello.

—¿Tenéis esclavos?

Hazel sabía que podía ser peligroso hablar, pero estaba tan escandalizada que no pudo contenerse.

—¿Los hombres? —bufó Kinzie—. No son esclavos. Simplemente saben cuál es su sitio. Vamos.

Anduvieron tanto que a Hazel empezaron a dolerle los pies. Pensó que debían de estar llegando al final del almacén cuando Kinzie abrió unas grandes puertas de dos hojas y les hizo pasar a otra caverna tan grande como la primera.

—El inframundo no es tan grande —se quejó Hazel, una afirmación que probablemente no era cierta, pero a sus pies así se lo parecía.

Kinzie sonrió con satisfacción.

—¿Admiras nuestra base de operaciones? Sí, disponemos de un sistema de distribución mundial. Nos costó muchos años y la mayor parte de nuestra fortuna construirlo. Ahora, por fin, obtenemos beneficios. Los mortales no son conscientes de que están financiando el reino de las amazonas. Dentro de poco seremos más ricas que cualquier país de los mortales. Entonces, cuando los débiles mortales dependan de nosotras para todo, ¡empezará la revolución!

—¿Qué vais a hacer? —masculló Frank—. ¿Anular los envíos gratuitos?

Una guardia le dio un golpe en la barriga con la empuñadura de la espada. Percy trató de ayudarle, pero otras dos guardias le hicieron retroceder a punta de pistola.

—Así aprenderás lo que es el respeto —dijo Kinzie—. Los hombres como tú son los que han arruinado el mundo de los mortales. La única sociedad armoniosa es la gobernada por mujeres. Somos más fuertes, más sabias...

—Más humildes —dijo Percy.

Las guardias intentaron golpearle, pero Percy se agachó.

—¡Basta! —dijo Hazel.

Sorprendentemente, las guardias le hicieron caso.

—Hylla va a juzgarnos, ¿verdad? —preguntó Hazel—. Pues llévanos con ella. Estamos perdiendo el tiempo.

Kinzie asintió con la cabeza.

—Puede que tengas razón. Tenemos asuntos más importantes de los que ocuparnos. Y el tiempo... el tiempo definitivamente es un problema.

—¿A qué te refieres? —preguntó Hazel.

Una guardia gruñó.

—Podríamos llevárselos directamente a Otrera. A lo mejor así se ganaban su aceptación.

—¡No! —gruñó Kinzie—. Antes me pondría un collar de hierro y conduciría una carretilla. Hylla es la reina.

—Hasta esta noche —murmuró otra guardia.

Kinzie cogió su espada. Por un segundo, Hazel pensó que las Amazonas empezarían a luchar entre ellas, pero Kinzie pareció controlar su ira.

—Basta —dijo—. Vamos.

Cruzaron un carril para el tráfico de carretillas elevadoras, recorrieron un laberinto de cintas transportadoras y se agacharon bajo una hilera de brazos robóticos que estaban recogiendo cajas.

La mayoría de las mercancías parecían bastante corrientes: libros, componentes electrónicos, pañales... Sin embargo, contra una pared había un carro de combate con un gran código de barras en el lateral. Del yugo colgaba un letrero que rezaba: ÚNICO EN EXISTENCIAS. ¡DESE PRISA EN RESERVARLO! (PRÓXIMAMENTE, NUEVOS EJEMPLARES.)

Por fin entraron en una caverna más pequeña que parecía una combinación de una zona de carga y descarga y una sala del trono. Las paredes estaban llenas de estanterías metálicas de seis pisos de altura decoradas con estandartes de guerra, escudos pintados y cabezas disecadas de dragones, hidras, leones gigantescos y jabalíes. Montando guardia a cada lado había docenas de carretillas elevadoras modificadas para la guerra. Cada máquina estaba controlada por un hombre con collar de hierro, pero en la plataforma del fondo había una guerrera Amazona que manejaba una gigantesca ballesta. Los dientes de cada carretilla habían sido afilados y convertidos en hojas de espada de tamaño descomunal.

En las estanterías de la sala había amontonadas cajas que contenían animales vivos. Hazel no podía dar crédito a lo que veían sus ojos: mastines negros, águilas gigantes, un híbrido de león y águila que debía de ser un grifo y una araña roja del tamaño de un coche utilitario.

Observó horrorizada como una carretilla elevadora entraba volando en la sala, recogía una caja con un precioso pegaso blanco y se marchaba a toda velocidad mientras el caballo protestaba relinchando.

—¿Qué le vais a hacer a ese pobre animal? —preguntó Hazel.

Kinzie frunció el entrecejo.

—¿Al pegaso? No le pasará nada. Alguien debe de haberlo encargado. Los portes son excesivos, pero...

—¿Puedes comprar un pegaso por internet? —preguntó Percy.

Kinzie lo fulminó con la mirada.

—Evidentemente tú, no, hombre. Pero las Amazonas sí. Tenemos seguidoras por

todo el mundo. Necesitan suministros. Por aquí.

Al final del almacén había un estrado construido con palés de libros: pilas de novelas de vampiros, muros de thrillers de James Patterson y un trono fabricado con miles de ejemplares de algo titulado *Los cinco hábitos de las mujeres agresivas*.

Al pie de los escalones había varias Amazonas vestidas de camuflaje entablando una acalorada discusión mientras una joven —la reina Hylla, supuso Hazel— observaba y escuchaba desde su trono.

Hylla tenía veintitantos años y era ágil y esbelta como una tigresa. Llevaba un mono de cuero negro y botas negras. No tenía corona, pero alrededor de su cintura se ceñía un extraño cinturón hecho de eslabones de oro entrelazados, como el dibujo de un laberinto. Hazel no podía creer lo mucho que se parecía a Reyna: un poco más mayor, tal vez, pero con el mismo largo cabello moreno, los mismos ojos oscuros y la misma expresión dura, como si estuviera intentando decidir cuál de las Amazonas que tenía delante merecía más la muerte.

Kinzie echó un vistazo a la discusión y gruñó disgustada.

—Las agentes de Otrera, propagando sus mentiras.

—¿Qué? —preguntó Frank.

Entonces Hazel se detuvo tan bruscamente que las guardias que la seguían tropezaron. A escasa distancia del trono de la reina, dos Amazonas vigilaban una jaula. Dentro había un precioso caballo; no era un ejemplar alado, sino un majestuoso y fuerte corcel con el pelaje color miel y la crin negra. Sus intensos ojos marrones miraban a Hazel, y ella habría jurado que el animal tenía una expresión de impaciencia, como si estuviera pensando: «Ya era hora de que llegaras».

—Es él —murmuró Hazel.

—¿Él, quién? —preguntó Percy.

Kinzie frunció el entrecejo irritada, pero cuando vio adónde estaba mirando Hazel, su expresión se suavizó.

—Ah, sí. Precioso, ¿verdad?

Hazel parpadeó para asegurarse de que no estaba teniendo alucinaciones. Era el mismo caballo que había perseguido en Alaska. Estaba segura... pero era imposible. Ningún caballo podría vivir tanto.

—¿Está...? —Hazel apenas podía controlar su voz—. ¿Está en venta?

Todas las guardias se echaron a reír.

—Es Arión —dijo Kinzie pacientemente, como si comprendiera la fascinación de Hazel—. Es un tesoro real de las Amazonas: solo nuestra más valiente guerrera lo puede reclamar, según la profecía.

—¿Profecía? —preguntó Hazel.

Kinzie adoptó una expresión de dolor, casi de vergüenza.

—Da igual. Pero no está en venta.

—Entonces ¿por qué está en una jaula?

Kinzie hizo una mueca.

—Porque... es difícil.

En el momento justo, el caballo golpeó con la cabeza contra la puerta de la jaula. Los barrotes metálicos vibraron, y las guardias retrocedieron con nerviosismo.

Hazel deseaba liberar a ese caballo. Lo deseaba más de lo que había deseado nada en la vida. Pero Percy, Frank y una docena de guardias Amazonas la estaban mirando fijamente, de modo que trató de ocultar sus emociones.

—Solo preguntaba —logró decir—. Vamos a ver a la reina.

La discusión que estaba teniendo lugar en la parte delantera de la sala aumentó de volumen. Finalmente, la reina reparó en que el grupo de Hazel se acercaba y soltó:

—¡Basta!

Las Amazonas que estaban discutiendo se callaron en el acto. La reina las rechazó con un gesto de la mano e hizo señas a Kinzie para que avanzaran.

Kinzie empujó a Hazel y sus amigos hacia el trono.

—Mi reina, estos semidioses...

La reina se levantó de golpe.

—¡Tú!

Miró a Percy Jackson con una furia asesina.

Percy murmuró algo en griego antiguo que con toda seguridad no les habría gustado a las monjas de St. Agnes que regañaban a Hazel por su lenguaje.

—Carpeta —dijo—. Balneario. Piratas.

Aquello no tenía sentido para Hazel, pero la reina asintió con la cabeza. Bajó de su estrado de best sellers y sacó una daga de su cinturón.

—Has sido increíblemente tonto viniendo aquí —dijo—. Tú destruiste mi hogar. Nos convertiste a mí y a mi hermana en exiliadas y prisioneras.

—Percy —dijo Frank con inquietud—. ¿Qué está diciendo la mujer de la daga?

—La isla de Circe —dijo Percy—. Lo acabo de recordar. La sangre de gorgona... tal vez esté empezando a curar mi mente. El mar de los Monstruos. Hylla... nos recibió en el puerto y nos llevó a ver a su jefa. Hylla trabajaba para la hechicera.

Hylla enseñó sus perfectos dientes blancos.

—¿Me estás diciendo que has tenido amnesia? Puede que te crea, ¿sabes? ¿Por qué si no serías tan tonto de venir aquí?

—Venimos en son de paz —intervino Hazel—. ¿Qué hizo Percy?

—¿Paz? —La reina arqueó las cejas mirando a Hazel—. ¿Que qué hizo? ¡Este varón destruyó la escuela de magia de Circe!

—¡Circe me convirtió en un conejillo de Indias! —protestó Percy.

—¡No hay excusa que valga! —dijo Hylla—. Circe era una jefa sabia y generosa. Yo tenía alojamiento y comida, un buen seguro médico, cobertura dental, leopardos

como mascotas, pociones gratis... ¡de todo! Y este semidió con su amiga, la rubia...

—Annabeth —Percy se dio unos golpecitos en la frente como si quisiera que sus recuerdos volvieran más rápido—. Es verdad. Estuve allí con Annabeth.

—Liberaste a nuestros cautivos: Barbanegra y sus piratas —se volvió hacia Hazel—. ¿Alguna vez te han secuestrado unos piratas? No es nada divertido. Redujeron a cenizas nuestro balneario. Mi hermana y yo fuimos sus prisioneras durante meses. Por suerte, éramos hijas de Belona. Aprendimos a luchar rápido. De no haber sido así... —Se estremeció—. El caso es que los piratas aprendieron a respetarnos. Al final nos dirigimos a California, donde... —Vaciló como si el recuerdo le resultara doloroso—. Donde mi hermana y yo nos separamos.

Se acercó a Percy hasta que estuvieron frente a frente. Le deslizó la daga por debajo de la barbilla.

—Por supuesto, yo sobreviví y prosperé. He llegado a ser reina de las amazonas, de modo que tal vez debería darte las gracias.

—De nada —dijo Percy.

La reina presionó con la daga un poco más.

—Da igual. Creo que te voy a matar.

—¡Espere! —gritó Hazel—. ¡Reyna nos envía! ¡Su hermana! Mire el anillo que Percy lleva en el collar.

Hylla frunció el entrecejo. Bajó el cuchillo hacia el collar de Percy hasta que la punta se posó sobre el anillo de plata. Su rostro palideció.

—Explícame esto —lanzó una mirada asesina a Hazel—. Rápido.

Hazel lo intentó. Describió el Campamento Júpiter. Les dijo a las amazonas que Reyna era su pretora y les habló del ejército de monstruos que marchaba hacia el sur. Y también les informó de su misión para liberar a Tánatos en Alaska.

Mientras Hazel hablaba, otro grupo de amazonas entró en la sala. Una de ellas era más alta y más mayor que el resto, con el cabello plateado recogido en unas trenzas y una elegante túnica de seda como una matrona romana. Las otras amazonas le dejaban paso, tratándola con tanto respeto que Hazel se preguntó si sería la madre de Hylla... hasta que se fijó en que Hylla y la mujer mayor se lanzaban cuchillos con los ojos.

—Así que necesitamos su ayuda —dijo Hazel, concluyendo su historia—. Reyna necesita su ayuda.

Hylla agarró el cordón de cuero de Percy y se lo arrancó del cuello, con las cuentas, el anillo y la placa de *probatio* incluidos.

—Reyna... esa chica insensata...

—¡Vaya! —la interrumpió la mujer mayor—. ¿Así que los romanos necesitan nuestra ayuda?

Se echó a reír, y las amazonas que la rodeaban hicieron otro tanto.

—¿Cuántas veces luchamos contra los romanos en mi época? —preguntó la mujer—. ¿Cuántas veces han matado ellos a nuestras hermanas en la batalla? Cuando yo era reina...

—Otrera —la interrumpió Hylla—, estás aquí como invitada. Ya no eres reina.

La mujer mayor extendió las manos e hizo una reverencia burlona.

—Lo que tú digas... al menos, hasta esta noche. Pero digo la verdad, *reina* Hylla —pronunció la palabra como un insulto—. ¡La mismísima Madre Tierra me ha traído de vuelta! Traigo noticias de una nueva guerra. ¿Por qué deben obedecer las Amazonas a Júpiter, el estúpido rey del Olimpo, cuando pueden obedecer a una reina? Cuando yo asuma el mando...

—Si es que asumes el mando —dijo Hylla—. De momento yo soy la reina. Mi palabra es ley.

—Ya veo.

Otrera miró a las Amazonas reunidas, quienes estaban muy quietas, como si hubieran acabado en un foso con dos tigres salvajes.

—¿Tan débiles nos hemos vuelto que escuchamos a semidioses hombres? ¿Vas a perdonar la vida de este hijo de Neptuno, aunque en el pasado destruyera tu hogar? ¡Puedes dejar que también destruya nuestro nuevo hogar!

Hazel contuvo el aliento. Las Amazonas miraban a Hylla y a Otrera, buscando la más mínima señal de debilidad.

—Pronunciaré sentencia cuando conozca todos los hechos —dijo Hylla en tono glacial—. Así es como gobierno, con la razón, no con el miedo. Primero hablaré con esta —señaló con el dedo a Hazel—. Es mi deber escuchar a una guerrera antes de sentenciar a muerte a ella o a sus aliados. Esa es la costumbre de las Amazonas. ¿O los años que has pasado en el inframundo te han confundido, Otrera?

La mujer mayor se rió con desdén, pero no intentó discutir.

Hylla se volvió hacia Kinzie.

—Llévate a estos varones a los calabozos. El resto de vosotras, dejadnos.

Otrera levantó la mano hacia la multitud.

—Haced lo que ordena nuestra reina. ¡Pero si alguna de vosotras quiere saber más sobre Gaia y nuestro glorioso futuro con ella, que venga conmigo!

Aproximadamente la mitad de las Amazonas la siguieron fuera de la sala. Kinzie resopló indignada, y acto seguido ella y sus guardias se llevaron a Percy y a Frank.

Pronto Hylla y Hazel se quedaron solas, acompañadas únicamente de las guardias personales de la reina. A la señal de Hylla, ellas también se marcharon fuera del alcance del oído.

La reina se volvió hacia Hazel. Su ira se desvaneció, y Hazel vio desesperación en sus ojos. La reina parecía uno de sus animales enjaulados mientras era arrastrado en una cinta transportadora.

—Debemos hablar —dijo Hylla—. No tenemos mucho tiempo. Lo más probable es que a medianoche esté muerta.

Hazel

Hazel consideró huir.

No se fiaba de la reina Hylla, y desde luego tampoco se fiaba de la otra señora, Otrera. Solo quedaban tres guardias en la sala. Todas se mantenían a distancia.

Hylla estaba armada solo con una daga. A tanta profundidad bajo tierra, Hazel podría provocar un terremoto en la sala del trono o desenterrar un gran montón de esquisto o de oro. Si pudiera crear una distracción, podría escapar y encontrar a sus amigos.

Lamentablemente, había visto pelear a las Amazonas. Aunque la reina solo tenía una daga, Hazel sospechaba que sabía usarla muy bien. Y Hazel estaba desarmada. No la habían registrado, de modo que afortunadamente no le habían sacado el palo de Frank del bolsillo del abrigo, pero su espada había desaparecido.

La reina pareció leerle el pensamiento.

—Olvídate de escapar. Te respetaríamos si lo intentaras, por supuesto, pero tendríamos que matarte.

—Gracias por avisarme.

Hylla se encogió de hombros.

—Es lo mínimo que puedo hacer. Creo que venís en son de paz. Creo que Reyna os ha enviado.

—Pero ¿no está dispuesta a ayudar?

La reina observó el collar que le había quitado a Percy.

—Es complicado —dijo—. Las Amazonas siempre hemos tenido una relación inestable con los semidioses... sobre todo con los hombres. Luchamos por el rey Príamo en la guerra de Troya, pero Aquiles mató a nuestra reina, Penthesilea. Años antes, Hércules robó el cinturón de la reina Hipólita: el mismo cinturón que yo llevo. Tardamos siglos en recuperarlo. Mucho antes, al principio de la nación de las Amazonas, un héroe llamado Belerofonte mató a nuestra primera reina, Otrera...

—¿Se refiere a la señora...?

—... que acaba de marcharse, sí. Otrera, nuestra primera reina, hija de Ares.

—¿Marte?

Hylla adoptó una expresión avinagrada.

—No, Ares, sin duda. Otrera vivió mucho antes de la creación de Roma, en una época en la que todos los semidioses eran griegos. Lamentablemente, algunos de nuestros guerreros todavía prefieren las antiguas costumbres. Los hijos de Ares... son siempre los peores.

—Las antiguas costumbres...

Hazel había oído rumores acerca de los semidioses griegos. Octavio creía que existían y que conspiraban en secreto contra Roma, pero ella nunca lo había creído, ni siquiera cuando Percy había aparecido en el campamento. No le parecía un griego malvado y maquinador.

—¿Quiere decir que las amazonas son una mezcla... griega y romana?

Hylla siguió examinando el collar: las cuentas de barro, la placa de *probatio*... Extrajo el anillo de plata del cordón y se lo puso en el dedo.

—Supongo que en el Campamento Júpiter no os enseñan nada de eso. Los dioses tienen muchas apariencias. Marte, Ares. Plutón, Hades. Al ser inmortales, suelen acumular personalidades. Son griegos, romanos, estadounidenses... una combinación de todas las culturas en las que han influido a lo largo de los eones. ¿Lo entiendes?

—No... no estoy segura. ¿Son semidiosas todas las amazonas?

La reina extendió las manos.

—Todas tenemos sangre inmortal, pero muchas de mis guerreras descienden de semidioses. Algunas han sido amazonas durante innumerables generaciones. Otras son hijas de dioses menores. Kinzie, la que os trajo aquí, es hija de una ninfa. Ah... por ahí viene.

La chica con el cabello castaño rojizo se acercó a la reina e hizo una reverencia.

—Los prisioneros están bien encerrados —informó Kinzie—. Pero...

—¿Sí? —dijo la reina.

Kinzie tragó saliva como si tuviera mal sabor de boca.

—Otrera se ha encargado de que sus seguidoras vigilen las celdas. Lo siento, mi reina.

Hylla frunció los labios.

—No importa. Quédate con nosotras, Kinzie. Estábamos hablando de nuestro... problema.

—Otrera —aventuró Hazel—. Gaia la resucitó para meter a las amazonas en una guerra civil.

La reina suspiró.

—Si su plan era ese, está dando resultado. Otrera es una leyenda entre nuestra gente. Tiene pensado retomar el trono y llevarnos a la guerra contra los romanos. Muchas de mis hermanas la seguirán.

—No todas —masculló Kinzie.

—¡Pero Otrera es un espíritu! —repuso Hazel—. Ni siquiera es...

—¿Real? —La reina observó detenidamente a Hazel—. Trabajé muchos años con la hechicera Circe. Reconozco a un alma que ha vuelto del inframundo cuando la veo. ¿Cuándo moriste, Hazel? ¿En los años veinte? ¿En los treinta?

—En 1942 —dijo Hazel—. Pero... pero no me envía Gaia. He vuelto para detenerla. Esta es mi segunda oportunidad.

—Tu segunda oportunidad... —Hylla contempló las hileras de carretillas de batalla vacías—. Yo sé de segundas oportunidades. Ese chico, Percy Jackson, destruyó mi antigua vida. No me habrías reconocido en aquel entonces. Llevaba vestidos y maquillaje. Era una secretaria con pretensiones, una puñetera muñeca Barbie.

Kinzie formó una garra con tres dedos sobre su corazón, como los gestos de vudú que su madre utilizaba para protegerse contra el mal de ojo.

—La isla de Circe era un lugar seguro para Reyna y para mí —continuó la reina—. Éramos hijas de la diosa de la guerra, Belona. Yo quería proteger a Reyna de toda esa violencia. Entonces Percy Jackson liberó a los piratas, quienes nos secuestraron, y Reyna y yo aprendimos a ser duras. Descubrimos que se nos daban bien las armas. Durante los últimos cuatro años he deseado matar a Percy Jackson por lo que nos obligó a soportar.

—Pero Reyna se convirtió en pretora del Campamento Júpiter —dijo Hazel—. Y usted se ha convertido en reina de las amazonas. Tal vez su destino fuera ese.

Hylla toqueteó el collar en su mano.

—Puede que no siga siendo reina mucho tiempo.

—¡Usted triunfará! —insistió Kinzie.

—Lo que decreten los Hados —dijo Hylla sin entusiasmo—. Verás, Hazel, Otrera me ha retado en duelo. Toda amazona tiene ese derecho. Hoy a medianoche lucharemos por el trono.

—Pero... usted es buena luchando, ¿verdad? —preguntó Hazel.

Hylla forzó una sonrisa sardónica.

—Sí, pero Otrera es la fundadora de las amazonas.

—Es mucho más mayor. Y ha estado muerta tanto tiempo que tal vez no esté en forma.

—Espero que estés en lo cierto, Hazel. Porque es un combate a muerte...

Esperó a que la chica asimilara la información. Hazel recordó lo que Fineas había dicho en Portland: que había vuelto de la muerte por un atajo gracias a Gaia. Y recordó que las gorgonas habían intentado volver a formarse en el Tíber.

—Aunque la mate, volverá —dijo Hazel—. Mientras Tánatos esté encadenado, no seguirá muerta.

—Exacto —convino Hylla—. Otrera nos ha dicho que no puede morir. Así que aunque consiga vencerla esta noche, regresará y volverá a retarme mañana. No hay

ninguna ley que impida retar a la reina en múltiples ocasiones. Puede empeñarse en luchar conmigo cada noche, hasta que por fin me agote. No puedo ganar.

Hazel contempló el trono. Se imaginó a Otrera sentada allí con su elegante túnica y su cabello plateado, ordenando a las guerreras que atacaran Roma. Se imaginó la voz de Gaia resonando en la caverna.

—Tiene que haber una forma —dijo—. ¿Tienen las amazonas... poderes especiales o algo por el estilo?

—No más que otras semidiosas —contestó Hylla—. Podemos morir, como cualquier mortal. Hay un grupo de arqueras que siguen a la diosa Artemisa. A menudo las confunden con amazonas, pero las cazadoras renuncian a la compañía de los hombres a cambio de la vida casi eterna. Las amazonas preferimos vivir la vida al máximo. Amamos, luchamos y morimos.

—Creía que odiaban a los hombres.

Hylla y Kinzie se echaron a reír.

—¿Que odiamos a los hombres? —dijo la reina—. No, nos gustan los hombres. Solo nos gusta demostrar quién manda. Pero eso no viene al caso. Si pudiera, reuniría a nuestras tropas y acudiría en ayuda de mi hermana. Lamentablemente, mi poder es escaso. Cuando me maten en combate, y es cuestión de tiempo que eso ocurra, Otrera será la reina. Ella marchará al Campamento Júpiter con nuestras fuerzas, pero no irá a ayudar a mi hermana. Irá a unirse al ejército del gigante.

—Tenemos que detenerla —dijo Hazel—. Mis amigos y yo matamos a Fineas, uno de los sirvientes de Gaia en Portland. ¡Tal vez podamos ayudar!

La reina negó con la cabeza.

—No podéis interferir. Como reina, debo librar mis propias batallas. Además, tus amigos están encarcelados. Si los libero, quedaré como una débil. O bien ordeno que os ejecuten a los tres por intrusos, o bien lo hará Otrera cuando se convierta en reina.

A Hazel se le cayó el alma a los pies.

—Entonces supongo que las dos estamos muertas. Yo por segunda vez.

En la jaula del rincón, el corcel Arión relinchó airadamente. Se encabritó y golpeó los barrotes con los cascos.

—El caballo parece percibir tu desesperación —dijo la reina—. Qué interesante. Es inmortal, ¿sabes? Hijo de Neptuno y de Ceres.

Hazel parpadeó.

—¿Dos dioses han tenido un hijo caballo?

—Es una larga historia.

—Ah.

A Hazel se le encendió el rostro de la vergüenza.

—Es el caballo más rápido del mundo —dijo Hylla—. Pegaso es más famoso, con sus alas, pero Arión corre como el viento por tierra y por mar. No hay criatura

más rápida que él. Nos llevó un año capturarlo; es uno de nuestros premios más valiosos. Pero no nos ha servido de nada. El caballo no deja que nadie lo monte. Creo que odia a las amazonas. Y es muy caro mantenerlo. Come cualquier cosa, pero prefiere el oro.

Hazel notó un hormigueo en la nuca.

—¿Come oro?

Se acordó del caballo que la había seguido en Alaska hacía muchos años. Le había parecido que estaba comiendo las pepitas de oro que aparecían a su paso.

Se arrodilló y pegó la mano al suelo. La piedra se agrietó enseguida. Un pedazo de mineral de oro del tamaño de una ciruela brotó de la tierra. Hazel se levantó y examinó su premio.

Hylla y Kinzie se la quedaron mirando.

—¿Cómo has...? —La reina se quedó boquiabierta—. ¡Ten cuidado, Hazel!

Hazel se acercó a la jaula del caballo. Introdujo la mano entre los barrotes, y Arión comió con cautela el pedazo de oro de su palma.

—Increíble —dijo Kinzie—. La última chica que intentó hacer eso...

—Ahora tiene un brazo de metal —concluyó la reina. Observó a Hazel con un nuevo interés, como si estuviera decidiendo si debía seguir hablando o no—. Hazel... nos hemos pasado años buscando ese caballo. Según la profecía, la guerrera más valiente de todas domesticará a Arión y lo llevará a la victoria, marcando el comienzo de una nueva era de prosperidad para las amazonas. Sin embargo, ninguna amazona puede tocarlo, y no digamos controlarlo. Hasta Otrera lo probó y fracasó. Otras dos murieron intentando montarlo.

Eso debería haber preocupado a Hazel, pero no se podía imaginar que aquel precioso caballo le hiciera daño. Introdujo la mano entre los barrotes otra vez y acarició el hocico de Arión. El caballo le rozó el brazo, murmurando con satisfacción, como si estuviera preguntando: «¿Más oro? Ñam, ñam».

—Te daría de comer más, Arión —Hazel señaló intencionadamente a la reina—. Pero creo que me espera una ejecución.

La reina Hylla desplazó la vista repetidamente de Hazel al caballo.

—Increíble.

—La profecía —dijo Kinzie—. ¿Es posible...?

Hazel casi podía ver como los engranajes de la cabeza de la reina daban vueltas, formulando un plan.

—Tienes valor, Hazel Levesque. Y parece que Arión te ha elegido. ¿Kinzie?

—¿Sí, mi reina?

—¿Has dicho que las seguidoras de Otrera están vigilando las celdas?

Kinzie asintió con la cabeza.

—Debería haberlo previsto. Lo siento...

—No, no pasa nada —los ojos de la reina brillaban, como los de Aníbal el elefante cuando lo soltaban para que destruyera una fortaleza—. Otrera pasaría vergüenza si sus seguidoras no cumplieran con su deber: si una intrusa las venciera y se produjera una fuga, por ejemplo.

Kinzie empezó a sonreír.

—Sí, mi reina. Mucha vergüenza.

—Por supuesto, ninguna de mis guardias sabría una palabra del asunto —continuó Hylla—. Kinzie no divulgaría la noticia para permitir que se produjera la escapada.

—Desde luego que no —convino Kinzie.

—Y no podríamos ayudarte —la reina arqueó las cejas mirando a Hazel—. Pero si de algún modo derrotaras a las guardias y liberaras a tus amigos... si, por ejemplo, cogieras una de las tarjetas de Amazon de las guardias...

—Con opción de compra con un solo clic incorporada —dijo Kinzie—, lo que abriría las celdas con un solo clic.

—Si, los dioses no lo quieran, algo así ocurriera —continuó la reina—, encontrarías las armas y las provisiones de tus amigos en la garita que hay al lado de las celdas. Y ¿quién sabe? Si volvieras a la sala del trono mientras yo estoy fuera preparándome para el duelo... Bueno, ya te he dicho que Arión es un caballo muy rápido. Sería una lástima que lo robaran y lo usaran para escapar.

Hazel se sentía como si la hubieran conectado a un enchufe. La electricidad recorría todo su cuerpo. Arión... Arión podría ser suyo. Lo único que tenía que hacer era rescatar a sus amigos y abrirse paso a la fuerza entre un país entero de guerreras sumamente adiestradas.

—Reina Hylla —dijo—, no... no se me da muy bien luchar.

—Oh, hay muchas formas de luchar, Hazel. Tengo la sensación de que eres bastante ingeniosa. Y si la profecía es correcta, ayudarás al país de las amazonas a alcanzar la prosperidad. Si tienes éxito en tu misión de liberar a Tánatos, por ejemplo...

—... Otrera no volvería si la mataran —dijo Hazel—. Usted solo tendría que vencerla... todas las noches hasta que tengamos éxito.

La reina asintió con la cabeza seriamente.

—Parece que a las dos nos aguardan tareas imposibles.

—Pero está confiando en mí —dijo Hazel—. Y yo confío en usted. Usted vencerá, por muchas veces que haga falta.

Hylla alargó el collar de Percy y lo dejó caer en las manos de Hazel.

—Espero que estés en lo cierto —dijo la reina—. Pero cuanto antes tengáis éxito, mejor.

Hazel se metió el collar en el bolsillo. Estrechó la mano de la reina preguntándose

si era posible hacerse amiga de alguien tan rápido, sobre todo de alguien que estaba a punto de meterla en la cárcel.

—Esta conversación no ha tenido lugar —le dijo Hylla a Kinzie—. Lleva a nuestra prisionera a las celdas y entrégasela a las guardias de Otrera. Y, Kinzie, asegúrate de marcharte antes de que pase alguna desgracia. No quiero que nadie responsabilice a mis fieles seguidoras de una fuga.

La reina sonrió con picardía, y por primera vez Hazel sintió envidia de Reyna. Ojalá ella tuviera una hermana como la suya.

—Adiós, Hazel Levesque —dijo la reina—. Si las dos morimos esta noche... me alegro de haberte conocido.

Hazel

La jaula de las Amazonas estaba en lo alto de un pasillo de almacenaje, a casi veinte metros en el aire.

Kinzie hizo subir a Hazel por tres escaleras de mano distintas hasta una plataforma metálica y luego le ató las manos holgadamente a la espalda y la hizo avanzar a empujones por delante de unas cajas de joyas.

Unos diez metros más adelante, bajo la fuerte luz de unos fluorescentes, una hilera de jaulas de tela metálica colgaban de unos cables. Percy y Frank estaban en dos de las jaulas, hablando en voz baja entre ellos. A su lado, en la plataforma, tres Amazonas con cara de aburrimiento se encontraban apoyadas en sus lanzas contemplando unas pequeñas tablillas negras que sostenían en las manos como si estuvieran leyendo.

A Hazel las tablillas le parecieron demasiado finas para ser unos libros. Entonces cayó en la cuenta de que podían ser una especie de pequeños... ¿cómo los llamaba la gente moderna...? Ordenadores portátiles. Tal vez una forma de tecnología moderna de las Amazonas. La idea le resultaba tan inquietante como la batalla de carretillas elevadoras de abajo.

—En marcha, chica —ordenó Kinzie, lo bastante alto para que las guardias la oyeran.

Empujó a Hazel por la espalda con su espada.

Hazel andaba lo más despacio que podía, pero los pensamientos se le agolpaban en la mente. Tenía que idear un plan de rescate brillante. Hasta el momento no se le había ocurrido nada. Kinzie se había asegurado de que pudiera romper sus ataduras fácilmente, pero de todas formas estaría desarmada frente a tres guerreras adiestradas, y tenía que actuar antes de que la metieran en una jaula.

Pasó por delante de un palé de cajas con el rótulo ANILLOS DE TOPACIO DE 24 QUILATES y de otro con la etiqueta PULSERAS DE LA AMISTAD DE PLATA. Un visor electrónico situado junto a las pulseras de la amistad rezaba: «Los clientes que compraron este producto también compraron LÁMPARA SOLAR DE GNOMO DE JARDÍN Y LANZA LLAMEANTE DE LA MUERTE. ¡Compra los tres y ahorra un 12 %!».

Hazel se quedó paralizada. Dioses del Olimpo, qué tonta era.

Plata. Topacio. Concentró sus sentidos, buscando metales preciosos, y por poco le explotó el cerebro del exceso de información. Estaba al lado de una montaña de joyas de seis pisos de altura. Pero delante de ella, desde el punto en el que se encontraba hasta las guardias, no había más que jaulas.

—¿Qué pasa? —susurró Kinzie—. ¡No te pares! Van a sospechar.

—Haz que vengan —murmuró Hazel por encima del hombro.

—¿Por qué...?

—Por favor.

Las guardias fruncieron el ceño en dirección a ellas.

—¿Qué estáis mirando? —les gritó Kinzie—. Traigo a la tercera prisionera. Venid a por ella.

La guardia más cercana dejó su tablilla.

—¿Por qué no andas otros treinta pasitos, Kinzie?

—Hummm, porque...

—¡Uf! —Hazel cayó de rodillas y trató de adoptar su mejor cara de mareo—. ¡Tengo náuseas! No puedo... andar. Las amazonas me dan... mucho... miedo.

—Ya estamos —les dijo Kinzie a las guardias—. ¿Vais a venir a llevaros a la prisionera o tengo que decirle a la reina Hylla que no estáis cumpliendo con vuestro deber?

La guardia que estaba más cerca puso los ojos en blanco y se acercó pesadamente. Hazel pensaba que las otras dos guardias también vendrían, pero tendría que preocuparse por eso más tarde.

La primera guardia agarró a Hazel por el brazo.

—Está bien. Me llevaré a la prisionera. Pero yo de ti, Kinzie, no me preocuparía por Hylla. No seguirá siendo reina mucho más tiempo.

—Ya veremos, Doris.

Kinzie se volvió para marcharse. Hazel esperó hasta que sus pasos se alejaron por la pasarela.

Doris, la guardia, tiró del brazo de Hazel.

—¿Y bien? Vamos.

Hazel se concentró en el muro de joyas situado junto a ella: cuarenta grandes cajas de pulseras de plata.

—No... me encuentro bien.

—No irás a vomitarme encima, ¿verdad? —gruñó Doris.

Trató de levantar a Hazel de un tirón, pero Hazel se dejó caer, como una niña a la que le da un berrinche en una tienda. A su lado, las cajas empezaron a temblar.

—¡Lulu! —gritó Doris a una de sus compañeras—. Ayúdame con esta flojucha.

¿Unas amazonas que se llamaban Doris y Lulu?, pensó Hazel. Vale...

La segunda guardia se acercó trotando. Hazel se figuró que era su mejor

oportunidad. Antes de que pudieran levantarla, gritó: «¡Oooh!» y se tumbó contra la plataforma.

—No me fastidies... —empezó a decir Doris.

El palé de joyas entero explotó con un sonido como si mil tragaperras hubieran dado el premio gordo. Una ola gigantesca de pulseras de la amistad de plata se derramó sobre la pasarela y arrastró a Doris y a Lulu por encima de la barandilla.

Habrían muerto de la caída, pero Hazel no era tan mala. Había invocado varios cientos de pulseras, que saltaron sobre las guardias, les rodearon los tobillos y las dejaron colgando boca abajo desde la plataforma, gritando como unas flojuchas.

Hazel se volvió hacia la tercera guardia. Rompió sus ataduras, que eran tan resistentes como el papel higiénico. Recogió una de las lanzas de las guardias abatidas. Se le daban fatal las lanzas, pero esperaba que la tercera amazona no lo supiera.

—¿Tengo que matarte desde aquí? —gruñó Hazel—. ¿O me vas a obligar a acercarme?

La guardia se volvió y echó a correr.

Hazel gritó por el lado de la pasarela a Doris y Lulu.

—¡Las tarjetas de Amazon! ¡Pasádmelas, a menos que queráis que os quite esas pulseras y os deje caer!

Cuatro segundos y medio más tarde, Hazel tenía las dos tarjetas. Se acercó corriendo a las jaulas y pasó una tarjeta. Las puertas se abrieron de golpe.

Frank se la quedó mirando asombrado.

—Hazel, ha sido... increíble.

Percy asintió con la cabeza.

—No volveré a ponerme joyas nunca.

—Menos esto —Hazel le lanzó el collar—. Nuestras armas y provisiones están al final de la pasarela. Debemos darnos prisa. Dentro de poco...

Las alarmas empezaron a sonar por toda la caverna.

—Sí —dijo—, pasará eso. ¡Vamos!

La primera parte de la huida fue sencilla. Recuperaron sus cosas sin problemas y empezaron a bajar por la escalera. Cada vez que un grupo de amazonas se arremolinaba debajo de ellos, ordenándoles que se rindieran, Hazel hacía explotar una caja de joyas y enterraba a sus enemigas bajo cataratas de oro y plata. Cuando llegaron al pie de la escalera, se encontraron con una escena esperpéntica: amazonas atrapadas hasta el cuello en collares de cuentas, varias amazonas más boca abajo en una montaña de pendientes de amatista y una carretilla de combate enterrada bajo pulseras de la suerte de plata.

—Hazel Levesque —dijo Frank—, eres alucinante.

A ella le entraron ganas de besarle allí mismo, pero no tenían tiempo. Volvieron corriendo a la sala del trono.

Se tropezaron con una amazona que debía de ser leal a Hylla. En cuanto vio a los fugitivos, se apartó como si fueran invisibles.

—Pero ¿qué...? —dijo Percy.

—Algunas quieren que escapemos —le informó Hazel—. Te lo explicaré más tarde.

La siguiente amazona que se encontraron no era tan amistosa. Estaba vestida con una armadura completa, bloqueando la entrada de la sala del trono. Giró su lanza a la velocidad del rayo, pero esta vez Percy estaba listo. Sacó a *Contracorriente* y entró en combate. Cuando la amazona lo intentó atacar, Percy cortó el astil de la lanza por la mitad y le asestó un golpe en el yelmo con la empuñadura de la espada.

La guardia se desplomó.

—Marte Todopoderoso —exclamó Frank—. ¿Cómo has...? ¡Eso no era una técnica romana!

Percy sonrió.

—El *graecus* sabe algunos movimientos, amigo mío. Después de ti.

Entraron corriendo en la sala del trono. Según lo prometido, Hylla y sus guardias se habían ido. Hazel se acercó a toda prisa a la jaula de Arión y pasó una tarjeta a través de la cerradura. Inmediatamente el caballo salió y se empinó triunfalmente.

Percy y Frank retrocedieron dando traspiés.

—Esto... ¿está domesticada esa cosa? —preguntó Frank.

El caballo relinchó airadamente.

—Creo que no —aventuró Percy—. Acaba de decir: «Te voy a matar a pisotones, estúpido hombrecito chino canadiense».

—¿Hablas el idioma de los caballos? —preguntó Hazel.

—¿«Hombrecito»? —farfulló Frank.

—Hablar con los caballos es una facultad de Poseidón —dijo Percy—. Digo, de Neptuno.

—Entonces tú y Arión deberíais llevaros bien —dijo Hazel—. Él también es hijo de Neptuno.

Percy palideció.

—¿Cómo dices?

De no haber estado en una situación tan grave, la expresión de Percy podría haber hecho reír a Hazel.

—El caso es que es rápido. Puede sacarnos de aquí.

Frank no parecía entusiasmado.

—Los tres no cabemos en un caballo, ¿no? Nos caeremos o lo retrasaremos o...

Arión volvió a relinchar.

—Uy —dijo Percy—. Frank, el caballo dice que eres un... Mira, no voy a traducir eso. En fin, dice que hay un carro en el almacén y que está dispuesto a tirar de él.

—¡Allí! —gritó alguien desde el fondo de la sala del trono.

Una docena de amazonas entraron corriendo, seguidas de unos hombres con monos naranja. Cuando vieron a Arión, retrocedieron rápidamente y se dirigieron a las carretillas de combate.

Hazel subió de un salto a la grupa de Arión.

Sonrió a sus amigos.

—Recuerdo haber visto ese carro. ¡Seguidme, chicos!

Entró galopando en la caverna más grande y dispersó a un grupo de hombres. Percy dejó sin sentido a una amazona. Frank derribó a otras dos con su lanza. Hazel notó que Arión se esforzaba por correr. El animal quería ir a toda velocidad, pero necesitaba más espacio. Tenían que llegar al exterior.

Hazel se lanzó como un rayo contra una patrulla de amazonas, que se dispersaron al ver el caballo. Por una vez, la *spatha* de Hazel resultaba de la longitud adecuada. Blandía el arma contra todo aquel que se ponía a su alcance. Ninguna amazona osaba desafiarla.

Percy y Frank corrían detrás de ella. Por fin llegaron al carro. Arión se detuvo junto al yugo, y Percy se puso manos a la obra con las riendas y los arreos.

—¿Lo has hecho antes? —preguntó Frank.

Percy no tuvo que contestar. Sus manos volaban. En un abrir y cerrar de ojos, el carro estaba listo. Subió de un salto y gritó:

—¡Vamos, Frank! ¡Venga, Hazel!

Detrás de ellos sonó un grito de guerra. Un ejército entero de amazonas entró como un huracán en el almacén. La mismísima Otrera iba montada a horcajadas en una carretilla de combate, con su cabello plateado ondeando mientras giraba la ballesta montada hacia el carro.

—¡Detenedlos! —gritó.

Hazel espoleó a Arión. Cruzaron corriendo la caverna, zigzagueando alrededor de palés y carretillas. Una flecha pasó silbando cerca de la cabeza de Hazel. Algo explotó detrás de ella, pero no miró atrás.

—¡La escalera! —gritó Frank—. Es imposible que este caballo pueda tirar del carro y subir tantos... ¡DIOSES MÍOS!

Afortunadamente, la escalera era lo bastante ancha para el carro, porque Arión no redujo la velocidad. Subió disparado los escalones haciendo traquetear y chirriar el carro. Hazel miró atrás unas cuantas veces para asegurarse de que Frank y Percy no se habían caído. Los chicos tenían los nudillos blancos de agarrar los laterales del carruaje, y los dientes les castañeteaban como unas calaveras de Halloween a cuerda.

Por fin llegaron al vestíbulo. Arión cruzó con estrépito la puerta principal de la plaza y dispersó a un grupo de hombres con trajes de oficina.

Hazel notaba la tensión en la caja torácica de Arión. Se volvía loco por correr al notar el aire fresco, pero Hazel le tiró de las riendas.

—¡Ella! —gritó Hazel al cielo—. ¿Dónde estás? ¡Tenemos que irnos!

Por un instante, temió que la arpía estuviera demasiado lejos para oírla. Podía haberse perdido o haber sido capturada por las Amazonas.

Detrás de ellos, una carretilla subió ruidosamente la escalera y atravesó con gran estruendo el vestíbulo, seguido de una multitud de Amazonas.

—¡Rendíos! —gritó Otrera.

La carretilla levantó sus afilados dientes.

—¡Ella! —gritó Hazel desesperadamente.

Ella se posó en el carro en medio de un relumbrón de plumas rojas.

—Ella está aquí. Las Amazonas pinchan. Vámonos.

—¡Agárrate! —la avisó Hazel. Se inclinó hacia delante y dijo—: ¡Corre, Arión!

El mundo pareció alargarse. La luz del sol se curvó a su alrededor. Arión se alejó disparado de las Amazonas y atravesó a toda velocidad el centro de Seattle. Hazel miró atrás y vio una línea de calzada humeante en la zona del suelo que los cascos de Arión habían tocado. El animal se dirigió con gran estruendo al puerto, saltando por encima de coches y atravesando como un rayo intersecciones.

Hazel gritó a pleno pulmón, pero fue un grito de alegría. Por primera vez en su vida —en sus dos vidas— se sentía totalmente imparable. Arión llegó al agua y saltó directamente de los muelles.

A Hazel se le taponaron los oídos. Oyó un rugido que, como más tarde descubriría, era un estampido sónico, y Arión atravesó embalado el estrecho de Puget, mientras el agua del mar se convertía en vapor a su paso y el horizonte de Seattle se alejaba detrás de ellos.

Frank

Frank se sintió aliviado cuando las ruedas se desprendieron.

Ya había vomitado dos veces desde la parte de atrás del carro, lo que no resultaba divertido a la velocidad del sonido. El caballo parecía plegar el tiempo y el espacio al correr, desdibujando el paisaje y haciendo sentirse a Frank como si se acabara de beber cinco litros de leche entera sin su medicamento para la intolerancia a la lactosa. Ella no contribuía a mejorar la situación. No paraba de murmurar:

—Mil doscientos kilómetros por hora. Mil trescientos. Mil trescientos cinco. Rápido. Muy rápido.

El caballo se dirigió a toda velocidad al norte a través del estrecho de Puget y pasó zumbando junto a islas, barcas de pesca y sorprendidos bancos de ballenas. El paisaje que se extendía delante empezó a resultar familiar: Crescent Bay, Boundary Bay. Frank había ido a pescar allí una vez en una excursión escolar. Habían entrado en Canadá.

El caballo se posó como un cohete en tierra firme. Siguió la autopista 99 hacia el norte, corriendo tan rápido que los coches parecían estar quietos. Finalmente, cuando estaban entrando en Vancouver, las ruedas del carro empezaron a echar humo.

—¡Hazel! —chilló Frank—. ¡Esto se está rompiendo!

Ella captó el mensaje y tiró de las riendas. Al caballo no pareció hacerle gracia, pero redujo la marcha a velocidad subsónica mientras pasaban volando por las calles de la ciudad. Cruzaron el puente Ironworkers hasta North Vancouver, y el carro empezó a traquetear de forma peligrosa. Por fin Arión se detuvo en lo alto de una colina boscosa. El caballo resopló de satisfacción, como diciendo: «Así se corre, pringados». El carro humeante se desplomó y arrojó a Percy, Frank y Ella sobre la tierra húmeda cubierta de musgo.

Frank se levantó dando traspiés. Parpadeaba para tratar de despejar los puntos amarillos que veía. Percy gimió y empezó a desenganchar a Arión del carro destrozado. Ella revoloteaba aturdida, pegándose contra los árboles y murmurando:

—Árbol. Árbol. Árbol.

Hazel era la única que no parecía afectada por el viaje. Se deslizó de la grupa del caballo sonriendo con regocijo.

—¡Qué divertido!

—Sí —Frank contuvo las náuseas—. Divertidísimo.

Arión relinchó.

—Dice que necesita comer —tradujo Percy—. No me extraña. Debe de haber consumido unos seis millones de calorías.

Hazel examinó el suelo a sus pies y frunció el entrecejo.

—No percibo oro por aquí... No te preocupes, Arión. Te encontraré un poco. Mientras tanto, ¿por qué no vas a pastar? Nos reuniremos...

El caballo se marchó zumbando, dejando una estela de vapor a su paso.

Hazel frunció el entrecejo.

—¿Crees que volverá?

—No lo sé —dijo Percy—. Parece un poco... fogoso.

Frank casi esperaba que el caballo no volviera. Por supuesto, no lo dijo. Notaba que a Hazel le preocupaba la idea de perder a su nuevo amigo. Pero Arión le daba miedo, y Frank estaba convencido de que el caballo lo sabía.

Hazel y Percy empezaron a recoger las provisiones de los restos del carro. Había unas cuantas cajas de mercancías de Amazon en la parte delantera, y Ella chilló de regocijo cuando encontró una remesa de libros. Agarró un ejemplar de *Las aves de Norteamérica*, revoloteó a la rama más cercana y empezó a hojearlo arañándolo tan rápido que Frank no sabía si estaba leyendo o haciéndolo trizas.

Frank se apoyó en un árbol tratando de controlar el vértigo. Todavía no se había recuperado del encarcelamiento: lo habían llevado a patadas a través del vestíbulo, lo habían desarmado, lo habían enjaulado, y un caballo ególatra lo había insultado llamándolo «hombrecito». Eso no había contribuido precisamente a mejorar su autoestima.

Antes de eso, la visión que había compartido con Hazel lo había dejado desconcertado. Ahora se sentía más próximo a ella. Sabía que había hecho lo correcto dándole el trozo de leña. Se había quitado un gran peso de encima.

Por otra parte, había visto directamente el inframundo. Había experimentado lo que era estar eternamente sin hacer nada, solo arrepintiéndote de tus errores. Había mirado las inquietantes máscaras doradas de los jueces de los muertos y se había dado cuenta de que algún día se situaría ante ellos, tal vez muy pronto.

Frank siempre había soñado con volver a ver a su madre cuando muriera, pero quizá eso no les fuera posible a los semidioses. Hazel había estado en los Campos de Asfódelos unos setenta años y no había encontrado a su madre. Frank esperaba que él y su madre acabaran en los Campos Elíseos. Pero si Hazel no había ido allí —sacrificando su vida para detener a Gaia, responsabilizándose de sus acciones para que su madre no acabara en los Campos de Castigo—, ¿qué posibilidades tenía Frank? Él nunca había hecho algo tan heroico.

Se enderezó y miró a su alrededor, tratando de orientarse.

Hacia el sur, al otro lado de la bahía de Vancouver, el horizonte del centro emitía destellos rojizos con la puesta de sol. Hacia el norte, las colinas y pluriselvas del parque de Lynn Canyon serpenteaban entre las subdivisiones de North Vancouver hasta dar paso al monte.

Frank había explorado ese parque durante años. Vio un recodo del río que le resultaba familiar. Reconoció un pino muerto que había sido partido por un rayo en un claro cercano. Frank conocía esa colina.

—Estoy prácticamente en casa —dijo—. La casa de mi abuela está allí mismo.

Hazel entornó los ojos.

—¿A qué distancia?

—Justo al otro lado del río, a través del bosque.

Percy arqueó una ceja.

—¿En serio? ¿Vamos a casa de tu abuela?

Frank se aclaró la garganta.

—Sí, vale.

Hazel juntó las manos en un gesto de súplica.

—Frank, por favor, dime que nos dejará pasar la noche. Ya sé que tenemos una fecha límite, pero tenemos que descansar, ¿no? Y Arión nos ha ahorrado tiempo. A lo mejor incluso podríamos tomar comida de verdad.

—¿Y darnos una ducha caliente? —rogó Percy—. ¿Y dormir en una cama con sábanas y almohada?

Frank trató de imaginarse la cara que pondría su abuela cuando apareciera con dos amigos armados hasta los dientes y una arpía. Todo había cambiado desde el funeral de su madre, desde la mañana en que los lobos se lo habían llevado al sur. Entonces él se había enfadado mucho por tener que marcharse. No se imaginaba volviendo.

Aun así, él y sus amigos estaban agotados. Habían estado viajando durante más de dos días sin comer ni dormir como es debido. Su abuela podría darles víveres. Y tal vez pudiera responder a unas preguntas que a Frank le daban vueltas en la cabeza: una creciente sospecha acerca del don de su familia.

—Merece la pena intentarlo —decidió Frank—. Vamos a casa de mi abuela.

Frank estaba tan distraído que habría entrado de cabeza en el campamento de los ogros. Por suerte Percy le hizo retroceder.

Se agacharon junto a Hazel y Ella detrás de un tronco caído y observaron el claro.

—Malo —murmuró Ella—. Esto es malo para las arpías.

Había anochecido del todo. En torno a una llameante fogata había media docena de humanoides greñudos. De pie, debían de medir dos metros y medio: pequeños

comparados con el gigante Polibotes o incluso con los cíclopes que habían visto en California, pero no por ello menos espeluznantes. La única ropa que llevaban eran unos bañadores de surfista que les llegaban hasta las rodillas. Tenían la piel del tono rojo de quien ha sufrido una insolación, cubierta de tatuajes de dragones, corazones y mujeres en bikini. Sobre el fuego había un asador del que colgaba un animal despellejado, tal vez un jabalí, y los ogros arrancaban pedazos de carne con sus uñas como garras, riéndose y hablando mientras comían, enseñando sus puntiagudos dientes. Al lado de los ogros había varias bolsas de malla llenas de esferas de bronce, como balas de cañón. Las esferas debían de haber estado calientes, porque echaban humo con el frío aire nocturno.

A menos de doscientos metros detrás del claro, la mansión Zhang brillaba entre los árboles. «Qué cerca», pensó Frank. Se preguntó si podrían rodear furtivamente a los monstruos, pero al mirar a la izquierda y a la derecha, vio más fogatas en ambas direcciones, como si los ogros hubieran cercado la finca. Frank clavó los dedos en la corteza del árbol. Su abuela podía estar sola en casa, atrapada.

—¿Qué son esos tipos? —susurró.

—Canadienses —contestó Percy.

Frank se apartó de él.

—¿Cómo?

—Sin ánimo de ofender —dijo Percy—. Es como los llamó Annabeth cuando luché contra ellos. Dijo que viven en el norte, en Canadá.

—Sí, bueno, estamos en Canadá —masculló Frank—. Yo soy canadiense. Pero en mi vida he visto esas cosas.

Ella se arrancó una pluma de las alas y la hizo girar entre sus dedos.

—Lestrigones —dijo—. Caníbales. Gigantes del norte. La leyenda del Pies Grandes. Sí, sí. No son aves. No son aves de Norteamérica.

—Así se llaman —convino Percy—. Lestri... Esto, lo que ha dicho Ella.

Frank miró ceñudo a las criaturas del claro.

—Se podrían confundir con el Pies Grandes. Tal vez la leyenda viene de ahí. Ella, eres muy lista.

—Ella es lista —asintió ella.

La arpía ofreció tímidamente a Frank su pluma.

—Oh... gracias —él se la metió en el bolsillo y acto seguido reparó en que Hazel lo miraba echando chispas por los ojos—. ¿Qué? —preguntó.

—Nada —Hazel se volvió hacia Percy—. Entonces ¿estás recuperando la memoria? ¿Te acuerdas de cómo venciste a esos?

—Más o menos —dijo Percy—. Todavía está borroso. Creo que me ayudaron. Los matamos con bronce celestial, pero eso fue antes de... ya sabes.

—Antes de que la Muerte fuera secuestrada —dijo Hazel—. Así que ahora

podrían no morirse.

Percy asintió con la cabeza.

—Esas balas de cañón de bronce... son peligrosas. Creo que usamos algunas contra los gigantes. Si se les prende fuego, explotan.

Frank se llevó la mano al bolsillo de su abrigo. Entonces se acordó de que Hazel tenía el palo.

—Si provocamos alguna explosión, los ogros de los otros campamentos vendrán corriendo —dijo—. Creo que han rodeado la casa, lo que significa que podría haber cincuenta o sesenta de esos monstruos en el bosque.

—Entonces es una trampa —Hazel miró a Frank con preocupación—. ¿Y tu abuela? Tenemos que ayudarla.

A Frank se le hizo un nudo en la garganta. Ni en un millón de años habría pensado que su abuela necesitaría que la rescataran, pero empezó a visualizar posibles situaciones de batalla, como hacía en el campamento durante los juegos de guerra.

—Necesitamos una distracción —decidió—. Si pudiéramos atraer a ese grupo al bosque, podríamos pasar a escondidas sin alertar a los otros.

—Ojalá Arión estuviera aquí —dijo Hazel—. Podría hacer que los ogros me persiguieran.

Frank sacó su lanza de la mochila.

—Tengo otra idea.

Frank no quería hacerlo. La idea de invocar a Gris le daba todavía más miedo que el caballo de Hazel, pero no veía otra forma.

—¡Frank, no puedes atacar ahí! —le advirtió Hazel—. ¡Es un suicidio!

—No voy a atacar —dijo Frank—. Tengo un amigo... Que... que nadie grite, ¿vale?

Clavó la lanza en el suelo, y la punta se partió.

—Uy —dijo Ella—. La punta de la lanza ya no está. No, no.

El suelo tembló. La mano esquelética de Gris salió a la superficie. Percy buscó su espada con las manos, y Hazel hizo un ruido como un gato que se ha tragado una pelusa. Ella se esfumó y volvió a aparecer en lo alto del árbol más cercano.

—No pasa nada —prometió Frank—. ¡Está todo controlado!

Gris salió arrastrándose del suelo. No mostraba señales de daño de su enfrentamiento contra los basiliscos. Estaba como nuevo con su ropa de camuflaje, sus botas de soldado y su piel gris translúcida que le cubría los huesos como gelatina brillante. Volvió sus espectrales ojos hacia Frank, esperando órdenes.

—Frank, es un *spartus* —dijo Percy—. Un guerrero esqueleto. Son malos. Son asesinos. Son...

—Lo sé —dijo Frank con amargura—. Pero es un regalo de Marte. Ahora mismo

es lo único que tengo. Está bien, Gris. Tus órdenes son atacar a ese grupo de ogros. Llevarlos al oeste, crear una distracción para que nosotros podamos...

Lamentablemente, Gris perdió el interés después de la palabra «ogros». Tal vez solo entendía frases sencillas. Embistió hacia la fogata de los ogros.

—¡Espera! —dijo Frank, pero ya era demasiado tarde.

Gris se arrancó dos costillas de debajo de la camiseta, rodeó corriendo el fuego y apuñaló a los ogros por la espalda a una velocidad tan cegadora que ni siquiera les dio tiempo a gritar. Seis lestrigones con cara de gran sorpresa cayeron de lado como un círculo de fichas de dominó y se convirtieron en polvo.

Gris se puso a dar pisotones de acá para allá, esparciendo sus cenizas mientras intentaban volver a formarse. Cuando pareció convencido de que no iban a volver, se puso firme, saludó enérgicamente en dirección a Frank y se hundió en el suelo del bosque.

Percy se quedó mirando a Frank.

—¿Cómo...?

—Se acabaron los lestrigones —Ella bajó revoloteando y se posó al lado de ellos—. Seis menos seis es igual a cero. Las lanzas son buenas para restar. Sí.

Hazel miró a Frank como si él también se hubiera convertido en un esqueleto viviente. Frank pensó que se le iba a partir el corazón, pero la comprendía perfectamente. Los hijos de Marte eran muy violentos. Por algo el símbolo de Marte era una lanza ensangrentada. ¿Por qué no iba a estar horrorizada Hazel?

Miró furiosamente la punta rota de su lanza. Deseó tener cualquier padre menos a Marte.

—Vamos —dijo—. Mi abuela puede estar en apuros.

Frank

Se detuvieron delante del porche. Como Frank había temido, un amplio círculo de fogatas brillaban en el bosque rodeando por completo la finca, pero la casa parecía intacta.

Los móviles de viento de su abuela tintineaban con la brisa nocturna. Su silla de mimbre estaba vacía, orientada hacia la carretera. En las ventanas de la planta baja había luces encendidas, pero Frank decidió no llamar al timbre. No sabía qué hora era, ni si su abuela estaba dormida o si estaba en casa siquiera. Comprobó la estatua del elefante de piedra del rincón: una pequeña copia de la de Portland. La llave de sobra seguía escondida debajo de su pata.

Vaciló ante la puerta.

—¿Qué pasa? —preguntó Percy.

Frank recordó la mañana que había abierto la puerta al oficial del ejército que le había informado de la muerte de su madre. Recordó bajar esos escalones para ir al funeral, con el palo guardado en el abrigo por primera vez. Recordó estar allí y ver como los lobos salían del bosque: los seguidores de Lupa que lo habían llevado al Campamento Júpiter. Parecía que hubiera sucedido hacía mucho, pero solo habían pasado seis semanas.

Y entonces había vuelto. ¿Lo abrazaría su abuela? ¿Le diría: «¡Gracias a los dioses, has vuelto, Frank! ¡Estoy rodeada de monstruos!»?

Era más probable que lo regañara o que los confundiera con unos intrusos y los ahuyentara con una sartén.

—¿Frank? —dijo Hazel.

—Ella está nerviosa —murmuró la arpía desde la barandilla en la que estaba posada—. El elefante... el elefante está mirando a Ella.

—No pasará nada —a Frank le temblaba tanto la mano que apenas podía encajar la llave en la cerradura—. No os separéis.

En el interior, la casa olía a cerrado y a humedad. Normalmente el aire estaba perfumado de incienso de jazmín, pero todos los quemadores estaban vacíos.

Examinaron la sala de estar, el comedor y la cocina. Había platos sucios amontonados en el fregadero, cosa que no era normal. La asistente de su abuela iba a

la casa todos los días, a menos que los gigantes la hubieran espantado.

O se la hubieran comido, pensó Frank. Ella había dicho que los lestrigones eran caníbales.

Apartó esa idea de su mente. Los monstruos no hacían caso a los mortales corrientes. Al menos, normalmente.

En el salón, estatuas de Buda e inmortales taoístas les sonreían como payasos psicópatas. Frank se acordó de Iris, la diosa del arcoíris, que se había interesado superficialmente por el budismo y el taoísmo. Frank se imaginó que una visita a aquella espeluznante y vieja casa la curaría de su inclinación.

De los grandes jarrones de su abuela colgaban telarañas. Eso tampoco era normal. Ella insistía en que el polvo de su colección se limpiara regularmente. Al mirar la porcelana, a Frank le remordió la conciencia por haber destruido tantas piezas el día del funeral. En ese momento le parecía ridículo enfadarse con su abuela cuando tenía tantas personas con las que estar enfadado: Juno, Gaia, los gigantes, su padre Marte... Sobre todo Marte.

La chimenea estaba apagada y fría.

Hazel se abrazó el pecho como si quisiera impedir que el trozo de leña saltara al hogar.

—¿Es esa...?

—Sí —dijo Frank—. Esa es.

—¿Qué es? —preguntó Percy.

La expresión de Hazel era de compasión, pero eso solo hizo sentirse peor a Frank. Se acordó del terror y el rechazo que ella había mostrado cuando él había invocado a Gris.

—Es la chimenea —le dijo a Percy, un comentario ridículo de puro obvio—. Vamos. Miremos arriba.

Los escalones crujían bajo sus pies. El viejo cuarto de Frank estaba como lo había dejado. Ninguna de sus cosas había sido tocada: su arco y su carcaj de sobra (tenía que cogerlos más tarde), sus premios de deletreo del colegio (sí, probablemente era el único semidiós no disléxico y campeón de deletreo del mundo, por si no era ya bastante rarito) y las fotos de su madre: con su chaleco antibalas y su casco, sentada en un vehículo militar en la provincia de Kandahar; con su uniforme de fútbol la temporada que había entrenado al equipo de Frank; con su uniforme de gala del ejército, posando las manos en los hombros de Frank; la vez que había visitado su colegio durante la jornada de orientación profesional.

—¿Es tu madre? —preguntó Hazel con delicadeza—. Es muy guapa.

Frank no contestó. Se sentía un poco avergonzado: un chico de dieciséis años con un montón de fotos de su madre. Debía de ser patético. Pero sobre todo se sentía triste. Hacía seis semanas él estaba allí. En algunos sentidos, parecía una eternidad.

Pero cuando miraba la cara risueña de su madre en aquellas fotos, el dolor de su pérdida estaba más reciente que nunca.

Registraron las otras habitaciones. Las dos centrales estaban vacías. Una tenue luz parpadeaba bajo la última puerta: el cuarto de su abuela.

Frank llamó suavemente. Nadie contestó. Abrió la puerta empujándola. Su abuela estaba tumbada en la cama, con aspecto demacrado y débil, y el cabello blanco esparcido sobre su cara como la corona de un basilisco. Una vela ardía sobre la mesita de noche. Un hombre corpulento con el uniforme beis de las Fuerzas Armadas de Canadá estaba sentado a la cabecera. A pesar de la oscuridad, llevaba puestas unas gafas de sol oscuras detrás de cuyos cristales brillaba una luz de color rojo sangre.

—Marte —dijo Frank.

El dios levantó la vista impasiblemente.

—Hola, chico. Pasa. Dile a tus amigos que se larguen.

—¿Frank? —susurró Hazel—. ¿Cómo que Marte? ¿Está tu abuela... está bien?

Frank lanzó una mirada a sus amigos.

—¿No lo veis?

—¿A quién? —Percy agarró su espada—. ¿A Marte? ¿Dónde?

El dios de la guerra soltó una risita.

—No, ellos no pueden verme. Quiero que esta vez vaya mejor. Una conversación en privado entre padre e hijo, ¿vale?

Frank cerró los puños. Contó hasta diez antes de atreverse a hablar.

—Chicos, no es... no es nada. Escuchad, ¿por qué no vais a las habitaciones centrales?

—Los tejados —propuso Ella—. Los tejados son buenos para las arpias.

—Claro —dijo Frank aturdido—. Debe de haber comida en la cocina. ¿Me dejáis solo unos minutos con mi abuela? Creo que está...

Se le quebró la voz. No sabía si tenía ganas de llorar o de gritar o de dar un puñetazo a Marte en las gafas... puede que las tres cosas.

Hazel le posó la mano en el brazo.

—Desde luego, Frank. Vamos, Ella, Percy.

Frank esperó hasta que los pasos de sus amigos se alejaron. Entonces entró en el dormitorio y cerró la puerta.

—¿Eres tú realmente? —preguntó a Marte—. ¿No es un truco o una ilusión o algo parecido?

El dios negó con la cabeza.

—¿Preferirías que no fuera yo?

—Sí —confesó Frank.

Marte se encogió de hombros.

—Te comprendo perfectamente. Nadie recibe la guerra con los brazos abiertos;

no si son listos. Pero la guerra acaba encontrando a todo el mundo tarde o temprano. Es inevitable.

—Es estúpido —repuso Frank—. La guerra no es inevitable. Mata a la gente. Me...

—... arrebató a tu madre —concluyó Marte.

Frank tenía ganas de quitarle a bofetadas aquella expresión tranquila de la cara, pero tal vez solo era el aura de Marte, que le hacía sentirse agresivo. Miró a su abuela, que dormía plácidamente. Ojalá hubiera podido despertarla. Si alguien podía enfrentarse a un dios de la guerra esa era su abuela.

—Está preparada para morir —dijo Marte—. Hace semanas que lo está, pero está esperándote.

—¿Esperándome? —Frank se quedó tan pasmado que casi se olvidó de su cólera—. ¿Por qué? ¿Cómo podía saber que iba a volver? ¡Yo no lo sabía!

—Los lestrigones lo sabían —dijo Marte—. Me imagino que cierta diosa se lo dijo.

Frank parpadeó.

—¿Juno?

El dios de la guerra se rió tan fuerte que las ventanas vibraron, pero su abuela no se despertó.

—¿Juno? ¡Por los bigotes de un jabalí, muchacho! ¡Juno, no! Tú eres el arma secreta de Juno. Ella no te traicionaría. No, me refería a Gaia. Es evidente que ha estado siguiéndote la pista. Creo que tú le preocupas más que Percy, Jason o que cualquiera de los siete.

Frank se sentía como si la habitación se estuviera inclinando. Deseó que hubiera otra silla en la que pudiera sentarse.

—Los siete... ¿Te refieres a la antigua profecía, la de las Puertas de la Muerte? ¿Soy uno de los siete? ¿Y Jason y...?

—Sí, sí —Marte agitó la mano impacientemente—. Vamos, muchacho. Se supone que se te dan bien las tácticas. ¡Piénsalo detenidamente! Está claro que tus amigos también están preparados para la misión, suponiendo que volváis con vida de Alaska. Juno pretende unir a los griegos y los romanos, y enviarlos contra los gigantes. Cree que es la única forma de detener a Gaia.

Marte se encogió de hombros; saltaba a la vista que el plan no le convencía.

—En fin, Gaia no quiere que tú seas uno de los siete. A Percy Jackson... cree que puede controlarlo. Todos los demás tienen debilidades que ella puede explotar. Pero tú... tú le preocupas. Preferiría matarte enseguida. Por eso ha reunido a los lestrigones. Llevan aquí días esperando.

Frank sacudió la cabeza. ¿Le estaba gastando Marte una broma? Era imposible que una diosa estuviera preocupada por Frank, sobre todo cuando había alguien como

Percy Jackson de quien preocuparse.

—¿Que no tengo debilidades? —dijo—. Pero si es lo único que tengo. ¡Mi vida depende de un palo!

Marte sonrió.

—Te menosprecias. El caso es que Gaia ha convencido a esos lestrigones de que si se comen al último miembro de tu familia (es decir, a ti), heredarán el don de la familia. No sé si es cierto o no, pero los lestrigones están impacientes por intentarlo.

A Frank se le hizo un nudo en el estómago. Gris había matado a seis ogros, pero a juzgar por las fogatas que había alrededor de la finca, había docenas más esperando para cocinar a Frank de desayuno.

—Voy a vomitar —dijo.

—No —Marte chasqueó los dedos, y las náuseas desaparecieron—. Son los nervios de la batalla. Le pasa a todo el mundo.

—Pero mi abuela...

—Sí, ha estado esperando para hablar contigo. Los ogros la han dejado en paz hasta ahora. Ella es el cebo, ¿sabes? Y ahora que has venido, me imagino que ya han oído tu presencia. Atacarán por la mañana.

—¡Pues sácanos de aquí! —le pidió Frank—. Chasquea los dedos y cárgate a los caníbales.

—¡Ah! Eso sería divertido, pero yo no libro las batallas de mis hijos. Los Hados tienen las ideas claras con respecto a lo que deben hacer los dioses y lo que deben hacer los mortales. Esta es tu misión, muchacho. Y por si todavía no lo has descubierto, no podrás volver a utilizar la lanza hasta dentro de veinticuatro horas, así que espero que hayas aprendido a usar el don de la familia. De lo contrario, les servirás de desayuno a los caníbales.

«El don de la familia.» Frank había querido hablar del asunto con su abuela, pero ya no tenía a nadie a quien consultar salvo a Marte. Miró fijamente al dios de la guerra, que sonreía sin la más mínima compasión.

—Periclímeno —Frank pronunció con cuidado la palabra, como si estuviera en un certamen de deletreo—. Él fue mi antepasado, un príncipe griego, un argonauta. Murió luchando contra Hércules.

Marte hizo un gesto con la mano para invitarle a que continuara.

—Tenía una habilidad que le ayudaba en el combate —dijo Frank—. Una especie de don divino. Mi madre decía que luchaba como un enjambre de abejas.

Marte se echó a reír.

—Es cierto. ¿Qué más?

—De algún modo, la familia llegó a China. Creo que en la época del Imperio romano uno de los descendientes de Periclímeno sirvió en la legión. Mi madre solía hablar de alguien llamado Seneca Gracchus, pero también tenía un nombre chino,

Sung Guo. Creo... bueno, esta es la parte que no conozco, pero Reyna siempre ha dicho que muchas legiones se perdieron. La Duodécima fundó el Campamento Júpiter. Tal vez hubo otra legión que desapareció en el oeste.

Marte aplaudió silenciosamente.

—No está mal, muchacho. ¿Has oído hablar de la batalla de Carras? Fue una gran catástrofe para los romanos. Lucharon contra los partos en la frontera oriental del Imperio. Quince mil romanos murieron. Diez mil más fueron hechos prisioneros.

—¿Y uno de esos prisioneros era quizá mi antepasado Seneca Gracchus?

—Exacto —respondió Marte—. Los partos pusieron a los legionarios cautivos a trabajar, pues eran muy buenos guerreros. Pero entonces Partia fue invadida de nuevo por el otro lado...

—Por los chinos —aventuró Frank—. Y los prisioneros romanos fueron capturados otra vez.

—Sí. Es un poco embarazoso. En fin, así es como una legión romana llegó a China. Con el tiempo, los romanos echaron raíces y construyeron una nueva ciudad llamada...

—Li-Jien —dijo Frank—. Mi madre decía que era el hogar de nuestros antepasados. Li-Jien. «Legión.»

Marte se mostró satisfecho.

—Ya lo vas entendiendo. Y el viejo Seneca Gracchus tenía el don de tu familia.

—Mi madre decía que luchaba contra dragones —recordó Frank—. Decía que era... el dragón más poderoso de todos.

—Era bueno —reconoció Marte—. No lo bastante para evitar la mala suerte de su legión, pero era bueno. Se estableció en China, transmitió el don de su familia a sus hijos y así sucesivamente. Con el tiempo, tu familia emigró a Norteamérica y se involucró con el Campamento Júpiter...

—El círculo —concluyó Frank—. Juno dijo que yo cerraría el círculo de mi familia.

—Ya veremos —Marte señaló con la cabeza a su abuela—. Ella quería contártelo en persona, pero como no le quedan muchas fuerzas, he pensado que yo podría explicarte parte de la historia. Entonces ¿entiendes el don que posees?

Frank vaciló. Se le había ocurrido una idea, pero le parecía disparatada; todavía más disparatada que una familia que se muda de Grecia a Roma, de Roma a China y de China a Canadá. No quería decírla en voz alta. No quería equivocarse y que Marte se riera de él.

—Creo... creo que sí. Pero contra un ejército de ogros...

—Sí, será difícil —Marte se levantó y se estiró—. Cuando tu abuela se despierte por la mañana, te ofrecerá ayuda. Entonces me imagino que morirá.

—¿Qué? ¡Pero tengo que salvarla! No puede dejarme así sin más.

—Ha vivido una vida plena —dijo Marte—. Está lista para pasar página. No seas egoísta.

—¡Egoísta!

—Si la vieja ha aguantado tanto ha sido por su sentido del deber. Tu madre era igual. Por eso yo la amaba. Siempre anteponía su deber a todo lo demás. Incluso a su vida.

—Incluso a mí.

Marte se quitó las gafas de sol. Donde deberían haber estado sus ojos bullían unas esferas de fuego en miniatura, como explosiones nucleares.

—La autocompasión no sirve de nada, muchacho. No es digna de ti. Incluso sin el don de tu familia, tu madre te dio tus cualidades más importantes: valentía, lealtad e inteligencia. Ahora tienes que decidir cómo usarlas. Por la mañana, escucha a tu abuela. Acepta su consejo. Todavía puedes liberar a Tánatos y salvar el campamento.

—Y dejar morir a mi abuela.

—La vida es preciosa porque tiene final, muchacho. Haz caso a un dios. Los mortales no sabéis la suerte que tenéis.

—Sí —murmuró Frank—. Mucha suerte.

Marte se rió; un áspero sonido metálico.

—Tu madre solía decirme este proverbio chino. Cómete lo amargo. Saborea lo dulce...

—Cómete lo amargo, saborea lo dulce —dijo Frank—. Odio ese proverbio.

—Pero es cierto. ¿Cómo se dice hoy en día? El que algo quiere, algo le cuesta. Es la misma idea. Cuando haces algo fácil, algo atractivo, algo pacífico, casi siempre se acaba volviendo amargo. Pero si sigues el camino difícil... ah, así es como se obtienen los premios más dulces. Deber. Sacrificio. Son valores importantes.

Frank estaba tan disgustado que apenas podía hablar. ¿Era ese su padre?

Claro, Frank entendía que su madre hubiera sido una heroína. Entendía que hubiera salvado vidas y que hubiera sido muy valiente. Pero lo había dejado solo. Eso no era justo. No estaba bien.

—Ya me voy —prometió Marte—. Pero primero quiero aclarar una cosa. Antes dijiste que eras débil. Eso no es cierto. ¿Quieres saber por qué Juno te perdonó la vida, Frank? ¿Por qué ese palo todavía no ha ardido? Es porque tienes un papel que desempeñar. Tú crees que no eres tan bueno como los otros romanos. Crees que Percy Jackson es mejor que tú.

—Y lo es —masculló Frank—. Luchó contra ti y venció.

Marte se encogió de hombros.

—Tal vez. Pero todo héroe tiene un defecto fatal. ¿El de Percy Jackson? Es demasiado leal a sus amigos. No puede abandonarlos por nada del mundo. Hace años se lo dijeron. Y dentro de poco tendrá que hacer frente a un sacrificio del que es

incapaz. Sin ti, Frank (sin tu sentido del deber), fracasará. La guerra se torcerá, y Gaia destruirá nuestro mundo.

Frank sacudió la cabeza. No podía oír eso.

—La guerra es un deber —continuó Marte—. La única elección real es si la aceptas y por qué luchas. El legado de Roma está en peligro: cinco mil años de derecho, orden y civilización. Los dioses, las tradiciones, las culturas que dieron forma al mundo en el que vives: todo se vendrá abajo, Frank, a menos que venzas. Creo que es algo por lo que merece la pena luchar. Piénsalo.

—¿Cuál es el mío? —preguntó Frank.

Marte arqueó una ceja.

—¿Tu qué?

—Mi defecto fatal. Has dicho que todos los héroes tienen uno.

El dios sonrió secamente.

—Tú mismo tienes que responder a eso, Frank. Pero por fin haces las preguntas correctas. Ahora duerme. Necesitas descansar.

El dios le dijo adiós con la mano. Frank notó que le pesaban los ojos. Se desplomó, y todo se oscureció.

—Fai —dijo una voz familiar, áspera e impaciente.

Frank parpadeó. La luz del sol entraba a raudales en la habitación.

—Levanta, Fai. Me gustaría mucho abofetear esa ridícula cara que tienes, pero no estoy en condiciones de salir de la cama.

—¿Abuela?

La anciana se volvió más nítida, lo miraba desde la cama. Frank estaba tumbado en el suelo. Alguien lo había tapado con una manta y le había colocado una almohada debajo de la cabeza durante la noche, pero no tenía ni idea de cómo había ocurrido.

—Sí, mi buey tonto —su abuela todavía tenía un aspecto terriblemente débil y pálido, pero su voz sonaba más dura que nunca—. Levántate. Los ogros han rodeado la casa. Tenemos mucho de lo que hablar si tú y tus amigos queréis escapar de aquí con vida.

Frank

Con solo echar un vistazo por la ventana, Frank supo que estaba en apuros.

En el límite del césped, los lestrigones estaban amontonando balas de cañón de bronce. Su piel emitía un brillo rojizo. Su cabello desgredado, sus tatuajes y sus garras no tenían mejor aspecto a la luz de la mañana.

Algunos llevaban porras o lanzas. Unos cuantos ogros confundidos cargaban con tablas de surf, como si se hubieran equivocado de fiesta. Todos estaban de un humor festivo: se chocaban las manos, se ataban baberos de plástico alrededor del cuello, sacaban cuchillos y tenedores. Un ogro había encendido una barbacoa portátil y estaba bailando con un delantal en el que ponía BESA AL COCINERO.

La escena habría resultado casi graciosa, pero Frank sabía que él era el plato principal.

—He mandado a tus amigos al desván —dijo su abuela—. Podrás reunirte con ellos cuando hayamos terminado.

—¿El desván? —Frank se volvió—. Me dijiste que nunca entrara allí.

—Eso es porque guardamos armas en el desván, tontorrón. ¿Crees que es la primera vez que los monstruos atacan a nuestra familia?

—Armas... —masculló Frank—. Vale. En mi vida he manejado armas.

Los orificios nasales de su abuela se ensancharon.

—¿Es eso un sarcasmo, Fai Zhang?

—Sí, abuela.

—Bien. Puede que todavía no todo esté perdido. Ahora siéntate. Debemos comer.

Señaló con la mano la mesita de noche, donde alguien había dejado un vaso de zumo de naranja y un plato con huevos escalfados y una tostada con beicon: el desayuno favorito de Frank.

A pesar de los problemas, a Frank le entró de repente hambre. Miró a su abuela asombrado.

—¿Me has...?

—¿Preparado el desayuno? ¡Por el mono de Buda, claro que no! Y tampoco ha sido el servicio. Es demasiado peligroso para ellos quedarse aquí. No, tu novia Hazel te lo ha preparado. Y anoche te trajo una manta y una almohada. Y escogió ropa

limpia para ti de tu habitación. Por cierto, deberías ducharte. Hueles a pelo de caballo quemado.

Frank abrió y cerró la boca como un pez. Era incapaz de emitir sonidos. ¿Hazel había hecho todo eso por él? Estaba convencido de que había echado por tierra cualquier posibilidad con ella la noche anterior al invocar a Gris.

—Ella... esto... ella no es...

—¿No es tu novia? —aventuró su abuela—. ¡Pues debería serlo, pedazo de alcornoque! No la dejes escapar. Por si no te has dado cuenta, necesitas mujeres fuertes en tu vida. Y ahora, vamos por faena.

Frank desayunó mientras su abuela le daba una especie de sesión informativa militar. A la luz del día, su piel era tan translúcida que parecía que le brillaran las venas. Su respiración sonaba como una bolsa de papel crujiente inflándose y desinflándose, pero hablaba con firmeza y claridad.

Le explicó que los ogros llevaban tres días rodeando la casa, esperando a que Frank apareciera.

—Quieren cocinarte y comerte —dijo la anciana con repugnancia—, lo cual es ridículo. Debes de saber fatal.

—Gracias, abuela.

Ella asintió con la cabeza.

—Reconozco que me puse algo contenta cuando dijeron que volvías. Me alegro de verte por última vez, aunque lleves la ropa sucia y necesites cortarte el pelo. ¿Es así como representas a tu familia?

—He estado un poco ocupado, abuela.

—El desaliño no admite excusas. En cualquier caso, tus amigos ya se han levantado y han desayunado. Están haciendo el inventario de las armas del desván. Les he dicho que irás dentro de poco, pero hay demasiados ogros para rechazarlos mucho tiempo. Por eso debemos hablar de vuestro plan de escape. Mira en la mesita de noche.

Frank abrió el cajón y sacó un sobre cerrado.

—¿Sabes el campo de aviación que hay al final del parque? —preguntó su abuela—. ¿Podrías volver a encontrarlo?

Frank asintió mudamente. Estaba a unos cinco kilómetros al norte, siguiendo la carretera principal a través del cañón. Su abuela lo había llevado allí a veces, cuando fletaba aviones para que le trajeran envíos especiales de China.

—Hay un piloto esperando para partir inmediatamente —dijo su abuela—. Es un viejo amigo de la familia. En ese sobre hay una carta para él en la que le pido que te lleve al norte.

—Pero...

—No me discutas, muchacho —murmuró ella—. Marte me ha estado visitando

estos últimos días. Me ha hecho compañía y me ha hablado de tu misión. Busca a la Muerte y libérala. Cumple con tu deber.

—Pero si tengo éxito, tú morirás. No te volveré a ver.

—Es cierto —convino su abuela—. Pero me moriré de todas formas. Soy vieja. Creía que ya lo había dejado claro. A ver, ¿te dio tu pretora alguna carta de presentación?

—Ah, sí, pero...

—Bien. Enséñaselas también al piloto. Es un veterano de la legión. En caso de que tenga dudas o le entre miedo, esas credenciales le obligarán moralmente a ayudarte de cualquier forma posible. Lo único que tienes que hacer es llegar al campo de aviación.

La casa retumbó. En el exterior, una bola de fuego estalló en el aire e iluminó toda la habitación.

—Los ogros se están impacientando. Debemos darnos prisa. En cuanto a tus poderes, espero que hayas averiguado cuáles son.

—Hummm...

Su abuela murmuró unos juramentos en atropellado mandarín.

—¡Por los dioses de tus antepasados, muchacho! ¿No has aprendido nada?

—¡Sí!

Frank reveló tartamudeando los detalles de la conversación que había mantenido con Marte la noche anterior, pero se sentía mucho más cohibido delante de su abuela.

—El don de Periclímeno... Creo, creo que era hijo de Poseidón, o sea, de Neptuno, o sea... —Frank extendió las manos— del dios del mar.

Su abuela asintió a regañadientes.

—Era nieto de Poseidón, pero está bien. ¿Cómo ha llegado ese dato a tu brillante intelecto?

—Un vidente de Portland... dijo algo sobre mi bisabuelo, Shen Lun. Dijo que lo culparon del terremoto de 1906 que destruyó San Francisco y la antigua ubicación del Campamento Júpiter.

—Continúa.

—En el campamento decían que un descendiente de Neptuno había provocado el desastre. Neptuno es el dios de los terremotos. Pero... pero no creo que el bisabuelo fuera realmente el culpable. Provocar terremotos no es nuestro don.

—No —convino su abuela—. Pero sí, le echaron la culpa. Era poco popular como descendiente de Neptuno. Era poco popular porque su verdadero don era mucho más extraño que provocar terremotos. Y era poco popular porque era chino. Nunca antes un muchacho chino se había cobrado sangre romana. Es una verdad desagradable, pero no se puede negar. Lo acusaron falsamente y lo echaron de forma deshonrosa.

—Entonces... si no hizo nada malo, ¿por qué me dijiste que me disculpara por él?

Las mejillas de su abuela se encendieron.

—¡Porque disculparse por algo que no has hecho es mejor que morir por ello! No estaba segura de si en el campamento te culparían. No sabía si los prejuicios de los romanos habían disminuido.

Frank engulló el desayuno. Se habían mofado de él en el colegio y a veces en la calle, pero no demasiado, y nunca en el Campamento Júpiter. En el campamento nadie, ni una sola vez, se había burlado de él por ser asiático. A nadie le importaba eso. Solo se metían con él porque era torpe y lento. No podía imaginarse por lo que había pasado su abuelo, acusado de destruir todo el campamento, expulsado de la legión por algo que no había hecho.

—¿Y nuestro verdadero don? —preguntó su abuela—. ¿Has averiguado al menos cuál es?

Las viejas historias de su madre empezaron a dar vueltas en la cabeza de Frank. «Luchar contra un enjambre de abejas. Él era el dragón más fuerte de todos.» Recordó cuando su madre había aparecido al lado de él en el jardín, como si hubiera venido volando del desván. Recordó cuando había salido del bosque diciendo que había dado señas a una mamá osa.

—«Puedes ser cualquier cosa» —dijo Frank—. Es lo que ella siempre me decía.

Su abuela resopló.

—Por fin una lucecita se enciende en esa cabeza tuya. Sí, Fai Zhang. Tu madre no estaba estimulando tu autoestima. Te estaba diciendo la verdad en sentido literal.

—Pero... —Otra explosión sacudió la casa. Cayó yeso del techo como si fuera nieve. Frank estaba tan perplejo que apenas se dio cuenta—. ¿Cualquier cosa?

—Dentro de lo razonable —dijo su abuela—. Seres vivos. Resulta de ayuda si conoces bien a la criatura. También si estás en una situación de vida o muerte, como el combate. ¿Por qué estás tan sorprendido, Fai? Siempre has dicho que no estás cómodo con tu cuerpo. Todos nos sentimos de esa forma: todos los que tenemos la sangre de Pilos. Ese don solo fue concedido una vez a una familia mortal. Somos únicos entre los semidioses. Poseidón debía de sentirse especialmente generoso cuando bendijo a nuestro antepasado... o especialmente rencoroso. A menudo el don ha resultado una maldición. No salvó a tu madre...

En el exterior, los ogros prorrumpieron en vítores. Alguien gritó:

—¡Zhang! ¡Zhang!

—Debes marcharte, bobo —dijo su abuela—. Nuestro tiempo se ha acabado.

—Pero... no sé cómo usar mi poder. Nunca he... No puedo...

—Sí que puedes —dijo su abuela—. O no sobrevivirás para descubrir tu destino. No me gusta la Profecía de los Siete de la que me ha hablado Marte. Para los chinos, el siete es un número de mala suerte: un número de los fantasmas. Pero no podemos hacer nada al respecto. ¡Y ahora vete! Mañana por la noche es la fiesta de Fortuna.

No tienes tiempo que perder. No te preocupes por mí. Moriré cuando me llegue el momento, a mi manera. No tengo la más mínima intención de ser devorada por esos ridículos ogros. ¡Vete!

Frank se volvió en la puerta. Se sentía como si le estuvieran estrujando el corazón en un exprimidor, pero hizo una reverencia formal.

—Gracias, abuela —dijo—. Haré que te sientas orgullosa de mí.

Ella murmuró algo. Por un momento Frank pensó que había dicho: «Ya lo has hecho».

Se la quedó mirando perplejo, pero la expresión de la anciana se avinagró enseguida.

—¡Deja de mirarme como un bobo, muchacho! ¡Ve a ducharte y a vestirte! ¡Péinate! Es la última imagen que voy a ver de ti, ¿y apareces con el pelo despeinado?

Él se pasó la mano por el cabello e hizo otra reverencia.

La última imagen que vio de su abuela era ella mirando furiosamente por la ventana, como si estuviera pensando en la terrible reprimenda que les daría a los ogros cuando invadieran su casa.

Frank

Frank se duchó lo más rápido posible, se puso la ropa que Hazel había preparado — una camiseta verde aceituna y unas bermudas beis, ¿en serio?—, y a continuación cogió su arco y su carcaj de recambio y subió la escalera del desván.

El desván estaba lleno de armas. Su familia había reunido suficiente armamento antiguo para abastecer a un ejército. Escudos, lanzas y carcajs de flechas colgaban de una pared; casi tantos como los del arsenal del Campamento Júpiter. En la ventana trasera había un escorpión montado y cargado, listo para la acción. En la ventana delantera había algo que parecía una ametralladora con varios cañones.

—¿Un lanzacohetes? —se preguntó en voz alta.

—No, no —dijo una voz desde el rincón—. Patatas. A Ella no le gustan las patatas.

La arpía se había hecho un nido entre dos viejos baúles. Estaba posada en un montón de pergaminos chinos, leyendo siete u ocho al mismo tiempo.

—Ella, ¿dónde están los demás? —preguntó Frank.

—Tejado —Ella miró hacia arriba y luego retomó la lectura, toqueteándose las plumas un momento y pasando páginas al siguiente—. Tejado. Vigilando a los ogros. A Ella no le gustan los ogros. Patatas.

—¿Patatas?

Frank no lo entendió hasta que giró la ametralladora. Sus ocho cañones estaban cargados de patatas. En la base del arma había un cesto lleno de más munición comestible.

Miró por la ventana: la misma ventana desde la que lo había mirado su madre cuando había conocido a los osos. En el jardín, los ogros se apiñaban empujándose unos a otros, chillando a la casa de vez en cuando y lanzando balas de cañón de bronce que explotaban en el aire.

—Tienen balas de cañón —dijo Frank—. Y nosotros tenemos un arma de patatas.

—Fécula —dijo Ella pensativamente—. La fécula es mala para los ogros.

Otra explosión sacudió la casa. Frank tenía que subir al tejado y ver cómo les iba a Percy y Hazel, pero le sabía mal dejar a Ella sola.

Se arrodilló al lado de ella, con cuidado de no acercarse demasiado.

—Ella, aquí no estás a salvo con los ogros. Dentro de poco viajaremos a Alaska. ¿Vendrás con nosotros?

Ella se movió incómoda.

—Alaska. Un millón seiscientos veintidós mil cuatrocientos treinta y tres kilómetros cuadrados. Mamífero autóctono: el alce.

De repente pasó al latín, que Frank entendía a duras penas gracias a las clases del Campamento Júpiter:

—«Al norte, más allá de los dioses, la corona de la legión espera. Cayendo del hielo, el hijo de Neptuno ahogo encuentra...».

Se detuvo y se rascó su despeinado pelo rojo.

—Hum. Quemado. El resto está quemado.

A Frank le costaba respirar.

—Ella, ¿era... era eso una profecía? ¿Dónde la has leído?

—Alce —dijo Ella, paladeando la palabra—. Alce. Alce. Alce.

La casa volvió a sacudirse. De las vigas cayó polvo. En el exterior, un ogro rugió:

—¡Frank Zhang! ¡Sal de ahí!

—No —dijo Ella—. Frank no debe salir. No.

—Tú... quédate aquí, ¿vale? —dijo Frank—. Tengo que ayudar a Hazel y Percy.

Bajó la escalera de mano que ascendía al tejado.

—Buenos días —dijo Percy con seriedad—. Un día precioso, ¿verdad?

Llevaba la misma ropa que el día anterior —unos tejanos, su camiseta de manga corta morada y un forro polar—, pero saltaba a la vista que se acababa de lavar. Empuñaba su espada en una mano y una manguera de jardín en la otra. Frank no sabía qué hacía una manguera en el tejado, pero cada vez que los gigantes lanzaban una bala de cañón, Percy echaba un chorro de agua de gran potencia y hacía detonar la esfera en el aire. Entonces Frank se acordó: su familia también descendía de Poseidón. Su abuela le había dicho que la casa ya había sido atacada antes. Tal vez habían instalado una manguera allí arriba por ese motivo.

Hazel patrullaba por el mirador de la azotea entre los dos aguilonos del desván. Estaba tan guapa que Frank notó una punzada en el pecho. Llevaba unos tejanos, una chaqueta color crema y una camiseta blanca que hacía que su piel pareciera cálida como el cacao. El cabello rizado le caía sobre los hombros. Cuando se acercó, Frank percibió un olor a champú de jazmín.

Ella aferraba su espada. Cuando miró a Frank, los ojos le brillaban de preocupación.

—¿Estás bien? —preguntó—. ¿Por qué sonríes?

—Ah, oh, por nada —logró decir él—. Gracias por el desayuno. Y por la ropa. Y por... no odiarme.

Hazel se quedó desconcertada.

—¿Por qué iba a odiarte?

A Frank le ardía la cara. Ojalá hubiera mantenido la boca cerrada, pero ya era demasiado tarde. «No la dejes escapar —había dicho su abuela—. Necesitas mujeres fuertes.»

—Es solo que... anoche... —dijo tartamudeando— cuando invoqué al esqueleto.... pensé... pensé que tú pensabas que... era repulsivo... o algo por el estilo.

Hazel arqueó las cejas. Movi6 la cabeza consternada.

—Frank, puede que estuviera sorprendida. Puede que tuviera miedo de esa cosa. Pero ¿repulsión? Aluciné al ver cómo le dabas órdenes, tan lleno de seguridad, en plan: «Por cierto, chicos, tengo a este *spartus* que podemos usar». No era repulsión lo que sentía, Frank. Estaba impresionada.

Frank no estaba seguro de haber oído bien.

—¿Estabas... impresionada... por mí?

Percy se echó a reír.

—Tío, fue flipante.

—¿De verdad? —preguntó Frank.

—De verdad —prometió Hazel—. Pero ahora mismo tenemos otros problemas por los que preocuparnos, ¿vale?

Señaló el ejército de ogros, que se estaban envalentonando cada vez más, acercándose poco a poco a la casa.

Percy preparó la manguera de jardín.

—Me guardo otro as en la manga. El césped tiene un sistema de aspersión. Puedo hacerlo estallar y provocar confusión abajo, pero eso acabará con la presión del agua. Sin presión, no hay manguera, y las balas de cañón darán de lleno en la casa.

El cumplimiento de Hazel todavía resonaba en los oídos de Frank y le impedía pensar con claridad. Docenas de ogros habían acampado en su césped, esperando para hacerlo trizas, y él apenas podía controlar las ganas de sonreír.

Hazel no le odiaba. Estaba impresionada.

Se obligó a concentrarse. Recordó lo que su abuela le había dicho sobre su don y que le había pedido que la dejara morir allí.

«Tienes un papel que desempeñar», había dicho Marte.

A Frank le costaba creer que él fuera el arma secreta de Juno, o que la gran Profecía de los Siete dependiera de él. Pero Hazel y Percy contaban con él. Tenía que hacer todo lo que estuviera en su mano.

Pensó en el extraño fragmento de la profecía que Ella había recitado en el desván, según la cual el hijo de Neptuno se ahogaría.

«No comprendéis su auténtico valor», les había dicho Fineas en Portland. El viejo

ciego pensaba que controlando a Ella se convertiría en rey.

Todas las piezas del rompecabezas daban vueltas en la cabeza de Frank. Tenía la sensación de que cuando por fin encajaran, formarían una imagen que no le gustaría.

—Chicos, tengo un plan de fuga —les habló a sus amigos del avión que estaba esperando en el campo de aviación y de la nota que su abuela le había dado para el piloto—. Es un veterano de la legión. Nos ayudará.

—Pero Arión no ha vuelto —dijo Hazel—. ¿Y tu abuela? No podemos dejarla aquí.

Frank contuvo un sollozo.

—Puede... puede que Arión nos encuentre. En cuanto a mi abuela... lo ha dejado muy claro. Me ha dicho que no le pasará nada.

No era exactamente la verdad, pero eso era lo único que se le ocurrió.

—Hay otro problema —dijo Percy—. Los viajes en avión no me sientan bien. Son peligrosos para los hijos de Neptuno.

—Tendrás que arriesgarte... y yo también —dijo Frank—. Por cierto, somos parientes.

Percy estuvo a punto de caerse del tejado de un tropezón.

—¿Qué?

Frank les ofreció una versión de los hechos condensada en cinco segundos:

—Periclímeno. Es antepasado mío por parte de madre. Argonauta. Nieto de Poseidón.

Hazel se quedó boquiabierta.

—¿Eres... eres descendiente de Neptuno? Frank, eso es...

—¿Una locura? Sí. Y, supuestamente, mi familia tiene una facultad, pero no sé cómo usarla. Si no lo averiguo...

Los lestrigones prorrumpieron de nuevo en sonoros vítores. Frank se dio cuenta de que estaban mirándolo, señalándolo, haciéndole señas con las manos y riéndose. Habían divisado su desayuno.

—¡Zhang! —gritaron—. ¡Zhang!

Hazel se acercó a él.

—No paran de hacer eso. ¿Por qué gritan tu nombre?

—No importa —dijo Frank—. Escuchad, tenemos que proteger a Ella y llevárnosla.

—Por supuesto —dijo Hazel—. La pobrecilla necesita nuestra ayuda.

—No —repuso Frank—. O sea, sí, pero no es solo eso. Ha recitado una profecía ahí abajo. Creo... creo que estaba relacionada con esta misión.

No quería darle a Percy la mala noticia de que un hijo de Neptuno se ahogaría, pero repitió los versos.

Percy apretó la mandíbula.

—No sé cómo se puede ahogar un hijo de Neptuno. Yo puedo respirar bajo el agua. Pero la corona de la legión...

—Eso tiene que ser el águila —dijo Hazel.

Percy asintió.

—Y Ella recitó algo parecido antes, en Portland... un verso de la antigua Gran Profecía.

—¿La qué? —preguntó Frank.

—Te lo explicaré más tarde.

Percy giró la manguera y eliminó de un disparo otra bala de cañón.

La bala estalló en una bola de fuego naranja. Los ogros aplaudieron elogiosamente y chillaron:

—¡Bonito! ¡Bonito!

—El caso es que Ella recuerda todo lo que lee —dijo Frank—. Dijo que la página se había quemado, como si hubiera leído un texto de profecías deteriorado.

Hazel abrió mucho los ojos.

—¿Libros de profecías quemados? No creerás... ¡Es imposible!

—¿Los libros que Octavio quería? —aventuró Percy.

Hazel silbó entre dientes.

—Los libros sibilinos desaparecidos que anunciaron el destino de Roma. Si realmente Ella ha leído una copia y la ha memorizado...

—Es la arpía más valiosa del mundo —dijo Frank—. No me extraña que Fineas quisiera atraparla.

—¡Frank Zhang! —gritó un ogro desde abajo. Era más grande que el resto y llevaba puesta una capa de león como un portaestandarte romano y un babero de plástico con una langosta estampada—. ¡Baja, hijo de Marte! Hemos estado esperándote. ¡Ven, sé nuestro invitado de honor!

Hazel agarró el brazo de Frank.

—¿Por qué tengo la sensación de que invitado de honor significa lo mismo que «cena»?

Frank deseó que Marte siguiera allí. Le vendría bien alguien capaz de quitarle los nervios de la batalla con solo chasquear los dedos.

«Hazel cree en mí —pensó—. Puedo hacerlo.»

Miró a Percy.

—¿Sabes conducir?

—Claro. ¿Por qué?

—El coche de mi abuela está en el garaje. Es un viejo Cadillac. Ese cacharro es como un tanque. Si consigues arrancarlo...

—Todavía tendremos que abrirnos paso a través de una hilera de ogros —intervino Hazel.

—El sistema de aspersión —dijo Percy—. ¿Quieres usarlo como distracción?

—Exacto —contestó Frank—. Os conseguiré todo el tiempo que pueda. Id a por Ella y subid al coche. Intentaré reunirme con vosotros en el garaje, pero no me esperéis.

Percy frunció el entrecejo.

—Frank...

—¡Danos una respuesta, Frank Zhang! —chilló el ogro—. Si bajas, perdonaremos a los otros: tus amigos y tu pobre abuela. ¡Solo te queremos a ti!

—Mienten —murmuró Percy.

—Sí, ya lo he pillado —convino Frank—. ¡Marchaos!

Sus amigos se fueron corriendo a la escalera.

Frank trató de controlar los latidos de su corazón. Sonrió y gritó:

—¡Eh, a los de ahí abajo! ¿Quién tiene hambre?

Los ogros dieron vítores cuando Frank se paseó por el mirador de la azotea y saludó con la mano como una estrella de rock.

Frank trató de invocar el poder de su familia. Se imaginó como un dragón que escupía fuego. Se esforzó, cerró el puño y pensó en dragones con tanta intensidad que le brotaron gotas de sudor en la frente. Quería descender majestuosamente sobre sus enemigos y destruirlos. Eso sería genial. Pero no pasó nada. No tenía ni idea de cómo transformarse. Nunca había visto un dragón de verdad. Por un momento, se dejó llevar por el pánico y se preguntó si su abuela le habría gastado una broma cruel. Tal vez había entendido mal el don. Tal vez Frank era el único miembro de la familia que no lo había heredado. Eso sería muy propio de él y de su suerte.

Los ogros empezaron a impacientarse. Los vítores se convirtieron en silbidos. Unos cuantos lestrigones levantaron sus balas de cañón.

—¡Esperad! —gritó Frank—. No querréis carbonizarme, ¿verdad? Así no sabré bien.

—¡Baja! —gritaron—. ¡Hambre!

Era el momento de un plan B. Frank deseó tener uno.

—¿Prometéis perdonar la vida a mis amigos? —preguntó Frank—. ¿Lo juráis por la laguna Estigia?

Los ogros se rieron. Uno lanzó una bala de cañón que describió un arco sobre la cabeza de Frank y voló la chimenea. Milagrosamente, la metralla no alcanzó a Frank.

—Interpretaré eso como un no —murmuró.

Acto seguido gritó:

—¡Está bien! ¡Vosotros ganáis! Enseguida bajo. ¡Esperad ahí!

Los ogros dieron vivas, pero el líder de la capa de león frunció el entrecejo con desconfianza. Frank no tendría mucho tiempo. Bajó por la escalera al desván. Ella había desaparecido. Esperaba que fuera una buena señal. Tal vez se la habían llevado

al Cadillac. Cogió un carcaj de flechas con la etiqueta *DISTINTAS VARIEDADES* escrita con la pulcra letra de su madre. A continuación corrió a la ametralladora.

Giró el cañón, apuntó al líder y apretó el gatillo. Ocho patatas lanzadas a alta potencia impactaron al gigante en el pecho y lo impulsaron hacia atrás con tal fuerza que el ogro chocó contra un montón de balas de cañón. Las balas explotaron inmediatamente y dejaron un cráter humeante en el jardín.

Por lo visto la fécula era mala para los ogros.

Mientras el resto de los monstruos corrían de un lado a otro confundidos, Frank sacó su arco y descargó flechas sobre ellos. Algunos proyectiles estallaron al impactar en el blanco. Otros se astillaron como perdigones y dejaron nuevos y dolorosos tatuajes a los gigantes. Uno alcanzó a un ogro y lo convirtió en un rosal en una maceta.

Lamentablemente, los ogros se recuperaron rápido. Empezaron a lanzar balas de cañón por docenas. Toda la casa crujía con los impactos. Frank corrió a la escalera. El desván se desintegró detrás de él. Por el pasillo del segundo piso salía humo y fuego.

—¡Abuela! —gritó, pero el calor era tan intenso que no pudo llegar a la habitación.

Corrió a la planta baja agarrándose al pasamanos mientras la casa se sacudía y caían grandes pedazos de techo.

El pie de la escalera era un cráter humeante. Saltó por encima de él y atravesó la cocina dando traspiés. Salió al garaje asfixiado a causa de las cenizas y el hollín. Los faros del Cadillac estaba encendidos. El motor estaba en marcha, y la puerta del garaje se estaba abriendo.

—¡Sube! —gritó Percy.

Frank se lanzó a la parte de atrás al lado de Hazel. Ella estaba acurrucada en la parte delantera, con la cabeza metida debajo de las alas, murmurando:

—¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!

Percy aceleró. Salieron disparados del garaje antes de que estuviera abierto del todo y dejaron un agujero con la forma del Cadillac en la madera astillada.

Los ogros corrieron a interceptarlos, pero Percy gritó a pleno pulmón, y el sistema de aspersión explotó. Cientos de géiseres saltaron por los aires acompañados de nubes de terrones, trozos de tubería y pesados aspersores.

El Cadillac iba a unos sesenta y cinco kilómetros por hora cuando chocaron contra el primer ogro, que se desintegró al recibir el impacto. Cuando los otros monstruos se recuperaron de la confusión, el Cadillac había recorrido ochocientos metros carretera abajo. Las balas de cañón llameantes estallaban detrás de ellos.

Frank miró atrás y vio la mansión de su familia en llamas, los muros desplomándose hacia dentro y nubes de humo subiendo al cielo. Vio una gran mancha negra —tal vez un buitre— dando vueltas entre el fuego. Tal vez fueran

imaginaciones de Frank, pero le pareció que había salido volando de la ventana del segundo piso.

—¿Abuela? —murmuró.

Parecía imposible, pero ella había prometido que moriría a su manera, no a manos de los ogros. Frank esperaba que no se hubiera equivocado.

Atravesaron el bosque y se dirigieron al norte.

—¡Unos cinco kilómetros! —dijo Frank—. ¡No tiene pérdida!

Detrás de ellos, más explosiones arrasaron el bosque. El humo llenaba el cielo.

—¿A qué velocidad pueden correr los lestrigones? —preguntó Hazel.

—Mejor no lo averigüemos —dijo Percy.

La verja del campo de aviación apareció ante ellos a solo unos cientos de metros de distancia. Un avión a reacción privado aguardaba en la pista de aterrizaje. Tenía la escalera bajada.

El Cadillac topó con un bache y salió por los aires. La cabeza de Frank chocó contra el techo. Cuando las ruedas tocaron el suelo, Percy dio un frenazo, y el coche paró virando bruscamente justo pasada la verja.

Frank salió del vehículo y cogió su arco.

—¡Subid al avión! ¡Ya vienen!

Los lestrigones se acercaban a una velocidad alarmante. La primera hilera de ogros salió repentinamente del bosque y corrió hacia el campo de aviación: quinientos metros de distancia, cuatrocientos...

Percy y Hazel consiguieron sacar a Ella del Cadillac, pero en cuanto la arpió vio el avión empezó a chillar.

—¡N-n-o! —gritó—. ¡Volar con las alas! ¡Aviones, n-n-o!

—No pasa nada —le prometió Hazel—. ¡Te protegeremos!

Ella emitió un gemido horrible y doloroso, como si se estuviera quemando.

Percy levantó las manos irritado.

—¿Qué hacemos? No podemos obligarla.

—No —convino Frank.

Los ogros estaban a trescientos metros.

—Es demasiado valiosa para dejarla —dijo Hazel. Entonces hizo una mueca al oír sus propias palabras—. Dioses, Ella, lo siento. Parezco Fineas. Eres un ser vivo, no un tesoro.

—Aviones, no. Aviones, n-n-o.

Ella estaba hiperventilando.

Los ogros se encontraban prácticamente a un tiro de piedra.

A Percy se le iluminaron los ojos.

—Tengo una idea. Ella, ¿puedes esconderte en el bosque? ¿Estarás a salvo de los ogros?

—Esconder —convino ella—. A salvo. Esconderse es bueno para las arpías. Ella es rápida. Y pequeña. Y veloz.

—De acuerdo —dijo Percy—. Quédate en esta zona. Puedo mandar a un amigo para que te recoja y te lleve al Campamento Júpiter.

Frank descolgó el arco y colocó una flecha.

—¿Un amigo?

Percy movió la mano como diciendo «Ya te lo explicaré luego».

—¿Te gustaría eso, Ella? ¿Te gustaría que mi amigo te llevara al Campamento Júpiter y te enseñara nuestro hogar?

—Campamento —murmuró Ella. Y acto seguido añadió en latín—: «La hija de la sabiduría anda sola, la marca de Atenea arde a través de Roma».

—Lo que tú digas —dijo Percy—. Eso parece importante, pero podemos hablar del tema más tarde. En el campamento estarás a salvo. Tendrás a tu disposición todos los libros y toda la comida que quieras.

—Aviones, no —insistió ella.

—Aviones, no —convino Percy.

—Ella se va a esconder.

Y así, sin más, se esfumó: un rayo rojo que desapareció en el bosque.

—La echaré de menos —dijo Hazel con tristeza.

—Volveremos a verla —prometió Percy, pero frunció el entrecejo con inquietud, como si le preocupara realmente la última parte de la profecía, la relacionada con Atenea.

Una explosión mandó la verja del campo de aviación por los aires.

Frank lanzó la carta de su abuela a Percy.

—¡Enséñasela al piloto! ¡Enséñale también la carta de Reyna! Tenemos que despegar enseguida.

Percy asintió con la cabeza. Él y Hazel corrieron hacia el avión.

Frank se puso a cubierto detrás del Cadillac y empezó a disparar a los ogros. Apuntó al grupo más numeroso de enemigos y disparó una flecha con forma de tulipán. Tal como esperaba, era una hidra. Unos cables empezaron a repartir golpes a diestro y siniestro, como los tentáculos de un calamar, y la primera fila de ogros al completo se dio de bruces con el suelo.

Frank oyó que los motores del avión arrancaban.

Disparó tres flechas lo más rápido que pudo y abrió unos cráteres enormes en las filas de los ogros. Los supervivientes se encontraban a solo unos cientos de metros de distancia, y los más listos se detuvieron dando traspiés, conscientes de que estaban a un tiro de piedra.

—¡Frank! —gritó Hazel—. ¡Vamos!

Una bala de cañón en llamas se precipitó hacia él describiendo un lento arco.

Frank supo en el acto que la bala iba a alcanzar el avión. Colocó una flecha en el arco. «Puedo hacerlo», pensó. Envío la flecha volando. El proyectil interceptó la bala de cañón en el aire e hizo detonar una inmensa bola de fuego.

Otras dos balas de cañón se dirigieron hacia él. Frank echó a correr.

Detrás de él sonó un chirrido metálico cuando el Cadillac explotó. Se metió en el avión justo cuando la escalera empezaba a subir.

El piloto debía de haber comprendido la situación perfectamente. No hubo avisos de seguridad, ni bebidas antes del vuelo, ni tuvieron que esperar a que la pista quedara libre para despegar. El piloto aceleró, y el avión salió disparado. Otra sacudida recorrió la pista de aterrizaje detrás de ellos, pero para entonces ya estaban en el aire.

Frank miró abajo y vio la pista de aterrizaje llena de cráteres, como un pedazo de queso gruyer en llamas. Había franjas del parque Lynn Canyon incendiadas. Varios kilómetros al sur, lo único que quedaba de la mansión familiar de los Zhang era una hoguera de llamas y humo negro.

Para eso le había servido a Frank su actuación impresionante. No había logrado salvar a su abuela. No había logrado usar sus poderes. Ni siquiera había salvado a su amiga arpía. Cuando Vancouver desapareció entre las nubes, Frank sepultó su cabeza entre las manos y rompió a llorar.

El avión se ladeó a la izquierda.

Por el intercomunicador, la voz del piloto dijo:

—*Senatus Populusque Romanus*, amigos míos. Bienvenidos a bordo. Próxima parada: Anchorage, Alaska.

Percy

¿Aviones o caníbales? No había color.

Percy habría preferido conducir el Cadillac de la abuela Zhang hasta Alaska perseguido por ogros que lanzaban bolas de fuego a sentarse en un Gulfstream de lujo.

Ya había volado antes. Los detalles eran confusos, pero se acordaba de un pegaso llamado Blackjack. Había estado en un avión una o dos veces. Pero el sitio de un hijo de Neptuno (o Poseidón, como se llamara) no estaba en el aire. Cada vez que el avión atravesaba una zona de turbulencias, a Percy se le aceleraba el corazón y pensaba que Júpiter los estaba zarandeando.

Trató de concentrarse en la conversación de Frank y Hazel. Hazel estaba asegurando a Frank que había hecho todo lo posible por su abuela. Frank los había salvado de los lestrigones y los había sacado de Vancouver. Había sido increíblemente valiente.

Frank mantenía la cabeza gacha como si se avergonzara de haber llorado, pero Percy lo comprendía perfectamente. El pobre acababa de perder a su abuela y había visto su casa arder en llamas. Por lo que a Percy respectaba, derramar unas cuantas lágrimas por algo así no te hacía menos hombre, sobre todo cuando acababas de rechazar a un ejército de ogros que querían comerte de desayuno.

A Percy todavía no le cabía en la cabeza que Frank fuera su pariente lejano. Frank sería su... ¿qué? ¿Su sobrino nieto multiplicado por mil? Era de lo más raro.

Frank se negaba a explicar exactamente en qué consistía su «don familiar», pero mientras volaban hacia el norte, les relató la conversación que había mantenido con Marte la noche anterior. Explicó la profecía que Juno había pronunciado cuando él era un bebé, que su vida estaba ligada a un trozo de leña, y que le había pedido a Hazel que se lo guardara.

Percy ya había averiguado parte de esa información. Era evidente que Hazel y Frank habían compartido algunas experiencias raras cuando se habían desmayado y que habían hecho una especie de trato. Eso también explicaba por qué incluso en ese momento, movido por la costumbre, Frank no paraba de comprobar el bolsillo de su abrigo y por qué se ponía tan nervioso cuando había fuego cerca. Aun así, Percy no

podía imaginarse el valor que había necesitado Frank para embarcarse en una misión, sabiendo que una pequeña llama podía apagar su vida.

—Frank, me siento orgulloso de ser pariente tuyo —dijo.

A Frank se le pusieron las orejas coloradas. Con la cabeza agachada, su corte de pelo militar formaba una puntiaguda flecha negra que apuntaba hacia abajo.

—Juno tiene planes para nosotros, algo relacionado con la Profecía de los Siete.

—Sí —masculló Percy—. No me gustaba como Hera. Y no me gusta más como Juno.

Hazel metió los pies debajo de ella. Examinó a Percy con sus luminiscentes ojos dorados, y él se preguntó cómo podía estar tan tranquila. Era la más joven de los tres, pero siempre los mantenía unidos y los consolaba. Se dirigían a Alaska, donde ella había muerto en el pasado. Tratarían de liberar a Tánatos, quien podría llevársela otra vez al inframundo. Y, sin embargo, no mostraba el más mínimo temor. Percy se sentía ridículo por temer las turbulencias del avión.

—Eres hijo de Poseidón, ¿verdad? —dijo ella—. Eres un semidiós griego.

Percy cogió su collar de cuero.

—Empecé a recordar en Portland, después de tomar la sangre de gorgona. He estado recuperando la memoria poco a poco desde entonces. Hay otro campamento: el Campamento Mestizo.

El simple hecho de pronunciar el nombre embargaba a Percy de un calor interior. Le invadieron buenos recuerdos: el olor de los campos de fresas al cálido sol veraniego, fuegos artificiales iluminando la playa el 4 de julio, sátiros tocando zampoñas delante de la fogata nocturna y un beso en el fondo del lago de las canoas.

Hazel y Frank se lo quedaron mirando como si hubiera pasado a hablar en otro idioma.

—Otro campamento —repitió Hazel—. ¿Un campamento griego? Dioses, si Octavio lo descubre...

—Declararía la guerra —dijo Frank—. Siempre ha sabido que había griegos ahí fuera, conspirando contra nosotros. Octavio pensó que Percy era un espía.

—Por eso me envió Juno —explicó Percy—. No para espiar. Creo que ha sido una especie de intercambio. Vuestro amigo Jason... Creo que lo mandaron a mi campamento. En mis sueños, he visto a un semidiós que podría ser él. Estaba trabajando con otros semidioses en un buque de guerra volador. Creo que van a ir al Campamento Júpiter a prestar ayuda.

Frank empezó a dar golpecitos con nerviosismo en el respaldo de su asiento.

—Marte dijo que Juno quiere unir a los griegos y los romanos para luchar contra Gaia. Pero... los griegos y los romanos tienen una larga historia de hostilidad.

Hazel respiró hondo.

—Probablemente por eso los dioses nos han mantenido alejados tanto tiempo. Si

un buque de guerra griego apareciera en el cielo sobre el Campamento Júpiter, y Reyna no supiera que es amistoso...

—Sí —asintió Percy—. Tenemos que tener cuidado con la forma en que se lo expliquemos cuando volvamos.

—Si volvemos —le corrigió Frank.

Percy asintió con la cabeza a regañadientes.

—Confío en vosotros, chicos. Espero que vosotros confiéis en mí. Me siento... bueno, me siento tan unido a vosotros dos como a cualquiera de mis viejos amigos del Campamento Mestizo. Pero va a haber muchas suspicacias entre el resto de semidioses de los dos campamentos.

Hazel hizo algo que él no esperaba. Se inclinó y le dio un beso en la mejilla. Era un beso de hermana, pero sonreía tan afectuosamente que a Percy le embargó una calidez especial de la cabeza a los pies.

—Por supuesto que confiamos en ti —dijo—. Ahora somos una familia. ¿Verdad que sí, Frank?

—Claro —dijo él—. ¿Me das a mí también un beso?

Hazel se echó a reír, pero en el ambiente se percibía cierta tensión nerviosa.

—En fin, ¿qué hacemos ahora?

Percy respiró hondo. Se les estaba escapando el tiempo. Estaban casi a mitad del 23 de junio, y el día siguiente se celebraba la fiesta de Fortuna.

—Tengo que ponerme en contacto con un amigo para cumplir la promesa que le hice a Ella.

—¿Cómo? —preguntó Frank—. ¿Con uno de esos iris-mensajes?

—Siguen sin funcionar —dijo Percy tristemente—. Lo intenté anoche en casa de tu abuela, pero no hubo suerte. Tal vez sea porque mis recuerdos todavía están un poco revueltos. O porque los dioses no permiten que establezca conexión. Espero que pueda contactar con mi amigo en sueños.

Otra sacudida de turbulencias le hizo agarrarse a su asiento. Debajo de ellos, unas montañas cubiertas de nieve atravesaron el manto de nubes.

—No sé si podré dormir —dijo Percy—. Pero tengo que intentarlo. No podemos dejar a Ella sola con esos ogros cerca.

—Sí —convino Frank—. Todavía nos quedan horas de viaje. Túmbate en el sofá, colega.

Percy asintió con la cabeza. Era una suerte tener a Hazel y a Frank velando por él. Lo que les había dicho era cierto: confiaba en ellos. Conocer a Hazel y a Frank era el único aspecto positivo de la extraña y aterradora experiencia de perder la memoria y ser arrancado de su antigua vida.

Se estiró, cerró los ojos y soñó que se caía de una montaña de hielo hacia un mar helado.

El sueño cambió. Se encontraba otra vez en Vancouver, delante de las ruinas de la mansión de los Zhang. Los lestrigones habían desaparecido. La mansión había quedado reducida a un almacén chamuscado. Un equipo de bomberos estaba recogiendo su equipo, preparándose para marcharse. El jardín parecía una zona de guerra, con cráteres humeantes y trincheras de las tuberías de riego que habían explotado.

En el linde del bosque, un gigantesco y peludo perro negro iba de un lado a otro olfateando los árboles. Los bomberos no le hacían el más mínimo caso.

Al lado de uno de los cráteres había un cíclope arrodillado vestido con unos tejanos exageradamente grandes y una enorme camisa de franela. Su cabello castaño despeinado estaba salpicado de lluvia y de barro. Cuando levantó la cabeza, su gran ojo marrón estaba rojo de haber llorado.

—¡Cerca! —dijo gimiendo—. ¡Muy cerca, pero ya no está!

A Percy se le partía el corazón al oír el dolor y la preocupación que se reflejaban en la voz de aquel grandullón, pero sabía que solo disponían de unos segundos para hablar. Los márgenes de la visión se estaban disolviendo. Si Alaska era la tierra situada más allá del alcance de los dioses, Percy suponía que cuanto más al norte se dirigieran, más difícil sería comunicarse con sus amigos, incluso en sueños.

—¡Tyson! —gritó.

El cíclope miró a su alrededor frenéticamente.

—¿Percy? ¿Hermano?

—Tyson, estoy bien. Estoy aquí... bueno, en realidad no.

Tyson trató de asir el aire como si estuviera cazando mariposas.

—¡No te veo! ¿Dónde está mi hermano?

—Tyson, me dirijo a Alaska. Estoy bien. Volveré. Busca a Ella. Es una arpía con las plumas rojas. Está escondida en el bosque que rodea la casa.

—¿Que busque a una arpía? ¿Una arpía roja?

—¡Sí! Protégela, ¿vale? Es mi amiga. Llévala de vuelta a California. Hay un campamento de semidioses en las colinas de Oakland: el Campamento Júpiter. Reúnete conmigo sobre el túnel de Caldecott.

—Colinas de Oakland... California... Túnel de Caldecott —el cíclope gritó al perro—: ¡Señorita O’Leary! ¡Tenemos que encontrar a una arpía!

—¡GUAU! —dijo la perra.

La cara de Tyson empezó a disolverse.

—¿Está bien mi hermano? ¿Va a volver mi hermano? ¡Te echo de menos!

—Yo también te echo de menos —Percy trató de que no se le quebrara la voz—. Te veré dentro de poco. ¡Ten cuidado! Hay un ejército de gigantes que marcha hacia el sur. Dile a Annabeth...

El sueño cambió.

Percy se encontró en las colinas situadas al norte del Campamento Júpiter, contemplando desde lo alto el Campo de Marte y la Nueva Roma. En la fortaleza de la legión estaban sonando unos cuernos. Los campistas se movían desordenadamente preparándose para el paso de revista.

El ejército de los gigantes se encontraba formado a la izquierda y a la derecha de Percy: centauros con cuernos de toro, los nacidos de la tierra con sus seis brazos y unos malvados cíclopes con armaduras hechas de restos de metal. La torre de asedio de los cíclopes proyectaba una sombra sobre los pies del gigante Polibotes, que miraba sonriendo el campamento romano. Se paseaba con impaciencia a través de la colina, soltando serpientes de sus trenzas verdes y pisando arbolitos con sus patas de dragón. En su armadura verde azulada, las caras ornamentales de unos monstruos hambrientos parecían parpadear en las sombras.

—Sí —dijo riéndose entre dientes, mientras clavaba su tridente en el suelo—. Tocad vuestros cuernecitos, romanos. ¡He venido a destruirlos! ¡Esteno!

La gorgona salió de los arbustos. Su cabello de víboras verde lima y su chaleco de empleada de supermercado contrastaban terriblemente con la combinación de colores del gigante.

—¡Sí, amo! —dijo—. ¿Le apetece un cachorro envuelto?

Levantó una bandeja de muestras gratuitas.

—Mmm —dijo Polibotes—. ¿De qué son los cachorros?

—En realidad no son cachorros. Son perritos calientes metidos en rollitos, pero esta semana están de oferta...

—¡Bah! ¡Entonces da igual! ¿Están nuestras fuerzas listas para atacar?

—Ah... —Esteno retrocedió rápidamente para evitar que el pie del gigante la aplastara—. Casi, majestad. Ma Gasket y la mitad de sus cíclopes han parado en Napa. Algo relacionado con una visita a una bodega. Han prometido que estarán aquí mañana por la noche.

—¿Qué? —El gigante miró a su alrededor, como si acabara de percatarse de que faltaba gran parte de su ejército—. ¡Grrr! Esa cíclope me va a provocar una úlcera. ¿Una visita a una bodega?

—Creo que también sirven queso y galletitas —dijo Esteno en tono servicial—. Aunque en nuestro supermercado están a un precio mucho mejor.

Polibotes arrancó un roble del suelo y lo lanzó al valle.

—¡Cíclopes! Te lo aseguro, Esteno, cuando destruya a Neptuno y tome los océanos, renegociaré el contrato laboral de los cíclopes. ¡Ma Gasket se enterará de cuál es su sitio! A ver, ¿qué noticias hay del norte?

—Los semidioses han partido hacia Alaska —dijo Esteno—. Van directos a la muerte. A la «muerte» con eme minúscula, quiero decir. No a nuestra prisionera la

Muerte. Aunque supongo que también van directos hacia ella.

Polibotes gruñó.

—Más vale que Alcioneo no haya matado al hijo de Neptuno como prometió. Lo quiero encadenado a mis pies para poder matarlo en el momento oportuno. ¡Su sangre regará las piedras del monte Olimpo y despertará a la Madre Tierra! ¿Qué se sabe de las amazonas?

—Solo silencio —respondió Esteno—. Todavía no sabemos quién fue la vencedora del duelo de anoche, pero tarde o temprano Otrera triunfará y acudirá en nuestra ayuda.

—Hum —Polibotes se rascó distraídamente unas víboras del pelo—. Entonces tal vez sea mejor esperar. Mañana al anochecer es la fiesta de Fortuna. Para entonces debemos invadir el territorio, con amazonas o sin ellas. ¡Mientras tanto, atrincheraos! Acamparemos aquí, en terreno elevado.

—¡Sí, majestad! —A continuación, Esteno anunció a las tropas—: ¡Cachorros envueltos para todos!

Los monstruos dieron vivas.

Polibotes extendió las manos por delante, abarcando el valle como en una foto panorámica.

—Sí, tocad vuestros cuernecitos, semidioses. ¡Dentro de poco, el legado de Roma quedará destruido por última vez!

El sueño se desvaneció.

Percy se despertó sobresaltado cuando el avión empezó a descender.

Hazel le posó la mano en el hombro.

—¿Has dormido bien?

Percy se incorporó aturdido.

—¿Cuánto tiempo he dormido?

Frank estaba en el pasillo, envolviendo su lanza y su nuevo arco en el bolso para esquíes.

—Unas horas —dijo—. Ya casi hemos llegado.

Percy miró por la ventanilla. Una reluciente enseada serpenteaba entre montañas nevadas. A lo lejos había una ciudad esculpida en el monte, rodeada de exuberantes bosques verdes a un lado y playas negras cubiertas de hielo al otro.

—Bienvenidos a Alaska —dijo Hazel—. Aquí los dioses no pueden hacer nada por nosotros.

Percy

El piloto dijo que el avión no podía quedarse a esperarlos, pero a Percy le pareció bien. Si sobrevivían hasta el día siguiente, esperaba que pudieran encontrar otra forma de volver... cualquiera menos en avión.

Debería haber estado deprimido. Estaba atrapado en Alaska, el territorio del gigante, sin poder comunicarse con sus viejos amigos a medida que recuperaba la memoria. Había visto una imagen del ejército de Polibotes a punto de invadir el Campamento Júpiter. Se había enterado de que los gigantes tenían pensado utilizarlo como una especie de sacrificio para despertar a Gaia. Además, a la noche siguiente se celebraba la fiesta de Fortuna. A él, Frank y Hazel les esperaba una tarea imposible de completar. En el mejor de los casos liberarían a la Muerte, y esta se llevaría a los dos amigos de Percy al inframundo. No era una perspectiva muy halagüeña.

Aun así, Percy se sentía extrañamente lleno de energía. El sueño de Tyson le había levantado el ánimo. Se acordaba de Tyson, su hermano. Habían luchado juntos, habían celebrado victorias y habían compartido buenos momentos en el Campamento Mestizo. Se acordaba de su hogar, y eso le daba una nueva determinación para triunfar. En ese momento estaba luchando por dos campamentos, por dos familias.

Juno le había robado la memoria y lo había mandado al Campamento Júpiter por un motivo. Entonces lo comprendía. Aun así, tenía ganas de darle un puñetazo en su divina cara, pero por lo menos entendía su forma de razonar. Si los dos campamentos trabajaban juntos, tenían una oportunidad de detener a sus enemigos mutuos. Por separado, los dos campamentos estaban perdidos.

Había otros motivos por los que Percy quería salvar el Campamento Júpiter. Motivos que no se atrevía a expresar; al menos, todavía. De repente veía un futuro para él y para Annabeth que antes no había imaginado.

Mientras tomaban un taxi al centro de Anchorage, Percy les explicó sus sueños a Frank y a Hazel. Ellos se mostraron inquietos pero no se sorprendieron cuando les dijo que el ejército del gigante estaba rodeando el campamento.

Frank se atragantó cuando le oyó hablar de Tyson.

—¿Tienes un medio hermano cíclope?

—Claro —dijo Percy—. Eso le convierte en tu tataratata...

—Por favor —Frank se tapó los oídos—. Basta.

—Mientras él pueda llevar a Ella al campamento... —dijo Hazel—. Estoy preocupada por ella.

Percy asintió con la cabeza. Todavía estaba pensando en los versos de la profecía que la arpía había recitado: los que hablaban del ahogamiento del hijo de Neptuno y de la marca de Atenea que ardía a través de Roma. No estaba seguro de lo que significaba la primera parte, pero estaba empezando a hacerse una idea de lo que decía la segunda. Trató de dejar de lado la cuestión. Primero tenía que sobrevivir a la misión.

El taxi giró en la autopista Uno, que a Percy le pareció más una callejuela, y los llevó hacia el norte en dirección al centro. Era media tarde, pero el sol todavía estaba alto en el cielo.

—No puedo creer cómo ha crecido este sitio... —murmuró Hazel.

El taxista sonrió por el espejo retrovisor.

—¿Ha pasado mucho tiempo desde su última visita, señorita?

—Unos setenta años —contestó Hazel.

El taxista cerró el tabique corredero de cristal y siguió conduciendo en silencio.

Según Hazel, casi todos los edificios habían cambiado, pero señaló los elementos del paisaje: los inmensos bosques que rodeaban la ciudad, las aguas frías y grises de la ensenada de Cook que recorrían el margen norte de la ciudad, y las montañas Chugach que se alzaban a lo lejos con un color azul grisáceo, cubiertas de nieve incluso en junio.

Percy nunca había oído un aire tan puro. La ciudad parecía castigada por el clima, con tiendas cerradas, coches oxidados y complejos de pisos a los lados de la carretera, pero aun así era bonita. Lagos y enormes extensiones de bosque atravesaban el centro. El cielo ártico era una asombrosa combinación de turquesa y dorado.

Y por otra parte estaban los gigantes. Docenas de hombres de vivo color azul, con unos diez metros de estatura y desaliñado pelo gris, caminaban por los bosques, pescaban en la bahía y paseaban a través de las montañas. Los mortales no parecían reparar en ellos. El taxi pasó a escasos metros de uno que estaba sentado en la orilla de un lago lavándose los pies, pero el taxista no se inmutó.

—Esto...

Frank señaló al monstruo azul.

—Hiperbóreos —dijo Percy. Le sorprendió recordar el nombre—. Gigantes del norte. Cuando Cronos invadió Manhattan luché contra varios.

—Espera —dijo Frank—. ¿Cuando quién hizo qué?

—Es una larga historia. Pero estos parecen... no sé, pacíficos.

—Normalmente lo son —convino Hazel—. Me acuerdo de ellos. En Alaska están

en todas partes, como los osos.

—¿Osos? —dijo Frank con nerviosismo.

—Los gigantes son invisibles para los mortales —explicó Hazel—. A mí nunca me molestaron, aunque una vez uno estuvo a punto de pisarme sin querer.

Eso sonaba bastante incómodo, pero el taxi siguió avanzando. Ninguno de los gigantes les prestaba atención. Uno se hallaba de pie en medio de la intersección de Northern Lights Road, formando un puente sobre la autopista, y pasaron entre sus piernas. El hiperbóreo estaba abrazando un tótem nativo americano envuelto en pieles, tarareándole como si fuera un bebé. Si no hubiera sido del tamaño de un edificio, casi habría resultado adorable.

El taxi atravesó el centro y pasó por delante de un grupo de tiendas para turistas que anunciaban pieles, arte nativo americano y oro. Percy esperaba que Hazel no se pusiera nerviosa e hiciera explotar las joyerías.

Cuando el taxista giró y se dirigió a la playa, Hazel dio unos golpecitos en la mampara de cristal.

—Aquí está bien. ¿Nos deja salir?

Pagaron al taxista y salieron a Fourth Street. Comparado con Vancouver, el centro de Anchorage era diminuto: parecía más un campus universitario que una ciudad, pero Hazel se quedó asombrada.

—Es enorme —dijo—. Ahí... ahí estaba el hotel Gitchell. Mi madre y yo nos alojamos allí la primera semana que estuvimos en Alaska. Y han trasladado el Ayuntamiento. Antes estaba allí.

Los llevó aturdida a lo largo de varias manzanas. Lo cierto era que no tenían ningún plan salvo encontrar el camino más rápido al glaciar de Hubbard, pero Percy olió algo que se estaba cocinando cerca: ¿salchichas, quizá? Se dio cuenta de que no habían comido desde la mañana en casa de la abuela Zhang.

—Comida —dijo—. Vamos.

Encontraron un café junto a la playa. Estaba lleno de gente, pero consiguieron una mesa al lado de la ventana y leyeron detenidamente los menús.

Frank gritó de alegría.

—¡Desayuno las veinticuatro horas del día!

—Debe de ser la hora de la cena —dijo Percy, aunque no podía saberlo mirando por la ventana.

El sol estaba tan alto que podría haber sido mediodía.

—Me encanta el desayuno —dijo Frank—. Desayunaría, desayunaría y volvería a desayunar si pudiera. Aunque seguro que la comida de aquí no es tan buena como la de Hazel.

Hazel le dio un codazo, pero tenía una sonrisa pícara.

A Percy le alegraba verlos así. Estaba claro que aquellos dos tenían que estar

juntos. Pero también le entristecía. Pensó en Annabeth y se preguntó si viviría para volver a verla.

«Sé positivo», se dijo.

—Un desayuno me parece genial —dijo.

Todos pidieron unos platos enormes de huevos, tortitas y salchichas de reno, pero Frank parecía un poco preocupado por el reno.

—¿Creéis que está bien que nos comamos a Rudolph?

—Tío, tengo tanta hambre que podría comerme también a Prancer y Blitzen —dijo Percy.

La comida estaba deliciosa. Percy no había visto a nadie comer tan rápido como Frank. El reno de la nariz roja lo tenía chungo.

Entre mordisco y mordisco de tortita de arándanos, Hazel garabateó una curva y una X en su servilleta.

—Esto es lo que creo. Estamos aquí —dio un golpecito con el dedo—. Anchorage.

—Parece la cara de una gaviota —dijo Percy—. Y estamos en el ojo.

Hazel lo fulminó con la mirada.

—Es un mapa, Percy. Anchorage está en lo alto de este trozo de mar, la península de Cook. Hay una gran península de tierra debajo de nosotros, y mi antiguo hogar, Seward, está en la parte inferior de la península, aquí —dibujó otra X en la base del pescuezo de la gaviota—. Es la ciudad que queda más cerca del glaciar de Hubbard. Supongo que podríamos ir por mar, pero nos llevaría una eternidad. No tenemos tanto tiempo.

Frank despachó el último pedazo de Rudolph.

—Pero ir por tierra es peligroso —dijo—. La tierra es sinónimo de Gaia.

Hazel asintió con la cabeza.

—No veo que tengamos muchas opciones. Podríamos haberle pedido al piloto que nos llevara, pero no sé... Puede que su avión fuera demasiado grande para un aeropuerto tan pequeño como el de Seward. Y si fletáramos otro avión...

—Nada de aviones —dijo Percy—. Por favor.

Hazel levantó la mano en un gesto apaciguador.

—De acuerdo. Hay un tren que va de aquí a Seward. Podríamos tomarlo esta noche. Solo tarda un par de horas.

Dibujó una línea de puntos entre las dos equis.

—Acabas de decapitar a la gaviota —comentó Percy.

Hazel suspiró.

—Es la línea de ferrocarril. Desde Seward, el glaciar de Hubbard está aquí abajo, en alguna parte —dio un golpecito con el dedo en la esquina inferior derecha de su servilleta—. Ahí es donde está Alcioneo.

—Pero ¿no estás segura de cuánta distancia hay? —preguntó Frank.

Hazel frunció el entrecejo y negó con la cabeza.

—Estoy bastante segura de que solo es accesible por barco o por avión.

—Barco —propuso Percy inmediatamente.

—Está bien —dijo Hazel—. No debe de estar muy lejos desde Seward. Si podemos llegar a Seward sanos y salvos.

Percy miró por la ventana. Había tanto por hacer, y solo les quedaban veinticuatro horas. Al día siguiente a esa misma hora, empezaría la fiesta de Fortuna. A menos que liberaran a la Muerte y regresaran al campamento, el ejército del gigante inundaría el valle. Los monstruos cenarían romanos como plato principal.

Al otro lado de la calle, una playa de arena negra cubierta de escarcha bajaba al mar, que era liso como el acero. El océano allí era distinto: poderoso aún, pero helado, lento y primitivo. Ningún dios controlaba el agua, al menos de los que Percy conocía. Neptuno no podría protegerlo. Percy se preguntaba si podría manipular el agua allí o respirar sumergido.

Un gigante hiperbóreo cruzó la calle pesadamente. En el café nadie se percató. El gigante entró en la bahía, resquebrajó el hielo bajo sus sandalias y metió las manos en el agua. Sacó una orca con un puño. Por lo visto no era lo que buscaba, ya que devolvió la ballena y siguió caminando por el agua.

—Un buen desayuno —dijo Frank—. ¿Quién está listo para un viaje en tren?

La estación no estaba lejos. Llegaron justo a tiempo para comprar los billetes para el último tren al sur. Mientras sus amigos subían a bordo, Percy dijo: «Vuelvo enseguida», y entró corriendo otra vez en la estación.

Le dieron cambio en una tienda de regalos y se acercó al teléfono público.

Nunca había usado un teléfono público. Para él eran antigüedades exóticas, como el tocadiscos de su madre o los casetes de Frank Sinatra de su profesor Quirón. No estaba seguro de cuántas monedas hacían falta, ni de si podría hacer la llamada, suponiendo que se acordara del número.

Sally Jackson, pensó.

Era el nombre de su madre. Y tenía un padrastro... Paul.

¿Qué pensarían que le había pasado a Percy? Tal vez ya habrían celebrado el funeral. Que él supiera, había perdido ocho meses de su vida. Ciertamente, la mayoría de ese tiempo había sido durante el año escolar, pero aun así... no molaba.

Cogió el aparato y marcó un número de Nueva York: el del piso de su madre.

El buzón de voz. Percy debería habérselo imaginado. Debía de ser medianoche en Nueva York. No debían de haber reconocido el número. Al oír la voz de Paul en la grabación, Percy se quedó tan afectado que apenas pudo hablar cuando sonó el tono.

—Mamá —dijo—. Hola, estoy vivo. Hera me tuvo durmiendo un tiempo, luego

me robó la memoria y... —Le temblaba la voz. ¿Cómo podía explicarlo todo?—. En fin, estoy bien. Lo siento. Estoy en una misión... —Hizo una mueca. No debería haber dicho eso. Su madre lo sabía todo sobre misiones, y se preocuparía—. Volveré a casa. Lo prometo. Te quiero.

Colgó el aparato. Se quedó mirando el teléfono con la esperanza de que sonara. El tren silbó. El revisor gritó:

—¡Pasajeros al tren!

Percy echó a correr. Llegó justo cuando estaban retirando los escalones, subió a la parte superior del vagón de dos pisos y se sentó en su asiento.

Hazel frunció la frente.

—¿Estás bien?

—Sí —dijo carraspeando—. Acabo de... hacer una llamada.

Ella y Frank parecieron entenderlo. No le pidieron detalles.

Al poco rato se dirigían al sur a lo largo de la costa, observando como desfilaba el paisaje. Percy trató de pensar en la misión, pero para un chico con trastorno por déficit de atención con hiperactividad como él, el tren no era el mejor sitio para concentrarse.

En el exterior seguían pasando cosas interesantes. Águilas de cabeza blanca remontaban el vuelo en lo alto. El tren cruzaba a toda velocidad puentes y recorría precipicios donde cascadas glaciales descendían cientos de metros sobre las rocas. Dejaron atrás bosques enterrados bajo montones de nieve, grandes cañones de artillería (para provocar pequeñas avalanchas y evitar las que se descontrolaban, explicó Hazel) y lagos tan transparentes que reflejaban las montañas como espejos, de tal forma que el mundo parecía al revés.

Osos pardos atravesaban pesadamente los prados. No paraban de aparecer gigantes hiperbóreos en los lugares más insospechados. Uno holgazaneaba en un lago como si fuera un jacuzzi. Otro usaba un pino como mondadientes. Un tercero estaba sentado en un ventisquero, jugando con dos alces vivos como si fueran muñecos. El tren estaba lleno de turistas que prorrumpían en exclamaciones y hacían fotos, pero Percy lamentaba que no pudieran ver a los hiperbóreos. Se estaban perdiendo las fotos buenas de verdad.

Mientras tanto, Frank estudiaba un mapa de Alaska que había encontrado en el bolsillo del asiento. Localizó el glacial de Hubbard, que parecía encontrarse a una distancia tremenda de Seward. Deslizaba continuamente el dedo a lo largo del litoral, frunciendo el entrecejo de la concentración.

—¿En qué piensas?

—Solo... en posibilidades —dijo Frank.

Percy no sabía a lo que se refería, pero lo dejó correr.

Al cabo de una hora, Percy empezó a relajarse. Compró chocolate caliente en el

vagón restaurante. Los asientos estaban calientes y eran cómodos, y pensó echarse una siesta.

Entonces una sombra pasó por lo alto. Los turistas murmuraron emocionados y empezaron a hacer fotografías.

—¡Un águila! —gritó uno.

—¿Un águila? —dijo otro.

—¡Un águila enorme! —comentó un tercero.

—No es un águila —dijo Frank.

Percy alzó la vista justo a tiempo para ver que la criatura pasaba por segunda vez. Definitivamente era más grande que un águila, con un cuerpo negro lustroso del tamaño de un perro labrador. La envergadura de sus alas era como mínimo de tres metros.

—¡Hay otra! —Frank señaló con el dedo—. Miento. Tres, cuatro. Vale, tenemos problemas.

Las criaturas daban vueltas alrededor del tren como buitres, para disfrute de los turistas. Percy no estaba disfrutando. Los monstruos tenían unos brillantes ojos rojos, unos picos puntiagudos y unas garras terribles.

Percy rebuscó en su bolsillo para encontrar el bolígrafo.

—Esas cosas me suenan...

—En Seattle —dijo Hazel—. Las Amazonas tenían una en una jaula. Son...

Entonces ocurrieron varias cosas al mismo tiempo. El freno de emergencia chirrió y los arrojó hacia delante. Los turistas gritaron y se cayeron por los pasillos. Los monstruos se lanzaron en picado, hicieron añicos el techo de cristal del vagón, y el tren entero descarriló.

Percy

Percy se sintió ingrátido.

Se le nubló la vista. Unas garras le cogieron los brazos y lo levantaron en el aire. Debajo, las ruedas del tren chirriaron y el metal hizo un ruido estruendoso. El cristal se hizo añicos. Los pasajeros gritaron.

Cuando se le aclaró la vista, vio a la bestia que lo estaba llevando hacia arriba. Tenía el cuerpo de una pantera —lustroso, negro y felino—, con las alas y la cabeza de un águila. Sus ojos emitían un brillo rojo sangre.

Percy se retorció. Las garras delanteras del monstruo le rodeaban los brazos como unos brazaletes de acero. No podía liberarse ni alcanzar su espada. Se elevaba más y más en el frío viento. No tenía ni idea de adónde lo llevaba el monstruo, pero estaba seguro de que el lugar no le gustaría cuando llegara.

Gritó, sobre todo de frustración. Entonces algo le pasó silbando cerca del oído. Una flecha atravesó el pescuezo del monstruo. La criatura chilló y lo soltó.

Percy se cayó y chocó con estrépito contra unas ramas de árbol hasta que se estrelló contra un ventisquero. Lanzó un gemido, contemplando el enorme pino que acababa de hacer trizas.

Consiguió ponerse en pie. No parecía que tuviera nada roto. Frank estaba a su izquierda, disparando a las criaturas lo más rápido que podía. Hazel estaba a su espalda, blandiendo su espada contra cualquier monstruo que se acercara, pero había demasiados arremolinándose alrededor de ellos, al menos una docena.

Percy sacó a *Contracorriente*. Cortó el ala de un monstruo y lo mandó girando en espiral contra un árbol, y a continuación partió a otro que se deshizo en polvo. Pero los vencidos se recomponían enseguida.

—¿Qué son esas cosas?! —gritó.

—¡Grifos! —dijo Hazel—. ¡Tenemos que impedir que se acerquen al tren!

Percy vio a lo que se refería. Los vagones del tren se habían volcado, y sus techos se habían hecho añicos. Los turistas iban dando traspiés de acá para allá, conmocionados. Percy no vio a nadie que hubiera resultado gravemente herido, pero los grifos se lanzaban en picado hacia cualquier cosa que se moviera. Lo único que los mantenía alejados de los mortales era un reluciente guerrero gris vestido de

camuflaje: el *spartus* de Frank.

Percy echó un vistazo y se fijó en que la lanza de Frank había desaparecido.

—¿Has usado el último ataque?

—Sí —Frank abatió de un disparo a otro grifo—. Tenía que ayudar a los mortales. La lanza se ha deshecho.

Percy asintió. Una parte de él se sentía aliviada. No le gustaba el guerrero esquelético. Otra parte se sentía decepcionada, ya que eso suponía que tenían a su disposición un arma menos. Pero no se lo reprochaba a Frank. Había hecho lo correcto.

—¡Cambiemos la pelea de sitio! —dijo Percy—. ¡Lejos de la vía!

Atravesaron la nieve dando traspiés, golpeando y rebanando grifos que volvían a formarse a partir del polvo cada vez que los mataban.

Percy no tenía experiencia con los grifos. Siempre se los había imaginado como enormes animales nobles, como leones con alas, pero aquellas cosas le recordaban más a unos depredadores: unas hienas voladoras.

A unos cincuenta metros de la vía de tren, los árboles daban paso a un pantano descubierto. El terreno estaba tan esponjoso y cubierto de hielo que Percy se sentía como si estuviera corriendo a través de plástico de burbujas. Frank se estaba quedando sin flechas. Hazel respiraba con dificultad. Los movimientos de espada de Percy se estaban volviendo más lentos. Se dio cuenta de que si seguían vivos era porque los grifos no intentaban matarlos. Los grifos querían cogerlos y llevárselos a alguna parte.

Tal vez a sus nidos, pensó Percy.

Entonces tropezó con algo en la alta hierba: un círculo de chatarra del tamaño aproximado de un neumático de tractor. Era un enorme nido de ave —un nido de grifo—, cuyo fondo estaba lleno de viejas joyas, una daga de oro imperial, una insignia de centurión dentada y dos huevos del tamaño de calabazas que parecían de oro auténtico.

Percy saltó al nido. Presionó uno de los huevos con la punta de su espada.

—¡Atrás o lo rompo!

Los grifos graznaron airadamente. Empezaron a zumbear alrededor del nido y a chasquear sus picos, pero no atacaron. Hazel y Frank permanecieron espalda contra espalda con Percy, con las armas en ristre.

—Los grifos coleccionan oro —dijo Hazel—. Les pirra. Mirad, allí hay más nidos.

Frank colocó su última flecha en el arco.

—Entonces, si esos son sus nidos, ¿adónde intentaban llevar a Percy? Esa cosa se iba volando con él.

Percy todavía notaba punzadas en los brazos en la zona por donde lo había

agarrado el grifo.

—Alcioneo —supuso—. Quizá trabajen para él. ¿Son esas cosas lo bastante listas para recibir órdenes?

—No lo sé —dijo Hazel—. Nunca luché contra ellas cuando vivía aquí. Simplemente leí acerca de ellas en el campamento.

—¿Puntos débiles? —preguntó Frank—. Por favor, dime que tienen puntos débiles.

Hazel frunció el ceño.

—Los caballos. Odian a los caballos: son enemigos naturales o algo así. ¡Ojalá Arión estuviera aquí!

Los grifos chillaron. Daban vueltas alrededor del nido con sus ojos rojos brillando.

—Chicos, veo reliquias de la legión en ese nido —dijo Frank nerviosamente.

—Lo sé —asintió Percy.

—Eso significa que otros semidioses murieron aquí o...

—Todo irá bien, Frank —le prometió Percy.

Un grifo se lanzó en picado. Percy levantó la espada, listo para apuñalar el huevo. El monstruo cambió de rumbo, pero los otros grifos estaban perdiendo la paciencia. Percy no podía alargar aquella situación mucho más.

—Tengo una idea —dijo—. Hazel, ¿podrías usar todo el oro de los nidos para crear una distracción?

—Supongo... supongo que sí.

—Danos algo de ventaja. Cuando diga «Ya», corremos a por ese gigante.

Frank lo miró boquiabierto.

—¿Quieres que corramos hacia un gigante?

—Confía en mí —dijo Percy—. ¿Listo? ¡Ya!

Hazel alzó la mano. Objetos dorados de una docena de nidos repartidos a través del pantano salieron disparados por los aires: joyas, armas, monedas, pepitas de oro y, lo más importante, huevos de grifo. Los monstruos chillaron y se fueron volando detrás de sus huevos, desesperados por salvarlos.

Percy y sus amigos echaron a correr. Sus pies chapoteaban y crujían a través del pantano helado. Percy aumentó la velocidad, pero oía que los grifos se acercaban por detrás, y en ese instante los monstruos estaban muy enfadados.

El gigante todavía no se había percatado del alboroto. Estaba inspeccionándose los dedos de los pies en busca de barro, con expresión soñolienta y pacífica; le brillaban los bigotes blancos de los cristales de hielo. Alrededor del cuello tenía un collar con objetos encontrados: cubos de basura, puertas de coche, cornamentas de alce, material de acampada, incluso un lavabo. Al parecer había estado limpiando el monte.

A Percy no le hacía gracia molestarlo, sobre todo cuando eso implicaba refugiarse bajo los muslos del gigante, pero no tenían muchas alternativas.

—¡Debajo! —les dijo a sus amigos—. ¡Arrastraos por debajo!

Avanzaron con dificultad entre las enormes piernas azules y se tumbaron en el barro, arrastrándose lo más cerca posible de su entrepierna. Percy intentaba respirar por la boca, pero no era el escondite más agradable del mundo.

—¿Cuál es el plan? —susurró Frank—. ¿Ser aplastados por un trasero azul?

—Mantenernos quietos —dijo Percy—. No te muevas a menos que no tengas más remedio.

Los grifos llegaron en una oleada de picos, garras y alas furiosas, se arremolinaron alrededor del gigante e intentaron meterse debajo de sus piernas.

El gigante tronó sorprendido. Se movió. Percy tuvo que rodar por el barro para evitar que su gran trasero peludo lo aplastara. El hiperbóreo gruñó, un poco más irritado. El gigante trató de aplastar a los grifos, pero estos chillaron indignados y empezaron a picotearle las piernas y las manos.

—¿Grrr? —rugió el gigante—. ¡Grrr!

Respiró hondo y expulsó una oleada de aire frío. Incluso protegido por las piernas del gigante, Percy notó que la temperatura disminuía. Los gritos de los grifos cesaron bruscamente, sustituidos por el ruido sordo de unos objetos pesados al caer al barro.

—Vamos —dijo Percy a sus amigos—. Con cuidado.

Salieron retorciéndose de debajo del gigante. Alrededor del pantano, los árboles estaban cubiertos de escarcha. Una enorme franja de la ciénaga lucía una capa de nieve fresca. Los grifos congelados sobresalían del suelo como palos de helado con plumas, con las alas todavía desplegadas, los picos abiertos y los ojos desorbitados de la sorpresa.

Percy y sus amigos se alejaron gateando, tratando de permanecer fuera del campo de visión del gigante, pero el grandullón estaba demasiado ocupado para reparar en ellos. Estaba intentando averiguar cómo ensartar un grifo congelado en su collar.

—Percy... —Hazel se quitó el hielo y el barro de la cara—. ¿Cómo sabías que el gigante podía hacer eso?

—Una vez un hiperbóreo estuvo a punto de alcanzarme con el aliento —dijo—. Será mejor que nos movamos. Los grifos no seguirán congelados mucho tiempo.

Percy

Anduvieron por tierra durante aproximadamente una hora, sin perder de vista la vía del tren pero manteniéndose al abrigo de los árboles lo máximo posible. Oyeron un helicóptero que volaba en dirección al tren descarrilado. En dos ocasiones oyeron chillidos de grifo, pero sonaban muy lejos.

Por lo que Percy pudo deducir, era más o menos medianoche cuando el sol se puso por fin. Empezó a hacer frío en el bosque. Había tantas estrellas en el cielo que Percy sintió la tentación de detenerse a contemplarlas. Entonces apareció la aurora boreal. A Percy le recordó la estufa de gas que su madre tenía en casa, cuando la llama estaba al mínimo: ondas de llamas azules fantasmales moviéndose de un lado al otro.

—Es increíble —dijo Frank.

—Osos —señaló Hazel.

Efectivamente, un par de osos pardos avanzaban pesadamente por el pantano a varios cientos de metros de distancia, con el pelaje reluciente a la luz de las estrellas.

—No nos molestarán —prometió Hazel—. Evitad acercaros.

Percy y Frank no le llevaron la contraria.

Mientras avanzaban penosamente, Percy pensó en todos los extraños lugares que había visto. Ninguno le había dejado sin habla como Alaska. Entendía por qué era una tierra situada más allá del alcance de los dioses. Allí todo era agreste e indomable. No había normas ni profecías ni destinos; solo el riguroso bosque y un montón de animales y monstruos. Los mortales y los semidioses iban allí por su cuenta y riesgo.

Percy se preguntaba si eso era lo que Gaia deseaba, que el mundo entero fuera así. Se preguntaba si sería algo malo.

Entonces descartó la idea. Gaia no era una diosa amable. Percy había oído lo que tenía pensado hacer. No era la Madre Tierra sobre la que uno leía en un cuento de hadas infantil. Era vengativa y violenta. Si llegaba a despertar del todo, destruiría la civilización humana.

Un par de horas más tarde, tropezaron con un pequeño pueblo entre la vía del tren y una carretera de dos carriles. El letrero del perímetro urbano rezaba: MOOSE PASS. Al

lado del letrero había un alce. Por un segundo, Percy pensó que sería una especie de estatua publicitaria, pero entonces el animal se internó en el bosque.

Pasaron por delante de un par de casas, una oficina de correos y varias caravanas. Todo estaba a oscuras y cerrado. En el otro extremo del pueblo había una tienda con una mesa de picnic y un viejo surtidor de gasolina oxidado en la parte delantera.

La tienda tenía un letrero pintado a mano en el que ponía: GASOLINERA DE MOOSE PASS.

—Algo no va bien —dijo Frank.

Por acuerdo silencioso, se dejaron caer alrededor de la mesa. Percy notaba los pies como bloques de hielo; unos bloques de hielo muy doloridos. Hazel apoyó la cabeza entre la manos, se durmió y empezó a roncar. Frank sacó el último refresco que le quedaba y unas barritas de cereales del viaje en tren y las compartió con Percy.

Comieron en silencio observando las estrellas hasta que Frank dijo:

—¿Lo que dijiste antes iba en serio?

Percy miró desde el otro lado de la mesa.

—¿El qué?

A la luz de las estrellas, la cara de Frank podría haber sido de alabastro, como la de una antigua estatua romana.

—Que... estabas orgulloso de que fuéramos parientes.

Percy dio unos golpecitos en la mesa con su barrita de cereales.

—A ver. Te cargaste tú solo a tres basiliscos mientras yo estaba bebiendo té verde con germen de trigo. Rechazaste a un ejército de lestrigones para que nuestro avión pudiera despegar en Vancouver. Me has salvado la vida disparando al grifo. Y has renunciado al último uso de tu lanza mágica para ayudar a unos mortales indefensos. Eres, sin duda alguna, el mejor hijo de la guerra que he conocido en mi vida... tal vez el único bueno. ¿Tú qué opinas?

Frank se quedó mirando la aurora boreal, que seguía cocinando las estrellas a fuego lento.

—Es solo que... se suponía que estaba al mando de esta misión, era el centurión y todo eso. Pero me siento como si vosotros tuvierais que cargar conmigo.

—Eso no es cierto —dijo Percy.

—Se supone que tengo unos poderes que no he descubierto cómo usar —dijo Frank con amargura—. Ahora no tengo lanza y me he quedado casi sin flechas. Y... tengo miedo.

—Me preocuparía si no tuvieras miedo —dijo Percy—. Todos tenemos miedo.

—Pero la fiesta de Fortuna es... —Frank pensó en ello—. Es medianoche pasada, ¿no? Eso significa que estamos a veinticuatro de junio. La fiesta empieza hoy al anochecer. Tenemos que arreglárnoslas para llegar al glaciar de Hubbard, vencer a un gigante que es invencible en su propio territorio y volver al Campamento Júpiter

antes de que lo invadan... todo en menos de dieciocho horas.

—Y cuando liberemos a la Muerte, podría cobrarse tu vida —dijo Percy—. Y la de Hazel. Créeme, he estado pensándolo.

Frank miró fijamente a Hazel, que seguía roncando suavemente. Tenía la cara cubierta por una mata de cabello castaño rizado.

—Es mi mejor amiga —dijo Frank—. He perdido a mi madre, a mi abuela... No puedo perderla a ella también.

Percy pensó en su antigua vida: su madre en Nueva York, el Campamento Mestizo, Annabeth. Lo había perdido todo durante ocho meses. Incluso entonces, que estaba recuperando la memoria... nunca había estado tan lejos de su hogar. Había ido al inframundo y había vuelto. Se había enfrentado a la muerte en docenas de ocasiones. Pero sentado a esa mesa de picnic, a miles de kilómetros de distancia, más allá del poder del Olimpo, nunca había estado tan solo... exceptuando a Hazel y Frank.

—No pienso perderlos a ninguno de los dos —prometió—. No voy a permitir que eso ocurra. Eres un líder, Frank. Hazel diría lo mismo. Te necesitamos.

Frank agachó la cabeza. Parecía absorto en sus pensamientos. Finalmente se inclinó hacia delante hasta que su cabeza chocó contra la mesa. Empezó a roncar en armonía con Hazel.

Percy suspiró.

—Otro edificante discurso de Jackson —dijo para sí—. Descansa, Frank. Nos espera un día importante.

Al amanecer la tienda abrió. Al dueño le sorprendió un poco encontrar a tres adolescentes dormidos sobre su mesa de picnic, pero cuando Percy le explicó que habían escapado del accidente ferroviario que se había producido la noche anterior, el hombre se compadeció de ellos y los invitó a desayunar. Llamó a un amigo suyo, un nativo inuit que tenía una cabaña cerca de Seward. Pronto avanzaban con estruendo por la carretera en una camioneta Ford destartada de la época en que Hazel había nacido.

Hazel y Frank estaban sentados en la parte de atrás. Percy iba delante con el curtido anciano, que olía a salmón ahumado. El hombre le contó historias sobre Oso y Cuervo, los dioses esquimales, y Percy confió en no llegar a conocerlos. Ya tenía suficientes enemigos.

La camioneta se averió a pocos kilómetros a las afueras de Seward. Al conductor no pareció sorprenderle, como si le pasara varias veces al día. Dijo que podían esperar a que reparara el motor, pero como Seward estaba a pocos kilómetros de distancia, decidieron ir andando.

A media mañana, subieron una cuesta de la carretera y vieron una pequeña bahía

rodeada de montañas. La ciudad era una estrecha medialuna situada en la orilla derecha, con muelles que se extendían en el agua y un crucero en el puerto.

Percy se estremeció. Había tenido malas experiencias con los cruceros.

—Seward —dijo Hazel.

No parecía alegrarse de ver su antiguo hogar.

Habían perdido mucho tiempo, y a Percy no le gustaba lo rápido que estaba ascendiendo el sol. La carretera torcía alrededor de la ladera, pero parecía que pudieran llegar a la ciudad más rápido yendo recto a través de los pantanos.

Percy salió de la carretera.

—Vamos.

El terreno era fangoso, pero no le dio importancia hasta que Hazel gritó:

—¡No, Percy!

El siguiente paso que dio atravesó directamente el suelo. Se hundió como una piedra hasta que la tierra se cerró sobre su cabeza y lo engulló.

Hazel

—¡Tu arco! —gritó Hazel.

Frank no hizo preguntas. Soltó su mochila y cogió el arco que llevaba al hombro.

A Hazel se le aceleró el corazón. No había pensado en aquel suelo pantanoso desde antes de su muerte. Recordó demasiado tarde las advertencias que la gente de la zona le había hecho. El sedimento cenagoso y las plantas formaban una superficie que parecía totalmente sólida, pero era peor que las arenas movedizas. Podía tener seis metros o más de profundidad, y era imposible escapar.

Procuró no pensar en lo que ocurriría si era más hondo que la longitud del arco.

—Agarra un extremo —le dijo a Frank—. No lo sueltes.

Ella cogió el otro extremo, respiró hondo y saltó al terreno pantanoso. La tierra se cerró sobre su cabeza.

Inmediatamente, un recuerdo la dejó paralizada.

«¡Ahora no! —quería gritar—. ¡Ella dijo que se habían acabado los desmayos!»

«Tesoro, esto no es uno de tus desmayos —dijo la voz de Gaia—. Es un regalo de mi parte.»

Hazel estaba otra vez en Nueva Orleans. Ella y su madre estaban sentadas en el parque cerca de su casa, desayunando al aire libre. Se acordaba de ese día. Ella tenía siete años. Su madre acababa de vender la primera piedra preciosa de Hazel: un pequeño diamante. Ninguna de las dos estaba todavía al tanto de la maldición de Hazel.

La Reina Marie estaba de un humor excelente. Había comprado zumo de naranja para Hazel, champán para ella y buñuelos espolvoreados con chocolate y azúcar glasé. Hasta le había comprado a Hazel una caja de lápices de colores y un bloc nuevos. Estaban sentadas una al lado de la otra; la Reina Marie tarareaba alegremente mientras Hazel dibujaba.

El barrio francés estaba despertando a su alrededor, listo para el Mardi Gras. Las orquestas de jazz ensayaban. Las carrozas estaban siendo decoradas con flores recién cortadas. Los niños reían y se perseguían unos a otros, engalanados con tantos collares de colores que apenas podían andar. El sol estaba saliendo y teñía el cielo de color oro rojizo, y el aire cálido y húmedo olía a magnolias y rosas.

Había sido la mañana más feliz de la vida de Hazel.

—Podrías quedarte aquí.

Su madre sonreía, pero sus ojos eran de un blanco vacío. La voz era la de Gaia.

—Esto es falso —dijo Hazel.

Trató de levantarse, pero el suave lecho de hierba la embargaba de pereza y de sopor. El olor a pan horneado y a chocolate fundido era embriagador. Era la mañana del Mardi Gras, y el mundo parecía lleno de posibilidades. Hazel casi podía creer que tenía un brillante futuro.

—¿Qué es real? —preguntó Gaia, hablando a través del rostro de su madre—. ¿Acaso es tu segunda vida real, Hazel? Se supone que estás muerta. ¿Es real que te estás hundiendo en una ciénaga y te estás ahogando?

—¡Dejadme ayudar a mi amigo!

Hazel trató de volver a la realidad. Se imaginó su mano aferrada al extremo del arco, pero incluso eso estaba empezando a volverse borroso. Cada vez apretaba con menos fuerza. El olor a magnolias y rosas era intensísimo.

Su madre le ofreció un buñuelo.

No, pensó Hazel. Esta no es mi madre. Es Gaia, que me está engañando.

—Quieres recuperar tu antigua vida —dijo Gaia—. Yo puedo ofrecértela. Este momento puede durar años. Podrás crecer en Nueva Orleans, y tu madre te adorará. Nunca tendrás que cargar con tu maldición. Podrás estar con Sammy...

—¡Es una ilusión! —dijo Hazel, atragantándose con el olor dulzón de las flores.

—Tú eres una ilusión, Hazel Levesque. Si has vuelto a la vida es porque los dioses tienen una tarea reservada para ti. Puede que yo te haya utilizado, pero Nico también te utilizó y te mintió. Deberías alegrarte de que lo haya atrapado.

—¿Atrapado? —Hazel empezó a sentir pánico—. ¿A qué os referís?

Gaia sonrió, bebiendo un sorbo de champán.

—Ese muchacho debería haber sabido que no le convenía buscar las Puertas. Pero da igual... no es de tu incumbencia. Cuando liberes a Tánatos, serás arrojada otra vez al inframundo para que te pudras eternamente. Frank y Percy no lo impedirán. ¿Unos amigos reales te pedirían que entregaras tu vida? Dime quién miente y quién te dice la verdad.

Hazel rompió a llorar. La amargura brotó en su interior. Había perdido su vida una vez. No quería volver a morir.

—Así es —susurró Gaia—. Estabas destinada a casarte con Sammy. ¿Sabes lo que le pasó después de que tú murieras en Alaska? Se hizo mayor y se mudó a Texas. Se casó y formó una familia. Pero nunca te olvidó. Siempre se preguntó por qué desapareciste. Ya está muerto: sufrió un infarto en la década de 1960. Siempre estuvo obsesionado con la vida que podríais haber compartido.

—¡Basta! —gritó Hazel—. ¡Usted me la arrebató!

—Pero puedes recuperarla —dijo Gaia—. Te tengo a mi merced, Hazel. Morirás de todas formas. Si te rindes, por lo menos puedo hacer que te resulte agradable. Olvídate de salvar a Percy Jackson. Él me pertenece. Lo mantendré a salvo en la tierra hasta que esté lista para utilizarlo. Puedes gozar de una vida entera en tus últimos momentos: puedes hacerte mayor y casarte con Sammy. Lo único que tienes que hacer es dejarte llevar.

Hazel apretó más fuerte el arco. Debajo de ella, algo la agarró de los tobillos, pero no se dejó llevar por el pánico. Sabía que era Percy, que se estaba ahogando y se aferraba desesperadamente a la oportunidad de sobrevivir.

Hazel lanzó una mirada asesina a la diosa.

—¡Jamás colaboraré con usted! ¡DÉJENOS!

La cara de su madre se deshizo. La mañana en Nueva Orleans desapareció en la oscuridad. Hazel se estaba hundiendo en lodo, con una mano en el arco y las manos de Percy alrededor de sus tobillos, sumidos en la oscuridad. Hazel movía frenéticamente el arco. Frank la levantó con tanta fuerza que estuvo a punto de desencajarle el brazo.

Cuando abrió los ojos estaba tumbada en la hierba, cubierta de mugre. Percy yacía a sus pies, tosiendo y escupiendo barro.

Frank se elevaba por encima de ellos, gritando:

—¡Oh, dioses! ¡Oh, dioses! ¡Oh, dioses!

Sacó ropa de sobra de su mochila y empezó a secarle la cara a Hazel, pero no sirvió de mucho. A continuación apartó a Percy del terreno pantanoso arrastrándolo.

—¡Habéis estado hundidos mucho tiempo! —gritó Frank—. Creía que no... ¡Oh, dioses, no me volváis a hacer algo así!

Dio a Hazel un abrazo de oso.

—No puedo... respirar —dijo ella, medio ahogada.

—¡Lo siento!

Frank volvió a secarlos y a atenderlos. Finalmente los llevó al lado de la carretera, donde se sentaron, tiritaron y escupieron terrones de lodo.

Hazel tenía las manos entumecidas. No estaba segura de si tenía frío o si estaba conmocionada, pero logró explicarles qué era aquel terreno pantanoso y la visión que había tenido cuando estaba debajo. Omitió la parte relacionada con Sammy —era demasiado dolorosa para pronunciarla en voz alta—, pero les contó que Gaia le había ofrecido una vida falsa y que la diosa había asegurado que había atrapado a su hermano Nico. Hazel no quería guardarse esa información. Temía que la desesperación la desbordara.

Percy se frotó los hombros. Tenía los labios amoratados.

—Me... me has salvado, Hazel. Te prometo que averiguaremos lo que le ha pasado a Nico.

Hazel entornó los ojos en dirección al sol, que entonces daba de pleno. El calor resultaba agradable, pero no impedía que ella temblara.

—¿No os parece que Gaia nos ha dejado marchar demasiado fácilmente?

Percy se arrancó un grumo de barro del pelo.

—A lo mejor todavía le interesamos como peones. A lo mejor solo te ha dicho cosas para confundirte.

—Sabía lo que tenía que decir —convino Hazel—. Sabía cómo persuadirme.

Frank le cubrió los hombros con su chaqueta.

—Esta es la vida real. Lo sabes, ¿verdad? No vamos a permitir que vuelvas a morir.

Parecía muy decidido. Hazel no quería discutir, pero no veía cómo Frank podía detener a la Muerte. Apretó la mano contra el bolsillo de su abrigo, donde el trozo de leña medio quemado de Frank seguía bien envuelto. Se preguntaba qué habría sido de él si ella se hubiera hundido en el fango para siempre. Aunque tal vez eso lo habría salvado. El fuego no habría alcanzado la madera allí abajo.

Habría hecho cualquier sacrificio para mantener a Frank a salvo. Puede que no siempre hubiera estado tan convencida, pero Frank le había confiado su vida. Creía en ella. Hazel no podía soportar la idea de que sufriera algún daño.

Echó un vistazo al sol... Se les estaba acabando el tiempo. Pensó en Hylla, la reina amazona de Seattle. Hylla debía de haberse batido en duelo con Otrera dos noches seguidas para entonces, suponiendo que hubiera sobrevivido. La amazona contaba con que Hazel liberara a la Muerte.

Consiguió ponerse en pie. El viento que venía de Resurrection Bay era tan frío como recordaba.

—Deberíamos ponernos en marcha. Estamos perdiendo tiempo.

Percy miró carretera abajo. Sus labios estaban recuperando el color normal.

—¿Hay algún hotel o algún sitio donde podamos limpiarnos? Quiero decir, hoteles donde acepten a gente cubierta de barro.

—No estoy segura —reconoció Hazel.

Al mirar la ciudad, le costaba creer lo mucho que había crecido desde 1942. El puerto principal se había trasladado hacia el este a medida que la ciudad se expandía. No conocía la mayoría de los edificios, pero la cuadrícula de calles del centro le resultaba familiar. Le pareció reconocer algunos almacenes repartidos a lo largo de la orilla.

—Puede que conozca un sitio donde podamos lavarnos.

Hazel

Cuando entraron en la ciudad, Hazel siguió la misma ruta que había tomado hacía setenta años: la última noche de su vida, cuando había vuelto a casa de las colinas y había descubierto que su madre había desaparecido.

Llevó a sus amigos por la Tercera Avenida. La estación de ferrocarril seguía allí. El gran hotel Seward de dos pisos todavía estaba abierto, aunque había aumentado el doble de tamaño. Consideraron detenerse allí, pero a Hazel no le pareció que fuera buena idea entrar en el vestíbulo cubiertos de barro, ni estaba segura de si en el hotel ofrecerían una habitación a tres menores de edad.

Giraron hacia la línea de la costa. Hazel no podía creerlo, pero su antiguo hogar seguía allí, inclinado por encima del agua sobre unos estribos incrustados de percebes. El tejado estaba combado. Las paredes estaban perforadas con agujeros como de perdigones. La puerta se hallaba entablada, y un rótulo pintado a mano rezaba: HABITACIONES — TRASTEROS — LIBRES.

—Vamos —dijo.

—¿Estás segura de que no hay peligro? —preguntó Frank.

Hazel encontró una ventana abierta y trepó al interior. Sus amigos la siguieron. La habitación no se usaba desde hacía mucho tiempo. Sus pies levantaban polvo que se arremolinaba en los haces de luz que entraban por los agujeros. A lo largo de las paredes había amontonadas cajas de cartón enmohecidas. En sus etiquetas descoloridas ponía: «Tarjetas de felicitación, ejemplares de temporada variados». Hazel no tenía ni idea de por qué varios cientos de cajas de postales habían acabado reducidas a polvo en un almacén de Alaska, pero parecía una broma cruel: como si las tarjetas correspondieran a todas las fiestas que ella no había llegado a celebrar: décadas de Navidades, Semanas Santas, cumpleaños y días de San Valentín.

—Por lo menos aquí se está más calentito —dijo Frank—. Supongo que no hay agua corriente. Puedo ir a comprar. No estoy tan sucio como vosotros. Podría buscaros algo de ropa.

Hazel le oyó solo a medias.

Se subió encima de una pila de cajas en el rincón donde antiguamente ella dormía. Un viejo letrero estaba apoyado contra la pared: MATERIAL PARA BUSCADORES

DE ORO. Pensó que detrás encontraría una pared vacía, pero cuando apartó el letrero descubrió que la mayoría de sus fotos y dibujos seguían allí clavados. El letrero debía de haberlos protegido de la luz del sol y de los elementos. Parecía que no hubieran envejecido. Sus dibujos a lápices de colores de Nueva Orleans tenían un trazo muy infantil. ¿De verdad los había hecho ella? Su madre la miraba fijamente desde una fotografía, sonriendo delante del rótulo de su negocio: GRISGRÍS DE LA REINA MARIE: VENTA DE AMULETOS, BUENAVENTURA SIN SECRETOS.

Al lado había una foto de Sammy en el carnaval. Estaba congelado en el tiempo con su sonrisa de chiflado, su cabello moreno rizado y aquellos ojos preciosos. Si Gaia le había dicho la verdad, Sammy llevaba cuarenta años muerto. ¿De verdad se había acordado de Hazel todo ese tiempo? ¿O se había olvidado de la chica rara con la que solía montar a caballo: la chica a la que le había dado un beso y que había compartido un pastelito de cumpleaños con él antes de desaparecer?

Los dedos de Frank se acercaron a la foto.

—¿Quién...? —Vio que ella estaba llorando y retiró la pregunta—. Lo siento, Hazel. Debe de ser muy duro para ti. ¿Quieres quedarte un rato...?

—No —dijo ella con voz ronca—. No, estoy bien.

—¿Es esa tu madre? —Percy señaló la foto de la Reina Marie—. Se parece a ti. Es muy guapa.

Entonces Percy examinó la foto de Sammy.

—¿Quién es ese?

Hazel no entendía por qué parecía tan asustado.

—Es... es Sammy. Era mi... hum... amigo de Nueva Orleans.

Tuvo que hacer un esfuerzo para no mirar a Frank.

—Lo he visto antes —dijo Percy.

—No es posible —repuso Hazel—. La foto es de 1941. Está... Probablemente ya esté muerto.

Percy frunció el entrecejo.

—Supongo. Aun así...

Movió la cabeza, como si le incomodara la idea.

Frank se aclaró la garganta.

—Escuchad, hemos pasado por delante de una tienda en la última manzana. Todavía nos queda un poco de dinero. ¿Qué os parece si voy a compraros algo de comida y de ropa y... no sé... cien envases de toallitas húmedas o algo por el estilo?

Hazel colocó otra vez el letrero encima de sus recuerdos. Se sentía culpable solo con mirar aquella vieja foto de Sammy mientras Frank trataba de mostrarse tan dulce y comprensivo. No le sentaba nada bien pensar en su antigua vida.

—Sería estupendo —dijo—. Eres el mejor, Frank.

Las tablas del suelo crujieron bajo los pies de él.

—Bueno... de todas formas, soy el único que no está cubierto de barro. Enseguida vuelvo.

Una vez que se hubo marchado, Percy y Hazel acamparon temporalmente. Se despojaron de las chaquetas e intentaron quitarse el lodo rascando. Encontraron unas mantas viejas en una caja y las usaron para limpiarse. Descubrieron que las cajas de felicitaciones eran un buen sitio para descansar colocadas a modo de colchón.

Percy dejó su espada en el suelo, donde brillaba con una débil luz bronceada. A continuación se estiró sobre una cama hecha de tarjetas en las que ponía «Feliz Navidad y próspero año 1982».

—Gracias por salvarme —dijo él—. Debería habértelo dicho antes.

Hazel se encogió de hombros.

—Tú habrías hecho lo mismo por mí.

—Sí —convino él—. Pero cuando estaba hundido en el barro, me vino a la cabeza aquel verso de la profecía de Ella: el que habla del hijo de Neptuno que se ahoga. Pensé: «Esto es lo que significa. Me estoy hundiendo en la tierra». Estaba seguro de que me iba a morir.

La voz le temblaba como el día que había llegado al Campamento Júpiter, cuando Hazel le había enseñado el templo de Neptuno. Ese día ella se había preguntado si Percy era la respuesta a sus problemas: el descendiente de Neptuno que, según Plutón, algún día le quitaría la maldición. Percy le había parecido muy intimidante y poderoso, como un auténtico héroe.

Sin embargo, ahora sabía que Frank también era descendiente de Neptuno. Frank no era el héroe con el aspecto más imponente del mundo, pero le había confiado su vida. Se esforzaba por protegerla. Incluso su torpeza resultaba entrañable.

Hazel nunca se había sentido más confundida, y considerando que se había pasado toda la vida confundida, eso era decir mucho.

—Percy, puede que la profecía no estuviera completa —dijo—. Frank creía que Ella estaba recordando una página quemada. A lo mejor ahogarás a otra persona.

Él la miró con cautela.

—¿Tú crees?

Hazel se sentía extraña tranquilizándolo. Él era mucho mayor y tenía mucha más autoridad. Sin embargo, asintió con la cabeza con seguridad.

—Vas a volver a casa. Vas a ver a tu novia Annabeth.

—Tú también volverás, Hazel —insistió él—. No vamos a permitir que te pase nada. Eres demasiado valiosa para mí, para el campamento y, sobre todo, para Frank.

Hazel cogió una vieja tarjeta de San Valentín. El papel blanco como de encaje se deshizo en sus manos.

—Mi sitio no está en este siglo. Nico solo me trajo para que pudiera corregir mis errores y, con suerte, entrar en los Campos Elíseos.

—Tu destino no acaba ahí —dijo él—. Tenemos que luchar juntos contra Gaia. Cuando este día acabe, voy a seguir necesitándote a mi lado mucho más tiempo. Y Frank... ya ves que está loco por ti. Merece la pena luchar por esta vida, Hazel.

Ella cerró los ojos.

—Por favor, no quiero hacerme ilusiones. No puedo...

La ventana se abrió crujiendo. Frank entró, sujetando triunfalmente unas bolsas de compras.

—¡Ha habido suerte!

Les enseñó sus premios. En una tienda de caza había comprado un nuevo carcaj con flechas para él, algunos víveres y un rollo de cuerda.

—Para la próxima vez que nos tropecemos con terreno pantanoso —dijo.

En una tienda para turistas había comprado tres conjuntos de ropa nuevos, toallas, jabón, agua embotellada y, sí, un envase enorme de toallitas húmedas. No era precisamente una ducha caliente, pero Hazel se metió detrás de una pared de cajas de felicitaciones para limpiarse y cambiarse. Pronto se sentía mucho mejor.

«Este es tu último día —se recordó—. No te pongas demasiado cómoda.»

La fiesta de Fortuna: se suponía que toda la suerte de ese día, buena o mala, era un presagio del año entero que se avecinaba. De un modo u otro, su misión terminaría esa noche.

Se metió el trozo de leña en el bolsillo de su nuevo abrigo. Tendría que asegurarse de que permanecía a buen recaudo, independientemente de lo que le pasara a ella. Podría soportar su propia muerte siempre y cuando sus amigos sobrevivieran.

—No —dijo—. Ahora tenemos que buscar un barco para ir al glaciar de Hubbard.

Trató de aparentar seguridad, pero no era fácil. Ojalá Arión siguiera con ella. Preferiría entrar en combate a lomos de aquel precioso caballo. Desde que habían partido de Vancouver había estado llamándolo mentalmente, con la esperanza de que la oyera y acudiera a su encuentro, pero eran ilusiones vanas.

Frank se dio una palmadita en la barriga.

—Si vamos a luchar a muerte, quiero comer primero. He encontrado el sitio perfecto.

Frank los llevó a un centro comercial cerca del muelle, donde había un antiguo vagón de ferrocarril convertido en cafetería. Hazel no recordaba haber visto ese lugar en la década de 1940, pero la comida olía estupendamente.

Mientras Frank y Percy pedían, Hazel fue deambulando hasta el puerto e hizo algunas preguntas. Cuando volvió estaba desanimada. Ni siquiera la hamburguesa con queso y las patatas fritas le levantaron la moral.

—Tenemos un problema —dijo—. He intentado conseguir un barco. Pero... he calculado mal.

—¿No hay barcos? —preguntó Frank.

—Oh, el barco no es problema —dijo Hazel—. Pero el glaciar está más lejos de lo que pensaba. No podríamos llegar hasta mañana por la mañana ni siquiera a la máxima velocidad.

Percy palideció.

—Tal vez yo podría hacer que el barco fuera más rápido.

—Aunque pudieras, por lo que me han dicho los capitanes, es peligroso: hay icebergs y laberintos de canales por los que navegar —dijo Hazel—. Tendrías que saber adónde vas.

—¿Un avión? —preguntó Frank.

Hazel sacudió la cabeza.

—Les he preguntado a los capitanes de los barcos. Me han dicho que podríamos intentarlo, pero que el campo de aviación es pequeño. Hay que reservar un avión con dos o tres semanas de antelación.

Después de esa información comieron en silencio. La hamburguesa con queso de Hazel estaba de primera, pero no podía concentrarse en ella. Le había dado unos tres bocados cuando un cuervo se posó en el poste de teléfono que había encima y empezó a graznarles.

Hazel se estremeció. Tenía miedo de que hablara con ella como había hecho aquel otro cuervo, hacía muchos años: «Esta noche. La última noche». Se preguntó si los cuervos se les aparecían a los hijos de Plutón cuando estaban a punto de morir. Esperaba que Nico siguiera vivo y que Gaia simplemente le hubiera mentido para ponerla nerviosa. Hazel tenía el mal presentimiento de que la diosa decía la verdad.

Nico le había dicho que buscaría las Puertas de la Muerte desde el otro lado. Si había sido capturado por las tropas de Gaia, Hazel podía haber perdido al único familiar que le quedaba.

Se quedó mirando su hamburguesa con queso.

De repente, los graznidos del cuervo se convirtieron en un gañido estrangulado.

Frank se levantó tan rápido que estuvo a punto de volcar la mesa de picnic. Percy sacó su espada.

Hazel siguió las miradas de sus amigos. Posado en lo alto del poste donde había estado el cuervo, un grifo feo y gordo los miraba furiosamente. La criatura eructó, y de su pico cayeron unas plumas de cuervo.

Hazel se levantó y desenvainó su *spatha*.

Frank colocó una flecha en el arco. Apuntó, pero el grifo chilló tan fuerte que el sonido resonó en las montañas. Frank se sobresaltó, y el tiro se pasó de largo.

—Creo que es una llamada de auxilio —advirtió Percy—. Tenemos que largarnos.

Corrieron hacia el puerto sin ningún plan definido. El grifo se precipitó detrás de

ellos. Percy le lanzó sablazos, pero el grifo giró y se situó fuera de su alcance.

Tomaron la escalera al embarcadero más cercano y corrieron hacia el final. El grifo se lanzó en picado detrás de ellos, con las garras delanteras extendidas, listo para entrar a matar. Hazel levantó la espada, pero un muro helado de agua chocó contra el grifo y lo arrastró hasta la bahía. El grifo se puso a chillar y a aletear. Consiguió subir al embarcadero, donde sacudió su pelaje negro como un perro mojado.

Frank gruñó.

—Genial, Percy.

—Sí —dijo—. No sabía si podría hacerlo en Alaska. Pero hay una mala noticia: mirad allí.

Aproximadamente a un kilómetro y medio de distancia, sobre las montañas, se estaba arremolinando un nubarrón: una bandada entera de grifos, docenas como mínimo. No había forma de que pudieran enfrentarse a tantos, y ningún barco podría llevárselos lo bastante rápido.

Frank colocó otra flecha en el arco.

—No pienso rendirme sin luchar.

Percy levantó a *Contracorriente*.

—Estoy contigo.

Entonces Hazel oyó un sonido a lo lejos, como el relincho de un caballo. Debían de ser imaginaciones suyas, pero gritó desesperadamente:

—¡Arión! ¡Allí!

Una mancha color canela avanzó a toda velocidad por la calle hasta el embarcadero. El corcel apareció justo detrás del grifo, bajó sus cascos delanteros y redujo a polvo al monstruo.

Hazel no había estado tan contenta en su vida.

—¡Caballo bueno! ¡Caballo muy bueno!

Frank retrocedió y estuvo a punto de caerse del embarcadero.

—¿Cómo...?

—¡Me ha seguido! —Hazel sonrió—. ¡Porque es el mejor... caballo... DE LA HISTORIA! ¡Venga, montaos!

—¿Los tres? —preguntó Percy—. ¿Podrá con todos?

Arión relinchó indignado.

—Está bien, no hace falta ser maleducado —dijo Percy, entendiéndolo—. Vamos.

Subieron al caballo; Hazel iba delante, y Frank y Percy mantenían el equilibrio precariamente detrás. Frank rodeó la cintura de Hazel con los brazos, y ella pensó que si iba a ser su último día en la tierra, no era una mala forma de acabar.

—¡Corre, Arión! —gritó—. ¡Al glaciar de Hubbard!

El caballo salió disparado a través del agua, y sus cascos transformaron la

superficie del mar en vapor.

Hazel

Montando a Arión Hazel se sentía poderosa, imparable, capaz de controlar totalmente la situación: una combinación perfecta de caballo y humano. Se preguntaba si ser centauro era así.

Los capitanes de barcos de Seward la habían advertido de que había trescientas millas náuticas hasta el glaciar de Hubbard, un viaje duro y peligroso, pero Arión no tuvo problemas. Corría sobre el agua a la velocidad del sonido, calentando tanto el aire a su alrededor que Hazel no notaba el frío. A pie, jamás se habría sentido tan valiente. A caballo, se moría de ganas de entrar en combate.

Frank y Percy no parecían tan contentos. Cuando Hazel miró atrás, estaban apretando los dientes, y los ojos les daban vueltas. Las mejillas de Frank se sacudían debido a la fuerza de la gravedad. Percy estaba sentado detrás del todo, agarrándose fuerte, intentando desesperadamente no resbalar de la grupa del caballo. Hazel esperaba que eso no ocurriera. Teniendo en cuenta la forma en que se movía Arión, puede que ella no se diera cuenta de que lo habían perdido hasta que hubieran recorrido cien kilómetros.

Atravesaron corriendo estrechos y dejaron atrás fiordos azules y acantilados con cascadas que se derramaban en el mar. Arión saltó por encima de un rorcual que había salido a la superficie y siguió galopando, y espantó a una manada de focas de un iceberg.

Parecía que solo hubieran pasado unos minutos cuando entraron zumbando en una estrecha bahía. El agua adquirió la consistencia del hielo picado con pegajoso sirope azul. Arión se detuvo sobre una losa de turquesa congelada.

A unos ochocientos metros de distancia estaba el glaciar de Hubbard. Ni siquiera Hazel, que había visto glaciares antes, pudo asimilar del todo lo que estaba viendo. Montañas moradas cubiertas de nieve se extendían en ambas direcciones, con nubes flotando alrededor de su parte central como cinturones mullidos. En un enorme valle entre dos de los picos más grandes, un muro de hielo irregular salía del agua y ocupaba todo el cañón. El glaciar era azul y blanco con vetas negras, como el cerco de nieve sucia que queda en una acera después de que ha pasado una máquina quitanieves, solo que cuatro millones de veces más grande.

En cuanto Arión se detuvo, Hazel notó que la temperatura bajaba. Todo aquel hielo desprendía ondas de frío que convertían la bahía en el frigorífico más grande del mundo. Lo más inquietante era el ruido de trueno que resonaba a través del agua.

—¿Qué es eso? —Frank contempló las nubes que había sobre el glaciar—. ¿Una tormenta?

—No —respondió Hazel—. Es el hielo cuando se resquebraja y se mueve. Millones de toneladas de hielo.

—¿Quieres decir que esa cosa se está deshaciendo?

Justo entonces, una capa de hielo se desprendió silenciosamente del lado del glaciar y chocó contra el mar, salpicando agua y esquirlas congeladas a varios pisos de altura. Un milisegundo más tarde, oyeron el sonido: un BUM casi tan estruendoso como el de Arión al superar la barrera del sonido.

—¡No podemos acercarnos a esa cosa! —dijo Frank.

—No nos queda más remedio —contradijo Percy—. El gigante está en la cumbre. Arión se rió socarronamente.

—Jo, Hazel, dile a tu caballo que tenga cuidado con su lenguaje —dijo Percy. Hazel procuró no reírse.

—¿Qué ha dicho?

—¿Sin las palabrotas? Ha dicho que puede llevarnos a la cumbre.

Frank puso cara de incredulidad.

—¡Creía que el caballo no podía volar!

Esta vez Arión relinchó tan furiosamente que hasta Hazel se figuró que estaba soltando un juramento.

—Tío, me han expulsado del colegio por decir cosas más suaves —dijo Percy—. Hazel, tu caballo promete que verás de lo que es capaz en cuanto le des la orden.

—Agarraos, entonces, chicos —dijo Hazel con nerviosismo—. ¡Arre, Arión!

Arión salió disparado hacia el glaciar como un cohete fuera de control y atravesó a toda velocidad la nieve medio derretida, como si quisiera retar a la montaña de hielo para ver quién era más valiente de los dos.

El aire se volvió más frío. El hielo empezó a resquebrajarse más fuerte. A medida que Arión recortaba la distancia, el glaciar se cernió sobre ellos de forma tan amenazante que a Hazel le entró vértigo solo con intentar abarcarlo todo. El lateral estaba lleno de hendiduras y cuevas, atravesado por crestas dentadas como hojas de hacha. Continuamente se desmoronaban trozos; algunos no eran más grandes que bolas de nieve y otros eran del tamaño de casas.

Cuando estaban a cincuenta metros del pie del glaciar, un trueno sacudió los huesos de Hazel, y una cortina de hielo que habría cubierto el Campamento Júpiter se desprendió y cayó hacia ellos.

—¡Cuidado! —gritó Frank, una advertencia que Hazel consideró ligeramente

innecesaria.

Arión se le había adelantado. Aceleró bruscamente y zigzagueó entre los desechos, saltando por encima de pedazos de hielo y trepando por la cara del glaciar.

Percy y Frank maldijeron como caballos y se agarraron desesperadamente mientras Hazel rodeaba el pescuezo de Arión con los brazos. De algún modo, lograron no caerse al tiempo que Arión escalaba los acantilados, saltando de asidero en asidero con una velocidad y una agilidad imposibles. Era como caer de una montaña al revés.

Y de repente todo acabó. Arión se detuvo orgullosamente en lo alto de una cima de hielo que se elevaba sobre el vacío. El mar estaba a unos cien metros por debajo de ellos.

Arión lanzó un desafiante relincho que resonó en las montañas. Percy no lo tradujo, pero Hazel estaba segura de que Arión estaba gritando a los caballos que pudiera haber en la bahía: «¡Chupaos esa, primos!».

Entonces se giró y echó a correr hacia el interior a través de la cumbre del glaciar, saltando una sima de quince metros de anchura.

—¡Allí! —señaló Percy.

El caballo se detuvo. Delante de ellos había un campamento romano congelado que parecía una espantosa réplica de tamaño gigantesco del Campamento Júpiter. Las trincheras estaban llenas de pinchos de hielo. Las murallas de ladrillos de hielo emitían un deslumbrante resplandor blanco. De las torres de los vigías pendían estandartes de tela azul congelada que relucían al sol ártico.

No había señales de vida. Las puertas estaban abiertas de par en par. Ningún centinela recorría los muros. Aun así, Hazel notaba una sensación de inquietud en las entrañas. Se acordó de la cueva de Resurrection Bay en la que había ayudado a despertar a Alcioneo: la opresiva sensación de maldad y el constante «bum, bum, bum», como los latidos del corazón de Gaia. Aquel lugar era parecido, como si la tierra estuviera intentando despertar y consumirlo todo; como si las montañas de ambos lados quisieran aplastarlos a ellos y al glaciar, y hacerlos pedazos.

Arión trotaba nerviosamente.

—Frank, ¿qué te parece si a partir de aquí vamos a pie?

Frank suspiró aliviado.

—Creía que no me lo preguntarías nunca.

Desmontaron y dieron unos pasos vacilantes. El hielo parecía estable, cubierto de un fino manto de nieve que no lo hacía demasiado resbaladizo.

Hazel espoleó a Arión para que avanzara. Percy y Frank caminaban a cada lado del animal, empuñando la espada y el arco. Se acercaron a las puertas sin que nadie les diera el alto. Hazel estaba adiestrada para localizar fosos, redes, cuerdas y todas las trampas antiguas a las que las legiones romanas se habían enfrentado durante una

eternidad en territorio enemigo, pero no vio nada: solo las puertas heladas abiertas y los estandartes congelados que crujían al viento.

Podía ver toda la Via Praetoria. En el cruce de calles, delante del *principia* de ladrillos de nieve, había una figura alta vestida con una capa oscura, atada con cadenas heladas.

—Tánatos —murmuró Hazel.

Se sintió como si tiraran de su alma, atraída hacia la Muerte como el polvo hacia un aspirador. Se le nubló la vista. Estuvo a punto de caerse de Arión, pero Frank la atrapó y la enderezó.

—Te tenemos bien cogida —prometió—. Nadie te va a llevar.

Hazel le agarró la mano. No quería soltarla. Él era muy robusto, muy reconfortante, pero Frank no podía protegerla de la Muerte. Su vida era frágil como un trozo de madera medio quemado.

—Estoy bien —mintió.

Percy miró a su alrededor con inquietud.

—¿No hay defensores? ¿No hay ningún gigante? Tiene que ser una trampa.

—Está claro —dijo Frank—. Pero no creo que tengamos alternativa.

Antes de que Hazel pudiera cambiar de opinión, espoleó a Arión para que cruzara las puertas. La distribución le resultaba muy familiar: los barracones de la cohorte, los baños, el arsenal. Era una réplica exacta del Campamento Júpiter, solo que tres veces más grande. Incluso a caballo, Hazel se sentía diminuta e insignificante, como si estuvieran atravesando una ciudad modelo construida por los dioses.

Se detuvieron a tres metros de la figura de la capa.

Una vez allí, Hazel sintió el imprudente deseo de poner fin a la misión. Sabía que corría más peligro que cuando había luchado contra las amazonas, o cuando había repelido a los grifos, o cuando había escalado el glaciar a lomos de Arión. Sabía instintivamente que Tánatos podría tocarla y que se moriría.

Sin embargo, también tenía la sensación de que si no llevaba a cabo la misión, si no se enfrentaba a su destino con valentía, moriría de todas formas, esta vez de cobardía y de fracaso. Los jueces de los muertos no serían indulgentes con ella por segunda vez.

Arión iba a medio galope de acá para allá, percibiendo su intranquilidad.

—¿Hola? —Hazel pronunció la palabra haciendo un esfuerzo enorme—. ¿Señor Muerte?

La figura encapuchada levantó la cabeza.

En un abrir y cerrar de ojos, todo el campo cobró vida. Figuras con armaduras romanas salieron de los barracones, del *principia*, del arsenal y del comedor, pero no eran humanas. Eran espectros: los fantasmas parlanchines con los que Hazel había vivido durante décadas en los Campos de Asfódelos. Sus cuerpos no eran más que

volutas de vapor negro, pero conseguían sostener armaduras de escamas, grebas y cascos. Llevaban unas espadas cubiertas de escarcha sujetas a la cintura. *Pila* y cascos dentados flotaban en sus manos humeantes. Los penachos de sus cascos de centurión estaban congelados y andrajosos. La mayoría de los fantasmas iban a pie, pero dos soldados salieron de las cuadras en un carro dorado tirado por unos espectrales corceles negros.

Cuando Arión vio a los caballos, piafó ultrajado.

Frank cogió su arco.

—Sí, ahí está la trampa.

Hazel

Los fantasmas formaron filas y sitiaron los cruces. Había unos cien en total: menos que una legión entera y más que una cohorte. Algunos llevaban estandartes andrajosos con un rayo de la Duodécima Legión, Quinta Cohorte: la expedición maldita de Michael Varus llevada a cabo en la década de 1980. Otros llevaban estandartes e insignias que Hazel no reconocía, como si hubieran muerto en distintas épocas, en distintas misiones; tal vez ni siquiera hubieran pertenecido al Campamento Júpiter.

La mayoría estaban provistos de armas de oro imperial: más oro imperial del que poseía toda la Duodécima Legión. Hazel notaba el poder conjunto de todo ese oro zumbando a su alrededor, todavía más inquietante que el resquebrajamiento del glaciar. Se preguntaba si podría usar su poder para controlar las armas y con suerte desarmar a los fantasmas, pero le daba miedo intentarlo. El oro imperial no era solo un metal precioso. Era mortal para los semidioses y los monstruos. Intentar controlar tanta cantidad al mismo tiempo sería como intentar controlar plutonio en un reactor. Si fracasaba, podría borrar el glaciar de Hubbard del mapa y matar a sus amigos.

—¡Tánatos! —Hazel se volvió hacia la figura con capa—. Hemos venido a rescatarle. Si controla a esos fantasmas, dígales que...

Se le quebró la voz. La capucha del dios se desprendió y su capa se cayó al desplegar las alas. Se quedó solo con una túnica negra sin mangas ceñida a la cintura. Era el hombre más hermoso que Hazel había visto en su vida.

Tenía la piel del color de la madera de teca, oscura y brillante como la vieja mesa de espiritismo de la Reina Marie. Sus ojos eran dorados como la miel, iguales que los de Hazel. Era esbelto y musculoso, con un rostro regio y una melena de cabello moreno que le caía por los hombros. Sus alas emitían destellos de tonos azules, negros y morados.

Hazel se quedó sin respiración.

«Hermoso» era la palabra exacta para definir a Tánatos; ni guapo ni macizo ni nada por el estilo. Era hermoso de la misma forma que un ángel es hermoso: eterno, perfecto, lejano.

—Oh —se le escapó a Hazel con una vocecilla.

Las muñecas del dios estaban sujetas con unas esposas heladas unidas a unas cadenas que se hundían en el suelo del glaciar. Tenía los pies descalzos, inmovilizados con grilletes alrededor de los tobillos y encadenados también.

—Es Cupido —dijo Frank.

—Un Cupido muy cachas —convino Percy.

—Me halagáis —dijo Tánatos. Su voz era tan espléndida como él mismo: grave y melodiosa—. A menudo me confunden con el dios del amor. La muerte tiene más en común con el amor de lo que os imagináis. Pero soy la Muerte. Os lo aseguro.

Hazel no lo dudaba. Se sentía como si estuviera hecha de cenizas. En un segundo se podría desmoronar y ser absorbida por el vacío. Dudaba que Tánatos necesitara tocarla para matarla. Simplemente podía decirle que se muriera. Ella se desplomaría en el acto; su alma obedecería aquella hermosa voz y aquellos ojos dulces.

—Hemos... hemos venido a salvarle —consiguió decir—. ¿Dónde está Alcioneo?

—¿A salvarme...? —Tánatos entornó los ojos—. ¿Eres consciente de lo que estás diciendo, Hazel Levesque? ¿Eres consciente de lo que eso significa?

Percy dio un paso adelante.

—Estamos perdiendo el tiempo.

Blandió su espada contra las cadenas del dios. El bronce celestial resonó contra el hielo, pero *Contracorriente* quedó pegada a la cadena como si fuera pegamento. Por la hoja empezó a subir escarcha. Percy tiró frenéticamente del arma. Frank corrió a ayudarlo. Juntos consiguieron soltar a *Contracorriente* antes de que la escarcha llegara a sus manos.

—Eso no dará resultado —explicó simplemente Tánatos—. En cuanto al gigante, está cerca. Esos fantasmas no son míos. Son de él.

Los ojos de Tánatos escudriñaron a los soldados fantasma. Los espectros se movieron incómodos, como si un viento ártico estuviera atravesando sus filas.

—Entonces ¿cómo lo soltamos? —preguntó Hazel.

Tánatos centró de nuevo su atención en ella.

—Hija de Plutón, descendiente de mi amo, tú deberías desear mi liberación menos que nadie.

—¿Cree que no lo sé?

A Hazel le escocían los ojos, pero estaba harta de tener miedo. Hacía setenta años había sido una niña asustada. Había perdido a su madre porque había actuado demasiado tarde. Pero en ese momento era una soldado de Roma. No iba a volver a fracasar. No iba a fallarles a sus amigos.

—Escuche, Muerte —desenvainó su espada de la caballería, y Arión se encabritó en actitud desafiante—. No he vuelto del inframundo y he viajado miles de kilómetros para que me digan que soy tonta por liberarlo. Si muero, moriré. Lucharé contra todo ese ejército si no me queda más remedio. Usted díganos cómo romper sus

cadenas.

Tánatos la observó un instante.

—Interesante. ¿Eres consciente de que esos fantasmas fueron en otra época semidioses como tú? Lucharon por Roma. Murieron sin llevar a cabo sus heroicas misiones. Al igual que tú, los mandaron a los Campos de Asfódelos. Ahora Gaia les ha prometido una segunda vida si luchan por ella. Por supuesto, si me liberas y los vences, tendrán que volver al inframundo, que es donde deben estar. Les aguarda el castigo eterno por traicionar a los dioses. No se diferencian tanto de ti, Hazel Levesque. ¿Estás segura de que quieres liberarme y condenar a esas almas para siempre?

Frank cerró los puños.

—¡No es justo! ¿Quiere que lo liberemos o no?

—Justo... —meditó la Muerte—. Te sorprendería la frecuencia con la que oigo esa palabra, Frank Zhang, y el poco sentido que tiene. ¿Es justo que tu vida se consuma tan breve y llena de energía? ¿Fue justo cuando guié a tu madre al inframundo?

Frank se tambaleó como si le hubieran dado un puñetazo.

—No —dijo la Muerte tristemente—. No es justo. Y sin embargo, era su momento. No hay justicia en la Muerte. Si me liberáis, cumpliré con mi deber. Pero, naturalmente, esos fantasmas intentarán deteneros.

—Así que, si le soltamos, nos atacará una panda de tíos hechos de humo negro con espadas de oro —resumió Percy—. Muy bien. ¿Cómo rompemos esas cadenas?

Tánatos sonrió.

—Solo el fuego de la vida puede fundir las cadenas de la muerte.

—¿Puede responder sin acertijos, por favor? —preguntó Percy.

Frank inspiró trémulamente.

—No es un acertijo.

—No, Frank —dijo Hazel débilmente—. Tiene que haber otra forma.

Una risa retumbó a través del glaciar. Una voz resonante dijo:

—Amigos míos. ¡Os he esperado mucho tiempo!

En las puertas del campamento estaba Alcioneo. Era todavía más grande que el gigante Polibotes que habían visto en California. Tenía la piel de un dorado metálico, una armadura hecha de eslabones de platino y un bastón de hierro del tamaño de un tótem. Sus patas de dragón rojo herrumbre golpearon pesadamente el hielo cuando entró en el campamento. En su cabello rojo con trenzas relucían piedras preciosas.

Hazel nunca lo había visto totalmente formado, pero lo conocía mejor que a sus propios padres. Ella lo había creado. Durante meses, había extraído oro y piedras preciosas de la tierra para crear a ese monstruo. Conocía los diamantes que usaba de corazón. Conocía el petróleo que corría por sus venas en lugar de sangre. Deseaba

destruirlo más que nada en el mundo.

El gigante se acercó sonriéndole con sus firmes dientes de plata.

—¡Ah, Hazel Levesque, me has costado cara! —dijo—. De no haber sido por ti, habría despertado hace décadas, y este mundo ya sería de Gaia. ¡Pero no importa!

Extendió las manos, jactándose de las filas de soldados fantasmales.

—¡Bienvenido, Percy Jackson! ¡Bienvenido, Frank Zhang! Soy Alcioneo, el azote de Plutón, el nuevo amo de la Muerte. Y esta es vuestra nueva legión.

Frank

«No hay justicia en la muerte.» Esas palabras no paraban de resonar en la cabeza de Frank.

El gigante dorado no le daba miedo. El ejército de fantasmas no le daba miedo. Pero la idea de liberar a Tánatos hacía que a Frank le entraran ganas de acurrucarse en posición fetal. Ese dios se había llevado a su madre.

Frank sabía lo que tenía que hacer para romper las cadenas. Marte le había advertido. Le había explicado por qué amaba tanto a Emily Zhang: «Ella siempre anteponía su deber a todo lo demás. Incluso a su vida».

Ahora le tocaba a Frank.

La medalla al sacrificio de su madre estaba caliente al tacto en su bolsillo. Por fin comprendía la decisión de su madre, salvar a sus compañeros a costa de su propia vida. Entendía lo que Marte había intentado decirle: «Deber. Sacrificio. Son valores importantes».

En el pecho de Frank, un nudo de ira y rencor —un nódulo de dolor con el que había estado cargando desde el funeral— empezó a deshacerse por fin. Comprendía por qué su madre nunca volvió a casa. Había cosas por las que valía la pena morir.

—Hazel —trató de mantener la voz firme—. Necesito el paquete que me has estado guardando.

Hazel lo miró consternada. Montada en Arión, parecía una reina, poderosa y bella, con el cabello castaño sobre los hombros y una corona de niebla gélida alrededor de la cabeza.

—No, Frank. Tiene que haber otra forma.

—Por favor. Sé... sé lo que hago.

Tánatos sonrió y levantó sus muñecas esposadas.

—Tienes razón, Frank Zhang. Hay que hacer sacrificios.

Genial. Aunque la muerte aprobara su plan, Frank estaba seguro de que no le iba a gustar el resultado.

El gigante Alcioneo avanzó, haciendo temblar el suelo con sus patas de reptil.

—¿De qué paquete hablas, Frank Zhang? ¿Me has traído un regalo?

—A ti, nada, Chico de Oro —dijo Frank—. Solo dolor en cantidades industriales.

El gigante se rió a carcajadas.

—¡Has hablado como un hijo de Marte! Lástima que tenga que matarte. Y ese de ahí... Vaya, vaya, he esperado mucho para conocer al famoso Percy Jackson.

El gigante sonrió. Sus dientes de plata hacían que su boca pareciera la rejilla de un coche.

—He seguido tus progresos, hijo de Neptuno —dijo Alcioneo—. Peleaste bien contra Cronos. Gaia te odia más que a nadie... exceptuando tal vez a ese advenedizo de Jason Grace. Lamento no poder matarte en el acto, pero mi hermano desea tenerte de mascota. Piensa que será divertido tener al hijo favorito de Neptuno capturado cuando destruya al dios. Y después, por supuesto, Gaia tiene planes para ti.

—Muy halagador —Percy levantó a *Contracorriente*—. Pero en realidad soy hijo de Poseidón. Soy del Campamento Mestizo.

Los fantasmas se movieron. Algunos desenvainaron espadas y levantaron escudos. Alcioneo alzó la mano para indicarles que esperasen.

—Griego, romano, qué más da —dijo el gigante con soltura—. Aplastaremos los dos campamentos con el pie. Verás, los titanes no son lo bastante ambiciosos. Tenían pensado destruir a los dioses en su nuevo hogar de Estados Unidos. ¡Los gigantes sabemos cómo hacer las cosas! Para matar una mala hierba, hay que arrancarla de raíz. ¡Ahora mismo, mientras mis fuerzas destruyen vuestro pequeño campamento romano, mi hermano Porfirio se está preparando para la auténtica batalla en terreno antiguo! Destruiremos a los dioses en su lugar de origen.

Los fantasmas golpearon con las espadas contra los escudos. El sonido resonó a través de las montañas.

—¿Su lugar de origen? —preguntó Frank—. ¿Se refiere a Grecia?

Alcioneo se rió entre dientes.

—No hace falta que te preocupes, hijo de Marte. No vivirás lo bastante para ver nuestra victoria definitiva. Sustituiré a Plutón como señor del inframundo. Ya tengo a la Muerte bajo mi custodia. ¡Y con Hazel Levesque a mi servicio, también tendré todas las riquezas que se esconden bajo tierra!

Hazel cogió su *spatha*.

—Yo no sirvo a nadie.

—¡Oh, pero tú me diste la vida! —dijo Alcioneo—. Es verdad, queríamos despertar a Gaia durante la Segunda Guerra Mundial. Habría sido glorioso. Pero lo cierto es que el mundo está ahora casi tan mal como entonces. Dentro de poco tu civilización será exterminada. Las Puertas de la Muerte quedarán abiertas. Los que nos sirvan jamás perecerán. Vivos o muertos, vosotros tres os uniréis a mi ejército.

Percy negó con la cabeza.

—Ni soñarlo, Chico de Oro. Vas a perder.

—Espera —Hazel espoleó el caballo hacia el gigante—. Yo he desenterrado a

este monstruo. Soy la hija de Plutón. Me corresponde a mí matarlo.

—Ah, pequeña Hazel —Alcioneo plantó su bastón sobre el hielo. En su cabello relucían piedras preciosas por valor de millones de dólares—. ¿Estás segura de que no quieres unirme a nosotros por voluntad propia? Podrías resultarnos muy... valiosa. ¿Por qué volver a morir?

Los ojos de Hazel brillaban de odio. Miró a Frank y sacó de su abrigo el trozo de madera envuelto.

—¿Estás seguro?

—Sí —dijo él.

Ella frunció los labios.

—Tú también eres mi mejor amigo, Frank. Debería habértelo dicho —le lanzó el palo—. Haz lo que tengas que hacer. Percy... ¿puedes protegerlo?

Percy contempló las filas de romanos espectrales.

—¿Contra un pequeño ejército? Claro, no hay problema.

—Entonces me pido al Chico de Oro —dijo Hazel.

Y cargó contra el gigante.

Frank

Frank desenvolvió el palo y se arrodilló a los pies de Tánatos.

Era consciente de que Percy estaba de pie detrás de él, blandiendo su espada y chillando en actitud desafiante mientras los fantasmas se acercaban. Oyó que el gigante rugía y Arión relinchaba airadamente, pero no se atrevió a mirar.

Con las manos temblorosas, acercó el trozo de leña a las cadenas de la pierna derecha de la Muerte. Pensó en unas llamas, y la madera ardió en el acto.

Un calor terrible se extendió por el cuerpo de Frank. El metal helado empezó a fundirse; la llama era tan brillante que resultaba más deslumbrante que el hielo.

—Bien —dijo Tánatos—. Muy bien, Frank Zhang.

Frank había oído que a algunas personas les pasaba la vida ante los ojos, pero entonces lo experimentó en sentido literal. Vio a su madre el día que partió a Afganistán. Ella sonrió y lo abrazó. Él intentó aspirar su fragancia de jazmín para no olvidarla nunca.

«Siempre estaré orgullosa de ti, Frank —dijo su madre—. Algún día viajarás todavía más lejos que yo. Tú cerrarás el círculo de nuestra familia. Dentro de unos años, nuestros descendientes contarán historias sobre el héroe Frank Zhang, su tataratataratara...»

Le hizo cosquillas en la barriga por los viejos tiempos. Fue la última vez que Frank sonrió durante meses.

Se vio a sí mismo en el banco de picnic de Moose Pass, contemplando las estrellas y la aurora boreal mientras Hazel roncaba suavemente a su lado, y a Percy diciendo: «Eres un líder, Frank. Te necesitamos».

Vio a Percy desaparecer en el terreno pantanoso y a Hazel lanzarse detrás de él. Frank recordó lo solo y lo impotente que se había sentido agarrando el arco. Había rogado a los dioses del Olimpo —incluso a Marte— que ayudaran a sus amigos, pero sabía que estaban fuera del alcance de los dioses.

La primera cadena se rompió produciendo un sonido metálico. Rápidamente, Frank acercó el palo a la cadena de la otra pierna de la Muerte.

Se arriesgó a lanzar una mirada por encima del hombro.

Percy estaba luchando como un torbellino. De hecho... era un torbellino. Un

huracán de agua y vapor helado en miniatura se agitaba a su alrededor mientras se abría paso entre el enemigo, desviando flechas y lanzas. ¿Desde cuándo tenía ese poder?

Atravesó las líneas enemigas, y aunque parecía estar dejando a Frank indefenso, el enemigo estaba totalmente concentrado en Percy. Frank no sabía por qué; entonces vio el objetivo de Percy. Uno de los fantasmas negros llevaba la capa de piel de león de un portaestandarte y sujetaba un palo con un águila dorada, con carámbanos congelados en sus alas.

El estandarte de la legión.

Frank vio que Percy se abría camino con dificultad a través de una hilera de legionarios, desparramando sus escudos con su ciclón particular. Derribó al portaestandarte y cogió el águila.

—¿Queréis recuperarlo?! —gritó a los fantasmas—. ¡Venid a buscarlo!

Se los llevó aparte, y Frank no pudo por menos de quedar asombrado de su audaz estrategia. A pesar de lo mucho que esos fantasmas deseaban mantener encadenado a Tánatos, eran espíritus romanos. Sus mentes estaban confusas, en el mejor de los casos, como los fantasmas que Frank había visto en los Campos de Asfódelos, pero recordaban claramente una cosa: debían proteger su águila.

Sin embargo, Percy no podía repeler a tantos enemigos eternamente. Mantener una tormenta como esa debía de ser difícil. Pese al frío, tenía la cara salpicada de gotas de sudor.

Frank buscó a Hazel. No la vio, ni a ella ni al gigante.

—Cuidado con el fuego, muchacho —le advirtió la Muerte—. No puedes permitirte desperdiciarlo.

Frank soltó un juramento. Se había distraído tanto que no se había dado cuenta de que la segunda cadena se había fundido.

Acercó el fuego a los grilletes de la mano derecha del dios. Casi la mitad del trozo de leña se había consumido. Frank se echó a temblar. Más imágenes cruzaron su mente. Vio a Marte sentado a la cabecera de su abuela, mirando a Frank con aquellos ojos como explosiones nucleares: «Eres el arma secreta de Juno. ¿Has descubierto ya cuál es tu don?».

Oyó a su madre decir: «Puedes ser cualquier cosa».

Entonces vio el rostro severo de su abuela, con la piel fina como el papel de arroz y el cabello blanco esparcido sobre la almohada. «Sí, Fai Zhang. Tu madre no estaba estimulando tu autoestima. Te estaba diciendo la verdad en sentido literal.»

Pensó en el oso pardo que su madre había interceptado en el linde del bosque. Pensó en el gran pájaro negro que daba vueltas sobre las llamas de la mansión de su familia.

La tercera cadena se partió. Frank empujó el palo contra el último grillete. Su

cuerpo se sacudió de dolor. Unas manchas amarillas empezaron a danzar en sus ojos.

Vio a Percy al final de la Via Principalis, rechazando al ejército de fantasmas. Volcó el carro y destruyó varios edificios, pero cada vez que se libraba de una oleada de agresores con su huracán, los fantasmas simplemente se levantaban y volvían a atacar. Cada vez que Percy abatía a cuchilladas a un fantasma con su espada, el espectro se recomponía enseguida. Percy había retrocedido prácticamente todo lo lejos que podía llegar. Detrás de él estaba la puerta lateral del campamento, y unos seis metros más allá, el borde mismo del glaciar.

Por lo que a Hazel respectaba, ella y Alcioneo habían conseguido destruir la mayoría de los barracones con su refriega. En ese momento estaban luchando entre los restos de la puerta principal. Arión estaba jugando a una peligrosa versión del corre que te pillo, embistiendo alrededor del gigante mientras Alcioneo blandía su bastón contra ellos, derribando muros y abriendo enormes simas en el hielo. Solo la velocidad de Arión los mantenía con vida.

Finalmente, la última cadena de la Muerte se partió. Lanzando un grito desesperado, Frank hundió el trozo de leña en un montón de nieve y apagó la llama. Su dolor desapareció. Seguía vivo. Pero cuando sacó el palo, no era más que un pedazo, más pequeño que una barrita de caramelo.

Tánatos levantó los brazos.

—Libre —dijo con satisfacción.

—Genial —Frank despejó las manchas de sus ojos parpadeando—. ¡Entonces haga algo!

Tánatos le dedicó una sonrisa serena.

—¿Que haga algo? Desde luego. Miraré. Los que mueran en esta batalla se quedarán muertos.

—Gracias —murmuró Frank, guardándose el palo en el abrigo—. Muy amable.

—De nada —dijo Tánatos en tono afable.

—¡Percy! —gritó Frank—. ¡Ya se pueden morir!

Percy asintió con la cabeza, pero parecía agotado. Su huracán estaba disminuyendo de velocidad. Sus golpes se estaban volviendo más lentos. El ejército espectral al completo lo había rodeado, empujándolo poco a poco hacia el borde del glaciar.

Frank sacó su arco para ayudarlo. Entonces lo soltó. Las flechas normales de una tienda de caza de Seward no servirían de nada. Frank tendría que usar su don.

Pensó que por fin entendía sus poderes. Al ver arder el trozo de leña y oler el humo acre de su propia vida, algo le había hecho sentirse extrañamente seguro.

«¿Es justo que tu vida se consuma tan breve y llena de energía?», había preguntado la Muerte.

—No existe lo justo —se dijo Frank—. Si me voy a consumir, que sea con

energía.

Dio un paso hacia Percy. Entonces, al otro lado del campamento, Hazel gritó de dolor. Arión chilló cuando el gigante dio un golpe a ciegas y les acertó. Su bastón lanzó al caballo y a la jinete rodando por el hielo, y chocaron con estrépito contra las murallas.

—¡Hazel!

Frank miró a Percy, deseando tener su lanza. Si pudiera invocar a Gris... pero no podía estar en dos sitios al mismo tiempo.

—¡Ve a ayudarla! —gritó Percy, sujetando el águila dorada en alto—. ¡Yo tengo a estos controlados!

Percy no los tenía controlados. Frank lo sabía. El hijo de Poseidón estaba a punto de ser vencido, pero Frank corrió a ayudar a Hazel.

Estaba medio enterrada entre un montón de ladrillos de nieve. Arión se alzaba por encima de ella, intentando protegerla, empujándose y golpeando al gigante con sus cascos delanteros.

El gigante se rió.

—Hola, pequeño poni. ¿Quieres jugar?

Alcioneo levantó su bastón helado.

Frank estaba demasiado lejos para ayudar... pero se imaginó avanzando a toda velocidad, los pies elevándose del suelo.

«Ser cualquier cosa.»

Se acordó de las águilas de cabeza blanca que había visto en el viaje en tren. Su cuerpo se volvió más pequeño y más ligero. Sus brazos se estiraron hasta convertirse en alas, y su vista se agudizó mil veces más. Alzó el vuelo y se lanzó sobre el gigante con las garras extendidas, y le arañó en los ojos con sus afiladas uñas.

Alcioneo rugió de dolor. Retrocedió tambaleándose mientras Frank se posaba delante de Hazel y recuperaba su forma normal.

—Frank... —Ella se lo quedó mirando asombrada, al tiempo que la nieve le goteaba de la cabeza—. ¿Qué ha sido... cómo lo...?

—¡Necio! —gritó Alcioneo. Tenía la cara cortada y le goteaba petróleo negro en los ojos en lugar de sangre, pero las heridas se estaban cerrando—. ¡Soy inmortal en mi tierra natal, Frank Zhang! Y gracias a tu amiga Hazel, mi nueva tierra natal es Alaska. ¡No podéis matarme aquí!

—Eso lo veremos —dijo Frank. El poder le recorría los brazos y las piernas—. Hazel, vuelve a subir al caballo.

El gigante embistió, y Frank embistió a su vez para enfrentarse a él. Se acordó del oso que había visto cara a cara de niño. A medida que corría, su cuerpo se volvió más pesado y más grueso, lleno de músculos. Chocó contra el gigante siendo un oso pardo adulto, quinientos kilos de pura fuerza. Aun así, era pequeño comparado con

Alcioneo, pero golpeó al gigante con tal ímpetu, que este cayó contra una atalaya helada que se desplomó encima de él.

Frank se abalanzó sobre la cabeza del gigante. Un golpe de su garra era equivalente al ataque de un peso pesado con una sierra mecánica. Frank castigó la cabeza del gigante por un lado y por el otro, hasta que sus facciones metálicas empezaron a abollarse.

—Ugh —masculló el gigante con estupor.

Frank recuperó su forma normal. Su mochila seguía con él. Cogió la cuerda que había comprado en Seward, hizo rápidamente un nudo corredizo y lo cerró alrededor del escamoso pie del gigante.

—¡Toma, Hazel! —Le lanzó el otro extremo de la cuerda—. Se me ha ocurrido una idea, pero tendremos que...

—Te... ah... mataré... ah... —murmuró Alcioneo.

Frank corrió hacia la cabeza del gigante, cogió el objeto pesado más cercano que encontró —un escudo de la legión— y golpeó con él al gigante en la nariz.

—Ugh —dijo Alcioneo.

Frank miró atrás a Hazel.

—¿A qué distancia puede llevar Arión a este tío?

Hazel se limitó a mirarlo fijamente.

—Antes... antes eras un pájaro. Luego un oso. Y...

—Ya te lo explicaré luego —dijo Frank—. Tenemos que arrastrar a este tío hacia el interior lo más rápido y lo más lejos que podamos.

—¿Y Percy? —dijo Hazel.

Frank soltó una maldición. ¿Cómo podía haberse olvidado?

Entre las ruinas del campamento vio a Percy con la espalda vuelta hacia el borde del acantilado. Su huracán había desaparecido. Sostenía a *Contracorriente* en una mano y el águila dorada de la legión en la otra. El ejército de fantasmas al completo avanzaba poco a poco, con sus armas en ristre.

—¡Percy! —gritó Frank.

Percy miró. Vio al gigante abatido y pareció entender lo que estaba pasando. Gritó algo que se perdió en el viento, probablemente: «¡Marchaos!».

Entonces atizó el hielo a sus pies con *Contracorriente*. Todo el glaciar se estremeció. Los fantasmas cayeron de rodillas. Detrás de Percy, una ola se levantó de la bahía: un muro de agua gris más alto incluso que el glaciar. De las simas y las fisuras del hielo salió disparada agua. Cuando el agua cayó, la parte posterior del campamento se desmoronó. Todo el borde del glaciar se desprendió y cayó en cascada al vacío, arrastrando edificios, fantasmas y a Percy Jackson.

Frank

Frank se quedó tan pasmado que Hazel tuvo que gritar su nombre una docena de veces para que se percatara de que Alcioneo estaba volviendo a levantarse.

Golpeó al gigante en la nariz con el escudo hasta que Alcioneo empezó a roncar. Mientras tanto, el glaciarseguía desmoronándose y el borde del abismo se acercaba lentamente más y más.

Tánatos planeó hacia ellos con sus alas negras, luciendo una expresión serena.

—Sí, señor —dijo con satisfacción—. Allá van unas cuantas almas, ahogadas. Más vale que os deis prisa, amigos, o vosotros también os ahogaréis.

—Pero Percy... —Frank apenas podía pronunciar el nombre de su amigo—. ¿Está...?

—Es pronto para saberlo. En cuanto a este... —Tánatos miró a Alcioneo con expresión de repugnancia—. Aquí no podréis matarlo. ¿Sabéis lo que tenéis que hacer?

Frank asintió con la cabeza aturdido.

—Creo que sí.

—Entonces nuestro asunto ha concluido.

Frank y Hazel se cruzaron miradas de nerviosismo.

—Esto... —Hazel titubeó—. ¿Quiere decir que no me... que no va a...?

—¿A cobrarme tu vida? —preguntó Tánatos—. Vamos a ver...

Sacó un iPad negro de la nada. Pulsó la pantalla varias veces, y Frank pensó: «Por favor, que no haya ninguna aplicación para recolectar almas».

—No te veo en la lista —dijo Tánatos—. Verás, Plutón me da órdenes precisas para las almas que se escapan. Por algún motivo, no ha ordenado tu detención. Tal vez considera que tu vida todavía no ha acabado, o podría ser un descuido. Si prefieres que llame y pregunte...

—¡No! —gritó Hazel—. Así está bien.

—¿Estás segura? —preguntó la Muerte amablemente—. Tengo habilitada la videoconferencia. Tengo una dirección de Skype en alguna parte...

—No, de verdad —parecía que a Hazel acabaran de quitarle miles de kilos de peso de los hombros—. Gracias.

—Ugh —masculló Alcioneo.

Frank le dio otro golpe en la cabeza.

La Muerte alzó la vista de su iPad.

—En cuanto a ti, Frank Zhang, tampoco es tu momento. Todavía te queda un poco de combustible por consumir. Pero tampoco creas que te estoy haciendo un favor. Volveremos a vernos en circunstancias menos agradables.

El acantilado seguía desplomándose; el borde estaba ya a solo seis metros de distancia. Arión relinchaba impacientemente. Frank sabía que tenían que marcharse, pero le quedaba una pregunta por hacer.

—¿Y las Puertas de la Muerte? —dijo—. ¿Dónde están? ¿Cómo las cerramos?

—Ah, sí, claro —una expresión de irritación cruzó el rostro de Tánatos—. Mis puertas. Cerrarlas estaría bien, pero me temo que eso no se encuentra dentro de mis posibilidades. No tengo ni la más remota idea de cómo podríais hacerlo. No puedo deciros exactamente dónde están. Su situación no es... bueno, no es un lugar del todo físico. Deben de ser encontradas a través de la búsqueda. Puedo recomendaros que empecéis vuestras pesquisas en Roma, la Roma original. Necesitaréis la ayuda de un guía especial. Solo un tipo de semidiós puede interpretar las señales que os acabarán llevando a mis puertas.

Aparecieron unas grietas en el hielo bajo sus pies. Hazel acarició el pescuezo de Arión para impedir que se desbocara.

—¿Y mi hermano? —preguntó—. ¿Está vivo?

Tánatos le lanzó una extraña mirada: posiblemente de compasión, aunque no parecía una emoción que la Muerte entendiera.

—Hallarás la respuesta en Roma. Y ahora debo irme volando hacia el sur, a vuestro Campamento Júpiter. Tengo la sensación de que dentro de muy poco habrá muchas almas que recolectar. Adiós, semidioses. Hasta la vista.

Tánatos se disipó en humo negro.

Las grietas se extendieron en el hielo bajo los pies de Frank.

—¡Deprisa! —le dijo a Hazel—. ¡Tenemos que llevar a Alcioneo a unos quince kilómetros al norte!

Trepó al pecho del gigante, y Arión alzó el vuelo, corriendo a través del hielo y arrastrando a Alcioneo como el trineo más feo del mundo.

Fue un viaje breve.

Arión recorrió el glaciar como si fuera una autopista, zumbando a través del hielo, saltando grietas y deslizándose por pendientes que habrían hecho que a un aficionado al snowboard se le iluminaran los ojos.

Frank no tuvo que dejar sin sentido a Alcioneo muchas veces, ya que la cabeza del gigante no paraba de rebotar y golpear contra el hielo. Mientras avanzaban a toda

velocidad, el semiconsciente Chico de Oro mascullaba una melodía que recordaba un villancico navideño.

Frank también se sentía bastante aturdido. Acababa de convertirse en un águila y en un oso. Todavía notaba que la energía fluida le recorría el cuerpo, como si estuviera a medio camino entre el estado sólido y el estado líquido.

Y no solo eso: Hazel y él habían liberado a la Muerte, y los dos habían sobrevivido. Y Percy... Frank se tragó su temor. Percy se había despeñado por el abismo del glaciar para salvarlos.

«El hijo de Neptuno ahogo encuentra.»

No. Frank se negaba a creer que Percy estuviera muerto. No habían llegado hasta allí para perder a su amigo. Frank lo encontraría, pero primero tenían que ocuparse de Alcioneo.

Visualizó el mapa que había estado examinando en el tren desde Anchorage. Sabía más o menos adónde iban, pero en lo alto del glaciar no había letreros ni indicadores. Tendría que intentar calcularlo lo mejor posible.

Al final Arión pasó zumbando entre dos montañas y entró en un valle de hielo y rocas, como un enorme tazón de leche helada con cereales bañados de chocolate. La piel dorada del gigante palideció como si se estuviera convirtiendo en latón. Frank notaba una ligera vibración en el cuerpo, como si tuviera un diapasón pegado al esternón. Sabía que había entrado en territorio amistoso, su territorio.

—¡Allí! —gritó Frank.

Arión giró a un lado. Hazel cortó la cuerda, y Alcioneo pasó por delante deslizándose. Frank saltó justo antes de que el gigante chocara contra un canto rodado.

Enseguida Alcioneo se levantó de un salto.

—¿Qué? ¿Dónde? ¿Quién?

Tenía la nariz torcida. Sus heridas se habían curado, pero su piel dorada había perdido parte de su brillo. Buscó su bastón de hierro, que se había quedado en el glaciar de Hubbard. A continuación, se dio por vencido e hizo pedazos de un puñetazo el canto rodado más cercano.

—¿Osas usarme como trineo? —Se puso tenso y olió el aire—. Ese olor... a almas extinguidas. Tánatos está libre, ¿verdad? Bah, no importa. Gaia controla las Puertas de la Muerte. ¿Por qué me has traído aquí, hijo de Marte?

—Para matarte —contestó Frank—. ¿Siguiente pregunta?

Los ojos del gigante se entornaron.

—En mi vida he conocido a un hijo de Marte que pudiera cambiar de forma, pero eso no quiere decir que puedas vencerme. ¿Crees que tu estúpido padre te dio la fuerza para enfrentarte a mí cara a cara?

Hazel desenvainó su espada.

—¿Qué tal dos contra uno?

El gigante gruñó y embistió contra Hazel, pero Arión se apartó ágilmente. Hazel le dio una cuchillada en la pantorrilla con la espada. De la herida brotó petróleo negro.

Alcioneo se tambaleó.

—¡No podéis matarme, con Tánatos o sin él!

Hazel hizo un gesto como si agarrara algo. Una fuerza invisible tiró del cabello incrustado de joyas del gigante hacia atrás. Hazel se acercó corriendo, le dio una cuchillada en la otra pierna y se marchó a toda prisa antes de que el gigante recuperara el equilibrio.

—¡Basta! —gritó Alcioneo—. Esto es Alaska. ¡Soy inmortal en mi tierra natal!

—Lo cierto es que tengo malas noticias para ti —dijo Frank—. Verás, mi padre me dio más cosas que su fuerza.

El gigante gruñó.

—¿De qué estás hablando, mocoso guerrero?

—De tácticas —dijo Frank—. Es un don que he heredado de Marte. Eligiendo el terreno adecuado es posible vencer en una batalla antes incluso de librarla —señaló por encima del hombro—. Hemos cruzado la frontera varios cientos de metros más atrás. Ya no estás en Alaska. ¿No lo notas, Al? Si quieres ir a Alaska, tendrás que pasar por encima de mi cadáver.

Poco a poco, ese descubrimiento se reflejó en los ojos del gigante. Se miró con incredulidad las piernas heridas. El petróleo seguía saliéndole de las pantorrillas y tiñendo el hielo de negro.

—¡Imposible! —rugió el gigante—. Yo... yo... ¡Grrr!

Embistió contra Frank, decidido a llegar a la frontera internacional. Por un instante, Frank dudó de su plan. Si no podía volver a usar su don, si se quedaba paralizado, estaba muerto. Entonces se acordó de las instrucciones de su abuela.

«Resulta de ayuda si conoces bien a la criatura.» Vale.

«También si estás en una situación de vida o muerte, como el combate.» Vale.

El gigante seguía avanzando. Veinte metros. Diez metros.

—¡Frank! —lo llamó Hazel con nerviosismo.

Frank se mantuvo firme.

—Lo tengo controlado.

Justo antes de que Alcioneo se estrellara contra él, Frank se transformó. Siempre se había sentido demasiado grande y torpe. En ese momento aprovechó esa sensación. Su cuerpo se hinchó hasta adquirir un tamaño enorme. Su piel se volvió más gruesa. Sus brazos se convirtieron en unas fuertes patas delanteras. De su boca asomaron unos colmillos, y su nariz se alargó. Se convirtió en el animal que mejor conocía: al que había cuidado, había alimentado, había bañado e incluso había

provocado indigestión en el Campamento Júpiter.

Alcioneo se estrelló contra un elefante adulto de diez toneladas. El gigante se tambaleó de lado. Gritó de frustración y chocó de nuevo contra Frank, pero el animal le superaba ampliamente en peso. Frank le dio un cabezazo tan fuerte que Alcioneo salió volando hacia atrás y cayó despatarrado en el hielo.

—No... puedes... matarme —gruñó Alcioneo—. No puedes...

Frank recuperó su forma normal. Se acercó al gigante, cuyas heridas llenas de petróleo estaban echando humo. Las piedras preciosas se cayeron de su cabello y chisporrotearon en la nieve. Su piel dorada empezó a corroerse, haciéndose pedazos.

Hazel desmontó del caballo y se situó al lado de Frank empuñando la espada.

—¿Puedo?

Frank asintió con la cabeza. Miró a los furiosos ojos del gigante.

—Un consejo, Alcioneo. La próxima vez que elijas el estado más grande como hogar, no te establezcas en la parte que mide solo dieciséis kilómetros de ancho. Bienvenido a Canadá, idiota.

La espada de Hazel cayó sobre el cuello del gigante. Alcioneo se deshizo en un montón de piedras carísimas.

Hazel y Frank permanecieron el uno al lado del otro durante un rato, observando como los restos del gigante se derretían en el hielo. Frank recogió la cuerda.

—¿Un elefante? —preguntó Hazel.

Frank se rascó el cuello.

—Sí. Me pareció buena idea.

La expresión de ella era indescifrable. Frank tenía miedo de haber hecho algo tan raro que Hazel no quisiera volver a acercarse a él. Frank Zhang: patoso, hijo de Marte, paquidermo a tiempo parcial.

Entonces ella le dio un beso; un beso en los labios de verdad, mucho mejor que el que le había dado a Percy en el avión.

—Eres increíble —dijo—. Y un elefante muy guapo.

Frank se puso tan nervioso que creyó que las botas se le derretirían a través del hielo. Antes de que pudiera decir algo, una voz resonó a través del valle.

«No habéis vencido.»

Frank levantó la vista. Unas sombras se movían a través de la montaña más cercana, formando el rostro de una mujer dormida.

«No llegaréis a casa a tiempo —dijo la voz de Gaia en tono burlón—. Ahora mismo Tánatos está asistiendo a la muerte del Campamento Júpiter, la destrucción definitiva de vuestros amigos romanos.»

La montaña retumbó como si toda la tierra se estuviera riendo. Las sombras desaparecieron.

Hazel y Frank se miraron. Ninguno de los dos dijo una palabra. Montaron a Arión

y regresaron a toda velocidad hacia la bahía del glaciar.

Frank

Percy los estaba esperando. Parecía enfadado.

Estaba en el borde del glaciar, apoyado en el bastón con el águila dorada, contemplando la destrucción que había sembrado: varias decenas de hectáreas de mar recién abierto con icebergs y restos del campamento destruido.

Los únicos vestigios del glaciar eran las puertas principales, que se hallaban inclinadas, y una bandera azul hecha jirones tirada sobre un montón de ladrillos de nieve.

Cuando se acercaron a él corriendo, Percy dijo: «Hola», como si simplemente hubieran quedado para comer o algo parecido.

—¡Estás vivo! —exclamó Frank asombrado.

Percy frunció el entrecejo.

—¿Lo dices por la caída? Tranquilo, no ha sido nada. En el arco de St. Louis me caí del doble de altura.

—¿Que hiciste qué? —preguntó Hazel.

—Da igual. Lo importante es que no me he ahogado.

—¡Entonces la profecía no estaba completa! —Hazel sonrió—. Probablemente decía algo en plan: «El hijo de Neptuno ahogo encuentra para un montón de fantasmas».

Percy se encogió de hombros. Seguía mirando a Frank como si estuviera disgustado.

—Tengo un asunto que tratar contigo, Zhang. ¿Puedes convertirte en un águila? ¿Y en un oso?

—Y en un elefante —dijo Hazel con orgullo.

—Un elefante —Percy movió la cabeza con incredulidad—. ¿Ese es el don de tu familia? ¿Puedes cambiar de forma?

Frank arrastró los pies.

—Esto... sí. Periclímeno, mi antepasado, el argonauta, podía hacerlo. Él transmitió la facultad a la familia.

—Y recibió el don de Poseidón —dijo Percy—. Es totalmente injusto. Yo no puedo transformarme en animales.

Frank se lo quedó mirando.

—¿Injusto? Tú puedes respirar bajo el agua y volar glaciares e invocar huracanes. ¿Y te parece injusto que yo pueda ser un elefante?

Percy lo consideró.

—Está bien. Supongo que tienes razón. Pero la próxima vez que diga que eres bestial...

—Cállate —dijo Frank—. Por favor.

Percy sonrió.

—Si ya habéis acabado, tenemos que marcharnos —dijo Hazel—. El Campamento Júpiter está siendo atacado. No les vendría mal el águila de oro.

Percy asintió con la cabeza.

—Pero antes una cosa. Hazel, ahora hay una tonelada de armas y armaduras de oro imperial en el fondo de la bahía, además de un carro muy bonito. Apuesto a que serían muy útiles...

Les llevó mucho tiempo —demasiado—, pero todos sabían que esas armas podían marcar la diferencia entre la victoria y la derrota si las llevaban al campamento a tiempo.

Hazel empleó sus facultades para hacer levitar unos objetos del fondo del mar. Percy se sumergió y sacó más. Incluso Frank colaboró convirtiéndose en foca, lo que moló bastante, aunque Percy dijo que le olía el aliento a pescado.

Fue necesaria la fuerza de los tres para levantar el carro, pero por fin consiguieron extraerlo todo y llevarlo a una playa de arena negra que había cerca de la base del glaciar. No pudieron meterlo todo en el carro, pero usaron la cuerda de Frank para sujetar la mayor parte de las armas de oro y las mejores piezas de armadura.

—Parece el trineo de Santa Claus —dijo Frank—. ¿Podrá Arión tirar de tanto peso?

Arión resopló.

—Hazel —dijo Percy—, en serio, voy a lavarle la boca con jabón a tu caballo. Dice que sí, que podrá tirar de todo, pero que necesita comida.

Hazel recogió una vieja daga romana, un *pugio*. Estaba torcida y roma, de modo que no serviría de gran cosa en el combate, pero parecía de oro imperial puro.

—Ten, Arión —dijo—. Combustible de alto rendimiento.

El caballo cogió la daga con los dientes y la masticó como si fuera una manzana. Frank juró para sus adentros no acercar jamás la mano a la boca del caballo.

—No dudo de la fuerza de Arión —dijo con cautela—, pero ¿aguantará el carro? El último...

—Este tiene las ruedas y el eje de oro imperial —dijo Percy—. Debería aguantar.

—Si no aguanta, va a ser un viaje breve —dijo Hazel—. Pero se nos acaba el tiempo. ¡Vamos!

Frank y Percy subieron al carro. Hazel se montó a la grupa de Arión.

—¡Arre! —gritó.

El estampido sónico del caballo resonó a través de la bahía. Se dirigieron a toda velocidad hacia el sur, provocando avalanchas en las montañas a su paso.

Percy

Cuatro horas.

Es lo que tardó el caballo más veloz del mundo en llegar de Alaska a la bahía de San Francisco, avanzando recto sobre el agua por la costa del noroeste.

También es lo que Percy tardó en recuperar del todo la memoria. El proceso había empezado en Portland cuando había bebido la sangre de gorgona, aunque su vida pasada había seguido resultándole desesperadamente vaga. Pero, mientras regresaban al territorio de los dioses del Olimpo, Percy lo recordó todo: la guerra con Cronos, su decimosexto cumpleaños en el Campamento Mestizo, su entrenador Quirón el centauro, su mejor amigo Grover, su hermano Tyson y, sobre todo, Annabeth: dos estupendos meses de citas y, luego, BUM. Había sido abducido por la alienígena conocida como Hera. O Juno... como se llamara.

Ocho meses de su vida robados. La próxima vez que Percy viera a la reina del Olimpo, iba a darle un guantazo divino.

Sus amigos y su familia debían de estar volviéndose locos. Si el Campamento Júpiter estaba en un aprieto tan grave, no quería imaginarse a lo que debían de estar enfrentándose en el Campamento Mestizo sin él.

Y lo que era aún peor: salvar los dos campamentos solo sería el principio. Según Alcioneo, la auténtica guerra tendría lugar muy lejos, en la tierra natal de los dioses. Los gigantes pensaban atacar el Monte Olimpo original y destruir a los dioses para siempre.

Percy sabía que los gigantes no podrían morir a menos que los semidioses y los dioses lucharan juntos. Nico di Angelo se lo había dicho. Annabeth también lo había mencionado en agosto, cuando había especulado sobre la posible participación de los gigantes en la nueva Gran Profecía: lo que los romanos llamaban la Profecía de los Siete. (Era lo malo de salir con la chica más lista del campamento: aprendías cosas.)

Entendía el plan de Juno: unir a los semidioses romanos y griegos para crear un equipo de élite formado por héroes, y luego convencer a los dioses para que lucharan codo con codo con ellos. Pero primero tenían que salvar el Campamento Júpiter.

El litoral empezó a resultarle familiar. Dejaron atrás a toda velocidad el faro de Mendocino. Poco después, las puntas del monte Tamalpais y el cabo de Marin

surgieron de la niebla. Arión pasó como un rayo por debajo del Golden Gate y llegaron a la bahía de San Francisco.

Atravesaron Berkeley embalados hasta las colinas de Oakland. Cuando llegaron a la cumbre por encima del túnel de Caldecott, Arión se puso a dar sacudidas como un coche averiado y se paró con el pecho palpitante.

Hazel le acarició cariñosamente los costados.

—Lo has hecho estupendamente, Arión.

El caballo estaba tan cansado que no podía ni replicar: «Pues claro. ¿Qué esperabas?».

Percy y Frank se bajaron del carro de un salto. A Percy le habría gustado que hubieran tenido unos asientos cómodos o que les hubieran servido una comida durante el vuelo. Le temblaban las piernas. Tenía las articulaciones tan entumecidas que apenas podía caminar. Si entraba en combate en ese estado, el enemigo lo apodaría Jackson el Viejo.

Frank no tenía mucho mejor aspecto. Se dirigió cojeando a la cima de la colina y contempló el campamento.

—Tenéis que ver esto, chicos.

Cuando Percy y Hazel se reunieron con él, a Percy se le cayó el alma a los pies. La batalla había dado comienzo, y no progresaba favorablemente. La Undécima Legión estaba formada en el Campo de Marte, tratando de proteger la ciudad. Los escorpiones disparaban contra las filas de los nacidos de la tierra. Aníbal el elefante derribaba monstruos a un lado y al otro, pero los defensores eran mucho menos numerosos.

Reyna volaba a lomos de su pegaso Scipio alrededor del gigante Polibotes tratando de mantenerlo ocupado. Los lares habían formado unas relucientes filas moradas contra una multitud de fantasmas negros y vaporosos con armaduras antiguas. Semidioses veteranos de la ciudad se habían unido a la batalla y empujaban su muro de escudos contra el ataque de unos centauros salvajes. Águilas gigantes daban vueltas sobre el campo de batalla, librando un combate aéreo con dos señoras con serpientes en el pelo vestidas con chalecos verdes de empleadas de supermercado: Esteno y Euríale.

La legión estaba aguantando lo más fuerte del ataque, pero su formación se rompía. Cada cohorte era una isla en un mar de enemigos. La torre de asedio de los cíclopes disparaba brillantes balas de cañón verdes contra la ciudad y abrían cráteres en el foro y derruían las casas. Mientras Percy observaba, una bala de cañón impactó contra el Senado y la cúpula se desplomó parcialmente.

—Llegamos tarde —dijo Hazel.

—No —contestó Percy—. Todavía están luchando. Podemos conseguirlo.

—¿Dónde está Lupa? —preguntó Frank, con la voz embargada de desesperación

—. Ella y los lobos... deberían estar aquí.

Percy recordó su estancia con la diosa loba. Había llegado a respetar sus enseñanzas, pero también había aprendido que los lobos tenían sus limitaciones. No eran guerreros capacitados para luchar en primera línea. Solo atacaban cuando su número era muy superior, y normalmente al abrigo de la oscuridad. Además, la primera norma de Lupa era la autosuficiencia. Ayudaba a sus crías todo lo que podía, les enseñaba a luchar... pero al final se convertían en depredadores o presas. Los romanos tenían que luchar solos. Tenían que demostrar lo que valían o morir. Ese era el modo de obrar de Lupa.

—Hizo lo que pudo —dijo Percy—. Retrasó al ejército cuando se dirigía al sur. Ahora depende de nosotros. Tenemos que llevar el águila de oro y las armas a la legión.

—¡Pero Arión se ha quedado sin fuerzas! —dijo Hazel—. Y nosotros no podemos cargar con todo esto.

—Puede que no nos haga falta.

Percy oteó las cumbres. Si Tyson había recibido el mensaje que le había enviado en el sueño, la ayuda podía estar cerca. Silbó lo más fuerte que pudo, como si estuviera pidiendo un taxi en Nueva York, que se habría oído desde Times Square a Central Park.

Unas sombras se movieron en los árboles. Una enorme figura negra saltó de la nada: un mastín del tamaño de un todoterreno, con un cíclope y una arpía montados a su lomo.

—¡Un perro infernal!

Frank retrocedió atropelladamente.

—¡No pasa nada! —Percy sonrió—. Son amigos.

—¡Hermano!

Tyson se apeó de su montura y corrió hacia Percy. Percy intentó prepararse, pero fue inútil. Tyson se estrelló contra él y lo asfixió de un abrazo. Durante unos segundos, Percy solo pudo ver puntos negros y grandes trozos de franela. Luego Tyson lo soltó y se rió de dicha, mirando a Percy con su enorme ojo marrón de niño.

—¡No estás muerto! —dijo—. ¡Me gusta cuando no estás muerto!

Ella revoloteó hasta el suelo y empezó a arreglarse las plumas.

—Ella ha encontrado a un perro —anunció—. Un perro grande. Y a un cíclope.

¿Se estaba ruborizando? Antes de que Percy pudiera decidirse, su mastín negro se abalanzó sobre él y lo derribó al suelo, ladrando tan fuerte que hasta Arión retrocedió.

—Hola, Señorita O'Leary —dijo Percy—. Sí, yo también te quiero, chica. Buena perra.

Hazel emitió un sonido estridente.

—¿Tienes un perro infernal que se llama Señora Leary?

—Es una larga historia —Percy consiguió levantarse y limpiarse la baba del perro—. Puedes preguntarle a tu hermano...

Le tembló la voz al ver la expresión de Hazel. Casi se había olvidado de que Nico di Angelo había desaparecido.

Hazel ya le había contado a Percy que Tánatos les había aconsejado buscar las Puertas de la Muerte en Roma, y él tenía sus propios motivos para querer encontrar a Nico: para retorcerle el pescuezo por haber fingido que no conocía a Percy cuando había llegado al Campamento Júpiter. Aun así, era el hermano de Hazel, y la conversación sobre su búsqueda tendría que esperar a otro momento.

—Lo siento —dijo—. Sí, es mi perra, la Señorita O’Leary. Tyson, estos son mis amigos, Frank y Hazel.

Percy se volvió hacia Ella, que estaba contando todas las barbas de una de sus plumas.

—¿Estás bien? —preguntó—. Estábamos preocupados por ti.

—Ella no es fuerte —dijo ella—. Los cíclopes son fuertes. Tyson encontró a Ella. Tyson ha cuidado de Ella.

Percy arqueó las cejas. Ella se estaba ruborizando.

—Tyson, estás hecho un seductor —dijo.

Tyson se puso del mismo color que el plumaje de Ella.

—Esto... No —se inclinó y susurró con nerviosismo, lo bastante alto para que los demás le oyeran—: Es guapa.

Frank se dio unos golpecitos en la cabeza como si temiera que su cerebro hubiera sufrido un cortocircuito.

—A todo esto, hay una batalla en curso.

—Es verdad —convino Percy—. Tyson, ¿dónde está Annabeth? ¿Hay más ayuda en camino?

Tyson hizo un mohín. Su gran ojo marrón se empañó.

—El gran barco no está listo. Leo dice que mañana o dentro de dos días. Entonces vendrán.

—No disponemos ni de dos minutos —dijo Percy—. Está bien, el plan es el siguiente.

Señaló lo más rápido posible quiénes eran los buenos y quiénes los malos en el campo de batalla. Tyson se alarmó al descubrir que en el ejército del gigante había cíclopes y centauros malos.

—¿Tengo que atacar a hombres poni?

—Limítate a espantarlos —le aconsejó Percy.

—Esto... Percy —Frank miró a Tyson con inquietud—. Es solo que... no quiero que nuestro amigo resulte herido. ¿Es Tyson un guerrero?

Percy sonrió.

—¿Que si es un guerrero? Frank, estás delante del general Tyson, del ejército de los cíclopes. Y, por cierto, Tyson, Frank es descendiente de Poseidón.

—¡Hermano!

Tyson estrujó a Frank entre sus brazos.

Percy contuvo la risa.

—En realidad, es más bien un tataratata.... Da igual. Sí, es tu hermano.

—Gracias —masculló Frank a través de un bocado de franela—. Pero si la legión confunde a Tyson con un enemigo...

—¡Ya lo tengo!

Hazel fue corriendo al carro y sacó el casco romano más grande que encontró, junto con un viejo estandarte romano con las iniciales SPQR bordadas.

Se los dio a Tyson.

—Póntelos, grandullón. Así nuestros amigos sabrán que estás en nuestro equipo.

—¡Viva! —dijo Tyson—. ¡Estoy en vuestro equipo!

El casco era de un tamaño ridículo, y se puso la capa hacia atrás, como un babero.

—Servirá —dijo Percy—. Ella, tú quédate aquí. Permanece en un lugar seguro.

—Seguro —repitió Ella—. A Ella le gusta estar segura. La seguridad de los grupos. Cajas de seguridad. Ella irá con Tyson.

—¿Qué? —dijo Percy—. Oh... está bien. Como quieras. Pero procura no resultar herida. Y tú, Señorita O'Leary...

—¡GUAU!

—¿Te apetece tirar de un carro?

Percy

Eran, sin duda alguna, los refuerzos más extraños de la historia militar romana. Hazel iba montada en Arión, que se había recuperado lo bastante para llevar a una persona a la velocidad de un caballo normal, aunque maldijo sobre sus doloridos cascos durante todo el trayecto cuesta abajo.

Frank se transformó en un águila de cabeza blanca —algo que a Percy seguía pareciéndole de lo más injusto— y se elevó por encima de ellos. Tyson corría colina abajo, blandiendo su maza y gritando: «¡Hombres poni malos! ¡UH!», mientras Ella revoloteaba alrededor de él, recitando datos del *Almanaque del viejo granjero*.

En cuanto a Percy, se dirigió a la batalla montado en la Señorita O’Leary con un carro lleno de pertrechos de oro imperial que hacían ruido y tintineaban detrás, y el estandarte del águila dorada de la Duodécima Legión elevado por encima de él.

Rodearon el perímetro del campamento, cruzaron el Pequeño Tíber por el puente situado más al norte y penetraron en el Campo de Marte en el margen oeste de la batalla. Una horda de cíclopes estaba fustigando a los campistas de la Quinta Cohorte, quienes trataban de mantener sus escudos juntos para permanecer con vida.

Al verlos en apuros, a Percy le embargó una oleada de ira protectora. Aquellos eran los chicos que lo habían acogido. Eran su familia.

«¡Quinta Cohorte!», gritó, y cargó contra el cíclope más cercano. Lo último que el pobre monstruo vio fueron las fauces de la Señorita O’Leary.

Después de que el cíclope se desintegrara —y permaneciera desintegrado, gracias a la Muerte—, Percy saltó de su perra infernal y se abrió paso violentamente a cuchilladas entre los otros monstruos.

Tyson embistió contra la líder de los cíclopes, Ma Gasket, ataviada con su vestido de malla salpicado de barro y decorado con lanzas rotas.

La cíclope miró boquiabierta a Tyson y dijo:

—¿Quién...?

Tyson la golpeó tan fuerte en la cabeza que la cíclope dio una vuelta y cayó de culo.

—¡Señora cíclope mala! —rugió—. ¡El general Tyson le ordena que se marche!

Volvió a golpearla, y Ma Gasket se deshizo en polvo.

Entre tanto, Hazel embestía de acá para allá montada en Arión, atravesando a un cíclope tras otro con su *spatha*, mientras Frank cegaba a los enemigos con sus garras.

Una vez que todos los cíclopes a menos de cincuenta metros hubieron quedado reducidos a cenizas, Frank se posó delante de sus tropas y se transformó en humano. Su insignia de centurión y su corona mural relucían en su chaqueta de invierno.

—¡Quinta Cohorte! —gritó—. ¡Venid a por vuestras armas de oro imperial!

Los campistas se recuperaron de la impresión y se apiñaron en torno al carro. Percy hizo todo lo que pudo por repartir las armas rápidamente.

—¡Vamos, vamos! —los apremiaba Dakota como loco mientras bebía sorbos de refresco de su termo—. ¡Nuestros compañeros necesitan ayuda!

Al poco rato la Quinta Cohorte estaba equipada con nuevas armas, escudos y cascos. No lucían un aspecto precisamente uniforme. De hecho, parecía que hubieran estado de compras en un saldo del Rey Midas, pero de repente se convirtieron en la cohorte más poderosa de la legión.

—¡Seguid el águila! —ordenó Frank—. ¡A la batalla!

Los campistas prorrumpieron en vítores. Cuando Percy y la Señorita O’Leary avanzaron, toda la cohorte los siguió: cuarenta guerreros dorados que relucían intensamente clamando sangre.

Embistieron contra una manada de centauros salvajes que estaban atacando a la Tercera Cohorte. Cuando los campistas de la Tercera vieron el estandarte del águila, se pusieron a gritar como locos y lucharon con renovada energía.

Los centauros estaban perdidos. Las dos cohortes los machacaron como un torno. Pronto no quedaron más que montones de polvo y diversos cascos y cuernos. Percy esperaba que Quirón le perdonara, pero aquellos centauros no eran como los ponis de fiesta que él había conocido. Eran de otra raza. Había que vencerlos.

—¡Formad filas! —gritaron los centuriones.

Las dos cohortes se juntaron, y su adiestramiento militar entró en acción. Con los escudos unidos, marcharon a la batalla contra los nacidos de la tierra.

—*Pila!* —gritó Frank.

Cien lanzas se alzaron. Cuando Frank gritó: «¡Fuego!», surcaron el aire; una ola de muerte que atravesó a los monstruos de seis brazos. Los campistas desenvainaron sus espadas y avanzaron hacia el centro de la batalla.

Al pie del acueducto, la Primera y la Segunda Cohorte estaban intentando rodear a Polibotes, pero estaban siendo castigadas duramente. Los nacidos de la tierra que quedaban lanzaban una cortina de piedras y barro tras otra. Los *karpoi* —aquellos pequeños y horribles espíritus de los cereales mezcla de Cupido y de piraña— corrían entre la alta hierba secuestrando a campistas al azar y apartándolos de la fila. El gigante Polibotes no paraba de sacudirse basiliscos del pelo. Cada vez que uno caía, los romanos huían presas del pánico. A juzgar por sus escudos corroídos y los

penachos humeantes de sus yelmos, habían descubierto el veneno y el fuego de los basiliscos.

Reyna se elevaba por encima del gigante y bajaba en picado con su jabalina cada vez que desviaba su atención de las tropas situadas en el suelo. Su capa morada restallaba con el viento. Su armadura dorada relucía. Polibotes agitaba su tridente y blandía su red, pero Scipio era casi tan ágil como Arión.

Entonces Reyna vio que la Quinta Cohorte acudía en su ayuda con el águila. Se quedó tan pasmada que el gigante estuvo a punto de aplastarla, pero Scipio esquivó el golpe. La mirada de Reyna coincidió con la de Percy, y le sonrió de oreja a oreja.

—¡Romanos! —Su voz resonó a través de los campos—. ¡Acudid al águila!

Tanto semidioses como monstruos se volvieron y miraron boquiabiertos como Percy avanzaba a lomos de su perra infernal.

—¿Qué pasa? —preguntó Polibotes—. ¿Qué pasa?

Percy notó que una oleada de energía recorría el bastón del estandarte. Levantó el águila y gritó:

—¡Duodécima Legión Fulminata!

Un trueno sacudió el valle. El águila soltó un destello cegador, y miles de rayos como zarcillos estallaron de sus alas doradas y describieron un arco por delante de Percy, como las ramas de un enorme árbol mortal. Los rayos conectaron a los monstruos más cercanos, saltando de uno a otro, sin alcanzar a un solo soldado de las fuerzas romanas.

Cuando los rayos cesaron, la Primera y la Segunda Cohorte se vieron ante un gigante con cara de sorpresa y varios cientos de montones de cenizas humeantes. La línea central del enemigo había caído carbonizada.

La expresión de Octavio no tenía precio. El centurión se quedó mirando a Percy conmocionado y, acto seguido, indignado. Luego, cuando sus tropas prorrumpieron en vítores, no tuvo más remedio que unirse al griterío:

—¡Roma! ¡Roma!

El gigante Polibotes retrocedió con paso vacilante, pero Percy sabía que la batalla no había terminado.

La Cuarta Cohorte seguía rodeada de cíclopes. Hasta a Aníbal el elefante le estaba costando abrirse paso entre tantos monstruos. Su armadura de Kevlar negra estaba tan rota que en la etiqueta solo ponía FANTE.

Los veteranos y los lares del flanco oriental estaban siendo empujados hacia la ciudad. La torre de asedio de los monstruos seguía lanzando bolas explosivas de fuego verde a las calles. Las gorgonas habían dejado fuera de combate a las águilas gigantes y estaban volando sin trabas sobre los centauros y los nacidos de la tierra que quedaban, tratando de reunirlos.

—¡No cedáis terreno! —gritaba Esteno—. ¡Tengo muestras gratuitas!

Polibotes rugió. Una docena de nuevos basiliscos cayeron de su cabello y tiñeron la tierra de un amarillo venenoso.

—¿Crees que esto cambia algo, Percy Jackson? ¡Soy indestructible! Avanza, hijo de Neptuno. ¡Te destruiré!

Percy desmontó. Entregó a Dakota el estandarte.

—Eres el centurión de mayor rango de la cohorte. Cuida de esto.

Dakota parpadeó y acto seguido se enderezó orgullosamente. Soltó su termo de refresco y cogió el águila.

—La llevaré con mucho honor.

—Frank, Hazel, Tyson —dijo Percy—, ayudad a la Cuarta Cohorte. Tengo que matar a un gigante.

Alzó a *Contracorriente*, pero antes de que pudiera avanzar, sonaron unos cuernos en las montañas del norte. Otro ejército apareció en la cordillera: cientos de guerreros con camuflaje negro y gris, armados con lanzas y escudos. Entre sus filas había una docena de carretillas elevadoras de combate, con sus dientes afilados reluciendo al atardecer y flechas en llamas en sus ballestas.

—Amazonas —dijo Frank—. Genial.

Polibotes se echó a reír.

—¿Lo veis? ¡Nuestros refuerzos han llegado! ¡Roma caerá hoy!

Las Amazonas bajaron sus lanzas y cargaron montaña abajo. Sus carretillas entraron en combate a toda velocidad. El ejército del gigante prorrumpió en vítores... hasta que las Amazonas cambiaron de rumbo y fueron directas al flanco oriental de los monstruos.

—¡Amazonas, avanzad!

En la carretilla más grande había una chica que parecía una versión mayor de Reyna, equipada con una armadura de combate negra con un reluciente cinturón de oro alrededor de la cintura.

—¡La reina Hylla! —dijo Hazel—. ¡Ha sobrevivido!

—¡Acudid en ayuda de mi hermana! —gritó la reina de las Amazonas—. ¡Destruid a los monstruos!

—¡Destruir!

El grito de sus tropas resonó a través del valle.

Reyna dirigió a su pegaso hacia Percy. Le brillaban los ojos. Su expresión decía: «Te daría un abrazo ahora mismo».

—¡Romanos! ¡Avanzad!

El campo de batalla se convirtió en un absoluto caos. Las filas de Amazonas y Romanos giraron hacia el enemigo como las mismísimas Puertas de la Muerte.

Sin embargo, Percy tenía un solo objetivo. Señaló al gigante.

—Tú y yo. Hasta el final.

Se encontraron junto al acueducto, que de algún modo había sobrevivido a la batalla. Polibotes se encargó de corregir ese detalle. Blandió su tridente, golpeó el arco de ladrillo más cercano y desencadenó una cascada.

—¡Adelante, hijo de Neptuno! —dijo Polibotes a modo de provocación—. ¡Déjame ver tu poder! ¿Te obedece el agua? ¿Te cura? Pues yo he nacido para enfrentarme a Neptuno.

El gigante metió la mano bajo el agua. Cuando el torrente pasó entre sus dedos se tiñó de verde oscuro. Lanzó un poco de agua a Percy, quien la esquivó instintivamente. El líquido salpicó el terreno situado delante de él. La hierba se marchitó y empezó a echar humo siseando de forma desagradable.

—Puedo convertir el agua en veneno con solo tocarla —dijo Polibotes—. ¡Veamos lo que le hace a tu sangre!

Lanzó su red a Percy, pero este se apartó rodando por el suelo. Desvió la catarata y la dirigió de lleno a la cara del gigante. Mientras Polibotes permanecía cegado, Percy atacó. Clavó a *Contracorriente* en la barriga del gigante y a continuación la extrajo y se apartó de un salto, dejando al gigante rugiendo de dolor.

El golpe habría destruido a cualquier monstruo inferior, pero Polibotes simplemente se tambaleó y miró el *ichor* dorado —la sangre de los inmortales— que le brotaba de la herida. El corte se estaba cerrando.

—Buen intento, semidiós —gruñó—. Pero te destruiré de todas formas.

—Primero tendrás que cogerme —dijo Percy.

Se volvió y escapó hacia la ciudad.

—¡¿Qué?! —gritó el gigante con incredulidad—. ¿Huyes, cobarde? ¡Quédate quieto y muere!

Percy no tenía la más mínima intención de hacer eso. Sabía que no podía matar a Polibotes solo, pero tenía un plan.

Pasó por delante de la Señorita O’Leary, que alzó la vista con curiosidad mientras una gorgona se retorció dentro de su boca.

—¡Estoy bien! —gritó Percy al pasar corriendo, seguido de un gigante que clamaba sangre.

Saltó por encima de un escorpión incendiado y se agachó cuando Aníbal lanzó un cíclope a través de su camino. Con el rabillo del ojo, vio que Tyson hundía a un nacido de la tierra de un golpe en el suelo como en el juego de la maza y el topo. Ella revoloteaba encima de él, esquivando misiles y gritando consejos:

—¡La entrepierna! ¡La entrepierna de los nacidos de la tierra es un punto sensible!

¡ZAS!

—Bien. Sí. Tyson le ha dado en la entrepierna.

—¿Percy necesita ayuda?! —gritó Tyson.

—¡Estoy bien!

—¡Muere! —gritó Polibotes, acercándose velozmente.

Percy no paró de correr.

A lo lejos, vio a Hazel y a Arión galopando a través del campo de batalla, eliminando a centauros y *karpoi*. Un espíritu de los cereales gritó: «¡Trigo! ¡Te daré trigo!», pero Arión lo pisoteó y lo convirtió en un montón de cereales de desayuno. La reina Hylla y Reyna unieron fuerzas, montadas en su carretilla y su pegaso, desperdigando las siluetas oscuras de guerreros abatidos. Frank se transformó en un elefante y se abrió camino a pisotones entre unos cíclopes, y Dakota sostenía el águila dorada en alto, lanzando rayos a cualquier monstruo que osaba desafiar a la Quinta Cohorte.

Todo eso estaba muy bien, pero Percy necesitaba otro tipo de ayuda. Necesitaba a un dios.

Miró atrás y vio al gigante casi al alcance de la mano. Para ganar tiempo, se escondió detrás de una columna del acueducto. El gigante blandió su tridente. Cuando la columna se desmoronó, Percy utilizó el agua que se había desbordado para guiar el desplome e hizo caer varias toneladas de ladrillo sobre la cabeza del gigante.

Percy huyó hacia el perímetro urbano.

—¡Término! —gritó.

La estatua del dios más cercana se encontraba a unos veinte metros más adelante. Sus ojos de piedra se abrieron de golpe mientras Percy corría hacia él.

—¡Es totalmente inaceptable! —protestó—. ¡Edificios incendiados! ¡Invasores! ¡Llévatelos de aquí, Percy Jackson!

—Lo intento —dijo él—. Pero hay un gigante, Polibotes...

—¡Sí, ya lo sé! Espera... Disculpa un momento.

Término cerró los ojos concentrándose. Una bala de cañón verde en llamas voló por lo alto y de repente se volatilizó.

—¿Por qué no somos un poco civilizados y atacamos más despacio? Solo soy un dios.

—Ayúdeme a matar al gigante, y todo habrá terminado —dijo Percy—. Un dios y un semidiós colaborando: es la única forma de matarlo.

Término resopló.

—Yo vigilo las fronteras. No mato gigantes. No es mi trabajo.

—¡Vamos, Término!

Percy dio otro paso adelante, y el dios chilló indignado.

—¡Detente ahí, jovencito! ¡No se permiten armas dentro de la línea del pomerio!

—Pero nos están atacando.

—¡Me da igual! Las normas son las normas. Cuando la gente no obedece las

normas, me enfado mucho.

Percy sonrió.

—No cambie de forma de pensar.

Corrió hacia atrás en dirección al gigante.

—¡Eh, feo!

—¡Grrr!

Polibotes surgió de las ruinas del acueducto. El agua seguía cayendo sobre él, convirtiéndose en veneno y creando un pantano humeante alrededor de sus pies.

—Tú... morirás lentamente —prometió el gigante.

Recogió su tridente, que ahora goteaba veneno verde.

Alrededor de ellos, la batalla estaba tocando a su fin. Cuando acabaron con los últimos monstruos, los amigos de Percy empezaron a reunirse, formando un cerco alrededor del gigante.

—Te haré prisionero, Percy Jackson —gruñó Polibotes—. Te torturaré bajo el mar. Cada día el agua te curará, y cada día te llevaré más cerca de la muerte.

—Magnífica oferta —dijo Percy—. Pero creo que prefiero matarte.

Polibotes rugió airadamente. Sacudió la cabeza, y más basiliscos salieron volando de su cabello.

—Atrás —advirtió Frank.

Un caos renovado se extendió a través de las filas. Hazel espoleó a Arión y se situó entre los basiliscos y los campistas. Frank cambió de forma y se encogió hasta transformarse en algo fino y peludo... ¿una comadreja? Percy pensó que Frank se había vuelto loco, pero cuando Frank atacó a los basiliscos, estos se pusieron histéricos. Los monstruos huyeron deslizándose mientras Frank los perseguía de cerca.

Polibotes apuntó con su tridente y echó a correr hacia Percy. Cuando el gigante llegó a la línea del pomerio, Percy se hizo a un lado de un brinco, como un torero. Polibotes atravesó a toda velocidad los límites de la ciudad.

—¡SE ACABÓ! —gritó Término—. ¡ESO VA CONTRA LAS NORMAS!

Polibotes frunció el ceño, visiblemente confundido al ser regañado por una estatua.

—¿Qué eres tú? —gruñó—. ¡Cállate!

Derribó a la estatua y se volvió atrás hacia Percy.

—¡Ahora sí que estoy CABREADO! —gritó Término—. Te voy a estrangular. ¿Lo notas? Son mis manos alrededor de tu cuello, pedazo de matón. ¡Ven aquí! Te voy a dar un cabezazo tan fuerte que...

—¡Basta! —El gigante pisó la estatua y partió a Término en tres trozos: pedestal, cuerpo y cabeza.

—¡No has ACABADO CONMIGO! —gritó Término—. ¡Trato hecho, Percy

Jackson! Vamos a matar a este presuntuoso.

El gigante se rió tan fuerte que no se dio cuenta de que Percy iba a atacarle hasta que fue demasiado tarde. Percy saltó, introdujo a *Contracorriente* a través de una de las aberturas metálicas del peto de Polibotes y le clavó el bronce celestial en el pecho hasta la empuñadura. El gigante retrocedió tambaleándose, tropezó con el pedestal de Término y cayó al suelo con gran estruendo. Mientras intentaba levantarse lanzando zarpazos a la espada que tenía en el pecho, Percy levantó la cabeza de la estatua.

—¡Jamás vencerás! —dijo el gigante gimiendo—. No puedes derrotarme tú solo.

—No estoy solo —Percy levantó la cabeza de piedra por encima de la cara del gigante—. Te presento a mi amigo Término. ¡Es un dios!

La toma de conciencia y el miedo asomaron tardíamente al rostro del gigante. Percy golpeó a Polibotes en la nariz lo más fuerte que pudo con la cabeza del dios, y el gigante se deshizo en un montón humeante de algas, piel de reptil y fango venenoso.

Percy se apartó tambaleándose, totalmente agotado.

—¡Ja! —dijo la cabeza de Término—. Así aprenderá a obedecer las normas de Roma.

Por un momento, el campo de batalla permaneció en silencio a excepción del rumor de unos cuantos fuegos que ardían y los gritos de pánico de algunos monstruos que se retiraban.

Alrededor de Percy había un corro irregular de romanos y amazonas. Tyson, Ella y la Señorita O'Leary se encontraban entre ellos. Frank y Hazel le sonreían con orgullo. Arión mordisqueaba con satisfacción un escudo dorado.

—¡Percy, Percy! —empezaron a cantar los romanos.

Se apiñaron en torno a él. Y antes de que se diera cuenta, lo levantaron sobre un escudo. Entonces el grito se convirtió en «¡Pretor! ¡Pretor!».

Entre los que cantaban estaba la propia Reyna, quien levantó la mano y estrechó la de Percy para felicitarlo. A continuación, la multitud de romanos que lo vitoreaban se lo llevaron alrededor de la línea del pomerio, evitando con cuidado las fronteras de Término, y lo acompañaron de vuelta al Campamento Júpiter.

Percy

La fiesta de Fortuna no tenía nada que ver con una tuna, cosa que a Percy le parecía bien.

Campistas, amazonas y lares llenaban el comedor durante la suntuosa cena. Hasta los faunos estaban invitados, ya que habían ayudado a vendar a los heridos después de la batalla. Las ninfas del viento zumbaban por la sala, sirviendo comandas de pizzas, hamburguesas, bistecs, ensaladas, comida china y burritos, que volaban a velocidad terminal.

A pesar de la agotadora batalla, todo el mundo tenía la moral alta. Había habido pocos heridos, y los pocos campistas que habían muerto hacía tiempo y habían resucitado, como Gwen, no se habían ido al inframundo. Quizá Tánatos había hecho la vista gorda. O quizá Plutón les había concedido un permiso, como había hecho con Hazel. Fuera cual fuese el caso, nadie se quejó.

Los coloridos estandartes de las amazonas y de los romanos colgaban de las vigas unos al lado de los otros. El águila dorada recuperada se alzaba orgullosamente detrás de la mesa de los pretores, y las paredes estaban decoradas con cornucopias: cuernos de la riqueza que soltaban cascadas de fruta, chocolate y galletas recién horneadas.

Las cohortes se mezclaban libremente con las amazonas, saltando de diván en diván a su antojo, y por una vez los soldados de la Quinta eran bien recibidos en todas partes. Percy cambió de asiento tantas veces que se olvidó de dónde había dejado su cena.

Abundaban los coqueteos y los duelos de pulso, que parecían ser lo mismo para las amazonas. En un momento determinado, Percy se vio arrinconado por Kinzie, la amazona que lo había desarmado en Seattle. Tuvo que explicarle que ya tenía novia. Afortunadamente, Kinzie se lo tomó bien. Ella le contó lo que había ocurrido después de su partida de Seattle: Hylla había vencido a su contrincante Otrera en dos duelos consecutivos a muerte, de modo que las amazonas llamaban entonces a su reina Hylla la Doble Matadora.

—Otrera no resucitó la segunda vez —dijo Kinzie, pestañeando—. Tenemos que darte las gracias. Si alguna vez necesitas otra novia... bueno, creo que te quedaría fenomenal un collar de hierro y un mono naranja.

Percy no sabía si estaba bromeando o no. Le dio las gracias educadamente y cambió de asiento.

Una vez que todo el mundo hubo comido y los platos hubieron dejado de volar, Reyna pronunció un breve discurso. Dio la bienvenida formalmente a las Amazonas, agradeciéndoles su ayuda. A continuación, abrazó a su hermana, y todo el mundo aplaudió.

Reyna levantó las manos para pedir silencio.

—Mi hermana y yo no siempre hemos estado de acuerdo...

Hylla se rió.

—Eso es quedarse corta.

—Ella se unió a las Amazonas —continuó Reyna—. Yo me uní al Campamento Júpiter. Pero al echar un vistazo a esta sala, creo que las dos decidimos bien. Por extraño que parezca, nuestros destinos han sido posibles gracias al héroe que todos habéis ascendido a pretor en el campo de batalla: Percy Jackson.

Más vítores. Las hermanas brindaron por Percy y le hicieron señas para que se adelantara.

Todo el mundo pidió un discurso, pero Percy no sabía qué decir. Protestó diciendo que no era la persona más indicada para pretor, pero los campistas ahogaron sus palabras con aplausos. Reyna le quitó la placa de *probatio* que llevaba colgada del cuello. Octavio le lanzó una mirada asesina y acto seguido se volvió hacia el gentío y sonrió como si todo fuera idea suya. Rasgó un oso de peluche y anunció buenos augurios para el año siguiente: ¡la Fortuna les sonreiría! Pasó la mano por encima del brazo de Percy y gritó:

—¡Percy Jackson, hijo de Neptuno, primer año de servicio!

Los símbolos romanos se grabaron a fuego en el brazo de Percy: un tridente, las siglas SPQR y una raya. Parecía como si alguien le hubiera pegado un hierro candente a la piel, pero Percy consiguió no gritar.

Octavio lo abrazó y susurró:

—Espero que te haya dolido.

Entonces Reyna le dio una medalla con un águila y una capa morada, los símbolos del pretor.

—Te los has ganado, Percy.

La reina Hylla le dio una palmada en la espalda.

—Y yo he decidido no matarte.

—Esto... gracias —dijo Percy.

Dio otra vuelta al comedor, ya que todos los campistas querían que se sentara a su mesa. Vitelio el lar lo seguía, tropezándose con su reluciente toga morada, recolocándose la espada y diciéndole a todos que él había predicho el ascenso de Percy.

—¡Yo insistí en que se uniera a la Quinta Cohorte! —decía orgullosamente el fantasma—. ¡Enseguida vi su talento!

Don el fauno apareció con un gorro de enfermera y un montón de galletas en cada mano.

—¡Enhorabuena y todo ese rollo, tío! ¡Alucinante! Oye, ¿tienes suelto?

Toda aquella atención incomodaba a Percy, pero se alegraba de ver lo bien que estaban siendo tratados Hazel y Frank. Todo el mundo los llamaba los salvadores de Roma, y se lo merecían. Incluso se habló de reincorporar al bisabuelo de Frank, Shen Lun, a la lista de honor de la legión. Al parecer, él no había sido el causante del terremoto de 1906.

Percy estuvo sentado un rato con Tyson y Ella, que estaban en la mesa de Dakota como invitados de honor. Tyson no paraba de pedir sándwiches de mantequilla de cacahuete y se los comía todo lo rápido que las ninfas podían servirle. Ella estaba posada en su hombro encima del diván y mordisqueaba furiosamente bollos de canela.

—Los bollos de canela son buenos para las arpías —decía—. El veinticuatro es un buen día. El cumpleaños de Roy Disney, la fiesta de Fortuna y el día de la Independencia de Zanzíbar. Y Tyson.

Lanzó una mirada a Tyson, se ruborizó y apartó la vista.

Después de cenar, a toda la legión le dieron la noche libre. Percy y sus amigos deambularon hasta la ciudad. Todavía no se había recuperado totalmente de la batalla, pero los fuegos estaban apagados, la mayoría de los escombros habían sido recogidos, y los ciudadanos estaban decididos a celebrar la victoria.

En la línea del pomerio, la estatua de Término lucía un gorro de fiesta hecho de papel.

—¡Bienvenido, pretor! —dijo—. Si necesitas que le parta la cara a algún gigante cuando estés en la ciudad, avísame.

—Gracias, Término —contestó Percy—. Lo tendré en cuenta.

—Sí, bien. Tu capa de pretor te queda dos centímetros más corta en el lado izquierdo. Espera... Así está mejor. ¿Dónde está mi ayudante? ¡Julia!

La niña salió corriendo de detrás del pedestal. Esa noche llevaba un vestido verde, y todavía tenía el pelo recogido en unas trenzas. Cuando sonrió, Percy vio que le estaban empezando a salir los incisivos. La pequeña sostenía una caja llena de gorros de fiesta.

Percy intentó declinar la oferta, pero Julia lo miró con sus grandes ojos llenos de adoración.

—Claro —dijo Percy—. Me quedará la corona azul.

La niña ofreció a Hazel el sombrero de pirata dorado.

—Cuando me haga mayor voy a ser Percy Jackson —le dijo a Hazel solemnemente.

Hazel sonrió y le revolvió el cabello.

—Es un buen objetivo, Julia.

—Aunque ser Frank Zhang también estaría bien —dijo Frank, eligiendo un gorro con forma de cabeza de oso polar.

—¡Frank! —dijo Hazel.

Se pusieron los gorros y siguieron hasta el foro, que estaba iluminado con faroles multicolores. Las fuentes emitían un brillo morado. Los cafés estaban haciendo su agosto, y los músicos callejeros llenaban el aire con sonidos de guitarra, lira, zampoña y ruidos hechos con las axilas. (Percy no entendía estos últimos. Tal vez era una antigua tradición musical romana.)

La diosa Iris también debía de estar de humor festivo. Cuando Percy y sus amigos pasaron tranquilamente por delante del deteriorado senado, un deslumbrante arcoíris apareció en el cielo nocturno. Lamentablemente, la diosa también envió otra bendición: una lluvia ligera de imitaciones de pastelito sin gluten, que Percy pensó que o bien harían la limpieza más difícil, o bien la reconstrucción más fácil. Los pastelitos serían unos ladrillos estupendos.

Durante un rato, Percy deambuló por las calles con Hazel y Frank, que no dejaban de rozarse los hombros.

Finalmente dijo:

—Estoy un poco cansado, chicos. Adelantaos vosotros.

Hazel y Frank protestaron, pero Percy notaba que querían estar un rato solos.

Cuando regresaba al campamento, vio a la Señorita O’Leary jugando con Aníbal en el Campo de Marte. Por fin había encontrado un compañero de juego con el que podía pelear. Brincaban de acá para allá, chocándose uno contra el otro, rompiendo fortificaciones y, en definitiva, pasándose en grande.

En las puertas de la fortaleza, Percy se detuvo y miró hacia el valle. Parecía que hubiera pasado una eternidad desde que había estado allí con Hazel, viendo el campamento por primera vez. Ahora le interesaba más mirar el horizonte del oeste.

Al día siguiente, tal vez al otro, llegarían sus amigos del Campamento Mestizo. Pese a lo mucho que le importaba el Campamento Júpiter, estaba deseando volver a ver a Annabeth. Añoraba su antigua vida —Nueva York y el Campamento Mestizo—, pero algo le decía que era posible que tardara en volver a su hogar. Gaia y los gigantes no habían terminado de dar problemas... ni de lejos.

Reyna le había ofrecido la casa del segundo pretor en la Via Principalis, pero en cuanto Percy miró dentro, supo que no podría quedarse allí. Era agradable, pero estaba llena de cosas de Jason Grace. A Percy ya le inquietaba haber recibido el título de pretor de Jason. No quería recibir también su casa. Cuando Jason volviera la

situación sería bastante incómoda, y Percy estaba seguro de que llegaría a bordo del buque de guerra con la cabeza de dragón.

Percy regresó a los barracones de la Quinta Cohorte y subió a su litera. Se durmió en el acto.

Soñó que llevaba a Juno a través del Pequeño Tíber.

Estaba disfrazada de vieja vagabunda chiflada, sonriendo y cantando una nana en griego antiguo mientras agarraba con sus manos curtidas el cuello de Percy.

—¿Todavía quieres darme una bofetada, querido? —preguntó.

Percy se detuvo en medio de la corriente. Soltó a la diosa y la tiró al río.

En cuanto Juno cayó al agua, se esfumó y volvió a aparecer en la orilla.

—¡Vaya, eso no ha sido muy heroico por tu parte! —exclamó cacareando.

—Ocho meses —dijo Percy—. Me habéis arrebatado ocho meses de mi vida por una misión que ha llevado una semana. ¿Por qué?

Juno chasqueó la lengua en señal de desaprobación.

—Los mortales y vuestras breves vidas. Ocho meses no es nada, querido. A mí me arrebataron ocho siglos; me perdí la mayor parte del Imperio bizantino.

Percy invocó el poder del río. La corriente se arremolinó a su alrededor, dando vueltas entre espuma blanca.

—Venga, no te irrites —dijo Juno—. Si queremos vencer a Gaia, nuestros planes deben estar calculados a la perfección. Primero, necesitaba que Jason y sus amigos me liberaran de mi prisión...

—¿Prisión? ¿Estabais en prisión y os soltaron?

—¡No te hagas el sorprendido, querido! Soy una anciana encantadora. En todo caso, no has hecho falta en el Campamento Júpiter hasta ahora, para salvar a los romanos en su momento más crítico. Los ocho meses intermedios... bueno, tengo otros planes en mente, muchacho. Enfrentarse a Gaia, trabajar a espaldas de Júpiter, proteger a tus amigos... ¡Es un trabajo a tiempo completo! Si también hubiera tenido que protegerte de los monstruos y los planes de Gaia, y ocultarte de tus amigos del este todo ese tiempo... No, era mucho mejor que echaras una buena siesta. Habrías sido una distracción, una bomba de relojería.

—Una distracción —Percy notó que el agua crecía con su ira, girando más rápido a su alrededor—. Una bomba de relojería.

—Exacto. Me alegro de que lo entiendas.

Percy lanzó una ola que cayó sobre la anciana, pero Juno simplemente se desvaneció y apareció más abajo en la orilla.

—Caramba, estás de muy mal humor —dijo—. Pero sabes que tengo razón. Has llegado en el momento perfecto. Ahora confían en ti. Eres un héroe de Roma. Y mientras dormías, Jason Grace ha aprendido a confiar en los griegos. Ellos han tenido

tiempo de construir el *Argo II*. Juntos, tú y Jason uniréis los campamentos.

—¿Por qué yo? —preguntó Percy—. Vos y yo nunca nos hemos llevado bien. ¿Por qué ibais a querer una bomba de relojería en el equipo?

—Porque te conozco, Percy Jackson. En muchos sentidos, eres impulsivo, pero en lo tocante a tus amigos, eres fiel como la aguja de una brújula. Eres totalmente leal, e inspiras lealtad. Eres el pegamento que unirá a los siete.

—Genial —dijo Percy—. Siempre he querido ser pegamento.

Juno entrelazó sus dedos torcidos.

—¡Los héroes del Olimpo deben unirse! Después de tu victoria sobre Cronos en Manhattan, me temo que Júpiter se habrá sentido herido en su autoestima.

—Porque yo tenía razón —dijo Percy—. Y él no.

La vieja se encogió de hombros.

—Debería estar acostumbrado después de estar casado tanto tiempo conmigo, pero desgraciadamente mi orgulloso y obstinado marido se niega a volver a pedir ayuda a simples semidioses. Cree que se puede luchar contra los gigantes sin vosotros, y que se puede hacer dormir otra vez a Gaia. Yo sé que no es así. Sin embargo, deberéis demostrar lo que valéis. Solo viajando a las tierras antiguas y cerrando las Puertas de la Muerte convenceréis a Júpiter de que sois dignos de luchar codo con codo con los dioses. ¡Será la misión más importante desde que Eneas partió de Troya!

—¿Y si fracasamos? —preguntó Percy—. ¿Y si los romanos y los griegos no nos llevamos bien?

—Entonces Gaia habrá vencido. Te diré una cosa, Percy Jackson. La persona que más problemas te dará es la más próxima a ti: la que más me odia.

—¿Annabeth? —Percy sintió que su ira aumentaba de nuevo—. A vos nunca os ha gustado. ¿Y ahora decís que es problemática? No la conocéis en absoluto. Es la persona en quien más confío.

La diosa sonrió irónicamente.

—Ya veremos, joven héroe. A ella le espera una difícil tarea cuando llegue a Roma. Si estará a la altura... no lo sé.

Percy invocó un puño de agua y golpeó con él a la anciana. Cuando la ola se retiró, había desaparecido.

El río se arremolinó y escapó al control de Percy, quien se hundió en la oscuridad del torbellino.

Percy

A la mañana siguiente, Percy, Hazel y Frank desayunaron temprano y se dirigieron a la ciudad antes de la hora señalada para la sesión del senado. Como Percy había sido nombrado pretor, podía ir prácticamente adonde le viniera en gana y cuando le viniera en gana.

De camino, pasaron por delante de las cuadras donde estaban durmiendo Tyson y la Señorita O'Leary. Tyson roncaba sobre un lecho de heno al lado de los unicornios, con una expresión de felicidad en el rostro como si estuviera soñando con ponis. La Señorita O'Leary se había tumbado boca arriba y se había tapado los oídos con las patas. En el techo de la cuadra, Ella dormía posada en un montón de viejos pergaminos romanos, con la cabeza metida debajo de las alas.

Cuando llegaron al foro, se sentaron junto a las fuentes y observaron como salía el sol. Los ciudadanos ya estaban atareados recogiendo imitaciones de pastelitos, confeti y gorros de fiesta de la celebración de la noche anterior. El cuerpo de ingenieros estaba trabajando en un nuevo arco que conmemoraría la victoria sobre Polibotes.

Hazel comentó que había oído que les iban a dedicar un triunfo formal —un desfile alrededor de la ciudad seguido de una semana de juegos y celebraciones—, pero Percy sabía que no tendrían ocasión de disfrutarlo. No tenían tiempo.

Percy les explicó el sueño en el que había aparecido Juno.

Hazel frunció el entrecejo.

—Los dioses debieron de estar ocupados anoche. Enséñaselo, Frank.

Frank metió la mano en el bolsillo de su abrigo. Percy pensó que sacaría su trozo de madera, pero en lugar de ello extrajo un fino libro en rústica y una nota escrita en papel rojo.

—Estaban encima de mi almohada esta mañana —se los pasó a Percy—. Como si me hubiera visitado el Ratoncito Pérez.

El libro era *El arte de la guerra*, de Sun Tzu. Percy no había oído hablar de él, pero se imaginaba quién lo enviaba. La carta decía: «Buen trabajo, muchacho. La mejor arma de un hombre es su mente. Este era el libro favorito de tu madre. Léelo. P.D.: Espero que tu amigo Percy haya aprendido que me debe respeto».

—Vaya —Percy le devolvió el libro—. A lo mejor Marte no es como Ares. No creo que Ares sepa leer.

Frank hojeó el libro.

—Aquí se habla mucho del sacrificio y de ser consciente del precio de la guerra. En Vancouver, Marte me dijo que tendría que anteponer mi deber a mi vida o la guerra daría un vuelco. Yo creía que se refería a liberar a Tánatos, pero ahora... No sé. Sigo vivo, así que a lo mejor lo peor todavía está por llegar.

Dirigió una mirada nerviosa a Percy, y a Percy le dio la impresión de que Frank se estaba callando algo. Se preguntaba si Marte le había dicho algo sobre él, pero no estaba seguro de querer saberlo.

Además, Frank ya había renunciado a bastantes cosas. Había visto incendiarse el hogar de su familia. Había perdido a su madre y a su abuela.

—Has arriesgado la vida —dijo Percy—. Estuviste dispuesto a consumirte para salvar la misión. Marte no puede aspirar a más.

—Tal vez —dijo Frank poco convencido.

Hazel apretó la mano de Frank.

Esa mañana parecían más cómodos el uno en presencia del otro, no tan nerviosos ni inquietos. Percy se preguntaba si quizá habían empezado a salir. Esperaba que así fuera, pero le pareció mejor no preguntar.

—¿Y tú, Hazel? —preguntó Percy—. ¿Alguna noticia de Plutón?

Ella bajó la vista. Varios diamantes brotaron del suelo a sus pies.

—No —reconoció—. Creo que me envió un mensaje a través de Tánatos. Mi nombre no estaba en la lista de almas que habían escapado, aunque debería haber estado.

—¿Crees que tu padre te ha concedido un permiso? —preguntó Percy.

Hazel se encogió de hombros.

—Plutón no puede visitarme ni hablar conmigo sin reconocer que estoy viva. Tendría que hacer cumplir las leyes de la muerte y obligar a Tánatos a devolverme al inframundo. Creo que mi padre está haciendo la vista gorda. Creo... creo que quiere que encuentre a Nico.

Percy contempló el amanecer con la esperanza de ver un buque de guerra descendiendo del cielo. Hasta el momento, nada.

—Encontraremos a tu hermano —prometió—. En cuanto llegue el barco, zarparemos hacia Roma.

Hazel y Frank se cruzaron una mirada de inquietud, como si ya hubieran hablado del tema.

—Percy... —dijo Frank—. Si quieres que vayamos, cuenta con nosotros. Pero ¿estás seguro? Quiero decir, sabemos que tienes muchos amigos en el otro campamento. Y ahora podrías elegir a cualquiera del Campamento Júpiter. Si

nosotros no formáramos parte de los siete, lo entenderíamos...

—¿Bromeas? —dijo Percy—. ¿Crees que dejaría a mi equipo? ¿Después de sobrevivir al germen de trigo de Fleecy, de huir de caníbales y de escondernos debajo de culos azules de gigantes en Alaska? ¡Venga ya!

La tensión se rompió. Los tres se troncharon de risa, tal vez demasiado, pero era un alivio estar vivo, mientras el cálido sol brillaba, y no tener que preocuparse —al menos de momento— por rostros siniestros que aparecían en las sombras de las montañas.

Hazel respiró hondo.

—La profecía que dijo Ella, la de la hija de la sabiduría y la marca de Roma que arde a través de Roma... ¿Sabéis lo que significa?

Percy recordó su sueño. Juno le había advertido que a Annabeth le aguardaba una difícil tarea y que entorpecería la misión. Le costaba creerlo, pero aun así le preocupaba.

—No estoy seguro —reconoció—. Creo que la profecía no acaba ahí. Tal vez Ella se acuerde del resto.

Frank se guardó el libro en el bolsillo.

—Tenemos que llevarla con nosotros... por su propia seguridad. Si Octavio descubre que Ella ha memorizado los libros sibilinos...

Percy se estremeció. Octavio utilizaba las profecías para mantener su poder en el campamento. Como Percy le había arrebatado la oportunidad de convertirse en pretor, el augur buscaría otras formas de ejercer su influencia. Si le echaba el guante a Ella...

—Tienes razón —dijo Percy—. Tenemos que protegerla. Espero que podamos convencerla...

—¡Tyson!

Tyson venía corriendo a través del foro seguido de Ella, que revoloteaba tras él con un manuscrito en las garras. Cuando llegaron a la fuente, Ella soltó el pergamino sobre el regazo de Percy.

—Entrega especial —dijo—. De un *aura*, un espíritu del viento. Sí, Ella ha recibido una entrega especial.

—¡Buenos días, hermanos! —Tyson tenía heno en el pelo y mantequilla de cacahuete en los dientes—. El manuscrito es de Leo. Es pequeño y gracioso.

El manuscrito parecía corriente, pero cuando Percy lo desplegó sobre su regazo, una grabación en vídeo parpadeó en el pergamino. Un chico con una armadura griega les sonreía. Tenía una expresión traviesa, el cabello moreno rizado y ojos de desenfreno, como si se hubiera tomado varias tazas de café. Estaba sentado en una habitación oscura con paredes de madera, como el camarote de un barco. Lámparas de aceite se balanceaban de un lado al otro en el techo.

Hazel contuvo un grito.

—¿Qué? —preguntó Frank—. ¿Qué pasa?

Poco a poco, Frank se dio cuenta de que el chico del pelo rizado le resultaba familiar... y no solo de haberlo visto en sus sueños. Había visto esa cara en una vieja foto.

—¡Hola! —saludó el chico del vídeo—. Saludos de vuestros amigos del Campamento Mestizo, etc. Soy Leo. Soy el... —Miró fuera de pantalla y gritó—: ¿Cuál es mi cargo? ¿Soy almirante o capitán o...?

Una voz de chica contestó:

—Mozo de las reparaciones.

—Muy graciosa, Piper —gruñó Leo. Se volvió de nuevo hacia la pantalla del pergamino—. Bueno, soy... esto... el comandante supremo del *Argo II*. ¡Sí, me gusta! En fin, llegaremos a vuestro campamento en este gran buque nodriza dentro de aproximadamente, no sé, una hora. Os agradeceríamos que no nos dispararais al cielo ni nada por el estilo. ¡Así que tranquilos! Si podéis avisar a los romanos... Hasta pronto. Saludos semidivinos y todo ese rollo. Nos vemos.

La imagen se fue del pergamino.

—No puede ser —dijo Hazel.

—¿Qué? —preguntó Frank—. ¿Conoces a ese chico?

Parecía que Hazel hubiera visto un fantasma. Percy comprendía el motivo. Se acordó de la foto que había visto en la casa abandonada de Hazel en Seward. El chico del buque era idéntico al ex novio de Hazel.

—Es Sammy Valdez —dijo—. Pero ¿cómo... cómo...?

—No puede ser —dijo Percy—. Se llama Leo. Y han pasado setenta y tantos años. Tiene que ser una...

Quería decir «casualidad», pero ni siquiera él se lo creía. Durante los últimos años había lidiado con muchas cosas: el destino, profecías, magia, monstruos, el hado. Pero jamás se había tropezado con una casualidad.

Unos cuernos sonaron a lo lejos y les interrumpieron. Los senadores entraron en el foro encabezados por Reyna.

—Es la hora de la sesión —dijo Percy—. Vamos. Tenemos que avisarles de la llegada del buque.

—¿Por qué debemos fiarnos de esos griegos? —estaba diciendo Octavio.

Había estado paseándose por el suelo del senado cinco minutos, hablando sin parar, tratando de responder a lo que Percy les había contado acerca del plan de Juno y la Profecía de los Siete.

Los miembros del senado se removían inquietos, pero a la mayoría de ellos les daba miedo interrumpir a Octavio cuando estaba en pleno discurso. Mientras tanto, el

sol subió en el cielo, brillando a través del techo destruido del senado y brindando a Octavio un foco natural.

El senado estaba abarrotado. La reina Hylla, Frank y Hazel estaban sentados en la primera fila con los senadores. Veteranos y fantasmas ocupaban las filas de atrás. Incluso habían permitido a Tyson y a Ella sentarse al fondo. Tyson no paraba de saludar con la mano y sonreír a Percy.

Percy y Reyna ocupaban unas sillas de pretor idénticas en el estrado, cosa que cohibía a Percy. No era fácil parecer digno llevando puesta una sábana y una capa morada.

—El campamento está a salvo —continuó Octavio—. ¡Yo seré el primero en felicitar a nuestros héroes por habernos devuelto el águila de la legión y tanto oro imperial! Verdaderamente nos ha sonreído la buena fortuna. Pero ¿para qué hacer más? ¿Para qué tentar al destino?

—Me alegro de que lo preguntes.

Percy se levantó, aprovechando la oportunidad que le brindaba la pregunta.

—No estaba... —dijo Octavio tartamudeando.

—... en la misión —terció Percy—. Sí, lo sé. Y haces bien dejando que me explique, pues yo sí que estaba presente.

Algunos senadores se rieron disimuladamente. A Octavio no le quedó más remedio que sentarse y procurar no mostrarse avergonzado.

—Gaia está despertando —dijo Percy—. Hemos vencido a dos de sus gigantes, pero eso es solo el principio. La auténtica guerra tendrá lugar en la antigua patria de los dioses. La misión nos llevará a Roma y al final a Grecia.

Una oleada de inquietud recorrió el senado.

—Lo sé, lo sé —dijo Percy—. Siempre habéis considerado a los griegos vuestros enemigos. Y tenéis motivos para ello. Creo que los dioses han mantenido los dos campamentos separados porque cada vez que coincidimos nos peleamos. Pero esa situación puede cambiar. Tiene que cambiar si queremos vencer a Gaia. Eso es lo que quiere decir la Profecía de los Siete. Siete semidioses, griegos y romanos, tendrán que cerrar las Puertas de la Muerte juntos.

—¡Ja! —gritó un lar de la fila de atrás—. ¡El último pretor que intentó interpretar la Profecía de los Siete fue Michael Varus y perdió nuestra águila en Alaska! ¿Por qué íbamos a creerte ahora?

Octavio sonrió con suficiencia. Algunos de sus aliados en el senado empezaron a asentir con la cabeza y a gruñir. Incluso algunos veteranos no parecían estar seguros.

—Yo llevé a Juno a través del Tíber —les recordó Percy, hablando con la mayor firmeza posible—. Ella me dijo que la Profecía de los Siete se va a cumplir. Marte también se os apareció en persona. ¿Creéis que dos de los dioses más importantes aparecerían en el campamento si la situación no fuera tan grave?

—Tiene razón —dijo Gwen desde la segunda fila—. Por una vez, confío en la palabra de Percy. Puede que sea griego, pero ha restablecido el honor de la legión. Anoche lo visteis en el campo de batalla. ¿Alguno de los presentes se atrevería a decir que no es un auténtico héroe de Roma?

Nadie le llevó la contraria. Unos cuantos asintieron con la cabeza.

Reyna se puso en pie. Percy la miró con inquietud. Su opinión sería decisiva, para bien o para mal.

—Afirmas que es una misión conjunta —dijo—. Afirmas que Juno pretende que colaboremos con ese... ese otro grupo, el Campamento Mestizo. Sin embargo, los griegos han sido nuestros enemigos durante eones. Son famosos por sus engaños.

—Puede —convino Percy—. Pero los enemigos pueden convertirse en amigos. ¿Hace una semana habríais pensado que romanos y amazonas lucharían codo con codo?

La reina Hylla se echó a reír.

—Tiene razón.

—Los semidioses del Campamento Mestizo ya han colaborado con el Campamento Júpiter —dijo Percy—. Solo que no nos hemos dado cuenta. Durante la guerra de los titanes del año pasado, mientras vosotros atacabais el monte Otris, nosotros defendíamos el monte Olimpo en Manhattan. Yo mismo luché contra Cronos.

Reyna retrocedió y estuvo a punto de tropezar con su toga.

—¿Que tú... qué?

—Sé que es difícil de creer —dijo Percy—. Pero creo que me he ganado vuestra confianza. Estoy de vuestra parte. Estoy seguro de que Hazel y Frank están destinados a venir conmigo en la misión. Los otros cuatro vienen ahora mismo del Campamento Mestizo. Uno de ellos es Jason Grace, vuestro antiguo pretor.

—¡Venga ya! —gritó Octavio—. Se lo está inventando.

Reyna frunció el ceño.

—Nos pides que creamos lo increíble. ¿Que Jason vuelve con un grupo de semidioses griegos? ¿Dices que van a aparecer en el cielo en un buque de guerra fuertemente armado, pero que no debemos preocuparnos?

—Sí —Percy echó un vistazo a las filas de espectadores nerviosos e indecisos—. Dejadles aterrizar. Escuchadles. Jason confirmará todo lo que os estoy contando. Lo juro por mi vida.

—¿Por tu vida? —Octavio miró de forma significativa al senado—. Lo recordaremos si resulta ser una treta.

En el momento justo, un mensajero entró corriendo en el senado jadeando como si hubiera venido corriendo desde el campamento.

—¡Pretores! Lamento interrumpir, pero nuestros vigías informan de que...

—¡Barco! —dijo Tyson alegremente, señalando el agujero del techo—. ¡Viva!

Efectivamente, un buque de guerra griego salió de las nubes a unos ochocientos metros de distancia, descendiendo hacia el senado. A medida que se acercaba, Percy pudo ver relucientes escudos de bronce a lo largo de los costados, velas ondeando al viento y un mascarón de proa de aspecto familiar con la forma de un dragón metálico. En el mástil más alto, una gran bandera blanca de tregua chasqueaba al viento.

El *Argo II*. Era el barco más increíble que había visto en su vida.

—¡Pretores! —gritó el mensajero—. ¿Cuáles son vuestras órdenes?

Octavio se levantó de golpe.

—¿Hace falta que lo preguntes? —Tenía la cara roja de ira. Estaba estrangulando a su oso de peluche—. ¡Los augurios son terribles! Es una treta, un engaño. ¡Cuidado con los griegos que traen regalos!

Señaló a Percy con el dedo.

—Sus amigos nos están atacando en un buque de guerra. Él los ha traído aquí. ¡Debemos atacar!

—No —dijo Percy con firmeza—. Todos me habéis ascendido a pretor por un motivo. Lucharé para defender este campamento con mi vida. Pero esos no son enemigos. Propongo que estemos preparados, pero no que atacemos. Dejémosles aterrizar. Dejémosles hablar. Si es una treta, lucharé con vosotros, como hice anoche. Pero no lo es.

Todas las miradas se desviaron hacia Reyna.

La pretora examinó el barco que se acercaba. Su expresión se endureció. Si vetaba las órdenes de Percy... él no sabía lo que pasaría. Cundiría el caos y la confusión, como mínimo. Lo más probable era que los romanos siguieran su ejemplo. Ella había sido su líder durante mucho más tiempo que Percy.

—No disparéis —dijo Reyna—. Pero que la legión esté preparada. Percy Jackson es vuestro pretor y ha sido elegido debidamente. Debemos confiar en su palabra, a menos que tengamos motivos claros para no hacerlo. Senadores, pasemos al foro y recibamos a nuestros... nuevos amigos.

Los senadores salieron en desbandada del auditorio; Percy no sabía si de emoción o de pánico. Tyson corría detrás de ellos gritando: «¡Viva! ¡Viva!», mientras Ella revoloteaba alrededor de su cabeza.

Octavio miró a Percy con indignación y acto seguido lanzó su oso de peluche y siguió a la multitud.

Reyna permaneció junto a Percy.

—Yo te apoyo, Percy —dijo—. Confío en tu juicio. Pero por el bien de todos nosotros, espero que podamos mantener la paz entre nuestros campistas y tus amigos griegos.

—Así será —prometió él—. Ya lo verás.

Ella levantó la vista al buque. Su expresión se tornó un poco melancólica.

—Dices que Jason está a bordo... Espero que sea verdad. Lo he echado de menos.

Salió resueltamente, dejando a Percy solo con Hazel y Frank.

—Están aterrizando directamente en el foro —anunció Frank nerviosamente—. A Término le va a dar un infarto.

—Percy, lo has jurado por tu vida —dijo Hazel—. Los romanos se toman esas cosas en serio. Si algo sale mal, aunque sea sin querer, Octavio te va a matar. Lo sabes, ¿verdad?

Percy sonrió. Sabía que había mucho en juego. Sabía que ese día todo podía salir terriblemente mal. Pero también sabía que Annabeth estaba a bordo de ese barco. Si las cosas salían bien, sería el mejor día de su vida.

Rodeó a Hazel con un brazo y a Frank con el otro.

—Vamos —dijo—. Os presentaré a mi otra familia.

Glosario

ABSURDUS: fuera de lugar, discordante.

ALCIONERO: el mayor de los gigantes que Gaia dio a luz, destinado a luchar contra Plutón.

AMAZONAS: pueblo formado exclusivamente por guerreras.

ANAKLUSMOS: *Contracorriente*. Nombre de la espada de Percy Jackson.

AQUILES: el semidiós griego más poderoso que luchó en la guerra de Troya.

ARGENTUM: plata.

ARGONAUTAS: grupo de héroes que acompañaron a Jasón en su búsqueda del Vellocino de Oro. Su nombre procede de su barco, el *Argo*, que recibe a su vez su nombre de su constructor, Argos.

ARPÍA: criatura alada que roba objetos.

AUGURIO: señal de algo venidero, presagio; práctica de la adivinación del futuro.

AURAE: espíritus del viento invisibles.

AURUM: oro.

BASILISCO: serpiente, literalmente «pequeña corona».

BELEROFONTE: semidiós griego hijo de Poseidón que venció a monstruos montado en Pegaso.

BELONA: diosa romana de la guerra.

BIZANCIO: Imperio de Oriente bajo influencia griega que duró mil años después de la caída de Roma.

BRONCE CELESTIAL: metal poco común que resulta mortal para los monstruos.

CAMPOS DE ASFÓDELOS: sección del inframundo en la que reposan las almas de las personas que en vida se entregaron por igual al bien y al mal.

CAMPOS DE CASTIGO: sección del inframundo en la que las almas malas reciben castigo eterno.

CAMPOS ELÍSEOS: lugar de reposo final de las almas de los heroicos y los virtuosos en el inframundo.

CARONTE: barquero del Hades que lleva las almas de los recién fallecidos a través de la laguna Estigia y el río Aqueronte, que separan el mundo de los vivos del mundo de los muertos.

CENTAURO: raza de criaturas mitad humanas, mitad equinas.

CENTURIÓN: oficial del ejército romano.

CERBERO: perro de tres cabezas que vigila las puertas del inframundo.

CERES: diosa romana de la agricultura.

CÍCLOPE: miembro de una raza primigenia de gigantes que tenían un solo ojo en la frente.

CINTURÓN DE LA REINA HIPÓLITA: Hipólita llevaba un cinturón dorado, regalo de su padre Ares, que simbolizaba su condición de reina de las amazonas y también le confería fuerza.

COGNOMEN: tercer nombre.

COHORTE: unidad militar romana.

DENARIO: la moneda más común en el sistema monetario romano.

DRACMA: moneda de plata de la antigua Grecia.

ÉREBO: lugar de oscuridad situado entre la Tierra y el Hades.

ESCOLAPIO: dios romano de la medicina y la curación.

ESCORPIÓN: arma de asedio romana que lanzaba grandes proyectiles a un objetivo lejano.

ESPINILLERA: pieza de armadura para la espinilla.

FANTASMAS: espíritus.

FAUNO: dios romano del bosque, mitad cabra, mitad hombre. Forma griega: sátiro.

FINEAS: hijo de Poseidón que tenía el don de la profecía. Cuando se excedió revelando los planes de los dioses, Zeus lo castigó dejándolo ciego.

FORTUNA: diosa romana de la fortuna y la buena suerte.

FULMINATA: armada con el rayo. Legión romana al mando de Julio César cuyo emblema era un rayo (*fulmen*).

GAIA: diosa de la tierra; madre de titanes, gigantes, cíclopes y otros monstruos. Conocida por los romanos como Terra.

GEGENES: monstruos nacidos de la tierra.

GLADIUS: espada corta.

GORGONAS: tres hermanas monstruosas (Esteno, Euríale y Medusa) cuyo cabello está formado por serpientes vivas y venenosas; los ojos de Medusa pueden convertir en piedra a quien los contempla.

GRAECUS: griego; enemigo; forastero.

GRISGRÍS: amuleto de vudú que protege del mal o trae suerte.

GUERRA DE TROYA: guerra que los griegos hicieron contra la ciudad de Troya después de que Paris le arrebatara a Helena a su marido, Menelao, rey de Esparta. Comenzó con una riña entre las diosas Atenea, Hera y Afrodita.

HÉRCULES: equivalente romano de Heracles; hijo de Júpiter y Alcmena que nació con una fuerza extraordinaria.

HIERRO ESTIGIO: al igual que el bronce celestial y el oro imperial, un metal mágico capaz de matar monstruos.

HIPERBÓREOS: gigantes del norte pacíficos.

ICHOR: sangre dorada de los inmortales.

IRIS: diosa del arcoíris.

JUNO: diosa romana de las mujeres, el matrimonio y la fertilidad; hermana y esposa de Júpiter; madre de Marte. Forma griega: Hera.

JÚPITER: rey romano de los dioses; también llamado Júpiter Óptimo Máximo (el mejor y el más grande). Forma griega: Zeus.

KARPOI: espíritus de los cereales.

LAGUNA ESTIGIA: laguna que marca el límite entre la tierra y el inframundo.

LAR: dios doméstico, espíritu ancestral.

LEGIÓN: la mayor unidad del ejército romano, compuesta de tropas de infantería y caballería.

LEGIONARIO: miembro de una legión.

LESTRIGONES: caníbales altos del norte, posiblemente el origen de la leyenda del Pies Grandes.

LIBERALIA: fiesta romana que celebraba el rito de paso de un joven a la edad adulta.

LIBROS SIBILINOS: colección de profecías en verso escritas por los griegos. Tarquino el Soberbio, rey de Roma, se los compró a una profetisa llamada Sibila y los consultaba en momentos de grave peligro.

LUPA: loba romana sagrada que amamantó a los gemelos abandonados Rómulo y Remo.

MARTE: dios romano de la guerra, también llamado Marte Ultor. Patrón del Imperio; padre divino de Rómulo y Remo. Forma griega: Ares.

MINERVA: diosa romana de la sabiduría. Forma griega: Atenea.

MONTE OTRIS: base de los titanes durante la guerra contra los dioses del Olimpo que duró diez años; cuartel general de Saturno.

NEBULAE: ninfas de las nubes.

NEPTUNO: dios romano del mar. Forma griega: Poseidón.

NIEBLA: fuerza mágica que oculta cosas a los mortales.

ORO IMPERIAL: metal poco común que resulta mortal para los monstruos, consagrado en el panteón; su existencia era un secreto celosamente guardado de los emperadores.

OTRERA: primera reina amazona, hija de Ares.

PALLIUM: capa o manto que vestían los romanos.

PANTEÓN: templo de todos los dioses de la antigua Roma.

PENTESILEA: reina de las amazonas; hija de Ares y Otrera, otra reina amazona.

PERICLÍMENO: príncipe de Pilos e hijo de Poseidón, que le concedió la facultad de cambiar de forma. Era célebre por su fuerza y participó en el viaje de los

argonautas.

PILUM: lanza romana.

PLUTÓN: dios romano de la muerte y las riquezas. Equivalente griego: Hades.

POLIBOTES: hijo gigante de Gaia, la Madre Tierra.

PRETOR: magistrado romano electo y comandante del ejército.

PRÍAMO: rey troyano durante la guerra de Troya.

PRINCIPIA: cuartel general de un campamento romano.

PROBATIO: período de prueba para los nuevos reclutas de la legión.

PUGIO: daga romana.

RETIARIUS: gladiador romano que luchaba con una red y un tridente.

REVISTA: inspección militar formal.

RÍO TÍBER: tercer río más largo de Italia. Roma se fundó sobre sus orillas. En la antigua Roma, los criminales ejecutados eran lanzados al río.

RÓMULO Y REMO: hijos gemelos de Marte y de la sacerdotisa Rea Silvia, que fueron arrojados al río Tíber por su padre humano, Amulio. Fueron rescatados y criados por una loba y, al llegar a la edad adulta, fundaron Roma.

SATURNO: dios romano de la agricultura, hijo de Urano y Gaia, y padre de Júpiter. Equivalente romano: Cronos.

SENATUS POPULUSQUE ROMANUS (SPQR): «El Senado y el Pueblo de Roma»; hace referencia al gobierno de la República romana y se usa como emblema oficial de Roma.

SPARTUS: guerrero esqueleto.

SPATHA: espada de la caballería.

TÁNATOS: dios griego de la muerte. Equivalente romano: Letum.

TÁRTARO: marido de Gaia; espíritu del abismo; padre de los gigantes; también la región más profunda del mundo.

TÉRMINO: dios romano de las fronteras y los mojones.

TRIRREME: un tipo de buque de guerra.

TRIUNFO: desfile ceremonial dedicado a los generales romanos y sus tropas para celebrar una gran victoria militar.



RICHARD RUSSELL «RICK» RIORDAN. (5 de junio de 1964, San Antonio, Texas) Autor de la saga *Percy Jackson y los Dioses del Olimpo*. También escribió la serie de misterio para el público adulto *Tres Navarres*, recientemente ha completado una trilogía dedicada a la mitología egipcia (*Las Crónicas de Kane*) y actualmente trabaja en *Los Héroes del Olimpo*, serie-secuela de su aclamada *Percy Jackson* cuya quinta entrega, *The Blood of Olympus*, se espera en otoño de 2014.